
LOVE ISN'T
WHAT IT SEEMS
Devoción
EVA WINNERS

DEVOTION
EL AMOR NO ES LO QUE PARECE

EVA WINNERS

ÍNDICE

Capítulo 1
COLECCIÓN DE LA SERIE: EL AMOR NO ES LO QUE PARECE
Nota De La Autora
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Epílogo

Agradecimientos
¿Qué Sigue?
Sobre La Autora

CAPÍTULO UNO

Copyright © 2022 por Winners Publishing LLC y Eva Winners
Diseño de portada: Eve Graphic Design LLC
Fotógrafo: Wander Aguiar
Traducción, edición y corrección al español por Sirena Audiobooks LLC

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.
Grupo de FB: https://bit.ly/3gHEe0e
Página de FB: https://bit.ly/30DzP8Q
Instagram: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners

Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/

COLECCIÓN DE LA SERIE: EL AMOR NO ES LO QUE PARECE

Aunque cada libro de la serie puede leerse de manera independiente, en cada uno hay eventos y referencias a los otros libros.
¡Disfrútenlo!

Eva Winners

NOTA DE LA AUTORA

Devoción es una historia completamente autoconclusiva. No es necesario leer otros libros antes de este.
Por favor, tengan en cuenta que este libro aborda algunos temas sensibles que podrían resultar perturbadores para ciertos lectores, como la muerte de un ser querido, un intento de suicidio y problemas familiares entre madre e hija.
Cualquier parecido con personas y hechos reales, vivas o muertas, así como con lugares o eventos, es pura coincidencia.

SINOPSIS

La traición de una madre.
Mi secreto.
Su tormento.
Nuestra felicidad.

Me mudé a Escocia para olvidar.

Entonces vi su rostro. La viva imagen de mi difunto esposo. Viejos fantasmas e inseguridades volvieron a perseguirme.

Sin embargo, Lachlan es diferente. Más fuerte que mi difunto marido. Decidido y lleno de vida. Hay una atracción innegable.

Mis viejos sueños y anhelos despertaron de nuevo. Pensé que podría controlarlo, pero me di cuenta casi de inmediato de que las viejas heridas no se olvidan tan fácilmente.

El pasado vuelve a llamar a nuestra puerta.
Los corazones se rompen.

Las promesas se hacen añicos.

¿Me devolverá él a la vida… o será mi perdición?

PRÓLOGO

EVE

Iba prácticamente zumbando de emoción mientras aceleraba por la I-95; las luces de la calle pasaban borrosas, como estelas doradas contra el cielo negro. El corazón me martillaba por todas las razones correctas. Moría por verlos: a mi niño y al hombre que amaba.

Había movido cielo y tierra para conseguir un vuelo más temprano a *Maryland*: peleé con retrasos, cambié de aerolínea, pagué tarifas ridículas… y nada de eso importaba. Solo quería estar en casa. Cruzar la puerta y sorprenderlos.

No llamé desde el aeropuerto. Quería que todo fuera perfecto. Solo yo, apareciendo sin avisar, rodeando a mi bebé con los brazos y apretándolo contra mí hasta que el mundo volviera a tener sentido. Incluso renté un coche en lugar de llamar a Hunter para que me recogiera, para no arruinar la sorpresa.

Cuando tomé el camino de entrada, lo primero que vi fue el auto de mi madre. Era tarde, casi medianoche, y verlo ahí me confundió. ¿Estaba cuidando al bebé? Tal vez Hunter necesitaba ayuda. Lo dejé pasar, apagué el motor y me desabroché el cinturón.

Abandoné las maletas en la cajuela y me escabullí lo más silenciosamente posible por la puerta principal, que chirrió. La sala estaba a oscuras, intacta. Dejé el celular sobre la mesa de centro y subí de puntillas, cuidando no hacer ruido.

La primera puerta a la izquierda era la habitación de Hayden. Mi hijo. Mi todo.

Cuando me asomé, lo encontré profundamente dormido, hecho bolita, como siempre. Se movió y la manta se le resbaló; la imagen me apretó el corazón. Me arrodillé junto a su cama y le pasé los dedos por los rizos oscuros y suaves, respirando el olor familiar del *shampoo* de bebé y el calor del sueño. Dios, cuánto lo había extrañado. Me ardían las ganas de despertarlo. De sentir su peso en mis brazos. De susurrarle cuánto lo amaba. Pero no lo hice. Le acomodé la cobija con cuidado y le besé la mejilla. *Mañana*. Mañana lo tendría todo para mí.

Seguí hasta el final del pasillo hacia nuestra habitación.

Entonces lo escuché.

Un sonido bajo, entrecortado… femenino. Otro, más fuerte esta vez. Y luego su voz, áspera y conocida. El ritmo inconfundible de algo que no dejaba lugar a dudas.

Al principio, mi cerebro se negó a procesar lo que mis oídos estaban escuchando. Avancé aturdida, con los pies descalzos rozando apenas las tablas del piso. La puerta del dormitorio estaba entreabierta y por la rendija se escapaba la luz.

Cuanto más me acercaba, más llenaban el espacio los gemidos: desesperados, íntimos, sin filtro.

Empujé la puerta un poco más, lo suficiente para ver.

Y ahí estaban.

Hunter y mi madre.

Mi cuerpo se quedó quieto. Sin aliento, sin pensamiento, sin movimiento. El corazón ni siquiera se me aceleró. Simplemente cayó: fuera de mi pecho, a un abismo oscuro. No podía parpadear. No podía apartar la mirada. Sus cuerpos estaban enredados de una forma que no podía explicarse ni justificarse.

Ni siquiera notaron que yo estaba ahí.

No sé cuánto tiempo me quedé observando. ¿Segundos? ¿Minutos? ¿Una vida?

Al final, algo dentro de mí se liberó: un impulso animal de huir. Me di la vuelta, entumecida y temblando, y volví a la deriva hacia la habitación de mi hijo. Me quedé en el umbral, partida en dos. Quería llevármelo, correr lejos, desaparecer de esta pesadilla. Sin embargo,

dormía tan tranquilo que no podía hacerle eso. No a mitad de la noche. No así.

Así que me fui.

Me subí al coche y manejé. Al principio, las lágrimas llegaron despacio; luego, más rápido, hasta empañarme la vista del camino. Me temblaban las manos en el volante, tenía el estómago hecho un nudo. La devastación de la traición no siempre llegaba con gritos o bofetadas; a veces también caía en silencio. Fría. Insensible. Cruel.

Manejé toda la noche, con los ojos rojos e hinchados, el cuerpo doliéndome de una pena que no alcanzaba a comprender.

Para cuando salió el sol, ya lo había decidido.

Volvería. Tomaría a mi hijo y seguiría adelante. Encontraría la fuerza.

No obstante, cuando regresé, no había una casa a la cual volver.

Solo humo.

Llamas devorándolo todo, todo lo que alguna vez había amado.

Siempre recordaría cómo me tambaleé al bajar del auto, incapaz de sentir las piernas, con el corazón golpeándome de horror mientras veía mi mundo, el mundo de mi hijo, convertirse en cenizas. El aire apestaba a madera quemada y a plástico podrido. A lo lejos, las sirenas aullaban.

Grité.

Una parte de mi alma se quemó en ese incendio. La parte que creía en la seguridad, el hogar y la familia.

La otra parte se negó a vivir.

CAPÍTULO DOS

EVE

La razón por la que me levantaba cada día y me acostaba cada noche había muerto. Y me había dejado atrás.

Durante semanas, grité.

No en voz alta… ya no. Esa parte de mí se apagó pronto, como un fósforo que se consume demasiado rápido.

Y entonces, una noche… me detuve.

Me encerré en mí misma; el dolor se transformó en uno alimentado por el duelo, la rabia y la culpa. Era un dolor que nacía en el alma, que despellejaba. Me atravesaba, desgarrándolo todo, triturando lo poco suave que me quedaba por dentro.

Por fuera, debí de parecer serena, quizás incluso en calma. Sin embargo, algo crudo me supuraba bajo la piel.

No quería consuelo; quería sangre.

No había remedio para eso. Cada latido me golpeaba la misma herida invisible: un moretón que nunca sanaba. Sin darme cuenta, el dolor se había entretejido en la trama de mi esencia.

Habían pasado seis semanas.

Seis semanas desde que los perdí. Seis semanas desde que caminaron por esta tierra y yo aspiré el olor familiar de mi bebé.

Ahora, solo sentía un vacío que dolía. Escuchaba su llanto en susurros rotos, como una voz atrapada en el crujido de la madera vieja; una risita encerrada dentro de la lluvia.

Siempre me volvía hacia esos sonidos. Aun sabiendo que no debía, igual me volvía.

Así que me mudé a Edimburgo.

La ciudad se sentía antigua, como si hubiera olvidado cómo seguirle el paso al tiempo. Los edificios de piedra gris se mantenían firmes contra el viento. Las agujas góticas dividían el cielo: una metáfora adecuada para un lugar que recuerda a sus fantasmas.

Quizá por eso vine aquí. Tal vez pensé que aquellas sombras serían lo bastante profundas como para esconder las mías.

La vista desde el departamento la dominaban los techos vecinos, que se extendían como lápidas de un cementerio. A veces, si la niebla no estaba tan espesa, alcanzaba a ver una franja de mar a lo lejos. Aunque había cajas sin abrir en las esquinas, no tenía energía para ocuparme de eso.

Mi hermana las empacó. Estaba de acuerdo en que un lugar nuevo quizás aliviaría el duelo. Pero ella no entendía.

Yo no solo *los* había perdido esa noche. También me perdí a mí misma… y la verdad que enterré con mi esposo y mi bebé.

Mi hermana decía que yo no podía haberlo sabido, pero ella no sabía. Nadie lo sabía. Lamentablemente, yo nunca lo olvidaría.

Las llamas.

El silencio que vino después.

Ese tipo de quietud que no era resultado del incendio.

Dentro de esas cajas estaban los restos de una vida que ya no me pertenecía. Un suéter. Una taza de cerámica agrietada, con letras deslavadas. Un álbum de fotos que no era capaz de tocar. Eran reliquias de ellos. De nosotros.

De todo lo que importaba.

Me senté junto a la ventana, envuelta en una manta que olía tal como a la tienda de donde venía: artificial y ajena. No olía a hogar.

El clima de afuera reflejaba algo dentro de mí: inquieto y roto. Aquí el cielo lloraba a menudo… tal vez porque yo ya no podía.

El dolor se había vuelto mi compañero constante. Se me metía en cada fibra, se enroscaba alrededor de mis costillas. Algunos días, se me olvidaba cómo respirar. Otros, me acordaba y deseaba no haberlo hecho.

La manta se me resbaló del hombro y alcancé a ver los relieves rosados y pálidos a lo largo de mis muñecas. Una línea. Luego otra.

Cicatrices pequeñas, persistentes. Eran marcas de la noche en que quise acabar con todo. Solo quería desaparecer. Salir de ese momento insoportable, eterno.

Sin embargo, ese instante se extendió hasta convertirse en otro.

¿Y el duelo?

El duelo podía aplastar el tiempo, como el peso que estrangula la garganta de la desesperación y la angustia.

Aparté la mirada del paisaje urbano. De la gente que se deslizaba abajo como fantasmas. Volví hacia adentro, hacia la verdad que no había dicho en voz alta, ni siquiera a mí misma.

No esperaba sanar; no creía en eso. Esperaba otra cosa. Una señal de que quien manchó su memoria pagaría lo que debía. Necesitaba una señal de que el karma era real.

CAPÍTULO TRES

EVE

Seis meses después

Mis párpados eran losas de plomo, hundidos bajo una oscuridad más espesa que la medianoche.

La voz volvió a sonar: tenue, insistente, arrastrándome fuera de mi refugio.

—Eve.

La voz de Elise por fin atravesó la neblina, pero no quería despertarme, porque la cama se había vuelto mi ataúd de silenciosa soledad.

Dormir era donde encontraba el olvido; en mis sueños era donde *ellos* vivían. Era el único momento en el que no me estaba ahogando en el vacío que se cernía sobre mí.

—Despierta. —La voz de Elise sonó más afilada ahora, como un latigazo en la noche silenciosa. Mis párpados siguieron cerrados, negándose a obedecer— ¡Basta! —exclamó, con la respiración entrecortada y la voz temblorosa—. O llamo a una ambulancia.

Despacio, abrí un ojo.

El rostro de Elise flotaba sobre el mío, con una expresión frenética y adolorida.

—Aquí estoy —gruñí, con la voz áspera—. Vete.

—No hasta que te levantes —replicó—. Te estás dejando morir.

Su mano estaba fría y firme cuando me apretó el hombro.

Me sentía quebradiza: huesos delgados como papel, la piel estirada como cuero viejo.

—Seis meses —dijo—. Seis meses y sigues en el mismo lugar. Ya no voy a esperar. Apreté los ojos con fuerza, desesperada por acallar su voz, por enterrar sus palabras en la oscuridad—. Esta vez no vas a escaparte de mí. —Su tono se suavizó, mas el acero debajo no cedió—. Sé que crees que estás rota, Eve, pero tienes que recomponerte.

Me jaló para sentarme y yo me dejé caer, sin fuerzas.

—Dios. —Se le cortó el aliento—. Te estás consumiendo, estás en los puros huesos.

—¿Por qué no me dejas en paz? —susurré.

—Porque te quiero mucho y necesitas una cuerda para jalarte hacia la orilla. Yo soy esa cuerda. —No tuve corazón para decirle que ya no quería alcanzarla; sabía que eso la lastimaría—. Ducha —continuó—. Luego, café y almuerzo. No más esconderte.

Apenas moví los pies mientras me empujaba hacia adelante, obligándome a meterme bajo el chorro helado y cortante del agua.



Una hora después, estábamos sentadas en un *bistro* pequeño y estrecho. El olor a café y pan flotaba en el aire.

El sándwich frente a mí seguía intacto, todavía envuelto en plástico y tan deslucido como mi apetito.

Elise parloteaba mientras yo sorbía mi *capuccino*, pero sus palabras se me resbalaban como lluvia sobre un cristal.

—¿Has escrito algo? —preguntó de pronto.

—No —contesté, seca—. Renuncié. Rompí el contrato.

Se quedó callada, observándome, y luego agregó:

—Los McLaren necesitan ayuda en su departamento de finanzas.

Levanté una ceja, escéptica. Finanzas era el campo que abandoné en cuanto me lancé de cabeza a escribir. Pero, por

supuesto, escribir era otra cosa del pasado, alejándose un poco más cada día. ¿Cómo iba a poner palabras en papel si mi mente estaba sumergida en la pérdida?

Había oído a Brandon mencionar a los McLaren antes, pero apenas podía recordar algo de ellos aparte de que mi cuñado le hizo una cirugía a uno de ellos.

Elise siguió hablando; su voz, un zumbido constante contra el choque de los platos y el ruido de la ciudad más allá de la ventana. Mi hermana era de las que reparaban todo, mas podía ser ciega ante el hecho de que algunas cosas, o algunas personas, estaban rotas sin arreglo.

—Podría ayudarte —insistió.

—Estoy bien. No necesito ayuda —pronuncié, con la mentira saliéndome fácil de la boca.

—No, no lo estás. —Se le quebró la voz; las palabras le salieron crudas, suplicantes—. Necesitas seguir adelante y tener un trabajo te va a ayudar con eso.

—Ya seguí adelante —musité, mirando la calle al otro lado de la ventana. Los rostros pasaban borrosos, cada uno corriendo hacia sus seres queridos y sus vidas plenas, rebosantes.

—Las dos sabemos que no —objetó—. Solo tienes veintisiete años. Tienes toda la vida por delante.

—Tal vez no la quiero. —Apenas pronuncié esas palabras, me arrepentí, porque vi el dolor encenderse en sus ojos—. Y-yo… no quise decirlo así.

Inhaló hondo y luego soltó el aire despacio.

—Por favor, inténtalo. Si no es por ti, entonces por mí. —Como seguí en silencio, añadió—: No va a ser nada complicado, pero la rutina te hará bien.

Me encogí de hombros, hueca por dentro. El dinero no significaba nada cuando no podía reemplazar a los que había perdido.

—No puedes vivir de regalías, Eve —insistió—. Se acaban cuando dejas de escribir y, lo admitas o no, tú ya lo dejaste.

No quería aceptar que sus palabras habían dado en el blanco, porque yo amaba escribir y crear mundos. Solo que, últimamente, lo

que antes era tan fácil como respirar ahora se sentía como tortura. Las palabras no me salían de los labios, no es que las buscara, y mi corazón se negaba a involucrarse.

—No me voy a ir hasta que consigas un trabajo —declaró mi hermana, terca.

Tragué saliva, peleando contra la sensación de que estaba traicionando la memoria de mis amores por el simple hecho de seguir viva.

—Está bien. —Cedí, sabiendo que cumpliría su palabra.

Elise sonrió, aliviada.

—Maravilloso. Gracias.

Así era Elise: la hermana que me daba las gracias por hacer algo por mí. Dios… si la culpa no me hubiera estado devorando ya, me habría sentido la peor clase de persona.

—¿Nos vamos?

Negó con la cabeza.

—Todavía no. Estoy haciendo que limpien tu departamento. —Le lancé una mirada sorprendida y me sonrió, apenada—. Debí preguntarte, lo sé, pero… llevas meses aquí y aún no has desempacado. Después de que lo dejen limpio, te ayudaré a instalarte.

Suspiré, cansada, y aparté la vista, concentrándome en la gente que pasaba de prisa.

El mundo seguía girando, sin embargo, el mío se detuvo aquella noche fatídica, y yo no sabía cómo seguir adelante con este duelo que me había dejado vacía.

CAPÍTULO CUATRO

LACHLAN

La oficina estaba envuelta en sombras. El zumbido de la ciudad se colaba por las persianas y la luz del sol, amortiguada, pintaba franjas sobre el piso. Yo estaba sentado detrás del escritorio, con las manos entrelazadas, observando a los dos hombres frente a mí. Colin se apoyaba en la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada aguda y atenta, mientras que Brandon, el médico que le había extirpado un tumor cerebral a mi tío, se veía decidido.

—Entonces, ¿tienes a alguien en mente para este puesto? —pregunté con voz calmada.

Colin, mi tío y asesor de negocios, se despegó de la pared y dio un paso al frente.

—Sí. Eve Bailey —respondió, despacio—. Es la cuñada de Brandon. En realidad, es escritora, pero se está tomando un descanso.

Levanté una ceja.

—Escribir no es el tipo de habilidad que necesitamos aquí.

Brandon avanzó, con la mirada dura.

—Mi cuñada tiene un título en finanzas y algo de experiencia en el área. Lo de escribir… está en pausa. Está en una etapa de su vida en la que necesita algo más estable.

Colin asintió, y su voz fue más suave de lo que esperaba cuando añadió:

—Verifiqué algunas de sus referencias. Es una *lass* «muchacha» muy capaz.

Los estudié a ambos. La fe de Brandon en esa mujer era personal; el respaldo de Colin, en cambio, era práctico y teñido de respeto.

—¿Por qué traer a alguien tan… inexperta? —indagué, inclinándome hacia adelante—. Sin ofender, Brandon, pero no suena como la mejor opción.

Al fin y al cabo, yo solo contrataba al mejor talento, gente que se esforzaba por quedarse en mi empresa. No para llenar, de forma temporal, un bloqueo creativo o un duelo. Sí, me daba lástima, aun así, no creía que darle un trabajo de distracción fuera la manera de ayudarla.

McLaren Enterprises no había quedado por encima de todos por accidente.

—Sobrino, Brandon ha hecho mucho por mí. Solo gracias a él sigo aquí, caminando y hablando. Esto es lo mínimo que puedo hacer para devolverle el favor —intervino Colin—. Somos una empresa privada, tú eres el jefe y…

—Escucha, voy a ser franco —lo interrumpió Brandon—. Sé que, en papel, Eve no parece la candidata ideal; está pasando por algo personal y ha perdido la chispa para escribir, no obstante, siempre ha sido una trabajadora incansable. Pongo las manos al fuego por ella.

Sentí el tirón de su convicción y, aunque mi propia duda seguía ahí, al final dije:

—Está bien. Veamos cómo resulta a modo de prueba. Tío, si no puede con la carga de trabajo, vas a tener que dejarla ir.

CAPÍTULO CINCO

EVE

La lluvia resbalaba por el ventanal del *bistro*, empañando la vista de la calle empedrada afuera mientras esperábamos a que terminaran de limpiar mi departamento.

El lugar era acogedor, con luz tenue y cálida, pero ese calor no tocaba el frío dentro de mí. Al menos podía agradecer estar bajo techo y con mi hermana en un día tan sombrío.

—Ni siquiera estás fingiendo que escuchas, Eve. —La voz de Elise cortó mis pensamientos mientras deslizaba una taza de café sobre la mesa hacia mí.

—Sí estoy —protesté, pero ella vio a través de mí, a juzgar por la ceja que levantó.

—Ah, ¿sí? Entonces, ¿qué acabo de decir?

Me quedé mirando el vapor que se enroscaba por encima de la taza.

—Algo sobre… ir contigo —dudé. No tenía idea de adónde, aun así, jamás iba a admitirlo.

—Sí. Voy a acompañarte caminando al trabajo en tu primer día. —Gruñí, pero ella me ignoró y siguió—: Solo para asegurarme de que no te vayas a perder.

Exhalé.

—De verdad no hace falta.

Hizo un gesto con la mano, como si los detalles no importaran.

—Luego lo hablamos. Toma.

Agarré la taza con ambas manos, dejando que el calor me empapara los dedos, pero no me la llevé a los labios.

—Mala idea —musité, más para mí que para ella.

—Necesitas algo en qué enfocarte —contradijo con suavidad—. Algo que no sea…

—¿*Ellos*? —dije, plana.

Su expresión se ablandó, mas no pronunció sus nombres.

—¿Te acuerdas de la noche en que decidiste mudarte a Escocia? Lo soltaste así, de la nada.

Me encogí apenas de hombros.

—Fue lo primero que se me ocurrió y estábamos viendo *Outlander* sin parar.

—Yo estaba emocionadísima por ti y por tu nueva aventura. —Estiró la mano por encima de la mesa y me apretó la mía—. Aunque fuera un país al azar y demasiado lejos de mí.

—Sí, siempre me has apoyado.

De hecho, Elise era la mejor hermana que se podía desear. Pasara lo que pasara en su vida, trabajando como enfermera, yendo a la universidad, siempre encontraba la forma de estar para mí.

—Busqué en Google apartamentos localizados en Edimburgo mientras tú estabas ahí sentada como un zombi. Elegiste el primero que te enseñé. —Sonrió, triste—. Solo estabas intentando desaparecer. —Cerré los ojos ante la oleada de recuerdos—. Sé que los extrañas —comentó en voz baja.

Mis ojos se dispararon hacia la ventana. La lluvia caía más fuerte ahora, pegándose al vidrio como si tampoco quisiera irse.

—¿La verdad? —pronuncié después de una pausa larga—. No siento nada.

La sonrisa de Elise titubeó.

—Vas a sentir.

Lo dijo con una convicción absoluta, pero no sabía que yo no podía permitirme sentir ni pensar en ellos. Eso solo llevaba a más dolor.

Elise volvió a tomarme la mano y la besó.

—Yo sigo aquí —susurró, y sus palabras me golpearon directo en el pecho—. Siempre voy a estar aquí. Pero tienes que prometerme

algo. —No la miré—. Prométeme que no vas a intentar dejarme otra vez.

Su pulgar rozó las cicatrices finas en mi muñeca. Las besó, y yo me estremecí.

—Lo prometo —aseguré, dejando caer los hombros.

Cambió de tema, captando mi incomodidad.

—Brandon sigue hospedado en el Balmoral por cosas del trabajo, así que voy a estar contigo la mayor parte del tiempo mientras estemos aquí. Trata de no correrme.

Logré una mueca que intentó ser sonrisa mientras por dentro maldecía que Brandon tuviera que venir a Escocia y que conociera a alguien aquí.

—Nos queda como una hora antes de que podamos volver —continuó, mirando la hora en su celular—. Y luego empezamos a desempacar.



Cuando entramos al apartamento, ahora reluciente, el olor tenue de un limpiador con limón impregnaba el aire. Las ventanas estaban abiertas, dejando pasar aire fresco y luz, mientras las dos mujeres de la limpieza reunían sus cosas junto a la puerta.

Elise les dio las gracias con amabilidad mientras salían.

Yo me adentré por el lugar, y mis pasos resonaron apenas en ese espacio que ya estaba demasiado vacío como para absorber el sonido. En el dormitorio, cerré las cortinas antes de quitarme la ropa. Los *jeans* se hicieron un montón en el piso y el cárdigan se les unió antes de que lo arrojara todo a una esquina.

Busqué una pijama y me la puse, luego fui hacia la cama solitaria en la habitación. Me subí encima de las cobijas, con las piernas recogidas debajo de mí y los brazos apretados sobre el pecho.

—Empecemos a desempacar.

Mi hermana apareció en el umbral; unos mechones de su cabello castaño claro se habían soltado y le enmarcaban el rostro. Tenía los

brazos cruzados y los ojos llenos de cansancio, pero también de determinación.

Dejé salir un suspiro pesado.

—Elise, yo nunca dije que iba a desempacar. —Jadeé en voz baja.

Su expresión se quebró un poco; se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No lo dijiste —replicó, seca, apenas conteniendo la irritación—. Aunque tampoco dijiste que no lo harías. Entonces… aquí estamos.

—Elise, no —susurré, desanimada.

Cruzó la habitación, se sentó a mi lado y me rodeó los hombros con un brazo. De pronto, volví a sentirme pequeña; me acurruqué contra su pecho y peleé contra el dolor de cabeza que me subía por las sienes.

—Odio verte así —murmuró contra mi cabello, con la voz temblorosa—. Odio no poder arreglarlo.

Su abrazo se apretó, pero yo seguí floja en sus brazos. Ya no lloraba. Físicamente, no podía. Mis lágrimas se habían secado en algún punto entre el aeropuerto de *D. C.* y mi primera noche sin dormir en Edimburgo.

Nos quedamos así un rato, sin hablar, mientras su corazón latía contra mi mejilla. Un recordatorio suave y constante de que, al menos, ella seguía aquí.

Al final me soltó, se levantó y se secó los ojos.

—Solo unas cuantas cajas —indicó, intentando aligerar el ambiente otra vez—. Luego, te dejo en paz.

Las dos sabíamos que era mentira, pero no se lo reclamé. Me bajé de la cama. *Por ella*.



Ya había pasado la medianoche cuando desarmamos la última caja y la empujamos al contenedor de reciclaje. El apartamento se había transformado, como un *set* montado. Repisas ordenadas, platos en los gabinetes, incluso unos cojines decorativos colocados con demasiado cuidado en el sofá. Tarareando en voz baja, Elise se

movía por el espacio como si acabara de ganar una batalla, satisfecha con lo que había construido de la nada.

Para mí, seguía sintiéndose como una sala de exhibición. Limpia y ordenada, sí. Pero hueca.

—Me voy a quedar aquí esta noche —comunicó de pronto desde el pasillo, levantando su bolsa de dormir como si fuera una ofrenda de paz—. ¿Está bien?

Asentí, sin mirarla.

Dijo algo más, pero yo ya iba hacia la ventana.

La luna colgaba baja, derramando luz plateada sobre los techos y el *Water of Leith*, el río que atravesaba la ciudad. Edimburgo dormía en silencio bajo ese brillo; el resplandor de sus edificios antiguos reflejado en el agua. A lo lejos, titilaban luces en algunas ventanas.

El mundo seguía girando y, por primera vez desde que llegué, de verdad lo vi.

La ciudad era hermosa, solemne y enigmática. Todavía fresca por la lluvia de hoy, que por fin había cedido. No se sentía como hogar, aunque quizás no se suponía que lo fuera.

Apoyé la frente contra el vidrio helado y dejé que el frío se me metiera en la piel. No quería sentir nada, pero eso bastó para recordarme que todavía existía.

Detrás de mí escuché a Elise acomodándose en el sofá, el roce de una manta, un suspiro cansado. Sabía que no se iría hasta que yo la convenciera de que estaba bien. Se quedaría mientras yo siguiera deshaciéndome.

Así que necesitaba empezar a fingir.

Así sobrevivía una, *¿no?*

Una mentira a la vez.

CAPÍTULO SEIS

EVE

Una semana después

La lluvia caía como una llovizna constante, suave pero con suficiente filo como para dejar que el frío se colara por las costuras de mi chaqueta. Elise y yo estábamos hombro con hombro sobre una acera de piedra, frente a la fachada de vidrio imponente de *McLaren Enterprises*. Dos mujeres miraban hacia arriba: una decidida; la otra apenas sosteniéndose.

—Dímelo otra vez —pedí, con los brazos cruzados para protegerme del viento—. ¿Por qué esta familia querría hacerle un favor tan grande a Brandon?

Elise ni siquiera me miró. Observaba a la gente entrar por las puertas giratorias de vidrio, con los labios apretados en una línea tensa.

—Brandon le hizo una cirugía a uno de ellos. Le salvó la vida. Siguieron en contacto.

Claro. Brandon tenía ese don. Era encantador, brillante y, de forma inconveniente, con muy buenas conexiones.

—Y ahora yo soy el caso de caridad —me burlé.

Elise por fin se giró y me lanzó una mirada.

—No eres un caso de caridad. Colin sabe que tienes base en finanzas. Brandon le enseñó tu portafolio de pasantías de antes.

—¿De la universidad?

—A los veinte eras mejor que la mitad de los idiotas de *Wall Street.* Trata de acordarte de eso. —Me dio un empujoncito suave.

No respondí. Volví a mirar el edificio moderno y pulcro. Vidrio, acero, líneas limpias. El encanto de Edimburgo envuelto en brillo corporativo. No se parecía en nada a mí. Pero quizás esa era la idea.

Una mujer con un traje azul marino impecable pasó junto a nosotras. Sus tacones sonaban como disparos sobre la acera mojada. Nos miró un instante y yo me encogí un poco.

—No creo poder hacer esto —solté, en voz baja.

—Sí puedes. Solo no quieres. Hay una diferencia.

Vi mi reflejo y casi me estremecí. La mujer que me devolvía la mirada se veía profesional, hasta segura. Tenía el cabello oscuro recogido en un moño que Elise había bautizado como "elegancia simple". El maquillaje era neutro, tapándome las ojeras perpetuas. Y la blusa estaba impecable, metida dentro de una falda que compré solo porque mi hermana insistió en que la tela se veía "costosa". Una desconocida. Eso era lo que veía. Alguien fingiendo estar bien.

Y luego estaba Elise. Diez años mayor, unos quince centímetros más baja, con un corazón demasiado grande para su cuerpo. Inquebrantable. Me arrastró a una cita de cabello, manicura, masaje y facial en un solo fin de semana.

Yo seguía sintiéndome como una mierda.

No obstante, me veía como alguien que quizá podía pasar por viva.

Elise esbozó una sonrisa tenue.

—Brandon dijo que fueras directo al elevador, ¿te acuerdas?

Asentí, casi sin oírla entre la niebla en mi cabeza, y entré.

El *lobby* era puro mármol pulido y vidrio reluciente. Demasiado brillante. Demasiado ruidoso. Demasiado abierto. La gente se movía rápido, hablando por teléfono, con rostros enfocados y vivos, vasos de café en la mano.

Yo no estaba lista para este mundo.

Se me secó la garganta. Avancé hacia el elevador y cada paso se sentía como si me arrastrara una obligación, no una elección. Mis dedos quedaron suspendidos sobre el botón.

—Vamos a subir —susurró Elise a mi lado, y me rozó el codo con la mano en un gesto tranquilizador.

Empezaba a formarse un pequeño grupo detrás de nosotras. Podía oírlos, toses impacientes, saludos murmurados, el roce de abrigos y bolsas. Elise se puso a charlar con alguien. Yo no podía escuchar. No podía respirar.

Las paredes se me venían encima.

El pecho se me cerró. El aire se espesó alrededor de mí, como jarabe. La vista se me nubló y, por un segundo, juraría que el piso de mármol se removía bajo mis tacones.

Inhala. Exhala. Inhala. Exhala.

No funcionaba. La respiración me salía corta, errática. Apoyé la palma en la pared fría de piedra, con la cabeza inclinada, mientras el pánico me trepaba por la garganta.

—Eve. —La voz de Elise era suave, pero demasiado cerca. Su mano se posó en mi espalda.

Me estremecí y me aparté.

—No. Por favor, no.

—Háblame —insistió.

—No puedo hacer esto. —Logré decir, ahogada. Mi voz casi no se escuchaba, pero el temblor me traicionaba.

Sin pensarlo, me abrí paso entre la gente, ignorando los murmullos a mi espalda. Corrí hacia la salida. La ráfaga de aire fresco y gélido fue como salir a la superficie después de una inmersión profunda.

CAPÍTULO SIETE

LACHLAN

Típico de una mañana de julio en Edimburgo, el cielo estaba gris y, a ratos, el viento se colaba en ráfagas entre los edificios. Yo estaba justo afuera de la entrada de *McLaren Enterprises,* dándole sorbos a un café tibio y recorriendo con la mirada el tránsito de peatones con una indiferencia ociosa.

Los lunes por la mañana siempre tenían su propio ritmo: pasos apresurados sobre el pavimento mojado, gente llegando tarde, pero fingiendo que no…

Y entonces las vi.

Dos mujeres con un parecido que delataba que eran familia, pero fue en la más joven en quien se me quedó la mirada.

Alta, con el cabello oscuro recogido en un moño elegante. Estaba demasiado quieta, con los hombros demasiado tensos, como si se estuviera preparando para el impacto.

Atravesó despacio las puertas giratorias y yo las seguí hacia el *lobby,* fingiendo que no miraba.

No obstante, sí lo hacía.

La mujer más joven se plantó frente al ascensor y estiró la mano hacia el botón… antes de quedarse paralizada. Se le fue el color del rostro. La mano quedó suspendida sobre el botón y luego la aplastó contra la pared. Se inclinó hacia adelante, cerró los ojos y se encorvó. El pecho le subía y bajaba en movimientos cortos, irregulares.

Pánico.

La mujer a su lado la alcanzó, intentando calmarla, sin embargo, ella se apartó, un movimiento pequeño, casi imperceptible, pero inconfundible. Luego, sin aviso, salió disparada, empujando para volver a cruzar las puertas y salir a la calle.

En un instante, volví a estar con mi padre en los meses posteriores a la muerte de mi madre. Se cerró en sí mismo, me apartó, e incluso se estremecía ante el toque más suave. Recordé esa mezcla de rabia e impotencia, el dolor de tenderle la mano a alguien que ya no podía tenderla de vuelta.

—Eso no se suponía que pasara —dijo la otra mujer, casi como si hablara consigo misma. Sonaba devastada—. Yo pensé… Esto no está bien.

Se dio la vuelta, sus ojos se encontraron con los míos, y vaciló: en ellos resplandeció el reconocimiento.

—Señor McLaren —me saludó. Se me alzaron las cejas cuando continuó en un tono bajo—. Lo reconocí por una foto en el teléfono de Brandon. Brandon es mi esposo —aclaró—. Soy Elise.

Extendió la mano y se la estreché.

—Ah, y supongo que esa era la señorita Bailey, su hermana —señalé—. Un placer conocerla.

—Así es.

«Jesucristo, ¿cómo iba a terminar esto si la mujer ni siquiera podía subirse al ascensor?», pensé, pero me guardé el comentario.

—Lo siento, tengo que…

Se quedó en silencio, como si súbitamente se hubiera quedado sin palabras, y una oleada repentina de lástima me apretó el pecho.

—Tal vez debería darle un momento más a su hermana. Que respire. Estoy seguro de que esto no debe ser fácil para ella.

Tenía el rostro sonrojado por la emoción y me miró con los hombros tensos.

—No, no lo es. Por favor, no piense que Eve es incompe...

—No estoy pensando nada de eso —la interrumpí, para tranquilizarla, aunque ni yo sabía muy bien por qué.

Soltó un suspiro pesado.

—Muchas gracias. Brandon y yo pensamos que esto le haría bien. Estructura. Algo estable.

—Está intentando ayudar —comenté—. Pero ¿está segura de que está lista?

—Está lista, señor McLaren —afirmó con terquedad, con los ojos brillándole por lágrimas contenidas.

—Lachlan —corregí.

Elise inhaló hondo, obligándose a serenarse.

—Lo siento. Yo… Ella… Ella no suele...

—No se disculpe —la interrumpí nuevamente—. Este trabajo no se va a ir a ningún lado. Deje que vuelva cuando esté lista.

Los hombros le cedieron un poco y aflojó también el agarre de su bolso.

—Gracias —pronunció, y luego me esquivó y salió apurada detrás de su hermana.

Tras las paredes de vidrio del *lobby,* la vida había vuelto a su zumbido habitual, pero algo había cambiado.

Eve Bailey ya no era solo un favor para mi tío. Era un rompecabezas. Un fantasma dentro de su propia piel. Y yo ya había visto lo suficiente en mi vida como para saber que a esas personas valía la pena prestarles atención.

CAPÍTULO OCHO

EVE

—Eve, espera… —me llamó Elise a mis espaldas. Su mano se deslizó en la mía y me hizo girar para enfrentarla, plantándose en medio del flujo de peatones. La gente se abrió a nuestro alrededor, molesta y curiosa—. Te dije que esperes —me regañó, con el tono de una hermana mayor frustrada, no con el que había tenido esta última semana: el de una cuidadora. Me devolvió de golpe a mi infancia.

La miré, sin aliento y temblando.

Su expresión se suavizó.

—Eve —repitió, ahora con la voz más baja—. Sé que es difícil. Dios, lo sé. Pero esto… esto no es sanar. Estás empeorando.

Tragué saliva; la mirada se me fue a la calle, a la multitud, a cualquier cosa menos a ella.

—¿Qué quieres que diga? —Se me quebró la voz—. ¿Que estoy bien? ¿Que estoy lista para seguir adelante? Porque no lo estoy. Los perdí. Perdí toda mi vida, Elise. A mi bebé. A mi esposo. No se suponía que yo me quedara atrás. No puedo simplemente entrar ahí y fingir que esa noche no pasó.

Su expresión se desmoronó. Abrió la boca para responder, pero seguí hablando:

—Yo también me morí esa noche. Solo que todavía no he dejado de respirar.

El silencio se estiró entre las dos bajo el peso de mi confesión.

—Tal vez deberías hablar con alguien. Un terapeuta. O, aunque sea un consejero. Solo… alguien —susurró por fin.

La miré de golpe, el pánico rugiendo otra vez dentro de mí.

—No. Nada de psicólogos. No puedo… no puedo desangrarme así frente a extraños.

—No estoy intentando hacerte daño —replicó suavemente—. Solo quiero que vuelvas a estar viva.

Negué con la cabeza. Tragué fuerte.

—Voy a volver.

Parpadeó, insegura de haberme oído bien.

—Voy a entrar otra vez —declaré—. No puedo hacer terapia. Pero aceptaré el trabajo. De nueve a cinco. Números. Va a ser suficiente.

Elise exhaló; los ojos le brillaban de lágrimas contenidas.

—Está bien. Está bien. Pero si se pone peor, prométeme que vamos a volver a hablar de esto. De lo otro también.

No prometí. Solo asentí.

No me presionó.

Volvimos al *lobby,* esta vez sin palabras de por medio. El ascensor llegó vacío. Elise entró a mi lado y me apretó la mano un instante antes de soltarla.

Cuando llegamos al último piso, habló con la recepcionista mientras yo me quedaba rígida a un lado, fingiendo leer una placa en la pared.

Colin McLaren. Si bien el nombre no significaba nada para mí, sabía que era amigo de mi cuñado, quien me había conseguido este trabajo.

Entonces llegó un señor mayor.

—¿Eve y Elise? —Su voz era cálida, con un acento escocés que envolvió mi nombre como una pregunta y una bienvenida al mismo tiempo.

—Sí, yo soy Elise. —Se presentó mi hermana con una sonrisa.

—Hola, Elise. —Asintió y luego se volvió hacia mí—. Y tú debes de ser Eve. —Extendió la mano—. Encantado de conocerte.

Le estreché la mano con la mía, helada.

—Igualmente.

Colin McLaren era alto, bastante por encima del metro ochenta, con la complexión sólida de alguien que, de joven, había trabajado con las manos antes de terminar tras un escritorio. Tenía los hombros anchos, pero había cierta soltura en su postura.

Su cabello, abundante y cuidadosamente peinado, mezclaba castaño oscuro con gris, sobre todo en las sienes. No un gris apagado por la edad, sino del que brilla con la luz adecuada.

Sin embargo, fueron sus ojos los que me atraparon. De un marrón cálido y profundo, como azúcar dejada al fuego un segundo de más. En ellos había ese cansancio leve que traen los años y haber visto lo suyo, y una parte de mí simpatizó al instante.

Su presencia no exigía atención: la invitaba. Calmado y firme de un modo que hacía que la gente, por instinto, se acercara. Y yo supe que me ahorraría cualquier juicio.

—Mi buen amigo Brandon me dice que eres inteligente, enfocada y peligrosamente buena con los números —dijo con una sonrisa—. Eso es exactamente lo que busco en una empleada. ¿Quieres que te enseñe el lugar o prefieres lanzarte de lleno?

—Solo lo básico: baño, comedor y mi escritorio —repliqué rápido.

Se rio.

—Directo al grano. Ya me caes bien.

Elise me tocó el brazo.

—¿Quieres que nos veamos después para cenar?

—¿Y si mejor compramos algo? ¿Comemos en casa?

—Perfecto —asintió, sonriendo—. Envíame un mensaje cuando termines.

Me besó la mejilla y me dejó enfrentar el resto sola. La vi irse, desaparecer tras las puertas del ascensor, y luego volví la vista hacia Colin.

Enderecé los hombros y respiré hondo antes de decir:

—Estoy lista.

—Muy bien, Eve —animó, señalando el pasillo—. Vamos a instalarte.

Y así, di los primeros pasos hacia mi nueva normalidad; no porque estuviera lista, sino porque tenía que hacerlo. Porque fingir todavía era más fácil que derrumbarme.



La oficina no olía a papel. Olía a poder corporativo y a dinero.

McLaren Enterprises se alzaba sobre las venas empedradas de Edimburgo, con vistas a una ciudad empapada de historia. A donde mirara había arte abstracto y lámparas que probablemente costaban más que mi viejo coche en Estados Unidos.

Colin me condujo por delante de algunas oficinas con paredes de vidrio y filas de empleados silenciosos y concentrados. *Laptops*, monitores dobles, llamadas en susurros. El zumbido de las finanzas globales en marcha. Nadie levantó la vista. Este no era el tipo de lugar donde a una recién llegada la recibían con donas y presentaciones incómodas. Mejor. Yo no quería atención. Solo quería los números.

—Este es tu espacio —anunció Colin, señalando una oficina metida en una esquina tranquila, con vista a la ciudad y un escritorio de nogal—. Tus credenciales de acceso están sobre el escritorio. El correo electrónico debería estar funcionando.

Asentí y me deslicé en la silla ergonómica mientras Colin se apoyaba en el borde del escritorio.

—No voy a insultarte poniéndote rueditas de entrenamiento, por decirlo así. —Soltó una risita—. Brandon me dijo que trabajabas con derivados de renta variable durante la universidad, ¿no?

—Sí, sobre todo con negocios de volatilidad y cobertura delta.

Levantó un poco las cejas, impresionado.

—Me fui antes de que las cosas se pusieran… feas —añadí.

—Bien. Aquí no hacemos "feo". Al menos no en público —bromeó, con una sonrisa ladeada—. Tu primera asignación está en la carpeta compartida. Evaluación de activos de un portafolio de alto patrimonio en mercados globales. Mayormente fondos mutuos, algunas posiciones clásicas de primera línea, y un puñado de apuestas de capital privado que esperan que *ajustemos* para que tengan menos volatilidad. Vas a trabajar directamente conmigo en la estrategia de inversión. De lleno.

—Así lo prefiero.

Me observó un segundo más de lo necesario, luego asintió una vez y se perdió por el pasillo.

Me volví hacia la pantalla. Inicié sesión. Y solté el aire despacio.

La hoja de cálculo se abrió, densa de datos. Filas de posiciones de renta variable, fechas de vencimiento, calificaciones de riesgo y banderas de exposición fiscal. Fluctuaciones de divisas en varias columnas, salpicadas de siglas y códigos que solo alguien que hablara este idioma con fluidez entendería.

«Ahora sí».

Me arremangué y me puse manos a la obra.

En cuestión de horas ya estaba balanceando modelos, marcando sobreexposición en tecnológicas surcoreanas y corrigiendo un desfase de ganancias de capital en un fondo de cobertura privado. Alguien había etiquetado una posición como "estable" cuando, por debajo, se estaba desangrando.

Mis dedos bailaban sobre el teclado, rápidos y metódicos. Ajusté una simulación de Monte Carlo para probar el escenario de estrés a cinco años del cliente contra un colapso tipo 2008. Su portafolio no habría sobrevivido.

Pero yo *sí* lo haría. *Sobrevivir*, quiero decir.

Porque este trabajo me hacía más fácil respirar… hasta que un *pin* suave me interrumpió. Una ventana de chat interno parpadeaba.

McLaren: Marcaste un problema de deterioro temporal. Bien visto.

Me quedé mirando el mensaje un momento antes de responder.

Yo: Gracias.

Me fijé en el ícono pequeño, sin saber si era Colin u otro McLaren. Recordaba vagamente que mi hermana había dicho que otros miembros de la familia trabajaban allí.

McLaren: Buen trabajo en tu primer día.

Cuando me recosté un momento, el amago de una sonrisa largamente olvidada tiró de la comisura de mi boca. La primera en

meses.

A mi alrededor, el mundo rebosaba de una urgencia educada: las máquinas de *espresso* siseando en el *lounge* del otro lado del piso, el murmullo lejano de un analista guiando a un cliente por una estrategia de salida fiscalmente eficiente.

Yo pertenecía aquí.

Aunque no me había ganado el asiento de la manera tradicional, sabía que valía el oxígeno que estaba ocupando.

Iba a la mitad de un desglose comparativo de desempeño entre dos grupos de fondos cuando vi movimiento en el reflejo de la ventana. Alguien estaba detrás de mí. Mirando.

Me giré.

Colin McLaren rondaba en silencio, con las manos hundidas en los bolsillos de su traje a la medida.

Sus ojos se encontraron con los míos, firmes, sin titubeos, y en ellos vi un reconocimiento sereno. No lástima. No preocupación.

Comprensión.

Y, de algún modo, eso me reconfortó más que cualquier palabra.

—Eres rápida —halagó, con la voz baja y pareja, como si fuera un pensamiento dicho en voz alta. Se pasó una mano por el cabello salpicado de plata: un gesto inquieto que no terminaba de encajar con la calma de sus ojos.

—Soy más enfocada que rápida, debo decir.

—Buena distinción. —Pausa—. Y tu informe ya se envió a legal para las revisiones de cumplimiento. Mi sobrino lo marcó para revisión en menos de una hora.

Me encogí de hombros como si no importara.

Inclinó la cabeza.

—Tienes instinto. Del que no viene de títulos ni de prácticas.

—Gracias.

—Concéntrate en los números y en lo confiables que son, Eve. Lo demás va a acomodarse. Créeme.

Y simplemente se alejó, mientras sus palabras se quedaban flotando en el aire.

Volví a la pantalla, el corazón más callado, las manos firmes. Esto no era sanación. Esto no era cierre. Era solo… números. Patrones.

Pero era algo, y por ahora, era suficiente.

CAPÍTULO NUEVE

EVE

Más tarde esa noche, comimos en mi apartamento limpio y ordenado. Elise puso la mesa, colocando un tercer plato.

—Brandon va a cenar con nosotras —explicó, observando mi rostro.

Mi cuñado había sido parte de mi vida desde que él y Elise empezaron a salir en la secundaria. No podía recordar a mi hermana con nadie más. Si hubo un "antes de él", no importaba. Su boda solo lo hizo oficial; él ya era familia desde mucho antes.

—¿Está bien? —preguntó, con la voz titubeante.

Asentí.

Sonrió, visiblemente aliviada, y se puso a tararear mientras abría las cajas de comida para llevar.

Brandon llegó poco después, entrando como siempre. Como si estuviéramos de vuelta en *Maryland* y el tiempo se hubiera rebobinado. Me besó la frente: un gesto suave y familiar, exactamente lo que necesitaba después del caos del día.

—Huele muchísimo mejor que lo que nos dieron en la conferencia —opinó, sentándose en la silla frente a mí—. Tenías que ver el almuerzo de hoy. Pollo gris y un panecillo que podría romper una ventana.

Elise se rio.

—¿Y cuál fue el tema esta vez?

—Cardiología y neuroplasticidad en la recuperación del trauma —informó, mirándome de reojo—. Lo segundo estuvo muy interesante.

Están estudiando cómo el cerebro se reorganiza después de una pérdida. Física y emocional.

Elise alternó la mirada entre los dos.

—Eso es un poco… oportuno.

Yo mantuve la atención en mi plato.

Brandon suavizó el gesto.

—Presentaron el caso de una mujer que perdió la audición después de un choque. No hubo daño físico, solo por el *shock*. Pero meses después, el cerebro se reencaminó. Empezó a adaptarse.

—*Huh* —murmuré, más que nada para que no pareciera que los estaba ignorando.

Él asintió.

—Me hizo pensar… en cómo la gente sobrevive a cosas que no debería. El cuerpo se acuerda, pero también intenta sanar.

Elise buscó mi mano bajo la mesa y me la apretó con suavidad.

Brandon se aclaró la garganta.

—¿Vas bien en el trabajo, Eve? El primer día siempre es duro.

—Estuvo bien —contesté.

—Lo hizo excelente —añadió Elise de inmediato—. Colin quedó muy impresionado.

Brandon sonrió.

—No me sorprende. ¿Te cayó bien?

—Sí, está bien.

Hubo un segundo de silencio antes de que Brandon se inclinara un poco hacia adelante.

—¿Qué fue lo más difícil? —inquirió, con un matiz de cautela en la voz.

Me quedé mirando el arroz en el plato, levanté un bocado con el tenedor… y volví a dejarlo.

—El ruido —confesé por fin—. Prefiero el silencio.

Ninguno de los dos habló de inmediato. Creo que tenían miedo de que el momento me partiera en dos.

—A veces el silencio sana —dijo Brandon—. Pero a veces es solo… darle vueltas.

Asentí.

—Me voy a dormir —musité, ya poniéndome de pie—. Mañana empiezo temprano.

Brandon me dedicó una sonrisa suave.

—Vamos a estar aquí si necesitas algo.

La mirada de Elise me siguió por el pasillo, como si temiera que fuera a desaparecer otra vez.



Me cambié y me puse una camiseta vieja antes de meterme a la cama.

Las sábanas estaban frías, intactas desde la mañana. Me quedé boca arriba, observando el techo, con los brazos tensos a los costados.

El apartamento estaba en silencio ahora. De ese silencio que se siente ensordecedor. El sonido constante de los autos subiendo y bajando por la calle me mantenía amarrada a algo.

Había sobrevivido a mi primer día. Sonreí una vez, quizá dos. Eso debería significar algo. Pero no lo hacía.

Tenía el pecho apretado. Me giré de lado y luego volví a quedar boca arriba. Aunque me ardían los ojos, el sueño no llegaba.

De todos modos, los cerré y mantuve los párpados apretados hasta que el cuarto se transformó.

La luz centelleó detrás de mis párpados y después se apagó. En alguna parte oí el suave crujido de unas tablas del piso. Una risita. Aguda. Familiar.

La de mi bebé.

Ligera y clara, como campanillas de viento en primavera.

Me giré y ahí estaba él, incorporado en su cuna, con la sonrisa más grande en su carita regordeta, estirando los brazos hacia mí.

Yo extendí los míos, pero entonces el aire se volvió espeso cuando las llamas lamieron las paredes. El incendio floreció como una flor grotesca, devorándolo todo a su paso.

Las sirenas aullaban a lo lejos y luego… un destello de la explosión.

Después, silencio.

Me incorporé de golpe en la cama, empapada en sudor, con el corazón martillándome.

No había monitor de bebé. No había cuna. No había esposo. Solo el silencio terrible, sofocante.

CAPÍTULO DIEZ

LACHLAN

Mi *penthouse* en Edimburgo era más una comodidad que otra cosa. Fue lo primero que compré después de tomar el control de mi empresa. Pero cada vez que mi prima, Ainslee, estaba aquí, se sentía como un hogar. Su energía llenaba cada espacio, aunque yo sabía que ella también estaba batallando con sus propios demonios.

Ainslee se acercó a las ventanas, con la ciudad extendida bajo sus pies como un boceto hecho con carbón. La luz menguante del atardecer se le enredó en el cabello, volviéndolo cobrizo en los bordes.

—Te quedan un par de horas antes de que el *jet* esté listo —notifiqué, dejando su té sobre la mesa—. Te debería llevar a Londres con tiempo para respirar.

Esbozó una sonrisa tenue.

—Gracias. No sé qué haría sin tu *jet* privado.

Me hundí en el sofá, relajando los hombros.

—No me cabe duda de que te las arreglarías, como te las arreglas con todo.

—Probablemente. —Soltó una risita, aunque casi no había humor en su tono—. Pero esto ayuda mucho. Gracias.

Se sentó conmigo, aunque se situó en el extremo más alejado, rodeándose las rodillas con los brazos.

—Hoy hay algo que te inquieta —señalé.

Su mirada saltó hacia mí y volvió al horizonte.

—Solo… le estoy dando vueltas a cosas.

No insistí. Ainslee nunca reaccionaba bien a que la presionaran; prefería abrirse cuando le nacía.

Al final lo hizo.

—Hoy pensé en él. Ni siquiera sé qué lo detonó, pero se me cruzó por la cabeza.

"Él" era su primer amor: Daniel Carrington. El infame mafioso londinense con el lujo de poder esconderse detrás de sus negocios legales. Su historial criminal no era lo que me interesaba. Lo que importaba era que lastimó a mi prima, y el dolor que le causó me encendía una rabia nueva. Ella merecía algo mejor.

—Lo sé, lo sé —siguió—. Tengo que olvidarlo.

—No merece ni tus pensamientos —mencioné despacio, sin querer herirla—. No debió hacerte creer que iba a volver si no lo haría. Eso me da una rabia…

Asintió, pero por como apretó los labios supe que el tema estaba cerrado, así que lo dejé. No necesitaba irse enojada antes de su presentación esta noche.

—También me crucé con Layla hoy —anunció, cambiando de tema de golpe.

Gemí.

—Dios santo. Espero que no te haya hablado hasta el cansancio.

—Dijo que ya es hora de que "por fin sientes cabeza" y que ustedes dos son tal para cual. Palabras de ella, no mías. —Ainslee me lanzó una mirada de lado—. Puede que no se equivoque con lo de sentar cabeza, pero ustedes dos se matarían antes de su primer aniversario de bodas.

Me tocó a mí soltar una risa sin humor.

—Probablemente. No te preocupes; a Layla le encanta proyectar. Lo nuestro se acabó hace mucho y ella lo sabe. —Dudé antes de añadir—: Creo que más bien está intentando llenar el hueco que siente.

La expresión de Ainslee se suavizó al instante.

—¿Todavía hablan?

—A veces. Me preocupa. Sus abuelos son unos hijos de puta que saben cómo joderle la vida a alguien, pero tiene un poco de apoyo de sus amigas, así que… algo es algo.

Ainslee asintió con seriedad, aunque no conocía toda la historia. Era cosa de Layla contarla. Yo solo me veía envuelto a veces. Si yo tuviera un terapeuta, sospecho que diría que es por mi experiencia con la muerte de mis propios padres.

Pensándolo bien, me pregunté si esa era la razón por la que Eve Bailey seguía rondándome la cabeza.

—Hay una mujer nueva en el trabajo. —Empecé despacio. Ainslee sabía lo suficiente de mi empresa como para saber que la rotación de personal era casi inexistente—. Mi tío la acogió como su mentor.

—No puede ser. Yo pensaba que el único con trato preferencial eras tú.

—Al parecer, me reemplazaron —bromeé, poniendo los ojos en blanco, aunque una sonrisa afectuosa me curvó los labios. Sí, fue mi mentor después de la muerte de mi padre, y de algún modo seguí ahí incluso cuando ya era demasiado grande para eso. Siempre le estaría agradecido y lo querría por ello, pero a veces se pasaba, y sospechaba que se estaba yendo por ese camino con Eve.

—¿Quién es esa mujer? —indagó.

—Eve. Es de Estados Unidos.

La sorpresa le cruzó los ojos.

—¿Qué hace aquí?

—Por lo que parece, está intentando empezar de nuevo.

—Aaaah.

Entrecerré los ojos.

—¿Y eso qué significa?

Negó con la cabeza.

—Nada. Solo que… tú tienes como esa urgencia de salvar a la gente.

Solté una exhalación sardónica.

—Ni de cerca.

Ainslee no insistió, pero me observó con atención.

Me aclaré la garganta.

—No he interactuado con ella, así que tu lógica está mal.

Y probablemente era lo mejor. Si no, Ainslee me vería todos los días y se empeñaría en "ayudarme".

—El día todavía es joven —bromeó a medias.

—Bien, piensa lo que quieras.

Eso le sacó una risa, no obstante, su ánimo se ensombreció enseguida.

—Hablando de salvar gente —apuntó, apretándose más las piernas—. ¿Qué crees que debería hacer con Callen?

Me recosté, preparándome para lo que venía.

—¿Todavía estás indecisa con él?

—No sé qué estoy sintiendo —admitió—. Es el padre de mi hijo, pero no logro saber si me quedo por obligación o porque de verdad le tengo cariño. Y cada vez que intento imaginar un futuro con él, siento que estoy interpretando un papel que alguien me puso en las manos.

Observé sus dedos, retorciendo el borde de su suéter.

—¿Y cómo se ve tu papel?

—Ese es el problema —pronunció—. No lo sé. Siento que estoy en la película equivocada o algo así.

—La incertidumbre también es una respuesta. Es tu subconsciente intentando hacerse oír —expliqué en voz baja.

—O me está diciendo que soy incapaz de comprometerme con algo estable —murmuró.

Negué con la cabeza.

—Te han lastimado. Es normal que seas cautelosa, y los dos sabemos que Callen también tiene sus fallas.

Parpadeó, tomada por sorpresa.

—¿Entonces no crees que estoy loca?

—En absoluto.

—Suena como si ya hubieras pasado por esto.

—Lo hice —admití—. Con Layla. No había conexión y los dos lo sabíamos.

—No estoy tan segura. Creo que ella todavía lo está procesando. —Tarareó—. ¿La extrañas?

—No en el sentido de que debiéramos estar saliendo —agregué con honestidad—. Solo quisiera que aprendiera a confiar en su propio valor y se alejara de sus abuelos.

Ainslee bajó la mirada a sus manos.

—Ojalá tuviera tu claridad.

—Te va a llegar —aseguré—. Normalmente cuando dejas de preguntarte qué piensa todo el mundo.

Se rio, pero le salió cansada.

—Hasta mamá tiene una opinión.

—Tengo la sensación de que nadie va a ser lo bastante bueno para ti a ojos de tu mamá —opiné—. Pero también tienes que entender que nuestros padres tuvieron un amor excepcional y poco común. Eso es difícil de encontrar.

Pareció entenderlo, porque se levantó y volvió a la ventana, relajando los hombros apenas un poco.

El *jet* estaría listo pronto. Ella se iría y yo volvería a llenar mis días dirigiendo una empresa y fingiendo que no sentía un hueco por dentro por la tragedia de mis padres.

CAPÍTULO ONCE

EVE

Las primeras dos semanas en el nuevo trabajo pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Tal vez mi hermana tenía razón: había algo extrañamente reconfortante en la monotonía. No arreglaba nada, pero durante las horas de trabajo ayudaba a silenciar el duelo.

Para el tercer lunes, Elise dejó de acompañarme hasta la entrada del trabajo. Brandon ya había regresado a *Maryland*, y ayer ella también voló de vuelta. Tenían sus propias vidas, sus propias responsabilidades, y yo me repetí que estaba bien con eso. Sin embargo, Elise no lo estaba. Intentaba ocultarlo, pero yo podía ver la preocupación tallada en su rostro. Las arrugas alrededor de sus ojos eran demasiado profundas para alguien de su edad; el surco tenso entre sus cejas se había vuelto permanente con los años. Años pasados criándome, cuando no debería haber tenido que hacerlo.

La mañana de su vuelo, anduvo pendiente de todo. Prácticamente, me armó un horario como si yo tuviera doce otra vez. Quise protestar, recordarle que era una adulta, mas no lo hice.

No necesitaba más estrés. Merecía paz. Así que asentí, prometí que me reportaría todos los días. Prometí que me cuidaría.

Fijó horas específicas cada día para que nos conectáramos por mensajes y llamadas; cualquier cosa que le aliviara la ansiedad. Incluso la escuché hablando con Colin un par de veces, sin duda comprobando cómo iba yo.

Y, honestamente… demonios. Que lo hiciera. Si eso le daba tranquilidad, podía tener al maldito CEO en marcación rápida, por mí

encantada.



Las semanas volaron, y mi interacción en el trabajo se limitó a Colin y a su asistente administrativa, Lizzy.

Colin me mantenía ocupada, aunque había días en que era más difícil perderme en el trabajo que otros, sobre todo cuando las tareas no eran desafiantes. A menudo me asignaban cosas sencillas: elaborar resúmenes de desempeño, hojas de preparación para clientes y conciliaciones.

Su asistente me pedía todavía menos.

Lizzy rondaba los cincuenta y traía consigo un aire de calidez tranquila y una perspicacia silenciosa que me daban paz de inmediato. Su cabello con vetas de plata siempre estaba prolijamente recogido, y sus sonrisas suaves parecían desactivar la tensión de la oficina.

Tenía una bondad sutil en la mirada y un trato sereno, y por eso yo se lo agradecía.

Se sentaba en un escritorio modesto justo fuera de la oficina de Colin, colocado de modo que pudiera interceptar a los visitantes. Su espacio estaba ordenado, con unos cuantos toques personales: una planta en maceta, una foto enmarcada de su familia numerosa y una pila minuciosa de archivos. Todo el conjunto hablaba de una sencillez auténtica, y a menudo me descubría atraída hacia ese lado del piso.

Ella y Colin trabajaban como si llevaran años sincronizados, los dos presentes, pero sin imponerse nunca, dejándome sentir respetada y cómoda en su compañía.

Aun así, no lograba sacudirme la sensación de que Colin le mandaba reportes diarios a Brandon. Traté de no echárselo en cara a ninguno de los dos. En cambio, me concentré en lo que sí podía controlar. Llegaba temprano, me quedaba hasta tarde y me enterraba en trabajo, esperando que, si salía cada día agotada, mental y físicamente, las noches pasarían sin sueños.

Pero al final, incluso ese patrón anestesiante empezó a molestarme. Quería más.

No más trabajo. Más propósito.

Tal vez Elise tenía razón. Otra vez.

Había terminado el informe a las cuatro y lo envié para revisión; luego, me puse manos a la obra con unos correos de Lizzy antes de mirar el reloj. El tiempo se me había ido.

Ya estaba a punto de guardar mis cosas cuando Lizzy apareció en la puerta, con una carpeta en la mano y su sonrisa maternal de siempre.

—Veo que sobreviviste al calvario del ROI —declaró con ligereza, recorriendo con la mirada mi oficina. Los muebles de caoba le daban una sensación acogedora, pero profesional. Y la vista no estaba nada mal tampoco: daba a las calles históricas empedradas de Edimburgo.

Logré una sonrisa pequeña.

—A duras penas.

Entró y dejó la carpeta en una esquina del escritorio.

—Colin quedó impresionado. Y créeme: ese hombre no reparte cumplidos así como así.

—Yo solo… estaba lista para retos más grandes —admití, encogiéndome de hombros—. He estado yendo a lo seguro.

Lizzy asintió, sin una pizca de juicio en su expresión.

—Lo seguro está bien, por un tiempo —comentó—. ¿Pero cuando es demasiado…? Se te olvida quién eras antes de que todo se viniera abajo.

Se me cortó un poco el aire con sus palabras. Ella no insistió. Solo me pasó un *post-it* con un par de cosas administrativas menores en las que necesitaba mi ayuda.

—Lo estás haciendo muy bien, Eve. Tenemos suerte de tenerte —añadió, y luego se dio la vuelta para irse.

—¿Lizzy?

Se detuvo en el umbral.

—Gracias —afirmé. Ni siquiera estaba segura de qué le estaba agradeciendo. ¿Tal vez solo por tratarme como a una persona normal?

Su expresión se suavizó.

—Cuando quieras, cariño.

Desapareció por el pasillo, y yo me quedé un momento con mis pensamientos, sintiendo el más mínimo cambio dentro de mí. Como si algo quebradizo se hubiera ablandado en los bordes.

Apenas había cerrado la cremallera de mi bolso cuando Colin apareció en la puerta.

—Hola.

—Hola, Eve.

—¿Pasa algo?

—Oh, no. Perdona, *lass* —aclaró con una risita—. Solo quería felicitarte por tu informe; quedó muy bien hecho. Incluso señalaste un par de cosas que yo no había visto.

—Gracias —repliqué, con un chispazo de orgullo.

—¿Quieres seguir trabajando en proyectos así?

—Sí. Definitivamente.

Asintió.

—Bien. Te van a seguir llegando —indicó, quedándose un segundo más—. Lizzy, su esposo y yo vamos a esa heladería al aire libre, es nuestro ritual semanal. ¿Te gustaría venir con nosotros?

Me golpeó el reflejo habitual de decir que no, no obstante, esta vez hice una pausa, pensando en la bondad de Lizzy, en la paciencia de Colin. No obstante, la voz de Elise era la más fuerte en mi cabeza, empujándome a intentarlo.

Tal vez si iba, Elise se enteraría. Tal vez dormiría más tranquila. Tal vez yo también.

—Sí. —Acepté.

Las cejas de Colin se alzaron. Estaba claramente sorprendido, pero se recompuso rápido.

—Genial —replicó con una sonrisa—. ¿Quieres que vayamos caminando juntos?

—Sí —repetí, tomando mi bolso.

Cuando salimos al aire tibio de la tarde, sentí algo desconocido agitándose en el pecho.

No era alegría, pero tampoco era el duelo de siempre.

CAPÍTULO DOCE

EVE

—Tus padres deben de estar orgullosos de ti —comentó Colin mientras caminábamos; era imposible ignorar el ambiente escocés de Edimburgo.

Resoplé.

—Mi papá murió cuando yo era demasiado pequeña como para siquiera recordarlo.

—¿Y tu mamá?

Me encogí de hombros, ignorando la sensación helada en el pecho.

—No somos cercanas. —Y, ansiosa por cambiar de tema, pregunté—. ¿Tú eras cercano a tus padres?

Soltó una risita.

—Eso fue hace mucho, pero sí, claro. Todo el clan McLaren era muy unido.

Intenté imaginar lo que se sentía tener una familia grande, unida. Debía de ser lindo.

Caminamos juntos hasta la heladería. Colin hizo casi toda la conversación el resto del paseo: historias de su hermana, de su sobrina y su sobrino, y pedacitos de historia familiar contados con un orgullo evidente. Yo escuchaba a ratos, con la mitad de mi atención puesta en la ciudad a nuestro alrededor y la otra mitad perdida en mis pensamientos.

Desde que llegué a Edimburgo, no me había aventurado a salir a pasear, a conocer esta ciudad hermosa. Solo había caminado en

línea recta entre mi apartamento y el edificio de *McLaren Enterprises*, con la cabeza agachada y el corazón cerrado. Pero me juré ahí mismo que iba a cambiar eso cuando noté la luz de principios de septiembre inclinándose sobre las estructuras antiguas, el murmullo de la gente cenando en las terrazas, los toques vibrantes de color en las jardineras sobre barandales de hierro forjado. Todo me hizo darme cuenta de cuánta belleza había ignorado.

Meses viviendo aquí, y nunca había mirado de verdad.

—¿Estás bien? —preguntó Colin al doblar la esquina hacia otra calle empedrada.

—Sí —respondí rápido—. Solo… prestando atención por primera vez.

Asintió y, por una vez, se instaló un silencio cómodo.

Cuando llegamos a la heladería, los ojos de Lizzy se abrieron al verme.

—¡Eve! —Jadeó—. ¡Pensé que estaba viendo visiones!

Dudé.

—Es… que sonó lindo para esta noche.

Su sorpresa se derritió en una sonrisa amplia y cálida.

—Me alegra tanto que vinieras. —Se puso de pie y sacó una silla a su lado—. Siéntate aquí, *dulzura*.

Logré sonreír. *Dulzura.* Nadie me había dicho eso antes, y se sintió raro. Suave. Me senté en silencio.

—Este es mi esposo —anunció, señalando al hombre a su lado—. Jack. Es inglés.

Parpadeé, momentáneamente confundida por la aclaración.

Colin se rio.

—Es una advertencia cultural —explicó—. Décadas de tensión entre escoceses e ingleses. Ella lo deja claro desde el principio.

Lizzy se encogió de hombros, divertida.

—Viejas costumbres.

Extendí la mano.

—Mucho gusto.

Jack sonrió con calidez.

—Igualmente, Eve. He oído cosas buenas.

Un tirón de incomodidad me atravesó. ¿Qué había oído exactamente? ¿Que me sentaba sola en mi oficina y casi no le hablaba a nadie? ¿Que era un caso de caridad que Colin contrató por su conexión con mi cuñado?

—Lizzy dice que eres muy perspicaz —añadió Jack antes de que pudiera hundirme en esa espiral.

Lo miré, parpadeé, y sonreí. Un gesto que hasta a mí me sorprendió.

—No sé si tanto —contesté—. Creo que solo está feliz de tener a alguien a quien delegarle cosas.

—Sí estoy feliz de tener ayuda —agregó Lizzy, dándome unas palmaditas en la mano—. Pero eres inteligente, Eve. Y rápida.

El halago me hizo retorcerme por dentro. Me acomodé en la silla e intenté desviar el tema.

—Entonces… ¿siempre son ustedes tres en estos rituales semanales de helado?

Colin sonrió.

—Casi siempre. Nos conocemos desde hace siglos. Jack y yo fuimos a la universidad juntos. Luego, Lizzy empezó a trabajar conmigo. Y lo demás es… una historia predecible, si acaso aburrida.

—Nos casamos y producimos cuatro hijos claramente promedio —agregó Jack, seco.

Lizzy puso los ojos en blanco, riéndose.

—No le hagas caso. Es modestia al extremo.

Sonreí con educación, aun así, cuando Colin y Jack se lanzaron a contar una historia sobre una broma escolar antiquísima, el sonido de su risa, fácil y habitual, resonaba hueco en mi cabeza. Intenté seguir la conversación, pero cuanto más hablaban de familia, niños e historias que abarcaban décadas, más se me cerraba la garganta.

El rostro de Hayden irrumpió en mi memoria, sin invitación y devorándolo todo: rizos oscuros, piel suave, deditos pequeños aferrados a los míos. Casi podía oír su risa. Cerré los ojos un instante, obligándome a que la imagen se desvaneciera y el dolor en el pecho aflojara su agarre.

Sin embargo, no lo hizo. No enseguida.

Me quedé viendo la veta de la mesa de madera, concentrándome en las imperfecciones de la superficie, siguiéndolas con la mirada hasta que se me nublaron.

—¿Eve?

Alcé la vista despacio. El corazón pesado, la respiración errática.

La boca de Colin se movió otra vez, formando palabras que no alcanzaba a captar.

—Eve —repitió, suave pero firme.

Parpadeé con fuerza y dejé escapar con voz áspera:

—¿Sí?

La comisura de sus labios se curvó.

—¿De qué sabor te gustaría el helado?

«Helado».

Claro. Para eso estábamos ahí.

Miré al mesero, que me observaba a la expectativa.

—Solo un vaso de agua. Y un café helado, por favor.

El mesero se encogió ligeramente de hombros y lo anotó antes de seguir con los demás.

—Deberías venir cada semana —incitó Lizzy, rozándome el hombro con el suyo—. Sin presión. Solo… si se siente bien.

Asentí sin comprometerme. No sabía si volvería. Ni siquiera sabía si debía, porque a veces sentía que era un cadáver entre los vivos. Ellos estaban anclados a un mundo que seguía girando. Yo seguía enterrada bajo los escombros del que había perdido.

Antes, me gustaban noches como esta, con una alegría tranquila y ordinaria. Antes leía por el simple gusto de hacerlo. Antes escribía, volcaba mis pensamientos en la página como si significaran algo. No había escrito una sola palabra desde el funeral. Ni siquiera había vuelto a abrir un libro.

El vacío de mi apartamento se había convertido en mi única compañía.

No obstante, aquí, rodeada por la posibilidad de nuevos amigos, algo seguía moviéndose. No lo suficiente como para sacarme de donde estaba, pero sí para recordarme que existía otra versión de la vida. Una que yo había conocido.

CAPÍTULO TRECE

EVE

Cuando volví a mi apartamento, zumbando por la cafeína y con una sensación renovada de esperanza, mis pensamientos regresaron a la vida antes de que todo cambiara. A las noches largas en mi oficina de *D.C.*, con las pantallas brillando y los plazos parpadeando; el pulso incesante de correos y manuscritos. Solía quedarme mucho después de que todos se iban, luego me llevaba la *laptop* a casa y seguía trabajando. Siempre un capítulo más por editar, un acuerdo más por cerrar. Me había dicho a mí misma que estaba construyendo algo que importaba.

Sin embargo, en algún punto del camino, me perdí demasiado.

Me perdí la hora del baño y los cuentos antes de dormir. Me perdí los primeros pasos de Hayden y sus carcajadas. Me perdí las señales en los ojos de Hunter… las que advertían que se me estaba escapando.

Tal vez el derrumbe empezó antes de lo que alguna vez me atreví a admitir. Tal vez empezó el día que me negué a llevar su apellido. Me había dicho que era por mi carrera, por mi identidad. Estaba orgullosa de lo que había construido con mi apellido de soltera. Tal vez demasiado orgullosa. Hunter nunca dijo gran cosa al respecto, pero yo veía cómo le había lastimado el ego, sobre todo porque los dos trabajábamos bajo el mismo techo en la editorial: yo, como una autora en ascenso; él, como editor en jefe.

Me repetí que se le pasaría, que el amor sería suficiente.

Pero el amor necesitaba dedicación y cuidado para crecer, y yo le había dado todo el mío a mi ambición.

Pasé junto al espejo del pasillo, apenas iluminado, y me detuve al ver a una desconocida devolviéndome la mirada.

Bajé la vista al collar que llevaba en mi cuello: una cadena fina de oro que sostenía dos anillos de boda. No me lo había quitado desde que me dieron el ultimátum.

La puerta principal. Mi maleta a mi lado. Nuestros anillos de boda en la palma de su mano.

—Aclara cuáles son tus prioridades —dijo Hunter, con la voz baja.

Su último intento de salvar nuestro matrimonio.

Y luego… ya no estaban.

Volví a mirarme: los pómulos demasiado marcados, la piel pálida, las sombras bajo los ojos por noches sin dormir y sueños inquietos.

La única parte de mí que no había apagado el duelo era el cabello: todavía espeso, todavía oscuro, todavía cayéndome en ondas suaves por la espalda. Un contraste cruel con el resto.

Parecía alguien de luto. *Era* alguien de luto.

Y, sin embargo… esta noche había algo distinto en mí. El vacío ya no retumbaba tan fuerte.

Tal vez fueron las risas en la heladería. O la mano tibia de Lizzy sobre la mía. Tal vez era que, por una hora, no me había sentido completamente invisible.

«O tal vez mi hermana tiene razón y ya era hora de que me levantara. Antes me enorgullecía de mi apariencia».

Me quedé frente al espejo un buen rato y luego me aparté.

El apartamento estaba en silencio, como siempre. En el aire flotaba esa quietud de finales de verano. Solo se oía el zumbido lejano de la ciudad y el *tictac* del reloj viejo sobre la repisa de los libros.

Sin pensarlo demasiado, fui al clóset y saqué unos *leggins* y una camiseta de tirantes.

Cuando me las puse, la ropa me quedó suelta, pero lo ignoré. Me até los tenis y salí.

Afuera, el calor del día había transitado hacia un clima agradable. Las calles estaban más tranquilas; el resplandor dorado de los faroles trepaba por los edificios de ladrillo y los muros cubiertos de hiedra.

Al principio, solo caminé. Lento, con duda.

De a poco aceleré, dejando que mis pies golpearan el pavimento con una cadencia medida. No era tanto un trote como una carrera a regañadientes, pero mi pulso se elevó y algo inquieto dentro de mí bostezó, despertando.

No fui lejos. Solo unas cuantas cuadras. Lo suficiente para sentir la sangre calentarse. Lo suficiente para recordar lo que era moverse por el mundo con propósito.

Cuando regresé, me dolían las piernas y la piel se me pegaba por el sudor. Me metí directo a la ducha y dejé que el agua caliente me golpeara la espalda, llevándose no solo el día, sino algo más pesado.

Me puse ropa limpia, me peiné y luego vagué hasta la cocina.

Por primera vez en lo que me pareció una eternidad, no abrí el refrigerador solo para cerrarlo de nuevo. De verdad me preparé algo: huevos revueltos y pan tostado con mantequilla, y enjuagué un puñado de uvas en un colador. Simple, pero real. Me senté en la barra y me lo comí todo despacio, masticando cada bocado como si importara.

Cuando por fin me dejé caer en la cama, el cuerpo me latía de cansancio… del bueno.

En cuanto la cabeza tocó la almohada, el sueño llegó casi de inmediato.

Soñé con mi bebé.

Con su risita rebotando por el pasillo. Con él, de pie sobre sus piernas gorditas, avanzando tambaleante hacia mí con los brazos extendidos. De sus cálidos y grandes ojos cafés, mirándome con esa expresión… la que me hacía sentir que yo era su mundo entero.

Y esta vez, cuando desperté, no estaba llorando.

CAPÍTULO CATORCE

EVE

Había pasado otra semana.

Colin, Lizzy, Jack y yo estábamos sentados alrededor de la mesa de madera desgastada en la acogedora heladería con la que había pasado gran parte de la semana soñando despierta. El lugar era una reliquia encantadora del viejo Edimburgo: hiedra trepando por la fachada de ladrillo, letreros pintados a mano y ventanales con cuadritos que atrapaban la luz dorada del sol de la tarde. Adentro, el aire estaba lleno del aroma dulce de los conos de *waffle*, el chocolate derritiéndose y la crema espesa, mezclado con un leve olor a *scones* recién horneados del café de al lado.

Las paredes estaban decoradas con fotografías en blanco y negro, descoloridas, del pasado de la ciudad, y una pizarrita listaba las especialidades del día con una caligrafía elegante, de trazos curvos. El murmullo suave de la conversación, mezclado con el tintineo de las cucharitas contra los cuencos de vidrio, creaba un ambiente acogedor.

Lizzy dejó caer la cuchara en su tazón vacío de helado de nuez pecana con mantequilla y sonrió.

—Vas a salir con nosotros otra vez la próxima semana, ¿verdad?

Asentí, saboreando mi café.

—No me lo perdería.

— Ya eres parte del grupo oficialmente. —Colin sonrió, encantado.

—Te acompañamos un tramo de camino a casa. —Ofreció Lizzy mientras juntábamos nuestras cosas para irnos.

Salimos y nos pusimos a caminar con soltura, despidiéndonos de Colin con la mano cuando nos separamos.

Las temperaturas habían bajado en los últimos días y, mientras me cerraba más la chaqueta, la voz de Lizzy me hizo girar.

—Perdí a un hijo… hace muchos años.

La miré; luego, a Jack, sintiendo que se me apretaba la garganta.

—Pensé que el dolor me iba a tragar entera. Los primeros años fueron los más duros. Sentía que me ahogaba, como si el mundo no tuviera espacio para mi duelo. —Ella y su esposo intercambiaron una mirada breve y él le tomó la mano—. Pero con el tiempo —continuó —, ese ardor punzante se fue apagando. No desapareció, solo se volvió más llevadero. Como un dolor constante debajo de todo lo demás. —Nos detuvimos en una calle concurrida y miramos de izquierda a derecha antes de cruzar—. A los que perdimos… los llevamos en el corazón y los reconocemos en momentos pequeños. En una canción, un aroma, una historia. Eso mantiene viva su memoria y, de algún modo, nos ayuda a seguir viviendo también.

—Gracias por contármelo —susurré, con la voz casi inaudible sobre el roce del viento entre los árboles.

—No estás sola, Eve —añadió Jack con suavidad.

—El duelo nos conecta de formas que no siempre esperamos —reflexionó Lizzy con voz ronca—. No es algo que se supere. Se va apagando con el tiempo, pero nunca desaparece del todo. Solo aprendes a vivir con ello. Algunos días pesa menos. Otros días... —vaciló, la mirada yéndose hacia el cielo—. Te agarra desprevenida, como una tormenta que no viste venir.

Se me formó un nudo en la garganta y no encontré palabras, así que solo asentí.

Seguimos por *Royal Mile*, que en un extremo lleva al moderno Parlamento escocés y, en el otro, al castillo, y el saber que compartíamos más de lo que yo había creído se me asentó sobre los hombros.

Llegamos a la esquina donde nuestros caminos se separaban y Lizzy me tocó el brazo apenas un instante.

—No tienes que tener todas las respuestas hoy. Solo sigue adelante.

Los vi alejarse, sus siluetas perdiéndose despacio en la luz que se apagaba, pero sus palabras se quedaron conmigo mucho después.



Más tarde esa noche, me puse los tenis para correr y tomé el celular. Necesitaba oír la voz de Elise antes de salir a la oscuridad.

—*Hola. ¿Cómo estuvo tu ejercicio?* —preguntó, su voz brillante pero cautelosa.

—Todavía no he salido —admití.

Hubo una pausa.

—¿Estás bien? Suenas distinta.

Dudé, y luego dije:

—Lizzy me contó sobre el hijo que perdió hace mucho.

Se oyó un suspiro al otro lado.

—Ojalá no lo hubiera hecho.

—En realidad, me alegra que lo hiciera —repliqué, recordando sus palabras—. Dijo que el dolor nunca se va del todo, pero se vuelve más tenue, como una molestia leve debajo de todo lo demás.

Hubo un silencio palpable.

—Suena… muy duro.

—Lo es —coincidí—. Pero también dijo que guarda la memoria de su hijo en momentos pequeños, como una canción, un aroma o una historia. Y que eso ayuda a mantenerlos vivos dentro de nosotros… y nos ayuda a seguir viviendo también.

—Creo que eso puede ser algo reconfortante a lo que aferrarse —pronunció Elise con suavidad.

—Eso creo —respondí, sintiendo que algo cálido echaba raíces en mi pecho.

—Aun así, ¿segura de que estás bien? —insistió—. *Suenas cansada.*

Sonreí.

—Lo estoy. Por eso hoy me lo voy a tomar con calma y no me voy a exigir.

—Bien. Tienes que escuchar a tu cuerpo, Eve. No lo apresures.

—Lo sé. Si no, al menos voy a caminar. —Volví a sonreír—. ¿Tú y Brandon tienen planes para el fin de semana?

—Nada especial. ¿Tú?

—Estoy pensando en probar esa receta de estofado de cordero de la que Lizzy no deja de hablar.

Elise se rio.

—Eso es cruel, considerando que estamos en continentes distintos.

—FedEx tiene entrega al día siguiente, ¿sabías? —bromeé.

Nos quedamos un rato más al teléfono. Elise me contó que, aunque ya era otoño, vio *The Holiday* tres veces esta semana para entrar en el "espíritu navideño". Sabía perfectamente que a mí no me gustaba el helado, pero igual me compartió los mejores lugares escondidos de helado en *D.C.*, charla normal, de la que se siente como una manta tibia.

Cuando colgué, empecé mi caminata junto al río *Water of Leith*, con los adoquines resbalosos bajo mis pies. El Castillo de Edimburgo se alzaba adelante, oscuro y firme contra el cielo violeta que se iba cerrando. Sus piedras antiguas parecían latir con historias. Una luz cálida se derramaba desde *pubs* y tiendas, dibujando charcos dorados sobre las piedras mojadas.

Pasé cerca de *Royal Mile,* donde los callejones angostos susurraban historia de siglos, y el olor a tierra húmeda y arbusto florecido se mezclaba con una leve salinidad del agua que corría a mi lado.

Cuando me agaché a apretar los cordones de mis tenis, sentí un cosquilleo en la nuca. Como si unos ojos ocultos me observaran en silencio desde la orilla.

El corazón se me aceleró al mirar hacia atrás, pero no había nadie. Aun así, no lograba sacudirme la sensación de que alguien me estaba observando.

Tal vez era solo la luna, subiendo, jugando conmigo… o tal vez era mi alma desperezándose.

CAPÍTULO QUINCE

EVE

Llegó otro lunes, marcando exactamente dos meses desde que empecé en *McLaren Enterprises*; aunque, de algún modo, el tiempo se sentía como una vida entera y como un parpadeo a la vez. Y, aunque la novedad ya se había ido, me había acomodado en una rutina.

Las mañanas seguían siendo un borrón de café a medio tomar, saludos educados en los pasillos y la duda ocasional, empapada de síndrome del impostor, susurrándome al oído. Conocí a la mayoría del personal de este piso y casi todos me parecieron increíblemente amables.

Deb, de finanzas, me acorralaba en la sala de descanso cada que podía para contarme todo sobre sus cuatro gatos. Markus me llevaba una taza de té todos los días, empeñado en introducirme a las "costumbres británicas". A mí me resultaba bastante entretenido. Solo había unos cuantos de los que me mantenía a distancia, como Jamie, director regional de algo olvidable, que era mejor para el chisme que cualquier mujer en esta vida.

Iba a la mitad de ordenar una hoja de cálculo hecha un desastre cuando Lizzy apareció en el marco de mi puerta. Su compostura habitual había sido reemplazada por un aire apenas descompuesto: el cabello recogido a toda prisa, una *tablet* en una mano y café en la otra.

—Colin te necesita en la oficina ejecutiva.

Se recargó en el marco y, con el hombro, se acomodó los lentes sobre la nariz.

Parpadeé, intentando cambiar de *chip mental*. No creía haberla visto nunca con siquiera una arruguita en su entrecejo.

—¿Ahora?

Asintió, tensa.

—Sí. Dijo: con la mayor urgencia posible.

Cerré la *laptop* sin pensarlo y me levanté, alisándome las arrugas de la blusa. El pulso se me aceleró. Colin rara vez mandaba llamar a alguien sin motivo, y "la mayor urgencia" solía significar que algo estaba roto… o a punto de romperse.

Caminé detrás de Lizzy por el pasillo; nuestros pasos repicaban sobre el piso pulido. Las luces fluorescentes zumbaban, tenues, arriba.

Al acercarnos a las puertas dobles del ala ejecutiva, no pude evitar preguntarme si esto era por la presentación del cliente la semana pasada. ¿Se me había ido algo? O peor… ¿me había pasado de la raya?

Fuera lo que fuera, el lunes oficialmente ya se había puesto en modo alto voltaje.

Lizzy se detuvo ante la imponente puerta de caoba y me miró.

—¿Vas a estar bien?

Odiaba cuando la gente me sobreprotegía, pero Lizzy lo hacía con buena intención. Le hice un gesto mínimo de que sí y pasé junto al escritorio de Jane, la asistente ejecutiva.

—La están esperando, señorita Bailey —notificó Jane.

Dudé, con la palma sobre la manija fría. Un respiro. *Inhalar. Exhalar.* Y empujé la puerta.

La oficina era abrumadora: ventanales de piso a techo con vistas al perfil de la ciudad; demasiada luz y espacio por todas partes. Diseñada para impresionar. O tal vez para intimidar. Quizás ambas. Una mesa larga y pulida dominaba el centro, rodeada por cinco ejecutivos de traje oscuro. Mi presentación estaba proyectada en la pared cercana, en azules limpios y rojos afilados.

Colin estaba al frente de la mesa y su postura relajada me dio un gran alivio.

—Eve —me saludó, con un gesto de cabeza.

—Hola. —Miré alrededor otra vez, haciendo lo posible por igualar su calma.

—Sé que lo explicaste la semana pasada —dijo—, pero me quedé atrancado en las desventajas. ¿Puedes guiarnos otra vez?

Colin me indicó que empezara y luego se giró hacia la pantalla.

Algo se movió a su lado: un hombre aclarándose la garganta con demasiada intención. Jamie Redmond, "director regional del chisme". Un tipo que parecía haber ascendido por haber sobrevivido el tiempo suficiente, no porque alguien confiara en él para tomar decisiones reales. Tenía esa cara que siempre parecía a punto de soltar algo engreído, incluso cuando estaba callado. *Sobre todo* cuando estaba callado.

No me miró; solo tamborileó el borde de su *tablet*.

Asentí y di un paso al frente.

—Este escenario se repite en quince meses si mantenemos la producción actual —informé, señalando el primer modelo. El gráfico de líneas detrás de mí brillaba tenuemente—. Este otro —señalé el segundo—, requiere más inversión al inicio: materiales, reconversión y una caída temporal de la producción, pero incluso con ganancias conservadoras, el retorno llega al mes once.

Me detuve, dejando que la explicación se asentara. Varias cabezas se inclinaron. Jamie entornó los ojos hacia el gráfico y luego abrió la boca.

—¿Podrías aclarar a qué te refieres con "ganancias conservadoras"? —inquirió, con un tono demasiado terso para ser curiosidad genuina—. Suena como… optimismo disfrazado.

Le sostuve la mirada, firme.

—La tasa de crecimiento está basada en los últimos cuatro trimestres de tu departamento. Estoy siendo generosa al llamarlo *conservador*.

Un murmullo divertido recorrió la mesa. Colin sonrió apenas, pero no a Jamie.

Jamie apartó la vista y jugó con su pluma, la boca tensándose en esa misma sonrisa casi engreída.

—¿Algo más que necesites que te ayude a entender, Jamie? —inquirí.

Mi pregunta fue respondida con silencio. Volví la atención a Colin, queriendo salir de ahí.

—¿Y qué te hace pensar que los ingresos van a subir? —indagó de pronto una voz grave.

Me giré, y algo dentro de mí se hizo trizas.

Estaba al fondo de la sala, apareciendo desde detrás de un enorme escritorio en una esquina.

La misma complexión. La misma cara. El mismo… todo.

Excepto que no podía ser *él.*

El corazón me golpeó las costillas. Se me atoró el aire.

«No. No puede ser».

—¿Hunter?

El nombre se me escapó en un susurro. Extendí la mano sin pensar mientras él se acercaba y luego me quedé inmóvil. Los dedos me quedaron suspendidos en el aire. Quería tocarlo. Necesitaba saber si era real.

Sin embargo, algo no estaba bien.

Inhalé de golpe. Pino. Cítrico.

Casi… pero no.

Bajé la mano.

—Ojos equivocados —susurré, apenas con voz. Cerré los míos al notar otro detalle, respirando hondo—. Olor distinto.

El dolor me palpitó en el pecho y me apreté el esternón con la mano, como si esa presión pudiera evitar que me desarmara.

Se acercó un paso más.

—¿Estás bien?

Su voz también estaba mal: un acento escocés marcado en cada sílaba. Y, aun así, el parecido era tan brutal que me costaba respirar.

—Eve. —La voz de Colin atravesó la niebla—. Él es mi sobrino, Lachlan McLaren.

Parpadeé, obligándome a enfocar. La vista se me ondulaba y no sentía mis extremidades, como si no estuviera del todo dentro de mi propio cuerpo.

«Estoy bien». Intenté decirlo, pero las palabras se atoraron.

Colin se acercó.

—¿Qué está pasando? Dime qué puedo hacer para ayudarte.

«Tráelo de vuelta».

La idea estalló como un grito dentro de mi cabeza. Cerré los puños, tratando de mantenerme en pie. Sin embargo, el dolor... el duelo que había intentado enterrar durante los últimos diez meses, estaba abriéndose paso, filoso e implacable.

Intenté empujarlo de vuelta, tragándome el sollozo que me cerraba la garganta.

Pero tenía miedo de que, esta vez, no pudiera.

La sangre me rugía en los oídos. Los bordes de la habitación se disolvieron y luego se afilaron demasiado rápido. Me obligué a respirar de nuevo. Hueco. Tembloroso. Inútil.

—Eve, ¿estás bien? —repitió Colin.

No podía derrumbarme. No ahí. No frente a todos.

—Estoy bien —atiné a decir por fin, ahogada.

Volví a la pantalla y me aferré a los números, al cursor abajo de la página, a cualquier cosa tangible.

Señalé el gráfico, aunque la mano me temblaba un poco.

—Como mencioné, el segundo modelo crea una base mejor a largo plazo. Las proyecciones de crecimiento son conservadoras. La curva de riesgo se aplana después del séptimo mes.

El hombre con el rostro de Hunter seguía observándome. Sentía su mirada como calor sobre mi piel.

No volvió a hablar. No lo necesitaba. Su silencio sonaba más fuerte que todo lo demás en la sala.

Me aferré al borde de la mesa, aterrizándome a través del tacto. Si podía quedarme ahí en los números, en los datos, quizá no me rompería del todo.

Colin se aclaró la garganta, rompiendo la tensión.

—Eso ayuda. Gracias, Eve. Puedes irte… a menos que alguien más tenga preguntas.

Nadie respondió. Excepto *él*, acercándose.

—Yo sí —pronunció, y el aire pareció cambiar de densidad—. Quiero saber cómo llegaste a esas proyecciones. Explícame tus suposiciones.

Mis ojos se clavaron en los suyos.

Era Hunter. Y no lo era. Cada rasgo estaba ahí, pero mal, en formas microscópicas y crueles. Su voz no era la de Hunter. Sus ojos eran grises; los de Hunter eran color avellana. Y su olor también estaba equivocado, a bosque denso y pinos.

Lo odié por eso. Y odié lo desesperadamente que una parte de mí quería creer de todos modos.

—Ya le envié los archivos a Colin —expliqué con cuidado—. Todo está detallado ahí.

Entrelazó las manos detrás de la espalda y asintió.

—Aun así, me gustaría escucharlo de ti.

Colin hizo ademán de hablar, pero lo interrumpí.

—No hay problema —expresé, enderezándome—. Las estimaciones de crecimiento están basadas en tendencias que ya vimos en el primer trimestre. Si superpones las proyecciones de ventas con nuestra trayectoria de retención de clientes, vamos en un diez por ciento por encima del pronóstico. Sumas la nueva línea de producto y el potencial de escalamiento cierra la brecha de capital más rápido.

Ya hablaba como una máquina: desprendida. Fría. Segura.

No me interrumpió mientras llevaba a todos por un par de detalles más; solo me observaba.

Cuando terminé, la sala quedó en silencio otra vez. Me aparté de la pantalla. Las rodillas me temblaban, aunque no lo dejé ver.

—¿Eso sería todo? —pregunté, sin mirar al *no*-Hunter.

Colin miró de uno a otro.

—Sí. Yo me encargo a partir de aquí.

Me giré para irme. El cuerpo me pesaba; mis piernas se movían por pura memoria muscular. Era como avanzar entre el agua.

—Gracias, Eve. —Me detuve con la mano en el picaporte mientras Colin hablaba, pero no me giré—. Y lo siento por la… confusión.

Cerré los ojos. Mil recuerdos destellaron detrás de mis párpados: risas, noches sin aliento, promesas susurradas en la oscuridad. Todo perdido. Todo enterrado.

Abrí la puerta sin decir nada y salí.

Lizzy me esperaba afuera. Se le abrieron los ojos cuando me vio.

—¿Estás…?

—No —contesté, pasando junto a ella—. Perdón. Ahora no.

Llegué a mi oficina y cerré la puerta. Con llave. Se me cortó la respiración. Mis manos encontraron el borde del escritorio.

Y me aferré a él como a un salvavidas mientras por dentro se me volvía a abrir la grieta.

No era Hunter.

No obstante, por alguna maldita razón, podría haber sido su gemelo.

Y eso bastó para destrozarme una vez más.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LACHLAN

Colin se aclaró la garganta, devolviendo la conversación a la presentación, a las fases de expansión del proyecto, como si no acabáramos de recibir de frente el abismo del dolor de Eve Bailey… y la fuerza de su compostura.

Mis ojos seguían fijos en la puerta.

«¿Qué carajos fue eso?».

No la había visto desde la mañana de su primer día, cuando tuvo ese ataque de pánico en el *lobby*. Con mi horario casi remoto estos últimos meses, viajes constantes y jornadas hasta tarde cada vez que estaba en la ciudad, nuestros caminos no se habían cruzado. No en la sede de McLaren. No en la luz del día.

Solo de noche. En las calles silenciosas, mientras el mundo dormía y el duelo tenía menos lugares donde esconderse.

La había visto correr. Se apegaba a la misma ruta que yo solía tomar cuando mis propios fantasmas se ponían demasiado ruidosos. El mismo paso corto y decidido. Como si, el no moverse demasiado rápido, haría que no se fuera a romper.

Almas en rutas paralelas. *Aye* «sí». Eso éramos.

No quise acorralarla. Jesucristo… yo solo hice una pregunta, algo para romper el hielo.

Pero en cuanto me miró y dijo ese nombre…

Hunter.

La expresión en su rostro era la de alguien a quien los muertos le vuelven a hablar.

Me destrozó.

Me enteré del nombre de su difunto esposo por Brandon, y hasta mi tío lo había mencionado un par de veces, así que era difícil olvidarlo.

Sin embargo, mi reacción a que me llamara por el nombre de su marido me molestó más de lo que debía. No me vio a mí. No a Lachlan. Lo vio a *él*. Al hombre que amó. Al hombre que perdió.

Y, peor aún, notó las diferencias frente a un salón lleno de trajes.

Por suerte, tío Colin intervino, porque yo ya no pude concentrarme. Solo asentía aquí y allá o soltaba un *sí* por lo bajo cuando hacía falta.

Pero mi cabeza no estaba ni cerca de las ganancias o las proyecciones.

Seguía con ella.

Podía sentir su dolor como si hubiera cruzado la habitación para enredarse con el mío. Quería ayudarla, aunque quizás, esa era mi tragedia… que no pude ayudar ni a mis propios padres.

Tras el roce de papeles, el rechinar de sillas y los adioses apagados, la sala se fue vaciando.

Colin se quedó hasta que el último se fue.

—No creo que lo de Eve trabajando aquí sea buena idea —murmuré al fin, con la voz áspera por algo a lo que no podía ponerle nombre.

Alzó la vista, frunciendo el ceño.

—¿Por qué?

No respondí de inmediato. Seguí mirando la puerta, como si pudiera volver a abrirse.

—Porque —dije al fin—, no creo que le haya gustado ver *mi cara*.

CAPÍTULO DIECISIETE

EVE

No había querido desmoronarme.

Entré a esa reunión serena y preparada.

Y por más que todavía siguiera tambaleándome por el casi ataque de pánico, sabía que el hombre que estaba ahí dentro, el sobrino de Colin, al parecer no era Hunter. Claro que no lo era; esto era el mundo real, no un invento de mi imaginación.

Y, además, a diferencia de la de mi difunto esposo, la voz de ese hombre era áspera. Gastada. Teñida por una mezcla de vocales en ese ritmo escocés tan particular.

Lo analicé con cuidado, centímetro a centímetro, a ese hombre que se parecía a Hunter. Era mayor. Más alto. Más reservado. Los detalles no encajaban, pero las facciones… Dios, su cara era tan familiar que dolía.

Y, aun así, había susurrado su nombre.

¿Qué diablos me pasaba?

Mis manos todavía mantenían un agarre de nudillos blancos en el borde del escritorio, como si mi vida dependiera de eso. Me obligué a relajarme, luego me dejé caer en la silla y solté un suspiro pesado.

No podía quedarme anclada en el pasado. Había enterrado a mi hijo, a mi esposo y al futuro que se suponía que tendríamos. Había hecho lo imposible. Por fin estaba encontrando la fuerza para rearmarme de nuevo, y me negaba a dejar que esos hilos se aflojaran otra vez.

Y, aun así, bastó verlo para desmoronarme.

El parecido era cruel. Casi cómico. Como si alguien allá arriba tuviera un sentido del humor retorcido.

Él no había hecho nada malo. En realidad, no. Pero, aun así, ver su rostro se sintió como caer en aguas profundas sin aviso y sin tiempo para tomar aire.

Cerré los ojos y me presioné las palmas contra ellos hasta que estallidos de luz florecieron detrás de los párpados.

Me había mirado como si supiera que era mi fantasma.

Tragué el nudo de mi garganta y luego busqué mi bolso con una mano temblorosa. Sin voltear, salí de mi oficina, sin dedicarle una segunda mirada al vidrio pulido cuando puse un pie en la calle, afuera de *McLaren Enterprises.*



Para cuando llegué a casa, ya reinaba el atardecer. Mi apartamento me recibió con el tenue aroma a aceite de eucalipto del difusor que había dejado encendido por la mañana.

Me quité los zapatos de una patada y dejé las llaves en el cuenco junto a la puerta. Como si me despojara de una armadura, me deslicé la chaqueta de los hombros y la tiré sobre el respaldo de una silla antes de ir a la cocina, donde apoyé ambas manos en la superficie fría de la encimera y bajé la cabeza.

Respiré hondo varias veces.

Las paredes de mi refugio no me pedían nada. No me devolvían la mirada con su cara. No intentaban recordarme lo que había perdido ni el sabor de la traición.

Después de un minuto, me serví un vaso de agua, di dos tragos largos y luego tomé el teléfono. Un nombre me saltó a la vista en la lista de favoritos.

Marqué.

Elise contestó al tercer timbrazo.

—¿Eve? ¿Está todo bien?

Sonreí apenas.

—Sí. Solo… necesitaba oír tu voz.

Una pausa se estiró por un largo latido.

—A mí también me encanta oírte, pero me preocupa que haya algo más.

Solté una risita, incómoda.

—No es nada.

—Dímelo —insistió.

—Yo… hoy vi a alguien en el trabajo. A alguien que se parecía demasiado a Hunter*.*

La línea quedó en silencio.

—*Oh* —dijo al fin, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Sí.

—¿Quién?

Inhalé hondo y luego solté el aire despacio.

—Lachlan McLaren.

—Oh. *Supongo que ahora que lo mencionas, sí puedo ver el parecido. Lo vi un momento cuando fui contigo ese primer día, pero no le di importancia. ¿Seguro que no eran tus ojos jugándote una mala pasada?*

Me quedé callada un instante, la imagen del hombre relampagueando en mi mente, y volví a preguntarme cómo había logrado evitarlo durante tantos meses. ¿Trabajaba en otro piso?

—No, no exactamente —repliqué, anotando mentalmente preguntarle a Colin o a Lizzy la próxima vez que los viera—. Pero… lo suficiente. Apenas lo suficiente. —Me recosté, apoyando la cabeza en el gabinete, con los ojos cerrados—. Sus facciones. La forma de caminar. La misma maldita manera de andar. Habló y la ilusión se rompió. Aunque por un segundo pensé…

—*Mierda, Eve*. —Bajó la voz—. *Lo siento muchísimo. ¿Qué pasó?*

—Me quedé congelada en plena reunión. Incluso le dije Hunter.

—*Ay, cariño.* —Se le suavizó el tono—. *Eso es brutal.*

—Pensé que ya había superado esto.

—Lo has hecho —aseguró con firmeza—. *Tuviste un momento humano. Eso no es un fracaso. Es solo el duelo siendo una perra sigilosa*.

Solté una risa temblorosa.

—Eso suena a algo que bordarías en punto de cruz en una almohada.

—Tal vez lo haga. Pondré: "El duelo es una perra sigilosa. No dejes que maneje tu coche". —Se aclaró la garganta—. *Dime qué necesitas. Si quieres que vuele para allá…*

—No, no digas tonterías —solté, demasiado rápido—. Tienes un trabajo, gente enferma que depende de ti, y estás al otro lado del océano, aun así, podemos hablar por teléfono. No estás, ni deberías estar, disponible para mí cada vez que chasquee los dedos. Solo necesitaba escuchar tu voz. Voy a estar bien y me voy a dar una noche para reiniciarme.

—Hecho. —Se quedó un segundo más antes de decir—. *¿Y, Eve?*

—¿Sí?

—Tienes permitido quebrarte. Solo no olvides que también eres la que se volvió a armar.

Se me cerró la garganta, pero logré sonreír un poquito.

—Gracias, Elise.

—Siempre a la orden.

Cuando colgamos, me quedé ahí un rato más, el vaso vacío todavía en la mano. El silencio había vuelto, pero se sentía menos como una cámara de eco.

Necesitaba salir de mi cabeza. Salir de estas cuatro paredes.

Me ajusté los cordones de los tenis para correr, anudándolos por pura memoria muscular. Mi coleta estaba dispareja, mi sudadera me quedaba un poco grande, sin embargo, nada de eso importaba.

Para cuando puse un pie en el pavimento, el anochecer ya había enfriado los bancos. La ciudad a mi alrededor seguía zumbando con tráfico ocasional y música derramándose de ventanas abiertas. Pero lo único que yo de verdad oía era el ritmo de mis pasos y el latido de mi corazón.

Pasé corriendo junto al pequeño café de la esquina, rebosante de vida. Pasé junto a una chica empujando una carriola con un bebé, cantándole una canción de cuna sin sentido para hacerlo reír. Mis propios fantasmas no vinieron a atormentarme. En cambio, corrieron a mi lado. No como sombras, sino como compañeros, y no me estremecí cuando los sentí. Les permití entrar en mi sanación.

Corría hacia la versión de mí que seguía en pie. Que seguía avanzando.

Correr no arreglaba las cosas. No reescribía el pasado ni impedía que los recuerdos chocaran conmigo cuando menos lo esperaba. No obstante, me recordaba lo que quedaba. Lo que todavía tenía. Mi cuerpo, mi aliento, mi voluntad de intentarlo otra vez.

En la última curva, el cielo se había profundizado a un azul marino. Las estrellas aún no salían, pero sabía que pronto lo harían.

Y, por esta noche, eso era suficiente.



Después de una ducha larga y de cenar, me puse una pijama de algodón suave y me refugié en la cama. Los recuerdos que el día de hoy se habían removido seguían aferrados a mi piel, pero mi respiración era pareja. Ya no tenían el poder de hacerme caer en picada.

Al menos, eso era lo que me decía.

Tomé el teléfono para poner la alarma y vi la notificación de un correo sin leer.

Despacio, mis dedos flotaron sobre él antes de abrirlo.

De: Lachlan McLaren
Asunto: Solicitud de reunión

Eve:
Durante nuestra reunión, no me presenté. Mis disculpas por eso. ¿Tendrías disponibilidad para vernos mañana por la mañana? Sin presión, pero agradecería la oportunidad de hablar contigo.

L. M.

Me quedé mirando la pantalla un largo momento, sin estar segura de poder comprometerme a nada ahora mismo. Así que bloqueé el teléfono y lo dejé a un lado.

Mañana me ocuparía de todo. Mañana volvería a tener la armadura bien puesta y las emociones escondidas con cuidado detrás del profesionalismo y la normalidad que tanto me había costado recuperar. Lo enfrentaría como la mujer en la que me había convertido, no como la viuda rota de la que había jurado evolucionar.

CAPÍTULO DIECIOCHO

EVE

El elevador zumbaba mientras subía, y sus paredes de espejo reflejaban una versión serena de mí que no se sentía real en lo absoluto. Llevaba el cabello recogido en un moño bajo, una blusa azul pálido abotonada hasta arriba y una expresión que había practicado en casa hasta confiar en que se convertiría en mi escudo.

Las puertas se abrieron en el último piso y seguí el pasillo hacia la oficina ejecutiva de Lachlan McLaren.

Su asistente se levantó cuando me acerqué, con una expresión reservada pero amable.

—Señorita Bailey. El señor McLaren la está esperando.

Asentí.

—Gracias.

Adentro, la oficina era enorme e imposiblemente luminosa, con ventanales de piso a techo por los que entraba a raudales la luz de la mañana. La vista exterior se extendía sin fin: el panorama urbano de Edimburgo desplegándose en capas, las agujas medievales del *Old Town* arañando el cielo junto a la simetría impecable de las terrazas georgianas.

Él estaba de espaldas, rodeado por la luz. Tenía las manos metidas en los bolsillos de un traje de corte perfecto. Oscuro, impecable y sin duda carísimo.

Cuando llegué a su escritorio, se giró lentamente e, igual que ayer, algo se me atoró en el pecho.

Solo por un instante, pero esta vez no flaqueé.

—Señorita Bailey —saludó, con una voz baja y áspera, como si la hubieran arrastrado sobre grava—. Eve. Gracias por venir.

Mantuve la espalda recta, el mentón nivelado y el tono plano.

—Usted pidió verme. Asumí que era importante.

Asintió una sola vez, estudiándome. No como la mayoría de los hombres, con cálculo o expectativa. Era algo más contenido. Más controlado. Como si ya supiera lo que yo veía cuando lo miraba.

—Quería disculparme —citó—. Por lo de ayer.

Levanté apenas una ceja.

—Usted no hizo nada malo.

—¿No? —cuestionó, rodeando el escritorio. Mantuvo una distancia respetuosa; las manos seguían en sus bolsillos y la postura era relajada, pero alerta.

—No —repliqué—. Solo… me tomó de sorpresa. Usted… mi esposo, él… —Me detuve y me pellizqué el puente de la nariz—. Dios, discúlpeme, este no es precisamente mi momento más profesional.

Aparté la vista, dejándola ir hacia las ventanas otra vez. La ciudad seguía ahí. Atemporal. Inmóvil ante mi duelo.

—Se parece muchísimo a mi difunto esposo —confesé, más bajo —. No es él. *Obviamente*, lo sé. Es solo que… se ve como él.

—Espero que no me lo tome a mal. Y que podamos dejar esto atrás y seguir trabajando juntos, Eve. Ya tiene encantado a mi tío y a la mitad de los empleados en este piso. No creo que tenga que decirle lo que eso significa en una industria tan despiadada. —Sentí el alivio casi de inmediato, sin embargo, por costumbre aun así esperé el golpe—. No le voy a pedir su historia —continuó cuando me quedé en silencio—. Pero puedo ver que le duele, y lamento haber contribuido a eso de cualquier forma.

Negué con la cabeza.

—No es su culpa.

—No —confirmó en voz suave—. Pero sé lo que es perder a alguien querido, y el dolor que trae cualquier tipo de recordatorio.

Esta vez, me permití mirar con más atención.

Hoy, las diferencias eran más evidentes. Una cicatriz tenue le marcaba la ceja derecha. Su postura era más rígida, y la confianza

que le escurría por los poros no se parecía en nada a la de Hunter. No obstante, en la forma de su boca y sus ojos y la línea de su mandíbula… el parecido estaba ahí. Lo bastante fuerte como para tensar algo dentro de mí.

—Usted no es él —repetí. Esta vez con claridad. Un límite trazado.

Asintió y volvió a rodear el escritorio para sentarse detrás.

—Yo solo… quería reconocer el momento. No como el CEO. No como su jefe ni como el dueño de la empresa.

Me senté en la silla frente a su escritorio, el cuero frío contra mi piel.

—Se lo agradezco —expresé, evitando mirarlo mientras alisaba las arrugas inexistentes de mi falda—. No necesito una disculpa. Aunque sí agradecería el espacio para… recalibrarme.

Algo le cruzó la cara, una emoción que no supe descifrar. Solo supe que parecía real.

—Todos lo necesitamos a veces —declaró—. Pero la mayoría no lo obtiene.

Me crucé las manos en el regazo.

—Entonces, ¿de qué se trata esta reunión?

—Mis viajes de negocios me mantuvieron fuera de la oficina estas últimas semanas, y nuestra primera reunión oficial no salió… bien. —Se inclinó hacia delante, juntando las yemas de los dedos bajo el mentón—. Así que quiero proponer un reinicio. Si vamos a trabajar juntos, no quiero fantasmas en la sala.

Eso me arrancó una risa mínima.

—Me parece justo.

Extendió una mano sobre el escritorio; era grande, fuerte y firme.

—Empecemos de nuevo —indicó.

Miré su mano un momento y luego la tomé.

—Eve Bailey.

—Lachlan McLaren.

Su apretón era cálido. Amable. Ancló algo en mí que no había notado que estaba a la deriva.

Cuando nos soltamos, me acomodé en la silla, apenas un poco. Ya no éramos desconocidos. No del todo. Solo dos personas tratando de atravesar la mañana sin tropezarse.

—Gracias por su preocupación —hablé, segura.

Inclinó la cabeza.

—Siempre.

El momento se estiró. No lo observé demasiado, pero tampoco aparté la mirada.

CAPÍTULO DIECINUEVE

EVE

Salí de la oficina de Lachlan McLaren. La puerta chasqueó al cerrarse detrás de mí y el mundo de afuera se sintió un grado más cálido.

La asistente de Lachlan, a quien antes no había notado que iba vestida con un traje gris carbón espectacular, me dedicó un pequeño gesto desde detrás de su escritorio, su sonrisa cubierta de labial mate abriéndose amplia.

Se lo devolví, y luego empecé a avanzar por el pasillo. Estaba a nada de llegar a mi oficina cuando escuché una voz llamándome.

—*Hey*, Bailey.

Me detuve ante ese tono demasiado familiar, y luego me giré despacio.

Jamie Redmond.

Estaba apoyado en el marco de la puerta de su oficina, el espacio estéril recordándome a un acuario donde los egos nadaban en círculos todo el santo día.

Tenía la corbata floja en el cuello y las mangas arremangadas hasta los codos. En una mano sostenía una taza astillada que decía *#1 Boss*, llena de algo humeante: café, quizá. O solo la ilusión de productividad.

—Estuviste ahí un buen rato —dijo, señalando con la cabeza hacia la puerta de Lachlan—. ¿Lloró? ¿O lo hiciste tú?

Lo miré el tiempo suficiente como para incomodarlo.

—Encantador —agregué sarcásticamente.

Sonrió por encima del borde de la taza.

—Solo digo… la mayoría consigue cinco minutos, máximo. ¿Estabas negociando la paz mundial ahí dentro?

—Tal vez sí —contesté, siguiendo por el pasillo—. Lástima que no te invitaron. Se me hace que serías un gran activo para la diplomacia internacional.

Soltó una risa y, por desgracia para mí, se acomodó a mi lado.

Sin respetar mi espacio personal, caminó demasiado cerca. Tan cerca, de hecho, que sentí el calor que irradiaba, su colonia empalagosa envolviéndolo como una nube.

Alguien debería decirle que olía a club nocturno desesperado: de esos con cuerdas de terciopelo, pisos pegajosos y hombres que rozan los cuarenta y se niegan a dejar atrás sus veintes.

Bajé el ritmo y me giré para enfrentarlo.

—¿Algo más?

—¿Siempre eres tan seria? —inquirió con una sonrisa—. O sea, Recursos Humanos dijo que tenías historial, pero demonios. Podrías al menos fingir que aprecias estar aquí.

Me quedé boquiabierta.

—¿Y qué fue exactamente lo que dijo Recursos Humanos, Jamie?

Parpadeó una vez.

—O sea, nada oficial —informó, sorbiendo de forma insoportable de su taza—. Solo que has tenido un año duro.

Incliné la cabeza, mirándolo con frialdad.

—Un año duro —repetí despacio. Abrió la boca, pero lo corté—: ¿Te refieres a perder a mi esposo y a mi hijo?

El pasillo quedó en silencio. Hasta el zumbido de las luces del techo pareció extinguirse. Jamie abrió la boca otra vez. No le salió ni un sonido.

Bien.

—Aquí tienes un consejo —ataqué, acercándome lo suficiente como para que tuviera que echarse hacia atrás—. Si vas a chismear, hazlo como profesional. Susurra en la sala de juntas. Filtra un memo. Pero no juegues conmigo, porque no eres lo bastante bueno. Y si vuelves a venir contra mí, Jamie… más te vale tener tus hechos en orden.

Vi un tic en su mandíbula. Me di cuenta en ese instante de su cálculo mental: si lo tomaba a broma, si respondía, si se retiraba.

No esperé a ver cuál elegía. Me di media vuelta y lo dejé ahí, balbuceando.

El aire de la oficina se sintió más nítido ese instante, y empecé a entender que el duelo no me había ablandado.

Me había forjado en algo más duro, y algunos iban a aprenderlo por las malas.

LACHLAN

Eve Bailey me sorprendió, para bien, cosa que no pasaba seguido. Una sola mirada a esos ojos cafés, tan llenos de alma, me ofreció un destello de emociones que ya había visto antes en la mirada de mi padre cuando perdió al amor de su vida.

Dios, esos ojos… Poetas y pintores llorarían por el dolor escondido en el fondo. Me tuvieron cautivo mientras hablaba, y algo desconocido me presionó las costillas. Me negué a examinarlo.

Voces amortiguadas llamaron mi atención, el tono suave de Eve trenzándose entre ellas. Oí lo suficiente para escuchar el intercambio entre ella y mi empleado, a ese imbécil al que en este momento me imaginaba estrangulándole el cuello. Ella no levantó la voz, ni una sola vez, pese a sus comentarios ignorantes.

No me moví de inmediato. Solo me quedé viendo el cursor parpadeante en la pantalla, sin leer ni una maldita línea. Esperé a que Jamie dijera una estupidez más. Una sola.

Y entonces escuché esa nota de cierre en la voz de Eve.

Me levanté.

Para cuando abrí la puerta, ella ya se había ido, sus pasos resonando por el corredor.

Jamie Redmond estaba ahí, todavía aferrado a esa taza ridícula y astillada. El hedor de su colonia me pegó antes que el sonido de su trago nervioso.

Dios. Esa colonia podría despintar una pared.

Salí al pasillo.

—Ya terminaste de humillarte, *¿eh?*

Dio un brinco como liebre asustada y se giró demasiado rápido, la cara a medio camino de una disculpa, pero ni cerca del remordimiento.

—Lachlan. *Ehh*. No sabía que estabas ahí.

—¿Y dónde más estaría? —Mantuve la voz pareja. Baja.

—No fue para tanto. Solo estábamos hablando. Ya sabes cómo…

—No, no sé —lo corté—. Pero al parecer tú sí.

Parpadeó, con la boca abierta, rebuscando una excusa. No le di tiempo para encontrarla.

—Eve Bailey está bajo mi protección —advertí, acercándome, el tono plano—. Y bajo la de Colin. Si vuelvo a oír que le hablas así, cualquier comentario venenoso, cualquier estupidez que creas que suena ingeniosa, vas a estar empacando tus cosas y saliendo de aquí. —Dejé que la amenaza calara—. Y si soy yo quien te escolta, Jamie… vas a tener suerte si sales por la puerta —añadí, más bajo.

Eso le borró la sonrisita indecisa. Se le derritió como mantequilla. Se movió inquieto, la boca sin funcionar.

—No lo decía así. Yo solo… la gente habla y yo…

—*Aye*. «Sí». La gente habla —solté, seco—. Pero tú… tú hablas más fuerte. Y más idiota.

Apartó la mirada, probablemente esperando que el momento pasara si no me la sostenía.

—¿Tú crees que eso es liderazgo? —indagué—. ¿Burlarte de alguien que ha sobrevivido más de lo que tú tendrías las agallas de imaginar? ¿Armando chismes como si los demás no nos diéramos cuenta de que es lo único que haces?

No respondió. No pudo.

—Desde donde yo estaba —seguí, la voz ya helada—, te veías como un cobarde. Con una corbata prestada y una loción de afeitar barata.

El tipo ya se veía bien escarmentado. *Bien.*

—Estas paredes son de papel —continué—. Y el diseño de oficinas con vidrio no es solo por estética. Lo que haces aquí… se ve. Y ahora tú también.

Asintió rápido, desesperado por salir.

Yo no había terminado.

—Le vas a pedir disculpas —demandé—. Hoy.

—Por supuesto. Claro. —Tragó saliva, asintiendo.

Lo vi quedarse ahí, apretando esa taza triste como si fuera a salvarlo.

No lo haría.

Si Jamie Redmond se atrevía a soltar una sola palabra fuera de lugar sobre Eve, me iba a encargar de aplastarlo de forma permanente.

CAPÍTULO VEINTE

EVE

Esa noche, lo único que quería era meterme a la cama y desaparecer bajo las sábanas. Me picaba la piel por sacudirme el día de encima: cada palabra, cada mirada, cada nervio tenso. Iba a mitad de quitarme la ropa, parada al pie de la cama, en solo mi ropa interior, cuando me quedé helada.

Eran apenas las 6:32 p.m.

El reloj digital me miró como si me acusara. Me vi de reojo en el espejo del tocador y me detuve. En mis ojos todavía había un cansancio opaco, pero mi cuerpo se veía más fuerte, con más forma que hacía apenas un mes. Me llevé los dedos a las mejillas, asombrada de lo que podían hacer un poco de vitamina D y aire fresco de otoño.

Me veía… viva.

Volvió a mí el recuerdo de las palabras de Lachlan de esta mañana. Esa mirada…

Negué con la cabeza.

Casi en piloto automático, fui al clóset. *Shorts*, camiseta, tenis para correr.

El viento en el cabello, los pulmones ardiendo, la mente vacía… siempre ayudaba. Y yo necesitaba ayuda.

Noventa minutos después, estaba de vuelta en mi apartamento, con las piernas doliéndome. Había alternado entre correr y caminar, apenas logrando completar el circuito. Mas lo hice. No fue bonito, pero se sintió como un logro.

Después de una ducha rápida y la clase de cena que me había prometido que iba a empezar a comer, me lavé los dientes y por fin me dejé caer en la cama. Cuando el sueño me tomó, la última imagen en mi mente fue un par de ojos grises intensos, más nítidos de lo que la memoria debería permitir.



Me desperté sintiéndome mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo; dormí toda la noche sin interrupciones. Incluso me arrastré a otro trote antes del amanecer y, despacio pero seguro, estaba devolviéndole a mi cuerpo su fuerza de antes.

Cuando llegué a la oficina, todavía era temprano. No exageradamente, aunque lo suficiente como para que la recepcionista en la entrada me mirara dos veces. No obstante, lo que más me sorprendió fue ver a Colin en el pasillo. Solía llegar después que yo, arrastrando los pies entre café y excusas. Y no es que las necesitara, siendo el tío del dueño.

—Buenos días, Eve —saludó, con un tono más ligero de lo normal.

—Hola. —Dejé mi bolso—. Llegaste temprano.

Esbozó una sonrisa tensa, de esas que no llegan a los ojos.

—No dormí mucho. Me preocupaba que no vinieras.

Eso me sorprendió.

—¿Por qué?

Dudó y luego hizo una mueca.

—Me enteré de lo que pasó con Jamie. Lachlan no quedó nada contento. Le dio un buen jalón de orejas, por lo que escuché. Una regañada de las buenas. Ni intentó ser diplomático; se fue directo a la yugular.

Parpadeé. *«¿Lachlan me defendió?».*

No era precisamente lo que esperaba de un hombre que apenas me conocía, y mucho menos de quien firmaba mi sueldo. Aun así, pensarlo, que alguien con su poder hubiera intervenido, me provocó un aleteo inesperado en el pecho. Cálido. Peligroso.

—Siento que hayas perdido el sueño por eso —me lamenté con sinceridad. Demasiada gente había perdido el sueño por mí últimamente. Les debía algo mejor. Yo me debía algo mejor—. Y no hace falta que Lachlan se ponga a pelear por mí. Yo puedo con mis propias batallas.

—Solo no nos dejes, *lass.*

—Si algún día se me pasa por la cabeza largarme y no volver, te aviso —repliqué, logrando una sonrisa pequeña.

Soltó un bufido y el momento pasó. Se fue a su oficina y yo a la mía, donde me hundí en hojas de cálculo, los números benditamente impersonales. Hasta que un golpecito suave me sacó de la concentración.

Lachlan.

Se recargó en el marco como si le perteneciera, manos en los bolsillos, su presencia un poco apretada por el espacio, pero casual. Mi cuerpo lo registró antes que mi cerebro. Se me tensaron los hombros, se me atoró el aliento, el calor me subió por dentro. Era exasperante. E innegable.

Hoy no se veía tanto como Hunter. Quizás era la luz. O quizás era yo. Ya no iba a dejar que los fantasmas me torcieran la mirada.

—Hola —saludó—. ¿Va bien tu mañana?

—Sí. Gracias —solté.

—¿Y el trote?

Fruncí el ceño.

Sonrió.

—Tranquila. Pasé en coche esta mañana y te vi corriendo. Antes yo hacía esa misma ruta, ¿por el puerto?

—*Ah.*

¿Qué más había que decir?

—¿Lista? —preguntó.

—¿Para qué?

—Para revisar el plan del proyecto. Cinco minutos. En mi oficina.

Su tono era ligero. Su mirada, no. Se quedó lo justo como para hacerme cosquillas en la piel.

Y luego se fue, dando por hecho que lo seguiría. Y lo hice. Cinco minutos después, estaba frente a su oficina. Mis nervios

chisporroteaban solo de pensar en entrar, pero no tenía nada que ver con el trabajo y todo que ver con el hombre alto que parecía sorprenderme a cada vuelta.

«Concéntrate», me regañé, y entonces toqué.

—Hola otra vez —murmuré cuando me hizo señas de pasar, demasiado consciente de su mirada clavada en mí.

Señaló el asiento frente a él y lo tomé; el escritorio entre nosotros de pronto se sintió ridículamente delgado.

—Ya implementamos tus recomendaciones. —Empezó—. ¿Algún problema con trabajar fines de semana?

Me encogí de hombros. Mi vida social cabía en un vasito de *shot*.

—No.

Alzó una ceja.

—Ese *no* significa: ¿No te molesta? ¿O que te niegas?

—No, estoy disponible.

La comisura de su boca se movió como si apreciara la claridad.

Se levantó y salió de detrás del escritorio, rodeándolo. Yo seguí sentada, mas su presencia llenó el espacio.

Se cruzó de brazos y se sentó a medias en la esquina del escritorio. Me esforcé muchísimo por no mirar cómo se le marcaban los bíceps bajo esa camisa entallada.

—Quiero que esta producción sea rentable.

—Lo será. —Los costos de producción venían más bajos de lo anticipado, y la ganancia por cada producto fabricado sería más que decente.

Si tan solo lograra convencerlo… pero su presencia por sí sola me desestabilizaba, así que mi respuesta salió corta y, esperaba, segura. Aunque, por la frialdad de sus ojos de acero, podía notar exactamente lo alterada que estaba.

—Colin confía en tu criterio —destacó—. Yo todavía no.

Lo miré, tensándome. Sería el CEO de esta empresa, sí, pero yo llevaba más de dos meses aquí y aún no había un plazo o proyecto que no pudiera manejar. *Sin* su presencia todopoderosa rondando la oficina, además.

—Entonces, ¿para qué lo autorizó?

Inclinó la cabeza apenas.

—Porque mi tío cree en ti. Y porque tengo curiosidad.

Parpadeé.

—La curiosidad me parece una razón arriesgada para gastar dinero.

—Cierto —concedió—. Por eso quiero reportes diarios. Quiero estar igual de bien informado a las ocho de la noche que a las ocho de la mañana.

Razonable, aunque igual de fastidioso. Aun así, asentí.

—¿Alguna pregunta? —Negué con la cabeza—. ¿Entiendes por qué quiero ese nivel de detalle?

Exhalé, la irritación encendiéndose.

—Para medir el ROI y cortar el proyecto si no cumple sus expectativas.

Su boca se curvó, satisfecho.

—Bien.

Me puse de pie; su altura me dominó.

Estábamos cerca. Demasiado cerca. Si me inclinaba un milímetro, lo rozaría.

Y quería hacerlo. Dios me ayudara… *quería*.

Su mirada bajó a mi boca y luego volvió a mis ojos. No se movió. Ni siquiera parpadeó.

Solo esperó.

Era un desafío. Una pregunta. Un tirón.

Yo fui la primera en retroceder, la espalda recta y el pulso martillándome.

Sus ojos siguieron cada centímetro de mi retirada. Los sentí incluso después de girarme para salir.

Cerré la puerta detrás de mí con demasiada suavidad como para que se sintiera como una victoria.

No era real. No podía ser real. Solo una chispa. Solo una reacción. Era la familiaridad que me provocaba su presencia, eso era todo.

Lachlan McLaren no era Hunter.

Y ya no era la chica que necesitaba repetir el pasado. Ya había aprendido la lección.

CAPÍTULO VEINTIUNO

LACHLAN

El piso ejecutivo estaba casi en silencio.

Eran aproximadamente las ocho, y la mayoría se había ido hacía horas. Éramos solo Eve, yo, el zumbido suave de las máquinas y el murmullo de pensamientos que todavía no estaba listo para apagar.

Yo seguía metido en mi proyecto, o al menos fingiendo, cuando escuché que tocaban.

—Pasa —indiqué.

Eve entró con una carpeta en la mano.

—¿Es buen momento? —preguntó.

—Claro. Quedamos en el informe a esta hora.

Cruzó la oficina y dejó el reporte sobre mi escritorio. No jugueteó con nada ni empezó a explicar.

Toqué la portada, pero no lo abrí.

—¿Estás bien? —inquirí.

Me dedicó media sonrisa.

—¿Eso también cuenta en mi evaluación de desempeño ahora?

—Me gusta ser minucioso.

Eso hizo que me ganara una pequeña puesta de ojos en blanco, pero no por fastidio. Estaba cansada, eso sí. Lo vi en la forma en que se le caían los hombros.

—¿Siempre trabajas hasta tan tarde? —preguntó.

—A veces.

—No pareces alguien que necesite silencio.

—No lo necesito —respondí—. Solo me gusta lo que aparece cuando se va el ruido.

Inclinó la cabeza, como decidiendo si yo decía pura basura o si era sarcasmo, y al final se quedó con un:

—Ajá…

—¿Sabes? He notado algo de ti.

—¿Qué?

—Hay gente que corre para escapar —expliqué—. Pero tú no. Tú corres como si estuvieras atravesando algo.

Ella dudó, y luego dijo:

—Eso es personal. —Tenía razón, y yo era un idiota por dejar que la conversación se fuera a terreno peligroso—. ¿Siempre haces esto? —preguntó, mirándome—. ¿Intentas descifrar a la gente como si fueran rompecabezas? ¿O es un *hobby* de medianoche?

—Solo cuando las piezas no encajan del todo. —Miré mi Patek Philippe *vintage,* el que había sido de mi padre—. Además, ni siquiera es medianoche, *Cenicienta.*

Soltó una risita, y yo juré hacer lo que fuera por escuchar ese sonido una y otra vez. Luego, como si se sorprendiera a sí misma, se puso seria.

De pronto, el cuarto se sintió demasiado pequeño.

—Bueno, si no hay nada más, me voy a ir a casa.

Me levanté al mismo tiempo que ella se incorporó, intentando mantenerme anclado mientras su aroma me llenaba y amenazaba con tumbarme.

—No deberías caminar sola —murmuré—. Es tarde.

—Estoy bien —respondió en automático—. El rayo no suele caer dos veces en el mismo lugar.

—No, no está bien —objeté, con la voz firme—. Te voy a acompañar. A esta ciudad le da igual cuántas veces caiga el rayo o dónde.

—¿Sueles ser así de mandón? —preguntó.

—Solo cuando importa.

Dudó, y luego exhaló suave, algo que sonó casi como rendición.

—Está bien —dijo—. Pero no esperes plática. No sé hacer conversación trivial.

—Perfecto —manifesté, tomando mi abrigo—. Yo tampoco.

Afuera, el aire fresco del final del verano estaba quieto. Caminé a su lado, lo bastante cerca para protegerla, lo bastante lejos para mantener el respeto.

Durante varias cuadras caminamos en silencio, hasta que ella se aclaró la garganta.

—Gracias por acompañarme.

—De nada. —Si bien no sabía por qué quería decir más, me tomó un rato encontrar las palabras correctas—. No estás sola, quieras o no.

No respondió, pero tampoco aceleró el paso.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

EVE

Lachlan y Colin se habían convertido, de alguna manera, en una constante desde aquel primer encuentro fatídico, igual que mis llamadas a mi hermana. Las salidas por helado con el grupo se volvieron una rutina semanal y las esperaba con muchas ganas.

Colin asomó la cabeza en mi oficina, ya con el abrigo puesto y las llaves en la mano.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó, señalando con la cabeza el informe impreso sobre mi escritorio.

Vacilé. Por una fracción de segundo, consideré rogarle que se lo entregara a Lachlan por mí. Pero las palabras se me atoraron en la garganta. La cobardía tenía un sabor amargo, metálico.

—Estoy bien —aseguré, logrando una sonrisa que no terminaba de sentir.

Se quedó un momento, observándome.

—De acuerdo. Solo no te quedes hasta muy tarde.

—Pero si apenas… —Miré el reloj y solté un jadeo—. Dios, ¿en qué momento se fue el día?

—El tiempo vuela cuando te diviertes —bromeó, riéndose, y se fue con una última mirada por encima del hombro.

En cuanto la puerta se cerró con un clic, el silencio de la oficina se espesó a mi alrededor. Me quedé observando el informe, deseando que de algún modo caminara solo hasta el escritorio de Lachlan. No era que no me agradara y lo respetara, pero él… me

inquietaba. Me gustaba demasiado escuchar su voz. Demonios, incluso me agradaba caminar en silencio con él.

Toqué la puerta y escuché un "adelante" grave. La abrí lo justo para asomarme. Seguía en su escritorio, sin la chaqueta, con las mangas dobladas y la corbata floja. La imagen me dejó paralizada por motivos que no quería examinar.

Señaló la silla frente a él.

—Tienes cara de que vas a soltar el informe y salir corriendo.

Entré, consciente de cada paso.

—¿Tan obvio es?

Tomó los papeles que le ofrecí y los dejó a un lado, sin mirarlos de inmediato.

—¿Cómo fue producción hoy?

—Bien —respondí, sentándome y entrelazando los dedos con fuerza sobre mi regazo—. El aumento va estable. Hasta ahora no hay cuellos de botella.

Llevó una mano a su cuello y se aflojó la corbata un poco más. El gesto fue casual, pero mi mirada lo siguió por la línea de su garganta hasta el toque de bronceado que no podía atribuirse del todo al clima gris de Escocia.

«Hunter nunca se bronceaba».

Parpadeé, sorprendida por ese pensamiento, arrastrada de golpe hacia recuerdos en los que no quería quedarme.

—¿Pasa algo? —Quiso saber, y cuando levanté la vista, lo encontré observándome.

—No, ¿por qué?

—Frunciste el ceño —señaló, y había algo en su voz que no supe descifrar—. ¿No te gusta lo que ves?

Me ruboricé, avergonzada.

—Sí me gusta —solté deprisa, y me puse aún más roja. No era mentira, aunque tampoco era exactamente la verdad que quería admitirle al CEO de la empresa para la que trabajaba—. O sea… como jefe, claro.

Asintió una vez, despacio, dejando que el silencio frágil se estirara entre nosotros.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que murió tu esposo? —preguntó de repente.

La pregunta cayó como una bofetada: limpia e inesperada. No cruel. Solo… directa.

La mayoría de la gente lo esquivaba, lo rodeaba como si fuera vidrio roto. Pero esto era distinto. No había lástima en el tono de Lachlan.

—Casi un año —contesté, con la voz apenas por encima de un susurro.

Por costumbre, mis dedos rozaron la cadena alrededor de mi cuello, sintiendo los anillos deslizarse bajo mi tacto.

—Es duro —consoló—. Perder a alguien así.

No contesté. No pude. En su lugar, bajé la mano de nuevo al regazo y apreté la otra con fuerza, hasta que se me pusieron los nudillos blancos.

Su mirada siguió el movimiento y se fijó en las cicatrices que yo solía mantener ocultas. Volteé las muñecas con rapidez y me jalé las mangas hacia abajo.

Cuando levanté la vista, esperé incomodidad. En vez de eso, encontré comprensión.

—Perdí a alguien muy cercano —habló, en voz baja—. Se quitó la vida.

Inhalé con fuerza; sus palabras cortaron el aire. Busqué qué decir, sin embargo, no me salió nada. Así que nos quedamos en silencio, luchando contra nuestros propios fantasmas.

Rompió la tensión con la siguiente pregunta:

—¿Ya cenaste?

—No, todavía no —murmuré, sin estar lista para dejar atrás lo que me había contado.

—Vamos, ven. Vamos a comer algo —propuso, poniéndose de pie.

Rodeó el escritorio y extendió la mano, señalando la puerta.

Me quedé mirándola como si significara algo. No lo hacía. Y aun así no podía sacudirme la sensación de que dar ese paso con él iba a llevar mi vida en una dirección completamente distinta.

Cuando recogí mis cosas, lo encontré esperándome en el ascensor. En cuanto se abrieron las puertas, me tocó la espalda con naturalidad para guiarme adentro, y el contacto me erizó la piel.

El trayecto en el ascensor se sintió incómodo, igual que la tensión entre nosotros.

Afuera, el sol hacía rato que se había hundido detrás del horizonte, y las sombras habían cubierto la ciudad.

—Conozco un lugar —comentó Lachlan, guiándome por el sendero junto al río, con la mano reposando otra vez en la parte baja de mi espalda.

Nos detuvimos frente a un edificio angosto por el que había pasado cientos de veces, pero nunca me había molestado en visitar.

Su mano se apartó de mi espalda, y yo lamenté la pérdida de su contacto cuando abrió la puerta. Ignorando esos sentimientos repentinos, entré al restaurante y vi madera oscura iluminada por velas titilantes.

El ambiente era íntimo y tranquilo. *Romántico.*

Me adelanté, necesitaba distancia, pero cuando miré por encima del hombro, su mirada pensativa ya estaba puesta en mí.

Casi como si él estuviera sintiendo el mismo confuso golpe de emoción.



La *hostess* nos condujo a una mesa privada en la esquina, junto a la ventana. El río brillaba tras el vidrio, reflejando la luz de la luna.

Me deslicé en mi asiento mientras Lachlan se sentó y estiró sus largas piernas bajo la mesa.

Llegaron los menús y, cuando abrí el mío, me quedé helada.

—No puedo leer esto.

Lachlan alzó la vista.

—Es porque está en gaélico.

Se me dispararon las cejas.

—¿En serio?

Sonrió, divertido.

—La autenticidad es parte del encanto. Este lugar existe desde la época de mi abuelo. La misma familia lo sigue operando.

Volví a mirar la página.

—Eso explica por qué no entiendo absolutamente nada.

En ese momento se acercó el mesero.

—*Feasgar math.* —«Buenas noches», saludó con una inclinación de cabeza, dejando dos vasos de agua frente a nosotros. Su acento era marcado, pero melódico.

Lachlan respondió con naturalidad y dijo un par de cosas más que no entendí en absoluto.

Cuando el mesero se retiró, me quedé observándolo.

—De acuerdo. Eso no fue solo "tomé gaélico en el colegio", ¿verdad?

Sonrió.

—No. La familia de mi madre es de las *Highlands.* Insistió en que creciera bilingüe, así que pasaba los veranos en *Skye* con mi abuela, que solo hablaba gaélico. Bueno… eso y opiniones cortantes.

—Eso es… bastante increíble —elogié, sorprendida por lo genuina que sonó mi voz—. Yo siempre pensé en el gaélico como un idioma moribundo que solo aparece en letreros y monedas.

Asintió.

—En la mayoría de los lugares apenas sobrevive. Pero en el norte, en los pueblos… sigue siendo parte de la vida diaria. Algo así como tu acento americano, supongo.

Solté una risita.

—Eso no es acento. Es inglés normal.

Sus ojos brillaron con interés y humor.

—Querrás decir inglés estadounidense. ¿Dónde vivías en Estados Unidos?

—En *Maryland.* Famoso por los cangrejos azules… y los fantasmas.

—Apuesto a que *Maryland* tiene menos fantasmas que un castillo escocés —replicó.

Sonreí a pesar de mí.

—Probablemente, tengas razón.

—Tu cuñado habla maravillas sobre ti. —Parpadeé; el cambio de tema fue un poco brusco—. Es un buen tipo.

Asentí.

—No tuvo una vida fácil, pero salió adelante. Elise y yo estamos muy orgullosas de él, y de verdad es el mejor hermano que una chica podría desear.

Sonrió, seguramente por mi intento de llevar la conversación hacia algo más ligero.

—Te mueves como alguien que aprendió a manejar situaciones difíciles —indicó—. Pero no te ves endurecida por eso.

Parpadeé.

—Eso es… un cumplido, ¿no?

—*Aye.*

Di un sorbo a mi agua para comprarme tiempo, consciente de su atención inquebrantable.

—¿Qué debería pedir? —pregunté, tocando el menú ilegible.

—Vas a pedir el salmón —sugirió sin dudar—. Yo pediré la perdiz. Probarás un bocado de lo mío y fingirás que no te gusta.

Levanté una ceja.

—No eres de compartir la comida, *¿eh?* Menos mal que no tengo hambre.

Se rio.

—Puedo dejarme convencer para compartir mi platillo.

—Hombre seguro de sí mismo.

—Solo observador. —Su sonrisa se ensanchó—. Y créeme: cuando pruebes mi perdiz, te vas a enamorar. Yo fingiré que me molesta y diré que no hay que hacer un tema de eso, pero en secreto: no hay nadie con quien prefiera compartir mi comida. Confía en mí, te va a encantar.

—*Vaya* —declaré, mirándolo con desaprobación fingida—. O eres muy perspicaz o un poquito arrogante.

—Tal vez las dos —admitió con facilidad, llamando al mesero.

Cuando regresó, Lachlan hizo el pedido. Esta vez capté algunos sonidos parecidos a los de antes. Palabras que aleteaban al borde de mi comprensión, pero nunca terminaban de aterrizar.

Aun así, la cadencia rítmica tiró de algo dentro de mí que no había sentido en mucho tiempo: intriga.

—¿Qué estabas diciendo? —inquirí cuando volvimos a estar solos.

—Que eres hermosa y que necesitas comer más —respondió Lachlan sin dudar.

Incliné la cabeza, desconfiada.

—¿En serio?

—No. —Se mordió los labios para contener una sonrisa—. Solo pedí el salmón.

—¿Pero yo soy… *hermosa*?

Tarareó, inclinando apenas la barbilla.

—Sí. Lo eres.

Se me cortó el aliento. Miré la vela titilando entre nosotros e intenté recuperarme con humor.

—Eso es muy atrevido para un hombre que acaba de obligarme a una cita para cenar.

—No pusiste mucha resistencia.

—*Touché*.

Se recostó en la silla.

—Tienes ingenio rápido. Me gusta.

—Eso ya lo he oído —suspiré—. ¿Qué más le gusta, señor McLaren?

Lo pensó un momento.

—La gente que dice lo que piensa. La confianza tranquila. Las mañanas temprano. Los ríos. —Hizo una pausa—. Y la forma en que inclinas la cabeza cuando tienes curiosidad.

Sentí cómo el rubor me subía por el cuello.

—Eso es muy específico.

—Soy un hombre atento a los detalles.

El mesero reapareció con la comida y me dio la oportunidad de escapar de la intensidad de la mirada de Lachlan. Probé el salmón, perfectamente asado, con una costra de cítricos y hierbas.

—*Okay*, de acuerdo —dije después del primer bocado—. Tenías razón.

—¿Sobre la comida?

—Sobre todo —concerté—. Esta vez.

—Yo siempre tengo razón. —No pude evitar poner los ojos en blanco, juguetona, cuando añadió—: Ahora prueba esto.

Me ofreció una tira de carne en su tenedor. La miré, luego lo miré a él.

—No tengo microbios, lo prometo. Es perdiz. Está para morirse.

Me incliné hacia adelante y probé el bocado. Especias cálidas y algo terroso, salvaje, explotó en mi lengua. Mastiqué despacio, observando a Lachlan.

—Está… buenísimo.

—Lo sé.

Negué con la cabeza, sonriendo sin querer.

—Eres imposible.

Alzó su vaso de agua, como brindis.

—Y aun así sigues sentada frente a mí.

Lo observé mientras comía, fascinada por su confianza y su control. Era un hombre claramente acostumbrado a que la gente se sometiera a él.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté de repente.

Levantó la vista, divertido.

—Eso es bastante directo, *lass.*

—Lo estás esquivando.

—Cuarenta y tres.

Parpadeé.

—Ah.

—¿Demasiado viejo?

—¿Para qué? —repliqué, arrepintiéndome al instante por cómo se me suavizó la voz al decirlo.

Su sonrisa fue lenta, imperturbable, cuando me contestó.

—Para ti. —Algo pesado pasó entre nosotros y no pude apartar la mirada. Luego añadió, con la vista firme—. O tal vez… tengo la edad perfecta.

Debí haber desviado la mirada, pero no pude. No con el corazón golpeándome en el pecho.

Después de cenar, salimos al aire frío de la noche; la ciudad estaba más silenciosa. Lachlan caminó cerca, aunque esta vez no me tocó. Hasta que llegamos a mi edificio.

—Aquí es —informé, señalando la fachada de piedra, aunque ya me había acompañado antes.

—¿Desde tu apartamento se ve el río *Water of Leith*? —preguntó.

—Sí.

—Bien. —Señaló al otro lado de la calle—. Ese es el mío. Cuando estoy en la ciudad.

—¿Somos vecinos?

—Parece que sí.

Nos quedamos un momento afuera de la puerta.

—Estaré aquí a las siete —pronunció, acercándose un centímetro —. Podemos caminar juntos a la oficina.

Fruncí el ceño.

—¿No sueles ir en carro a la oficina?

—Sí, pero ahora quiero caminar contigo.

Antes de que pudiera responder, se inclinó y rozó mi mejilla con un beso.

No fue romántico, pero tampoco fue casto.

Simplemente… fue.

Se dio la vuelta y se alejó sin mirar atrás, mientras yo me quedaba clavada en el lugar, con la mano sobre la mejilla.

Por primera vez en diez meses, sentí un destello de esperanza en la oscuridad que había reinado por demasiado tiempo. En su lugar aparecieron sensaciones más ligeras, junto con algo más fuerte que no me atreví a nombrar.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

LACHLAN

Esperé hasta ver que se encendía la luz del apartamento de Eve, en el último piso, antes de apartar la vista. En las horas desde que salimos de la oficina, la ciudad se había plegado sobre sí misma bajo el resplandor suave de los faroles, y recordé por qué prefería esa hora del día.

Me tomé mi tiempo para volver a mi edificio, porque no quería que la noche terminara.

Nuestra cena había sido simple. Unas risas, nada trascendental.

Y aun así…

Hubo un momento, cuando se inclinó para probar la perdiz, en que capté un mínimo cambio. Casi pareció rendición, mientras algo no dicho y delicado le brillaba en los ojos.

Y cuando la toqué, una mano inocente en la parte baja de la espalda, sentí que ella no sabía si acercarse o huir.

Sin embargo, no huyó.

Se apartó, sí, pero no por miedo. Se alejó del calor. Yo sabía la diferencia. La había visto. Y, Dios… yo también la sentí.

No era solo atracción, aunque sin duda estaba ahí. Era algo más profundo: algo que tiraba del alma, como si dos espíritus se hubieran encontrado y reconocido.

O quizás era solo la vena romántica condenada con la que mi familia parecía estar maldita, y yo me lo estaba imaginando todo.

Que ella no estaba lista era dolorosamente evidente. ¿Podía alguien regresar de una pérdida como la suya? Yo había visto de

primera mano que mis padres no pudieron… y perder un hijo era una herida aún más honda.

Y, aun así, en algún lugar de mi interior, yo sabía que ella no era indiferente. Por tonto que fuera, estaba listo para seguir esa chispa frágil entre nosotros adondequiera que nos llevara y cargar con las consecuencias. Me aseguraría de que ella nunca sufriera por eso.

Llegué a mi edificio y me detuve en los escalones cuando vi una figura conocida cerrando con llave la puerta lateral de la propiedad.

—Colin —lo llamé, sorprendido.

Se giró, alzando una ceja.

—¿Lachlan? ¿Vienes o vas?

Me acerqué, con las manos en los bolsillos.

—Acabo de llegar.

—¿A dónde fuiste?

—A cenar.

Subió más la ceja.

—¿Solo?

—No.

Hubo una pausa, y luego exhaló con fuerza por la nariz.

—No me digas que fue con Eve. —No dije nada—. Joder… —murmuró.

—No fue así.

Colin me clavó una mirada dura, de esas que solo un hombre que me ha conocido desde que usaba pañales puede permitirse.

—Entonces, ¿qué fue?

Miré hacia el río.

—No lo sé. Una oportunidad de hablar. Una forma de conocerla más allá de sus hojas de cálculo.

—Lachlan…

—Lo sé.

—No, no lo sabes —espetó, con la voz baja pero afilada—. No lo sabes todo. Nadie lo sabe, salvo Eve, y lo que sea que haya vivido es suficiente para atormentarla. Y para *atormentarte a ti.* Si no tienes cuidado… si empujas demasiado...

—No la estoy empujando.

Dejó escapar un suspiro largo.

—Ella lo perdió todo —continuó, ahora con la voz más baja—. A su esposo. A su hijo. Y casi se fue con ellos.

Lo sabía, pero no pensaba admitirle a Colin lo mucho que me afectaba todo lo relacionado con la historia de Eve. Había investigado su pasado, la conocía en el presente, y esperaba formar parte de su futuro.

Así que solo asentí, apretando la mandíbula.

—No es frágil, Colin —comenté.

—No estoy de acuerdo. Está de duelo, y eso la vuelve… complicada. Especialmente, considerando tu historial.

—Y nunca he sido de evitar complicaciones —solté con sequedad.

Se pasó una mano por la cara.

—Mira. Yo te conozco, y si no tienes cuidado vas a confundir su duelo con conexión. —Se pellizcó el puente de la nariz—. Y, por favor, no intentes arreglar lo que tú percibas como roto en ella. No pudiste ayudar a tu padre. Cuando la gente llega a ese punto…

Miré de reojo hacia su edificio, aquella antigua estructura georgiana llamándome como el canto seductor de una *selkie.*

Me tocó ponerme terco.

—Pero yo no contesté cuando llamó, ¿verdad?

—Estabas en la escuela, muchacho —protestó—. Y, aunque hubieras contestado, creo que tu padre igual habría dado ese paso. Eso no fue tu culpa.

Se sentía así, mas no lo dije en voz alta. Lo dejé asentarse en mi pecho, junto a tantas otras cosas acumuladas en décadas. Eve creía que ella era la rota, la que cargaba con todo, sin embargo, no veía lo mío. No veía cómo su presencia obligaba a moverse y aflojarse a las sombras con las que yo había vivido. Yo no solo la estaba ayudando a recuperar el equilibrio. Ella me estaba ayudando a enfrentar mis propios demonios, esos que hacía tiempo fingía haber dejado atrás.

—Lachlan, solo no enredes tu duelo con el de ella. Ninguno de los dos lo necesita.

—No se siente como duelo —murmuré—. Se siente como despertar.

Colin no respondió, pero su vista siguió la mía.

—Solo no lo apresures —concluyó por fin.

Asentí apenas.

—Tendré cuidado —afirmé.

Pero no estaba seguro de que ser cuidadoso siquiera fuera una opción ya.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

EVE

Salí de mi edificio y me ajusté la chaqueta. Del otro lado de la calle, Lachlan ya venía acercándose, manos en los bolsillos, casual como si nada. Sonrió y se inclinó para besarme la mejilla, como si fuera algo que hiciéramos todos los días.

Sus labios estaban tibios, y el contacto se me quedó pegado en la piel mucho después de que se apartó.

—¿Disfrutaste tu trote? —preguntó, con tono ligero.

Le lancé una mirada de reojo.

Se rio.

—Te lo dije: somos vecinos. Te vi desde mi balcón.

—*Ajá* —dije, escéptica—. ¿Y justo se te ocurrió mirar por la ventana?

—Siempre miro por la ventana —bromeó, guiándome calle abajo con una mano apoyada, apenas, en la parte baja de mi espalda.

Esta vez no me aparté.

A un par de cuadras, el aroma intenso del café recién hecho se filtró desde un rincón cercano. Miré hacia allá.

—¿Café? —preguntó.

—Sí, por favor.

Giró por un caminito lateral y me llevó a un café escondido. Adentro hacía calor; el olor a *espresso* y a pan recién horneado me envolvió. Él pidió por los dos y luego se adueñó de una mesa junto a la ventana.

—Vamos a llegar tarde —señalé al sentarme.

—Yo dirijo la empresa —respondió con una media sonrisa—. Estaremos bien.

Negué con la cabeza, pero sonreí.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. Y tampoco voy a dejar que nadie te despida.

—Qué reconfortante.

Su sonrisa solo se profundizó.

Tomábamos el café, contentos con ver a la gente pasar, cuando preguntó:

—¿Tu familia está aquí, en Escocia?

La pregunta me sorprendió. Había supuesto que Colin ya le habría contado.

—No. Mi hermana y mi cuñado volvieron a su casa en Estados Unidos. Mi mamá vive en *Maryland* y nunca ha salido del país.

—*Ah*, sí. Brandon… buen hombre. —Tamborileó los dedos sobre la mesa—. ¿Y tu papá?

—Murió cuando yo era pequeña. No lo recuerdo mucho.

—¿Eres cercana a tu mamá?

Vacilé.

—Elise y yo siempre hemos sido muy unidas. Mi mamá y yo… no tanto.

No entré en detalles, pero debió de notar la tensión no dicha, porque no insistió.

—¿Tienes hermanos? —inquirí, aclarándome la garganta.

—No —expuso—. Solo Ainslee. Es mi prima, pero se siente más como una hermana.

Asentí, dándole espacio para que siguiera si quería.

—Mis padres murieron —explicó—. Por separado, aunque en el mismo año.

—Lo siento —lo consolé en voz baja, sin saber por qué de pronto quería estirar la mano y tocarle la suya.

Se encogió de hombros, aunque no con desdén.

—Fue hace tiempo. Aun así, esas cosas dejan marca.

—Seguro estarían orgullosos de ti. Tú convertiste *McLaren Enterprises* en lo que es hoy, ¿no?

Asintió.

—Mi abuelo empezó la empresa. Yo solo la arrastré al siglo veintiuno.

—Aun así, es impresionante.

Inclinó la cabeza.

—¿Y tú? ¿Siempre quisiste dedicarte a finanzas?

—Dios, no —repliqué, sorprendiéndome con una carcajada—. Odiaba finanzas en la universidad.

Sus cejas se alzaron.

—Entonces, ¿cuál es la historia?

—Mi hermana me sobornó. Dijo que me ayudaría a pagar la matrícula si elegía una especialidad secundaria "práctica".

—¿Y tu carrera?

—Escritura creativa.

Su sonrisa fue inmediata.

—Cierto, creo que tu cuñado lo mencionó. No me sorprende. Sobre todo, ahora que te he conocido. ¿Qué te llevó a eso?

—Escribir siempre fue mi refugio cuando estaba estresada o triste —expresé, más para mí que para él—. Y siempre me ayudaba. Me encanta escribir.

—¿Sigues escribiendo?

Negué con la cabeza.

—No. Necesitaba… un descanso.

—¿De qué escribías?

Me encogí de hombros y agarré la taza con ambas manos.

—De lo que fuera.

—¿Y lo último que escribiste?

Sonreí con tristeza.

—Lo mío es el romance histórico, así que seguramente era algo cursi. —Tragué saliva—. Desde que perdí a mi hijo, no he podido escribir una sola frase.

Las palabras se me escaparon antes de filtrarlas. Lachlan se quedó quieto al otro lado de la mesa. No quería ir ahí. No esta mañana. No así.

Sus ojos se suavizaron.

—¿Cómo se llamaba?

—Hayden. —Se me quebró la voz con ese nombre que no decía en voz alta desde que los enterré a él y a Hunter. Tragué el nudo y seguí—. Se llamaba Hayden. Habría cumplido dos el próximo mes.

Siguió el silencio.

—¿Cómo era? —preguntó Lachlan, en voz baja.

Me inundaron mil recuerdos: zapatitos diminutos golpeando la madera; dedos pegajosos sobre los libros; su risa, brillante y sin miedo; sus rizos, igual que los míos.

—Era un bebé feliz —contesté al fin—. Curioso. Siempre en movimiento. Aprendió a caminar temprano y, después de eso, no hubo quien lo parara.

Una sonrisa leve le curvó los labios.

—Suena como un torbellino.

—Lo era —coincidí, con la garganta ardiéndome—. Pero del mejor tipo.

Volvimos a quedarnos en quietud. Un calor se asentó en mi pecho; palpable, embriagador, pero no insoportable. Hablar de Hayden no me estaba rompiendo esta vez. Se sentía bien recordarlo.

Mientras estaba perdida en mis pensamientos, la puerta del café se abrió de golpe y sonaron las campanillas.

Volteé justo a tiempo para ver entrar a una mujer de rizos rojos salvajes, y su presencia cargó el aire a su alrededor.

—¡Lachlan! —llamó, cruzando el lugar como una llamarada.

Él se puso de pie para recibirla.

—Ainslee —saludó, con un matiz de diversión.

—Me has estado ignorando las llamadas —lo regañó, sonriendo, y luego me tendió la mano—. Tú debes de ser el motivo.

—Eve, ella es mi prima, Ainslee McLaren —señaló, presentándonos.

Le estreché la mano.

—Eve Bailey.

—Me encanta por fin conocer a alguien que no sea miembro del consejo —bromeó, y luego ladeó la cabeza y me evaluó de arriba abajo—. El gusto de Lachlan es mejor de lo que pensaba.

Parpadeé, atrapada entre la gracia y el asombro.

—Ainslee —advirtió Lachlan.

—Ay, relájate —agregó ella, arrastrando una silla—. Entonces… ¿cómo van las cosas? Cuéntenme todo.

—Primero nos dices tú qué haces aquí y luego quizá consideremos atender tu pedido —replicó él.

Ella lo despachó con un gesto.

—Eve me lo dirá, ¿verdad? —Hice una mueca, sabiendo perfectamente que no—. Al menos dime algo —se quejó.

—Trabajo para Colin —respondí, simple.

Ella frunció el ceño.

—Eres peor que mi primo. No me estás dando nada. —Me encogí de hombros; ella hizo un puchero y me sacó una sonrisa—. Pero estás saliendo con Lachlan, ¿no? —añadió con esperanza, meneando los hombros.

—No —solté rápido.

—Todavía no —murmuró Ainslee, dándole un sorbo al café de Lachlan sin pedir permiso—. Tienes que llevarla a la fiesta.

—¿Qué fiesta? —intervine.

—La llevaré —le aseguró Lachlan a su prima—. Si Eve quiere.

—Vas a querer, ¿verdad? —Ainslee sonrió radiante—. Tienes que venir.

—Yo… —Miré a Lachlan suplicante—. Tal vez tenga que trabajar.

—No tendrás —pronunció—. Y antes de que me digas que no tienes coche, yo te llevo.

—Bien. —Ainslee asintió, satisfecha—. Ya era hora de que Lachlan hiciera algo además de dirigir su empresa, de *empujar lápices* y *mover papeles*.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí.

—¿Y tú? ¿También *empujas lápices* y *mueves papeles*?

Una sombra cruzó su expresión antes de que la tapara con una sonrisa.

—No. Yo solo canto y cuido un corazón roto, lo cual funciona muy bien cuando cantas tragedias.

«¿Eh?». Su respuesta me dejó confundida, pero antes de que pudiera preguntarle, la conversación cambió. Tras algunos piques más, Ainslee se levantó, se echó los rizos por encima del hombro y salió con una despedida dramática.

—Es… enérgica —comenté.

—Es Ainslee —musitó—. Un tornado con tarjeta de crédito.

Cuando salimos del café y seguimos hacia la oficina, una sensación de calma se quedó colgando entre nosotros.

Para cuando llegamos al edificio, casi me sentí normal. Hasta que las puertas del ascensor se abrieron en nuestro piso y Colin nos esperaba del otro lado.

—Por Dios, *lass* —comentó, con alivio y preocupación en la voz—. Ya sueles estar en tu escritorio a esta hora.

—Paramos por café —respondí, saliendo del ascensor con Lachlan a mi espalda.

La mirada de Colin pasó a su sobrino y luego volvió a mí. Soltó algo cortante en gaélico. Lachlan contestó con calma y mesura.

Su intercambio fue subiendo de intensidad en silencio. La preocupación de Colin era real, pero también lo era la quietud de Lachlan.

—¿Qué pasa? —inquirí.

—Nada —respondió Lachlan.

Colin se volvió hacia mí con una sonrisa forzada.

—¿Lista para ponernos con esto?

Asentí, lanzando un último vistazo hacia atrás mientras seguía a Colin por el pasillo.

Lachlan se quedó exactamente donde lo había dejado: manos en los bolsillos y la mirada inamovible. Solo me estaba mirando a mí.

CAPÍTULO VEINTICINCO

LACHLAN

Desapareció a la vuelta de la esquina con Colin, la postura recta, imperturbable. Eve se movía como alguien que había aprendido a no desarmarse, una respiración cuidadosa a la vez.

Bajé la vista al café que se enfriaba en mi mano, el peso de sus palabras asentándose en mi pecho como piedra.

Hayden. Su hijo.

En este momento su pérdida tenía nombres dichos en voz alta: Hunter, su esposo, y Hayden, su hijo. Podía imaginarlos a ambos. Un niño curioso con una cara como la suya… y su esposo que, al parecer, se parecía a mí.

Jesucristo.

Aquella mujer sobrevivió a una pérdida que nadie debería soportar, y aun así seguía poniendo un pie delante del otro.

Eve había despertado en mí algo que nunca había sentido por otra mujer. Era tierno e inquieto, aunque también feroz. Quería protegerla de todo y de todos, incluso de su pasado. Pero lo único que podía hacer era estar a su lado y verla enfrentar su dolor con valentía.

Exhalé despacio, me pasé una mano por el cabello y luego me di la vuelta para presionar el botón del ascensor. La puerta se abrió, bajé, y salí del edificio, sin estar listo aún para subir a mi oficina.

—Joder —murmuré al salir.

La mañana se había despejado, con un cielo azul y frío. Crucé la calle y me detuve junto al viejo muro de piedra, cerca del jardín del

edificio contiguo, dando sorbos a mi café ya tibio y tratando de aclarar mi cabeza.

—Ya estás metido en problemas.

La voz vino desde atrás.

Me giré y encontré a tío Colin a unos pasos, brazos cruzados, cejas en alto.

Suspiré.

—Eso no tardó nada.

—Ella no está lista para esto —objetó sin rodeos, sin preámbulos —. Para ti.

Tiré el vaso vacío a la basura.

—Me dijiste que fuera amable con ella. Eso estoy haciendo.

—Te dije que fueras cuidadoso con ella, no que la dejaras sin aliento —replicó—. Hay una diferencia.

Me quedé en silencio mientras él se acercaba.

—Lachlan, ella intentó quitarse la vida el año pasado.

Me estremecí, aunque lo había sospechado… no, lo sabía, después de ver sus cicatrices.

—Pero no lo hizo —argumenté.

—Casi no vive para contarlo —continuó Colin—. Y créeme cuando te digo que, por lo que Brandon me contó, ella *no quería* sobrevivir.

Me froté la nuca; el peso de todo me golpeó de una sola vez.

—Debiste decírmelo antes.

—No creí que tuviera que hacerlo —añadió, suavizando la voz—. Nunca habías cruzado la línea profesional.

—Eso fue antes de verla. Antes de hablar con ella. Antes de… —*«Antes de que me consumiera».*

—Es frágil —insistió, pero él no la conocía como yo.

—Es más fuerte de lo que crees.

—Tal vez. Pero la fuerza no significa que esté lista para alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—No eres simple, Lachlan. Nunca lo has sido. Las mujeres se enamoran de ti rápido, y tú… —Dudó y siguió—: Tú no. Eve no es como tu mujer típica. Por el amor de Dios, ni siquiera es tu tipo.

Eso dolió.

—Yo no tengo un tipo —reviré, con la voz baja y segura. Aunque, en cuanto lo dije, una mujer de rizos oscuros y ojos cafés, desgarradores, cruzó mi mente. Dios, estaba cayendo rápido y fuerte por Eve—. No voy a jugar con ella.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

No respondí enseguida, porque no estaba del todo seguro. Solo sabía que, en cuanto pronunció el nombre de Hayden, sentí algo. Como si se levantara un velo. Me dejó ver la herida, no solo las cicatrices. Y yo quería… necesitaba ser el hombre que no apartara la mirada.

—No quiero arreglarla —declaré al fin—. Solo quiero ser alguien de quien ella no tenga que esconderse.

La expresión de Colin vaciló un segundo, como si no hubiera esperado una respuesta tan sincera.

—Solo prométeme —pidió, más bajo—, que vas a ser lo único en su vida que no la rompa.

Sostuve su mirada.

—Te lo prometo.

Exhaló y me dio una palmada en el hombro.

—Entonces que Dios los ayude a los dos.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

EVE

En lo que se sintió como un giro del destino, Lachlan y yo caímos en un ritmo fácil. Caminábamos juntos al trabajo incluso cuando las temperaturas empezaron a advertir la cercanía del invierno; nuestros pasos se sincronizaban sin pensarlo. Algunos días hablábamos con libertad, y la risa se derramaba entre nosotros. Otros días, simplemente estábamos contentos con la compañía.

Lo que más se me quedaba eran las cosas pequeñas. Como esta mañana, cuando nos detuvimos en el café de la esquina y Lachlan me entregó mi vaso. Su sonrisa sutil me insinuó que había pedido un *shot* extra de *espresso* en mi orden. Yo no tenía que pedirlo.

Nuestros regresos a casa eran más lentos, más tranquilos. Nos deteníamos a comer algo y esa rutina se volvió nuestro refugio en medio del ritmo del día. Me descubrí apoyándome en esos momentos. En su presencia fácil; poco a poco, mis sentimientos empezaron a crecer.

Esta noche nos acomodamos en su restaurante favorito. Las luces ámbar les daban un brillo cálido a las mesas de madera oscura, y el murmullo bajo de la conversación nos envolvía como una melodía conocida. Me reconfortaba su mirada firme sobre mí.

Entonces, un zumbido sonó de golpe, rompiendo la burbuja.

—Creo que ese es tu teléfono —indiqué.

Negó con la cabeza, una sonrisa burlona tirándole de los labios.

—No, es el tuyo.

Metí la mano en el bolso y asentí.

—Es mi hermana. Ya vuelvo. Se preocupa si no contesto.

—Tómate tu tiempo —dijo con su barítono profundo.

Un calor me atravesó, anclándome. Mis dedos se movieron rápido por la pantalla.

Elise: Brandon y yo tenemos una cita esta noche. Puede que me pierda nuestra llamada si salimos más tarde de lo normal.

Yo: ¡Que se diviertan! No hagan nada que yo no haría.

Y luego añadí:

Yo: Aquí todo está bien.

Casi de inmediato apareció su respuesta. Solté una risita al leerla.

Elise: ¡¡Yo jamás!! Jaja. ¡Te quiero mucho!

Sonreí y tecleé:

Yo: Yo también te quiero.

Guardé el teléfono, notando que Lachlan me observaba con paciencia, aunque preguntas le daban vueltas en los ojos.

—Perdón por eso.

—No hace falta. La familia es importante —opinó, asintiendo, y sentí que mis muros cedían un poco más—. Es bonito ver hermanas tan unidas. Y dijiste que no eras cercana a tu mamá, ¿no?

—No —respondí, mordiéndome el labio—. No hablo con ella desde hace un tiempo. Nunca fue muy… maternal. Elise, me lleva diez años, siempre fue la que cuidó de mí.

Tragué saliva; los recuerdos me apretaron el pecho como un torno. Elise había sido mi roca. Mi madre, mi hermana, mi padre, mi hermano… lo que yo necesitara, mientras mamá estaba demasiado ocupada persiguiendo a un hombre tras otro como para notarlo.

Sin pensarlo, toqué los anillos en mi cadena, apretándolos suavemente. La mirada de Lachlan siguió el gesto, aguda, atenta.

Eran un recordatorio de que yo le había ocultado a todo el mundo, incluso a Elise, la distancia que mantuve con Hunter.

Miré por la ventana hacia la calle oscura mientras el silencio se estiraba entre nosotros, hasta que encontré las palabras.

—Elise —musité—, siempre estuvo para mí, pero ella no tuvo a nadie hasta Brandon, y eso pasó mucho después.

—Brandon es un buen hombre. Elise tiene suerte de tenerlo.

—Sí, es el mejor. Se conocieron en la escuela y están juntos desde entonces. Yo estaba en el jardín de niños cuando empezaron a salir. —Volví a encontrar su mirada firme—. Pero ya basta de mí. ¿Y tú?

Soltó una risita, un sonido grave y cálido. La risa cálida recorrió el lugar como una chispa prendiendo hojas secas. No se me escapó cómo varias mujeres observaban hacia acá, con los ojos brillantes de interés. Por supuesto que lo miraban… ¿cómo no?

—¿Y bien? —pregunté, arqueando una ceja—. Diriges un negocio exitoso y no estás nada mal de ver. Hay más de una mujer aquí que espera que la mires. ¿Por qué no estás casado? —Miré alrededor para probar mi punto.

—Es complicado —manifestó, con humor en la voz—. En mi familia creemos en un amor de una sola vez en la vida. De esos que te dejan sin aliento. Y entonces… vas con todo.

Mis cejas subieron más.

—*Vaya*. ¿De verdad?

Hizo un gesto como quitándole importancia.

—Sí, es cosa escocesa. O quizá solo cosa de los McLaren.

Sonreí.

—La verdad… es romántico.

—Tal vez. Pero no ignoremos que también hay hombres observándote a ti.

Al recorrer la sala con la mirada, me sorprendió notar que varios me veían. Uno, con mandíbula afilada y la corbata floja, apartó la vista rápido, fingiendo revisar su reloj. Otro, más joven y pulcro, sonrió y sostuvo mi mirada un instante de más. Y un tercero se inclinó apenas hacia adelante, alternando la vista entre mi cara y la forma en que me acomodaba la manga de la chaqueta.

Lachlan notó mi observación y sonrió con suficiencia.

—¿Ves? —Señaló con la barbilla—. El del bar. No deja de mirarte tampoco.

Le di un empujoncito leve, sonriendo.

—Parece que la competencia está intensa hoy. Además, los hombres tienden a ver a las mujeres como objetos.

—Lo hacen —coincidió—. Pero no voy a permitir que nadie te haga eso. Estás aquí conmigo y me tomo mis responsabilidades de anfitrión muy en serio.

Puse los ojos en blanco, mas no pude contener la sonrisa.

—Oye, no intentes zafarte de contestar mi pregunta.

—Está bien. —Se recostó, con los ojos brillándole—. Yo tuve suerte. Vi a mis abuelos y a mis padres compartir algo especial. Eso es lo que quiero para mí.

Su sinceridad me dejó sin palabras.

—Supongo que tiene sentido.

—¿No estás de acuerdo? —Su tono me retó a decir más.

—No, para nada —dije rápido—. Fuiste afortunado de verlo. Debes extrañarlos muchísimo.

—Sí —admitió, sin rastro de risa—. La muerte de mi madre golpeó fuerte a mi padre. Lo mismo le pasó a mi abuelo cuando murió mi abuela. Mi abuelo se encerró en su propio mundo en el norte de Escocia. Nunca sale y casi nunca recibe visitas.

Por impulso, mi mano cruzó la mesa y rozó la suya. El contacto fue breve, pero intencional.

—Lo siento —murmuré.

Sus ojos bajaron a donde nuestras manos se tocaban. Pasó algo no dicho entre nosotros, crudo y eléctrico. Retiré la mano, con el corazón martillándome por esa intimidad inesperada.

—Gracias —pronunció con voz ronca, clavando la mirada en la mía mientras algo chispeaba en esos grises—. ¿En qué trabajabas en Estados Unidos? —preguntó, cambiando el tono con delicadeza.

—En una editorial. —Se me suavizó la voz con el recuerdo—. Era como un plan B para el futuro, por si lo de escribir no funcionaba. Y así me mantuve en la universidad.

—Entiendo.

—Supongo que me ha servido.

Forcé una sonrisa, aunque el amargo se quedó. Yo era una escritora de romance viviendo una historia de horror… Una llena de traición y tragedia que ni siquiera yo podía reescribir.

Llegó la comida, interrumpiendo en el momento perfecto y devolviéndonos del borde de algo tierno y frágil.

CAPÍTULO VEINTISIETE

LACHLAN

Al día siguiente en la oficina, todo volvió a su ritmo constante y, tal como sabía que pasaría, tocaron en mi puerta.

Dejé el bolígrafo sobre el escritorio y dije:

—Adelante.

Eve entró con un informe en la mano. Miró mi escritorio antes de fijar la vista en mí, y el corazón se me aceleró. Era aterrador y excitante, cuánto espacio ocupaba en mi cabeza últimamente.

—Hola —saludé, sonriendo antes de poder evitarlo.

Dejó el papel y se sentó.

—Hola.

Una emoción le cruzó el rostro, demasiado rápido para atraparla. ¿Duda, quizá? Me recliné, permitiéndome mirarla con franqueza. No llevaba nada llamativo, solo su ropa de trabajo de siempre, pero aun así sentí que la temperatura subía en mi oficina.

—¿Vas a leer el informe completo? —preguntó—. ¿O quieres un resumen rápido?

—Suéltalo —animé—. Me gusta escucharte.

Sus mejillas se sonrojaron al instante, y otra vez me golpeó lo mucho que me gustaba provocarle reacciones.

—No hay demasiados cambios desde esta mañana. —Empezó—. La producción subió cinco por ciento.

Se humedeció los labios con nerviosismo, aquel mínimo gesto capturó mi atención antes de que siquiera me diera cuenta de que

me había quedado mirándola. Un golpe de calor me recorrió por debajo de la piel. *Jesucristo.*

—¿Lista para irte a casa? —inquirí, y la pregunta me salió más ronca de lo que pretendía.

Dudó.

—En realidad, iba a preguntarte… Colin, Lizzy y Jack van a reunirse para un *happy hour*. ¿Quieres venir?

Estaba nerviosa, eso era evidente.

Dejé que el silencio se estirara un poco antes de contestar. Me gustaba verla mirarme, observar cómo se retorcía los dedos en el regazo.

—Es en *Mary's Milk Bar* —añadió, con una voz más aguda de lo normal.

—¿Has ido ahí desde hace tiempo? —pregunté.

Asintió.

—Sí. Con Colin.

Hubo algo en cómo dijo su nombre que me erizó la piel. ¿Posesividad, tal vez? Ridículo. Pero ahí estaba.

—Claro —repliqué—. Voy contigo.

Se le fruncieron un poco las cejas. Me pregunté si estaba razonando la palabra en su cabeza. *Contigo.*

Después de recoger todo y salir, caminamos en silencio. Lo suficientemente cómodo, aunque yo no dejaba de notar lo cerca que íbamos. Ella no hizo ningún intento por poner distancia entre nosotros.

Cuando entramos al local, las miradas que nos cayeron encima podrían haber detenido el tráfico.

—¿Lachlan vino? —señaló Jack, incrédulo.

—Le pregunté si estaba bien —se justificó Eve de inmediato.

—¡Claro! —La tranquilizó Lizzy sin perder el ritmo—. Solo que no pensamos que en serio se lo fueras a pedir. Ni que él aceptaría.

Me guardé una sonrisa cuando Eve me miró.

—¿Normalmente eres antisocial? —bromeó.

—Para nada —dije, divertido.

—Entonces ¿por qué es tan sorprendente?

—Porque Lachlan odia el helado —intervino Colin antes de que yo contestara—. Se enfermó con él cuando era un *lad* «muchacho». Ni siquiera puede estar cerca.

Eve se quedó horrorizada.

—No te vas a enfermar, ¿verdad? Podemos irnos.

—Podemos quedarnos, estamos bien —aseguré, con la mano en la parte baja de su espalda.

Me dejó tenerla ahí un segundo y no pude evitar la sonrisa que se me formó. Esta mujer podía mirarme y yo me derretía, igual que el helado frente a mi tío, que estaba demasiado ocupado mirándonos fijamente.

Eve se apartó al sentarse, pero no antes de dedicarme una sonrisa que me hizo brincar el corazón en el pecho. ¿Cómo era posible que una mujer me hubiera dejado así de embrujado tan rápido? Sin embargo, sabía que no era cualquier mujer. Lo sentía en lo más hondo. Era mi mujer.

Me senté a su lado.

—Y ustedes, ¿qué han hecho? —le pregunté al grupo.

—Nada bueno —respondió Lizzy, riéndose—. Somos tres viejitos observando a los jóvenes.

Su marido asintió.

—Vimos a una señorita a la que le pidieron matrimonio hace apenas unos minutos, antes de que ustedes dos entraran.

Lizzy le dio una cucharada a su helado y luego gruñó:

—Ay, ¡mi cerebro! Se me congela.

—Cariño, te dije que no comieras helado así —la regañó su esposo, afanoso—. El helado se saborea.

Fue entretenido verlos, y no pude evitar pensar en mis propios padres. Eran exactamente así, y sé que si siguieran vivos estarían aquí sentados, seguramente dándose cucharadas el uno al otro.

Mis ojos se deslizaron hacia Eve, imaginándome envejecer con ella. Pasearíamos por la ciudad al atardecer, o quizás iríamos a mi propiedad y caminaríamos por las *Highlands.* Por la noche nos sentaríamos junto al fuego, y tal vez ella escribiría y...

«Mierda, compórtate, Lachlan».

La mano de Eve cayó sobre la mía.

—¿Está todo bien?

—Sí. —Me aclaré la garganta—. ¿Quieres que te vaya a traer un helado?

—Eve tampoco come helado —me informó Lizzy, con una inocencia fingida—. Eso podría ser una señal, ¿no crees?

Se esforzaba tanto… completamente ajena a las miradas fulminantes que mi tío le estaba lanzando. Tal vez habíamos llegado a algún tipo de acuerdo en lo que respectaba a Eve, pero sabía que eso dependía de que yo escuchara su consejo y me lo tomara con calma.

A ver, ¿Lizzy esperaba que declarara mi amor aquí y ahora? No me importaría, no obstante, haría que Eve saliera corriendo, y mi tío me asesinaría. Sí, pésima idea.

—No digas tonterías, Lizzy —gruñó Colin.

—Es una romántica —intervino su marido—. Ya estará planeando la boda para la próxima semana.

Ignoré el comentario, haciéndome el tonto mientras me volvía hacia Eve.

—¿Nunca te gustó el helado?

Eve negó apenas con la cabeza.

—No… no es lo mío. No me gusta la textura.

—A mí tampoco —admití.

Jack sonrió.

—Hay cosas que están destinadas a ser, claramente.

Eve se sonrojó. Noté cómo intentó beber agua demasiado rápido y terminó tosiendo. Me incliné por instinto y le di palmaditas en la espalda, más concentrado en ayudarla a respirar que en cualquier otra cosa.

—Ya, ustedes dos —cortó Colin—. Bájenle el tono a sus ideas ridículas o la próxima semana Eve se nos va a desaparecer.

Eve negó con la cabeza, pero todavía no podía hablar. Tenía las mejillas aún más rojas.

Lizzy se inclinó sobre la mesa.

—Ya, ya —soltó, imitando girar una llave frente a su boca—. A Jack y a mí nos gusta hacer de cupidos sin mala intención, y a veces nos emocionamos.

—De verdad, está bien —habló Eve, logrando una sonrisa pequeña—. Pero hoy no hace falta ningún cupido.

—¿Ya tienes cubierta esa parte, eh, *lass*? —bromeó Jack. Después de hacérselas a sus propios hijos durante años, décadas, en realidad, lo traía en la sangre y no podía evitarlo.

Eve volvió a atragantarse. Ya había tenido suficiente.

—Está bien —pronuncié—. Eve, ¿lista para irte a casa?

Asintió, agradecida, con los ojos otra vez llorosos.

Nos despedimos y salimos. El aire estaba más fresco; el cielo, encendido con los colores vibrantes del atardecer.

—No siempre son así. Normalmente, es más agradable —explicó.

Me reí.

—Te creo. Creo que decidieron casarte.

—O espantarme —manifestó, con media sonrisa.

Sin pensarlo, le rodeé los hombros con el brazo, y juraría que se pegó a mí, lo que me hizo querer golpearme el pecho de felicidad.

Cuando llegamos a su edificio, se detuvo.

—A mí me cae muy bien Colin —expuso, mirándome—. Pero tengo la sensación de que no le gusta que yo esté contigo.

Solté una risita.

—En realidad es al revés. Cree que yo te voy a corromper.

Parpadeó.

—No creo entender.

Estábamos muy cerca. Lo suficiente como para escucharnos respirar.

Me incliné y le besé la mejilla. Suave. Lento. Su piel estaba tibia.

—Solo quiere asegurarse de que mis intenciones sean honorables —le susurré.

No se movió. Solo me miró con esos ojos grandes, cafés.

—*Ah* —musitó.

Le sostuve la mirada un latido más. Podría haber dicho más, casi lo hice, pero el momento ya era lo bastante embriagador.

—Buenas noches, Eve. Nos vemos en la mañana.

Me di la vuelta antes de cambiar de opinión.

Mientras caminaba hacia mi lugar, sentí sus ojos sobre mí. La brisa traía el olor del otoño temprano y algo más dulce: ella. Y, por

primera vez, no me importó lo obvio que era que estaba perdido por Eve.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

LACHLAN

Llegué a la oficina apenas después del amanecer, con la esperanza de que empezar temprano me ayudara a adelantar el día y a sacudirme la imagen de Eve en su umbral anoche, viéndome alejarme.

No hubo suerte.

Su voz todavía me resonaba en la cabeza. La expresión en sus ojos, una mezcla de confusión, vulnerabilidad y una euforia fugaz, cuando le besé la mejilla, la sensación se me quedó pegada toda la noche como un segundo latido.

Me había escrito más temprano, y la adrenalina que me atravesó al ver su nombre en la pantalla me tomó por sorpresa.

Eve: Perdón, tengo que saltarme esta mañana. Se me olvidó un mandado. Nos vemos en la oficina, ¿sí?

Yo: Por supuesto.

Mi respuesta fue demasiado plana cuando había tantas otras palabras que quería decir.

Yo: Aunque debo admitir que la caminata se sintió interminable sin mi compañera.

Eve: Manejar habría sido más rápido, pero caminar es más sano y mejor para el ambiente. 🥰

Jamás admitiría que me quedé mirando el emoji un buen rato.

La caminata fue solitaria sin ella, y mi mente tuvo la oportunidad de interpretar ese emoji de un millón de maneras distintas.

Apenas me había sentado en el escritorio, el café en mi taza, frío y olvidado, cuando escuché el paso inconfundible de mi tío en el pasillo.

Colin no tocó. Nunca lo hacía.

—Buenos días —saludó, entrando con una carpeta manila en una mano y algo más: tensión, tal vez, haciendo que la otra se le cerrara en un puño.

—Colin.

No se sentó. Solo se apoyó en la silla, con los brazos cruzados.

—¿Qué te hizo ir a la heladería? —cuestionó.

—Eve me pidió que fuera, así que fui —repliqué, encendiendo la *laptop*. Si me hubiera pedido que fuera a la luna, lo habría hecho sin pensarlo.

—Nunca antes lo habías hecho.

—Siempre hay una primera vez para todo. —Sostuve su mirada y añadí—: Tío, te prometí que iba a tener cuidado con ella, y estoy cumpliendo esa promesa. No estoy dispuesto a hablar de nada fuera de eso.

Debí saber que el concepto de límites era ajeno para mi tío.

—¿Entraste a su apartamento cuando la llevaste a casa? ¿Cada cuánto la llevas a casa?

Jesucristo. Por la manera en que me observaba, cualquiera diría que éramos dos adolescentes.

Me quejé por dentro y devolví la atención a la pantalla, intentando concentrarme.

—Tío, yo solo la acompaño a su casa.

Pasó un latido antes de que dijera:

—No me gusta cómo la miras.

Levanté la vista de la *laptop.*

—¿Por qué?

—Ya te di mis razones. Sin contar que le debo la vida a su cuñado. Y aquí estás tú, jugando a ser un Casanova de las *Highlands* —espetó—. ¿Y por qué le estabas poniendo la mano en la espalda como si ya te perteneciera?

Exhalé por la nariz.

—¿De eso se trata?

Colin negó una vez con la cabeza.

—No te pongas a la defensiva. Sabes que me cae bien. Mucho. Es una buena chica.

—Lo sé.

—Es amable. Honesta. La gente como ella no aparece tan seguido.

Ya no estaba hablando solo de Eve.

Me puse de pie despacio.

—Soy consciente.

Me miró y supe lo que venía antes de que lo dijera.

—Ella no sabe por lo que has pasado.

Me quedé callado.

—Eve no sabe lo que hizo tu papá. No sabe lo duro que fue para ti. ¿Y si ella intentara hacerlo otra vez? Bueno… me preocupa lo que eso te haría a ti.

—Puedo con eso —afirmé, sin rodeos—. Y ella no lo va a volver a hacer.

—No lo hará si un escocés con tendencia a romper corazones la deja en paz.

Aparté la mirada, la mandíbula rígida.

—¿Crees que la voy a romper?

—No —comentó, más suave—. Yo… tal vez. No lo sé. Pero sé que tu experiencia con el suicidio y la de ella no encajan. Si esto se descarrila, los va a destruir a los dos. Y si pasa… no sé si alguno de ustedes va a volver de ese abismo.

Apreté el borde del escritorio, aferrándome al presente.

—No empieces con esto —mascullé—. No hoy.

—Yo no empecé. Tú lo hiciste.

El silencio se estiró entre nosotros. Se enderezó y dejó la carpeta con cuidado sobre mi escritorio.

—Yo sé lo que te hizo perderlo, Lachlan —afirmó en voz baja—. Lo vi. Yo también lo cargué. Pero Eve no es un salvavidas al que puedas aferrarte cuando todo pesa. No es una forma de terapia, y tú no puedes ser la suya.

Asentí despacio.

—No lo es —respondí—. Ella es… otra cosa.

Alzó una ceja.

—¿Qué es?

No respondí de inmediato.

—Con ella todo se siente bien, Colin. No sé explicarlo. —Me pasé una mano por el cabello—. Y es lo primero en años que no se siente pesado.

Parpadeó y luego miró a otro lado, y por un segundo vi su propio dolor expuesto en su rostro. Como siempre que pensaba en su hermano. Mi padre.

—¿Te importa ella?

—Sí.

—¿Lo suficiente como para decirle la verdad?

—En algún momento.

Me sostuvo la mirada, largo y medido.

—Bueno —razonó—. Ese "algún momento" más vale que llegue más temprano que tarde. —Iba a irse, pero se detuvo en el umbral —. No necesita saber cada detalle. Pero sí va a necesitar saber por qué a veces te pierdes dentro de ti. Va a necesitar entender por qué el silencio te asusta cuando dura demasiado, porque tú lo viviste con tu papá.

Se fue sin decir nada más, cerrando la puerta detrás de él.

Me quedé mirando la puerta cerrada. Sentí el pecho apretado, mas no como antes. No como aquellas noches en que el duelo se me enroscaba por dentro y me estrujaba.

Esto era otra cosa.

Giré la silla para mirar por la ventana; sin embargo, lo único que vi fue el rostro de Eve y esas sonrisas raras suyas que eran como un regalo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

EVE

Me sentía satisfecha después de enviarle un paquete a mi hermana y pagar una factura de luz; mis pasos resonaban suavemente por el pasillo, con un brío extra.

Iba a dejar una hoja de logística revisada, tras corregir un detalle pequeño en el conteo de producción, con el olor del tóner pegándose tenue a las páginas en mi mano.

Casi llegaba a la oficina de Lachlan cuando escuché voces.

Estuve a punto de anunciarme, hasta que las palabras de Colin me congelaron en el lugar.

—Eve no sabe lo que hizo tu papá. No sabe lo duro que fue para ti. ¿Y si ella intentara hacerlo otra vez? Bueno… me preocupa lo que eso te haría a ti.

Un escalofrío me recorrió la columna mientras, por instinto, me pegaba a la pared, medio oculta por la puerta entreabierta. No estaba intentando espiar. No de verdad. Pero mi cuerpo se había anclado al suelo.

No debería estar aquí.

Y aun así no podía moverme. Contuve el aliento, el pulso retumbándome en los oídos mientras escuchaba su intercambio.

—Con ella todo se siente bien, Colin. No sé explicarlo. —Mi corazón tembló al escuchar las palabras de Lachlan—. Y es lo primero en años que no se siente pesado.

Sus palabras, la pasión que había detrás, tocaron algo en mí. ¿Podía yo significar algo para él? Tenía que admitirlo: con las

semanas, se me había ido metiendo bajo la piel, y empezó a importarme mucho. Era distinto a cualquier otra cosa que hubiera sentido.

Pero entonces, las últimas palabras de Colin lo hicieron añicos.

—No necesita saber cada detalle. Pero sí va a necesitar saber por qué a veces te pierdes dentro de ti. Va a necesitar entender por qué el silencio te asusta cuando dura demasiado, porque tú lo viviste con tu papá.

El aire se me atoró en los pulmones, como si al salir hubiera chocado físicamente con algo. Me pegué por completo a la pared, el pecho hecho un remolino de emociones.

Las palabras quedaron suspendidas como humo, envolviéndome, nublándome el camino hacia adelante.

Ahora todo tenía más sentido. La manera en que Lachlan a veces se distraía en medio de una conversación totalmente normal, cuando su mirada se perdía en un punto al que yo no podía seguirlo. La forma en que se movía, como si estuviera hecho de hierro, pero un solo toque equivocado pudiera volverlo ceniza.

No lo entendía. No del todo.

Sin embargo, lo sentía. Ese peso. Esa cosa sin nombre que yo había percibido y no sabía cómo llamar.

Y ahora sabía lo suficiente para sentirme sacudida, inestable. Fuera de balance.

No tenía miedo de él, sino miedo de que hubiera pasado tanto tiempo sosteniéndose a sí mismo que incluso el hecho de que alguien lo cuidara pudiera desarmarlo.

Me alejé con cuidado de no hacer ruido y avancé rápido por el pasillo, con el corazón tronándome en los oídos. Me temblaban las manos. La hoja de logística, olvidada, se me arrugó entre los dedos.

Para cuando llegué a mi oficina, ya no estaba segura de lo que sentía. ¿Lástima, quizá? ¿Compasión? ¿Curiosidad? Sí. Pero también otra cosa. Algo más difícil de admitir.

Y no podía dejar de pensar en lo que había escuchado.

O en el hecho de que Lachlan no me lo hubiera dicho él mismo.

Todavía.

No obstante, en ese momento, había una grieta en la superficie de lo que yo creía saber.

LACHLAN

Eve no dijo mucho en todo el día.

Sonrió con educación, entregó documentos, incluso hizo un poco de plática con Lizzy durante el almuerzo. Pero su mirada no sostuvo la mía como solía hacerlo.

Cuando la oficina se vació y el sol cayó, supe que algo estaba mal.

Cuando toqué su puerta, levantó la vista, sorprendida.

—¿Quieres salir a caminar? —pregunté—. ¿Tomar aire?

Se mordisqueó el labio inferior mientras asentía.

—Sí.

Al principio no hablamos mucho. La ciudad estaba más serena por la tarde; su banda sonora habitual reducida a un zumbido de fondo. Pasamos escaparates y árboles que proyectaban sombras largas sobre la acera.

—Has estado muy callada hoy —comenté.

Me miró y luego volvió la vista al suelo.

—Sí.

—¿Pasa algo?

—Yo… eh… escuché algo. —Empezó despacio.

—¿Qué cosa?

No respondió en varios latidos.

—Tu conversación con Colin. —Me detuve. Ella también, apenas un paso delante de mí—. No quise espiar —añadió rápido—. Iba a dejar algo y escuché… —Tragó saliva antes de seguir—. Bueno, escuché lo suficiente para saber que no debí quedarme.

Asentí.

—Escuchaste lo de mi papá.

Sus ojos se encontraron con los míos, cautelosos pero firmes.

—Sí. Y entendí que todavía te afecta.

Aparté la mirada, apretando la mandíbula.

—Sí.

No insistió. No llenó el silencio; solo esperó, paciente, a mi lado.

—Mi papá no solo murió. Se suicidó. —Nunca se volvía más fácil decirlo, por más tiempo que pasara—. Una mañana, ya no estaba. Amaba tanto a mi mamá, pero yo pensé… bueno… que a mí también me amaba. Después de que se fue, me costó muchísimo. Me sentí solo. Y, aunque tenía a mi tío, mi tía y mi abuelo cerca, no podía aceptar nada de eso. Que me hubiera dejado. Se sentía como pelear contra demonios que nadie más podía ver.

Dio un paso más cerca, aun así, no me tocó.

—No hablé de eso durante años —admití—. Lo enterré. Al principio, aparté a todo el mundo. Aunque por suerte, por irritantes que sean mi tío y mi tía, también son muy tercos, y su amor estuvo ahí cuando más lo necesité. Sin embargo, aprendí una lección valiosa, Eve.

—¿Qué lección?

—Si apartas a la gente el tiempo suficiente, se vuelve costumbre. Y a veces es endemoniadamente difícil no volver a eso.

—No me estás apartando —indicó en voz baja.

—No, no lo estoy —afirmé—. Y no lo haré. Pero necesito saber que tú tampoco me vas a apartar. —Pareció impactada por mi franqueza—. Escuchaste la conversación y sabes dónde estoy parado contigo. Así que voy a ser directo, y quiero que tú también lo seas. —Su pecho subió y bajó mientras me observaba. Si bien era una apuesta decirlo así, tan de frente, no me importó. Si me había oído con mi tío, ya sabía lo que sentía yo—. Todavía no sé qué es esto entre nosotros —continué despacio—. Pero me gustaría averiguarlo.

Su rostro se abrió en la sonrisa más pequeña y más dulce.

—No tienes que tener todas las respuestas.

—Solo no quiero meterte en algo pesado si tú no estás...

—Sé lo que es cargar con cosas, Lachlan —me interrumpió—. No me dan miedo las tuyas.

Exhalé largo, y el alivio me inundó.

Deslizó su mano dentro de la mía, sus dedos cálidos y seguros.

—Vamos despacio —sugirió—. Lo vamos viendo un día a la vez.

—Sí —murmuré, apretándole la mano—. Un día a la vez.

Seguimos caminando, más lento. Los faroles se encendieron sobre nosotros, su luz suave y dorada atrapándose en su cabello. Y por primera vez en años, sentí que no estaba caminando entre las ruinas de una vida devastada por el suicidio.

CAPÍTULO TREINTA

EVE

Las palabras seguían suspendidas en el aire cuando reanudamos la caminata; el aire estaba fresco, pero agradable. El cielo se extendía, en tonos de rosa pálido y azul plateado, mientras la ciudad empezaba a rendirse al atardecer.

Me sostenía la mano con un agarre suave, y no pude evitar darle vueltas a lo que Lachlan dijo y a todo lo que pasó. Parte de mí tenía miedo, pero había una parte aún más grande que no.

Hablaba en serio cuando le dije que me gustaría seguir explorando esto, si es que "relación" era la palabra correcta. Fuera lo que fuera, me gustaba lo tranquila que me sentía a su lado. Me encantaba su mano firme, su presencia autoritaria y, sobre todo, ansiaba su atención.

Algo dentro de mí había ido cambiando a lo largo de muchos momentos pequeños que terminaron volviéndose más significativos.

No era amor, todavía no.

No obstante, se sentía como si mi vida estuviera dando un cambio.

—Se me ocurrió algo —pronunció Lachlan de repente, disculpándose cuando me sobresalté.

—No tienes de qué disculparte. Me quedé ida. —Le apreté la mano, tranquilizándolo—. Dime tu idea.

—¿Quieres probar otro restaurante esta noche? —preguntó, con su acento escocés envolviéndome—. Imagino que ya estás cansada de comer siempre en el mismo lugar.

Me reí.

—Tengo un hambre brutal, así que a donde me lleves, solo asegúrate de que haya buena comida.

Asintió, satisfecho.

—Tu deseo es una orden, *lass*.

Lachlan levantó nuestras manos entrelazadas y me dejó un beso suave en los nudillos.

—*Ah*, siempre tan encantador —bromeé.

Sonrió.

—Lo intento.

La imagen de Jamie de *Outlander* me vino de golpe a la cabeza y se me calentaron las mejillas, imaginando a Lachlan en un *kilt* «falda escocesa»*.*

Me estaba educando, de verdad y a fondo, en el encanto de los escoceses.

Un rato después, ya estábamos sentados en un restaurante acogedor. Miré el río *Water of Leith* a través del ventanal, contemplando la ciudad reflejada en su superficie.

Lachlan pidió por los dos. Nunca preguntaba, y yo confiaba en que acertaría.

Bebía su *whisky* mientras yo tomaba agua mineral, los dedos siguiendo el borde frío del vaso. Me descubrí mirando el río, su corriente rápida y constante. Un movimiento en el muelle de abajo me llamó la atención.

Un hombre estaba de pie cerca del borde.

Había algo en él, la postura, la forma en que encogía los hombros hacia adentro, que me dejó atrapada. Se veía… vacío. A la deriva. Entrecerré los ojos. No parecía estar admirando el agua. La estaba midiendo.

—Eve. —La voz de Lachlan me alcanzó, baja y alerta—. ¿Estás bien? Te ves pálida.

No pude responder. El hombre dio un paso más hacia el borde.

Conocía esa postura. Yo había vivido dentro de esa desesperación.

—Ese hombre —susurré, sin estar segura de qué quería decir.

Lachlan se giró a ver justo cuando el hombre saltó.

El tiempo se fracturó.

Un chapuzón. Luego gritos, lejanos y amortiguados. Como si yo también estuviera bajo el agua.

Se me apretó el pecho, el aire se me atrapó detrás de las costillas. Destellos golpearon como relámpagos. Sangre extendiéndose en el agua tibia de la bañera desde mis muñecas. El metal frío de la navaja a mi lado. El grito de mi hermana.

Me tembló el cuerpo. No pude detenerlo.

Unas manos fuertes me sujetaron, me anclaron.

Lachlan.

Me giró el rostro hacia él.

—Eve —murmuró—. Respira. Mírame. Solo respira.

Lo hice.

Una inhalación temblorosa. Una exhalación temblorosa. Otra vez. Y otra.

—Lo estás haciendo muy bien —me animó, con los pulgares acariciándome la mandíbula—. Quédate conmigo.

Poco a poco, el pánico se fue retirando. Solo para ser reemplazado por un dolor punzante y persistente.

Asentí con un tirón, consciente de que el tiempo pasaba, pero incapaz de agarrarme a él.

Lachlan habló en gaélico, cortante, con el personal y con los paramédicos que aparecieron, mientras yo esperaba en *shock*, retorciéndome las manos con nerviosismo.

Me destrozaba por dentro por ese desconocido, y entendí de una forma completamente nueva lo que le había hecho a mi hermana meses atrás.

—¿El hombre está bien? —pregunté, sin tener reservas de energía para hundirme en la autorreflexión en ese momento.

Lachlan me miró y asintió, y luego dijo:

—Vámonos a mi casa. Comemos ahí.

Apenas recordé la caminata, el ascensor, la llave girando en la cerradura. En un momento estábamos en el restaurante y al siguiente yo estaba en el sofá de piel del *penthouse* de Lachlan. Se movía de manera metódica, sirviendo agua, poniendo platos, y mirándome de reojo como si no estuviera seguro de que yo pudiera mantenerme en pie. Respiré hondo, dejando que mi mirada recorriera el lugar.

Sin embargo, lo único que veía era la escena de hacía rato.

Negué apenas con la cabeza, parpadeando varias veces para obligarme a enfocarme en algo concreto, algo real. Me tomó varios intentos, pero al fin noté los techos altos, los pisos de roble oscuro y las lámparas que derramaban charcos de luz cálida sobre las líneas limpias y modernas de su sala.

Entonces lo percibí: cedro, pino y cítricos. *Lachlan.*

—Este lugar es precioso —musité, manteniendo la atención en la decoración.

—Me alegra que te guste. —Trajo una manta y me la acomodó sobre los hombros—. ¿Tienes hambre?

Negué con la cabeza.

Me puse de pie y caminé por el espacio amplio, mirando las fotografías en blanco y negro en las paredes y los libros apilados con precisión en estantes bajos. Todo se sentía curado al detalle. Excepto él.

—Esto es más que un apartamento —dije al fin—. Es como una mansión en la colina.

Sonrió apenas.

—Llámalo como quieras, con tal de que te sientas cómoda aquí.

Me giré hacia él y encontré su expresión tensa. Cautelosa. Como si se estuviera preparando para algo.

—Perdón —agregué, sin saber por qué me disculpaba—. No esperaba ver eso.

—No podías saberlo. Nadie podía. —Asintió despacio antes de seguir—. Ese tipo de cosas se te quedan encima mucho después de que la gente ya no está. —Las palabras fueron suaves, pero cortaron el silencio—. Ojalá, mi papá me hubiera hablado. Tal vez yo habría… no sé, ¿hecho algo para salvarlo? O al menos hacerle ver que había

más razones para vivir —confesó Lachlan—. A menudo me pregunto si debí verlo venir.

Tragué saliva. Su dolor era crudo, expuesto, y reflejaba el mío.

—He estado en tu posición… —admití, y entonces supe que tenía que decirlo todo. Una cosa era empatizar con Lachlan, pero él merecía conocer la magnitud de lo que yo había vivido. Lo que les hice pasar a quienes me rodeaban—. No solo… perder a alguien. Sino dar ese mismo paso. —Su mirada se clavó en la mía, mas no me interrumpió. Tomé aire—. Hace un año… lo intenté. Después de perder a mi bebé. —La voz se me quebró—. No era sobre morirme, no de verdad. Es que ya no podía vivir con el dolor.

Lachlan acortó la distancia y me envolvió entre sus brazos, cubriéndome con su calidez y su fuerza silenciosa. Y yo la absorbí hambrienta.

Nos quedamos así, en la quietud de su *penthouse*, con las luces de la ciudad titilando más allá de los ventanales.

Al final, me susurró:

—Intentemos comer.

Lo intentamos. Sin embargo, ninguno tenía mucho apetito. Nos las arreglamos con unos cuantos bocados entre miradas compartidas y silencios largos que, de alguna manera, no se sentían vacíos.

Más tarde, nos sentamos en el sofá. En la televisión estaba *Braveheart*. Lachlan admitió que nunca la había visto. No le creí.

—¿Y tú te llamas escocés? —me mofé, sin mucha fuerza.

Sonrió de lado.

—Es larguísima. Y es históricamente inexacta.

Aun así, la dejamos. Me recargué en los cojines a su lado, dejando que la música creciente y el drama llenaran el espacio. Para cuando la película se acercó al final, las calles afuera ya estaban cubiertas de oscuridad.

Lachlan bajó la mirada hacia mí.

—Quédate a dormir —pidió en voz baja.

Lo miré.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Solo necesito… tiempo.

No discutió; solo asintió.

Hablamos un poco sobre actualizaciones del producto, pisando terreno seguro, e hicimos planes para un fin de semana de trabajo. Era algo pequeño. Casi ni podía llamarlo plan, pero le dio un poco de normalidad a esa noche.

—Iremos juntos —indicó.

—¿A la misma hora? —pregunté.

—A la misma hora. —Asintió.

Más tarde, en la cama, intenté dormir. Pero los pensamientos sobre el desconocido que había tomado la misma decisión que yo una vez tomé no me soltaron. Me acosaban, me carcomían, por todo lo que le hice pasar a mi familia.

Cuando al fin llegó el sueño, arrastró a los fantasmas viejos consigo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

EVE

Dormir se volvió más difícil en los días posteriores al incidente.

El cansancio se me pegaba a los bordes de los pensamientos como una neblina pesada, sin nada a lo que pudiera aferrarme. Intenté no darle vueltas, pero ahí se quedaba de todos modos.

Cuando Lachlan me encontró el sábado por la mañana, su mirada atrapó la mía y no la soltó. Se sentía como si pudiera ver a través de mí; más allá de mi silencio, más allá de mis palabras.

Ese fin de semana y la semana siguiente pasaron en un torbellino de reuniones, informes y cenas que se alargaban hasta bien entrada la noche. Lachlan y yo atravesábamos los días como si estuviéramos sincronizados, sin haber definido nada. Y no parecíamos poder parar. Me descubrí buscándolo, esperándolo, queriéndolo cerca incluso cuando no entendía por qué.

Cuando llegó el viernes, tuve que admitir que lo que fuera esto entre los dos no era normal.

—¿Lista?

La voz grave de Lachlan me arrancó la atención de la hoja de cálculo en la pantalla.

Lo encontré recargado con calma en el marco de la puerta de mi oficina, la chaqueta desabotonada, una mano metida en el bolsillo del pantalón. Los rayos del sol de la tarde cortaban el pasillo detrás de él, bañando su figura con una luz dorada y suave.

Parpadeé.

—Apenas es la hora de la comida.

No se movió.

—Tenemos que pasar por tu casa y recoger tus cosas.

—¿Por qué?

—La fiesta anual de los McLaren empieza hoy en la noche y dura hasta el lunes. Aceptaste venir.

Estaba segura de que no. O, al menos, no de una forma que incluyera una maleta para pasar la noche.

—No recuerdo haber aceptado eso.

—Sí lo hiciste. —Me dedicó una sonrisa traviesa. Y en ese momento supe que iría al fin del mundo si él me sonreía así.

—Se te olvidó mencionar que era todo el fin de semana —refunfuñé.

—No preguntaste —respondió—. Por cierto, te quedas el fin de semana.

Dudé, sin saber si estábamos listos para un paso así. Una cosa era comer juntos de vez en cuando; otra muy distinta, ser invitada a su propiedad.

—No estoy segura de...

—Te prometo que tendrás tu espacio si lo necesitas —juró, como si me leyera la mente—. Por favor. Hazlo por mí.

Me puse de pie, agarrando mi bolso.

—Bien. Vamos.

—¿Necesitas avisarle a Colin? —inquirió.

Negué con la cabeza.

—Pidió el día libre.

—Perfecto.

Su mano se posó suave en la parte baja de mi espalda mientras íbamos al ascensor, y minutos después estábamos en el estacionamiento.

—No hay muchos autos —comenté.

—La mayoría viene caminando.

Abrió el coche: Land Rover Defender negro que parecía hecho para aguantar un apocalipsis.

Apenas me abroché el cinturón cuando salió a la calle, manejando con una concentración absoluta. Su seguridad era

cautivadora y reconfortante. Era como si la carretera se doblara ante él, y no al revés.

En mi edificio, se estacionó frente a la entrada.

—¿Seguro que puedes dejarlo aquí?

Miró el letrero de la calle, impasible.

—Va a estar bien. No nos vamos a tardar.

Ya dentro de mi pequeño estudio, la mirada de Lachlan recorrió el espacio con interés.

Los muebles eran funcionales. Las paredes estaban desnudas. No había fotos enmarcadas ni desorden. Parecía más un alquiler preparado para mostrar que un hogar. Excepto por una cosa.

Levantó la taza blanca astillada de la encimera de la cocina. Tenía ilustraciones desgastadas de máquinas de escribir y libros viejos. En letras negras y gruesas decía: **Eve Writes.**

—Bonita taza —halagó, dándole la vuelta en la mano.

—Mi hermana me la regaló cuando me fui a la universidad. —Me salió la voz un poco más áspera de lo que pretendía—. Es lo único que sobrevivió… a todo.

No tuve que explicar a qué me refería. Lachlan solo asintió y dejó la taza con cuidado en su lugar.

—Voy a empacar unas cosas —notifiqué.

La maleta se sentía demasiado ligera. Metí lo básico: *jeans*, un vestido, algo para dormir. Pero no sabía qué exigía esa fiesta. ¿Formal? ¿Casual? ¿Algo intermedio? Me quedé frente al clóset un minuto entero y, al final, solo cerré la cremallera.

De vuelta en la sala, Lachlan me quitó el equipaje con facilidad.

—No estoy segura de haber empacado lo correcto —confesé.

—No te preocupes —aseguró—. Lo que necesites, lo resolvemos. Tenemos gente lista.

Lo miré de reojo.

—Eso suena ominoso.

Sonrió con malicia.

—Solo eficiente.

Bajamos las escaleras juntos, nuestros pasos resonando en el pasillo angosto.

—¿La fiesta es por qué, exactamente?

—Es una tradición de los McLaren. Pasa todos los años desde hace siglos.

Levanté una ceja.

—¿Siglos? ¿Por qué?

—Es el aniversario de cuando mis ancestros obtuvieron estas tierras en el siglo XIII.

Lo dijo como si no fuera gran cosa poder rastrear a tu familia tantas generaciones atrás.

Me abrió la puerta del copiloto y esperó a que subiera.

—Bueno, eso sí es impresionante.

Me abroché el cinturón, mirándolo mientras cerraba la puerta.

—No te impresiones tanto. Solo somos una familia vieja con costumbres aún más viejas —respondió cuando se sentó al volante y se abrochó el cinturón.

—Todavía tengo tanto que aprender de ti, Lachlan.

Y ya estaba empezando a caer bajo el hechizo de este hombre.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

EVE

Una hora después de haber emprendido el viaje, tras serpentear por caminos sinuosos bordeados de robles ancestrales y brezo silvestre, el auto coronó una colina… y ahí estaba.

Un castillo.

Un auténtico castillo señorial, sacado de un cuento, erguido en medio de campos verdes como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar. Sus torres de piedra, desgastadas por el tiempo, besaban el cielo, con los contornos suavizados por siglos de bruma de las *Highlands*. La cálida luz del sol lo bañaba, dorando las almenas, que proyectaban sombras largas y majestuosas sobre la ladera.

—*Wow.* —Exhalé; la palabra se me escapó antes de poder contenerla—. Es… increíble.

Lachlan no dijo nada. Sus manos permanecieron firmes sobre el volante, la vista fija al frente—. ¿Es un museo o…?

—No —expresó—. Es una casa. Mi casa. Ahí es a donde vamos.

Parpadeé, intentando reconciliar la opulencia del lugar con el hombre que estaba a mi lado. Ainslee sí había mencionado que la fiesta sería en una gran propiedad, pero no me había imaginado esto. Pensé que tal vez sería una mansión. Una casa de campo en una colina. No *esto*.

El castillo se alzaba sobre una elevación suave, vigilando las salvajes *Highlands* escocesas como un centinela antiguo. Detrás de él, las lomas ondulantes se perdían en la distancia. Hacia el este,

una cinta plateada de agua resplandecía al abrirse paso entre la tierra.

—Ese es el río Teith —indicó Lachlan, asintiendo hacia él, como si me hubiera leído la mente—. Del otro lado del castillo hay vista a Ben Ledi. En los días despejados, casi se alcanza a ver hasta el borde de los Trossachs.

Solté una risita suave, y enseguida me sobresaltó el sonido. Hacía tanto tiempo que nada me arrancaba una risa. Cerca de Lachlan, eso estaba dejando de ser menos raro. La tierra, el cielo, el aroma a pino, musgo y lluvia… todo se sentía como algo salido de un sueño olvidado hacía mucho.

Se volvió a mirarme, con una ceja apenas alzada.

—Este lugar es perfecto —murmuré, intentando explicarme—. Es exactamente el tipo de escenario que pondría en un libro. Como algo salido de una leyenda.

—Me alegra que te guste —respondió, pero su tono fue suave, casi reverente. Como si no estuviera hablando solo del castillo.

Asentí y volví la vista al paisaje, intentando abarcarlo todo. La propiedad se extendía en todas direcciones, rodeada de densos grupos de pinos y serbales, setos de zarzamora y colinas que parecían las curvas de gigantes dormidos. El río brillaba, lento y antiguo, mientras avanzaba.

—Teith —susurré, probando la palabra—. Es un nombre precioso.

—Significa "agua tranquila y placentera" —me explicó. Me lanzó una mirada de reojo—. Me recuerda a ti.

Parpadeé, sin saber cómo responder. ¿A mí? Tranquila, quizá. ¿Placentera? No estaba segura de recordar siquiera qué significaba eso.

El castillo se fue haciendo más imponente con cada curva del camino hasta que por fin llegamos a sus grandes puertas frontales de hierro forjado.

Avanzamos por el largo sendero de grava. El Defender de Lachlan se detuvo con un ronroneo cerca de la entrada principal. Cuando bajamos, una ráfaga de aire limpio, con aroma dulce a pino, me revolvió el cabello, y por instinto giré hacia las *Highlands.*

Nunca había visto algo así. El paisaje se extendía, verde y dorado y de un azul dolorosamente hermoso, hasta donde alcanzaba la vista.

La belleza que tenía enfrente me tocó el alma. *«Podría quedarme aquí para siempre. Morir aquí. Y ser feliz».*

La palabra *feliz* me resultaba ajena. Pero en este lugar salvaje y azotado por el viento, la sentía, y quise aferrarme a ella.

Un caballero mayor abrió las pesadas puertas de roble y salió.

—Bienvenidos —saludó con una inclinación cortés—. Qué gusto verlo de nuevo, amo Lachlan.

—Entonces ¿de verdad este lugar es tuyo? —pregunté, todavía medio incrédula.

Él asintió.

—Ha pertenecido a la familia por generaciones.

La mayoría de las personas que yo conocía lo habrían presumido por todas las redes sociales, pero este hombre no, y esa era una de las muchas cualidades que admiraba de él.

Una risa familiar resonó por el pasillo, y Colin apareció sonriendo como un hombre que acababa de encontrar a un amigo perdido hacía mucho.

—¡Ahí están! —Me envolvió en un abrazo antes de que pudiera protestar—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien —musité, sintiéndome un poco incómoda entre sus brazos.

Se volvió hacia Lachlan.

—Los invitados ya llegaron. La mayoría está en los jardines del sur.

—Que disfruten la vista —manifestó Lachlan con un encogimiento de hombros—. No van a irse a ninguna parte.

Bajé la vista hacia mí misma. Llevaba *jeans* y una camisa blanca sencilla. Colin, en cambio, iba vestido como si estuviera a punto de brindar con un duque. La ansiedad revoloteó en mi pecho. Yo no había empacado para la realeza.

Pero el chillido inconfundible de Ainslee atravesó mi preocupación.

—¡Viniste! —exclamó, corriendo hacia nosotros con un vestido azul zafiro vaporoso. Me echó los brazos al cuello, como si fuéramos amigas de la infancia que llevaban años sin verse.

Me puse rígida y le di unas palmaditas torpes en la espalda, lanzándoles una mirada de auxilio a Lachlan y Colin.

—Ella siempre es así —explicó Lachlan con sequedad—. Es su mecanismo de defensa.

—Solo con la gente que me cae bien —replicó ella con un guiño.

—Te ves hermosa —la halagué con sinceridad.

—Eres la primera que lo nota. —Sonrió radiante—. Y no te preocupes, hice que te trajeran varios vestidos. Lachlan me dijo tu talla.

Mi mirada salió disparada hacia él. Parecía de lo más despreocupado. Abrí la boca, sin saber qué decir, pero Ainslee ya me estaba arrastrando hacia una escalera de mármol.

—¡Buena suerte! —nos gritó Colin, riéndose.

Intenté absorber la grandeza de los retratos imponentes en marcos dorados, las barandillas talladas y las lámparas antiguas; sin embargo, Ainslee caminaba como una mujer en misión.

—Te vas a quedar en el ala familiar. —Canturreó—. Tu habitación está junto a la de Lachlan. Y hay una puerta que se comunica.

Le lancé una mirada inexpresiva.

Sonrió con malicia.

—Igual que en los viejos tiempos. El marido y la mujer tenían habitaciones contiguas, además de un balcón compartido. Muy romántico.

Sentí que las mejillas me ardían.

Me condujo a una habitación que parecía arrancada directamente de una novela romántica de época. Cama con dosel. Cortinas de terciopelo. Una chimenea decorada con ciervos y cardos tallados en mármol.

—Esto es simplemente… —Di una vuelta lenta sobre mí misma, intentando asimilarlo todo.

—Lo sé —dijo, tomándome de la mano y llevándome hacia el balcón—. Espera a conocer la vista.

Abrió las puertas de par en par, y la majestuosidad de las *Highlands* se sintió como una cálida bienvenida a aquel dominio, susurrándome que yo pertenecía allí.

En el punto más lejano que alcanzaba mi vista, parecía como si el cielo y la tierra se tocaran.

—¿Te gusta? —Quiso saber.

Respiré hondo, dejando que el aire fresco me llenara.

—Muchísimo —susurré.

—Es pacífico, ¿verdad? —La voz de Lachlan llegó desde el extremo más alejado del balcón.

Me sobresalté.

Ni siquiera me había dado cuenta de lo grande que era la terraza. Estaba apoyado en la baranda de piedra, observándome con una expresión que parecía despojarse de toda pretensión.

—Esta solía ser la *suite* principal —intervino Ainslee con suavidad —. De ahí el balcón tan largo. Y, como mencioné, adentro hay una puerta comunicante para mayor privacidad. Así que no harán falta paseos de medianoche por el balcón.

Le lancé una mirada fulminante, y ella sonrió sin el menor arrepentimiento.

—Está bien, está bien. Ya paro. —Levantó las manos en señal de rendición—. Vamos a vestirte. Espero que te guste lo que escogí. —Miró por encima del hombro a Lachlan—. Tú también, *laird*. Tus invitados te esperan.

—Pueden esperar toda la noche —murmuró él, sin apartar los ojos de mí.

Me estaba mirando como si yo fuera la única mujer en el mundo.

Y me gustaba.

Más de lo que debería.

Por primera vez en mucho tiempo, quizá desde antes de que Hunter muriera, me sentía… vista. Deseada.

Viva.

No obstante, al mismo tiempo que el calor se expandía por mi pecho, también lo hacía la culpa. Había amado y perdido a las personas más preciadas de mi vida. ¿Cómo me atrevía a sentir algo que no fuera dolor?

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

EVE

Dos horas después, y lo que se sintió como la filmación completa de un montaje de cambio de imagen, Ainslee por fin se echó hacia atrás con un suspiro triunfal.

—Creo que me he superado —declaró—. Voy a cantar con el corazón por delante gracias a mi magnífica obra como musa. De verdad necesitaba inspiración.

Yo, en cambio, estaba emocionalmente agotada, físicamente entumecida y mentalmente al borde entre la gratitud y la rebelión absoluta. Mi paciencia se había estirado hasta el límite entre pruebas de labiales, intentos fallidos de peinados y una cantidad inquietante de comentarios no solicitados como: "Solo confía en mí, cariño" y "No parpadees, te estoy delineando".

Mis uñas estaban pintadas de un tono rosado muy suave.

—*Nude*, pero elegante —insistió.

Después, me cepilló el cabello oscuro y lo peinó en largas ondas brillantes que comparó con seda color chocolate. Había soportado no menos de cuatro cambios de ropa, un percance de vestuario y un encuentro demasiado cercano con un corsé.

—Minimalista —exigí cuando empezó con el maquillaje recargado —. ¿Y qué quieres decir con que vas a cantar con el corazón por delante?

—Voy a cantar más tarde.

—*Ah*, cierto.

Recordé que había mencionado que cantaba.

—¿Qué tipo de música?

Se encogió de hombros.

—Un poco de todo, la verdad, pero la ópera es lo mío.

La sorpresa me invadió.

—Vaya, no me lo esperaba.

—Me lo dicen mucho —alegó, concentrada en mi maquillaje—. Ahora no hables ni te muevas para que pueda ponerte esta sombra.

—¿Cómo se supone que hablar va a interrumpir la aplicación de sombra? —protesté—. Y definitivamente no con ese tono.

Soltó un resoplido exasperado y, después de varias idas y vueltas, terminamos acordando una sombra en tonos rojizos que, según juró, haría que mis ojos "ardieran", y un labial escarlata suave que, de acuerdo con Ainslee, perseguiría los sueños de un hombre durante días.

—*Voilà* —dijo entonces, apartándose con dramatismo, como una maga revelando la ilusión final.

Me levanté del banquillo tapizado de terciopelo y crucé la habitación hacia el espejo de cuerpo entero. Estaba frente a la imponente cama con dosel, colocado en una esquina del cuarto.

El espejo reflejaba a una mujer que no reconocía, y no pude evitar quedarme mirándola con asombro.

Mi piel marfil resplandecía con el vestido *strapless*, de un tono parecido al de las rosas carmesí intensas, de esas que florecen en los sueños o se dejan sobre las tumbas. La tela se ceñía a mi figura sin pegarse demasiado, resaltando curvas en las que hacía mucho que había dejado de fijarme. Unos tacones a juego asomaban bajo el ruedo cuando me moví.

Toqué el delicado anillo de mariposa que Ainslee había insistido en que usara. Dijo que pertenecía a la colección privada de la familia McLaren.

—Es una antigüedad. Está encantado. Posiblemente embrujado —añadió con un guiño—. Pero te queda perfecto.

La única otra joya que llevaba era mi collar con mi anillo de bodas y el de Hunter. Esa noche sentía su peso mientras descansaban justo debajo de mi garganta: imperceptible y pesado al mismo tiempo.

—Me siento como… —Dejé la frase en el aire, buscándome en el reflejo—. Una extraña.

—Te ves como la heroína de toda historia de amor escocesa que valga la pena leer —corrigió Ainslee con orgullo—. Solo que más *sexy*.

Le dediqué una sonrisa débil y luego volví la mirada al espejo. No se podía negar su talento. Me veía… hermosa. No de la forma en que solía hacerlo, cuando me importaba más mi apariencia, sino de una manera que se sentía refinada, atemporal. Incluso mis labios escarlata parecían más llenos, realzados por los tonos sombríos de la sombra en mis ojos.

Una punzada me atravesó el pecho.

La última vez que sostuve rosas rojas escarlata, las dejé sobre dos ataúdes.

Basta.

Inhalé hondo y aparté el pensamiento a la fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó Ainslee con gravedad.

Asentí rápido.

—Solo… recordé cosas que preferiría no recordar.

Me tomó la mano y la apretó con suavidad.

—Entonces deja esas cosas en el pasado. Tienes derecho a vivir. Debes vivir, porque la vida es demasiado corta para hacer cualquier otra cosa. —Como no dije nada, continuó—: De todos modos, más vale que te prepares —agregó con tono alegre—, porque cuando Lachlan te vea, va a perder la cabeza. Así, *¡puf!* Combustión espontánea.

Solté un gemido.

—¿Siempre dices lo más escandaloso que se te ocurre?

—¡No! —respondió, fingiendo ofenderse—. A veces. Pero estoy en una misión. Una noble. Dime que ves cómo te mira.

—No sé de qué estás hablando —mentí, retorciéndome las manos.

—Te mira como si fueras su corazón y su alma. Como si ardiera por ti. Sinceramente, no me sorprendería que empezara a escribir poesía. Poesía mala, torturada, sin camisa y bajo la lluvia.

Solté una risa nasal que nos sorprendió a las dos.

Ella sonrió más.

—¡Ahí estás! ¡Una sonrisa y una risa! De verdad este atuendo es mágico.

Le di un empujoncito juguetón y luego me giré otra vez hacia el espejo, acomodando el collar para que los anillos descansaran en el hueco entre mis clavículas. Estaba intentando realmente no sentirme cohibida por cómo ese vestido se me amoldaba al cuerpo.

—No sé qué juego crees que estás jugando —dije, encontrando sus ojos en el espejo—, pero no me interesa tu papel de casamentera.

—Oh, no es ningún juego —replicó con ligereza, echándose sobre el hombro su vibrante cabello rojo—. Es una historia de amor de combustión lenta, emocionalmente arrolladora, entre un *laird* taciturno y una mujer atormentada, con grandes riesgos y como diez acres de tensión no resuelta. Y yo solo soy el personaje secundario intrépido que va empujando al destino.

Volví a reír, más suave esa vez.

—Vamos —me animó, enlazando su brazo con el mío—. Vamos a dejar a todos con la boca abierta.

—¿Los hombres escoceses siquiera usan calcetines con falda escocesa?

—*Oh*, querida. —Ronroneó—. Tienes muchísimo que aprender.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

LACHLAN

Estaba atrapado en medio de una conversación que no me interesaba en lo más mínimo, asintiendo distraídamente ante una broma, cuando sentí un cambio en la habitación. Fue casi como percibir la quietud que precede a una tormenta.

Me volví hacia la escalera y la vi.

Todo lo demás se desvaneció.

Era una visión envuelta en un vestido escarlata, la tela ceñida a su cuerpo como una segunda piel mientras bajaba las escaleras. Su cabello, oscuro como la medianoche, caía por su espalda en suaves ondas. La luz de los candelabros quedaba atrapada en sus hermosas hebras, haciéndolas brillar y titilar como las estrellas sobre nuestras cabezas. Y sus ojos… Dios, esos ojos. Marrones y cálidos, aunque ensombrecidos por algo feroz y tierno al mismo tiempo. Los había visto cautelosos. Los había visto cansados. Pero nunca los había visto así.

Vivos.

Era descaradamente hermosa. Y absolutamente inconsciente de ello.

Se me tensó el pecho, mientras algo antiguo y posesivo se agitaba en mi interior. No parecía pertenecer a este siglo.

Su mirada encontró la mía, y el momento se abrió de par en par.

Caminé hacia ella sin pensar. No habría podido detenerme, aunque lo hubiera intentado.

La gente se apartó sin saber por qué. Tal vez ellos también lo sintieron. Tal vez reverberó en el silencio que acompañó su entrada.

Me costó encontrar las palabras adecuadas y, cuando por fin llegué hasta ella, lo único que pude hacer fue soltar con voz ronca:

—*Cristo.*

—¿Ese "Cristo" es bueno o malo?

—Definitivamente bueno.

—Te arreglaste muy bien.

Su voz me hacía cosas, me dejaba bajo su hechizo. De hecho, estaba seguro de que ya no había vuelta atrás para estos sentimientos.

—Te ves…

Busqué su rostro, de pronto furioso ante las limitaciones del lenguaje. No existían palabras para esto.

Para ella.

—Me estás mirando mucho —musitó, paseando la vista alrededor.

—Puedo hacerlo. —La voz me salió más grave de lo que pretendía—. Eres mía.

Las palabras se me escaparon por impulso.

Se le entreabrió la boca y yo me apresuré a retroceder.

—Quise decir que eres mi invitada —solté, como un cobarde, intentando arreglarlo.

Pero algo dentro de mí se rebeló ante esa corrección.

Porque Eve no era solo una invitada.

No para mí.

—No hay palabras que puedan hacerte justicia —corregí, aunque quizás habría sido mejor quedarme callado—. Verte así… me deja sin aliento.

Ainslee apareció, radiante como siempre, con la energía satisfecha de una casamentera viendo cómo su plan salía exactamente como esperaba.

—Me hiciste imposible apartar la vista de ella —murmuré, demasiado aturdido para preocuparme por si después se burlaba de mí.

—Lo sé —replicó con una sonrisa autosuficiente, entregándonos a ambos copas de *champagne*—. Aunque no creo que sea la ropa ni el maquillaje, primo.

Antes de que pudiera replicar, la música cambió: suaves cuerdas deslizándose hacia un vals. Tradicional. Elegante. Una melodía perfecta, como si siempre hubiera estado destinada a Eve.

Me volví hacia ella y le tendí la mano.

—¿Bailarías conmigo?

Vaciló. Su mirada saltó hacia los otros invitados, hacia sus tacones y, por último, hacia mí.

—La verdad no sé bailar —admitió—. Tengo dos pies izquierdos.

—Yo sí. —Di un paso hacia ella, ofreciéndole la seguridad que necesitaba—. Solo sigue mis movimientos.

Puso la mano en la mía y una satisfacción profunda retumbó en mi pecho.

Nos movimos hacia el salón, bajo la iluminación tenue y constelaciones doradas pintadas en el techo centenario. El piso pulido bajo nuestros pies brillaba como un espejo, y la música flotaba a nuestro alrededor.

Apoyé la mano en la curva de la espalda baja de Eve y la sentí estremecerse.

No por el frío.

Alzó la vista hacia mí, cautelosa, como si no supiera qué hacer con la forma en que la estaba mirando.

Yo tampoco lo sabía.

—No esperaba esto —admití mientras nos movíamos.

—*¿Esto?*

—A ti. —Mi mirada descendió hasta sus labios—. Viéndote como si fueras a la vez pecado y salvación.

Se le sonrojaron las mejillas, ajena al efecto que tenía en mí.

—Eres bueno en esto —dijo en voz baja, deslizando la mano hasta mi hombro.

—¿Bailando?

—Acaparando la atención de toda la sala.

Solté una risa breve.

—Ahora mismo eres tú quien tiene la atención de todos.

—¿Y quiénes *son* todas estas personas, exactamente? —susurró, recorriendo el salón con la mirada al notar que todos nos observaban.

—Bueno, está mi familia; a ellos ya los conoces —expliqué en voz baja—. Luego, están los socios de negocios, vecinos y amigos de la familia de toda la vida.

—Es mucha gente —musitó.

—Tal vez —concedí, deseando estar a solas con ella—. Pero eres la única invitada que de verdad importa.

Giramos una vez más, despacio, deliberadamente. La hice dar una vuelta entre mis brazos, y eso le arrancó una sonrisa auténtica, luminosa. Era de esas que la iluminaban desde dentro. Y la fuerza de esa sonrisa me golpeó el pecho como un impacto.

Me incliné hacia ella, lo bastante cerca como para aspirar el sutil aroma floral y cálido de su piel. No era perfume; tal vez jabón. O crema. Algo puro y discreto, como ella.

—No tienes idea —pronuncié junto a su sien—. De lo que me estás haciendo.

Inclinó apenas la cabeza. Tenía los ojos entrecerrados.

—No —expresó—. Pero creo que estoy empezando a imaginármelo.

Apreté apenas un poco más mi abrazo. Un poco más, y me olvidaría de dónde estaba. De *quién* era yo.

La música siguió sonando. La habitación giró a nuestro alrededor. Pero yo solo la veía a ella.

Y no iba a soltarla.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

EVE

Después del baile, salimos al jardín, donde la fiesta estaba en todo su apogeo. Las guirnaldas de luces redondas colgaban entrelazadas en los enrejados sobre la terraza, proyectando un resplandor cálido y ambarino sobre el patio de piedra que dominaba los extensos jardines. La música se derramaba suavemente desde bocinas ocultas, mezclándose con las risas y el tintinear de las copas. El río Teith centelleaba bajo el crepúsculo agonizante, trazando más allá su línea plateada a través de las esmeraldas *Highlands*.

El aire olía a brezo, musgo húmedo y hojas otoñales, mientras, sobre nuestras cabezas, las primeras estrellas empezaban a aparecer en el crepúsculo.

Estaba al borde de la terraza, empapándome de todo, cuando la voz alegre de Colin llegó hasta mí.

—¡Eve! —exclamó, y la calidez en su tono hablaba de una amistad duradera—. Estás deslumbrante, te lo juro.

—Lo está —añadió Lachlan, de pie muy cerca de mí.

Colin enarcó una ceja hacia su sobrino.

—Como tu chaperón *no* oficial, exijo que socialices. Has estado monopolizando a tu invitada.

Lachlan emitió un sonido de disgusto, y yo le di un leve empujón en el hombro.

—Me quedaré justo aquí —aseguré con suavidad—. No puedes ser un anfitrión desatento.

Vaciló, reacio a apartar la mano de mí.

—Yo le haré compañía —lo animó Colin con un guiño, y luego añadió algo en gaélico.

—Eso es justo lo que me preocupa —murmuró Lachlan—. Mantén a salvo a mi cita.

Me reí, y él me lanzó una última mirada por encima del hombro antes de unirse al grupo de personas que habían ido a celebrar a su familia. Reconocí a Lizzy y a su esposo, y los saludé con la mano.

—Me alegra muchísimo que ellos también hayan venido —le dije a Colin—. Ahora al menos conozco a cinco personas.

—No te preocupes, *lass*. Conocerás a cualquiera que valga la pena conocer. Dejaremos que Lachlan sufra con conversaciones triviales sin sentido.

Ainslee apareció en ese momento, del brazo de una mujer mayor, menudita, de ojos brillantes que se le arrugaban cuando sonreía.

—Eve —llamó—. Esta es mi madre, Margaret.

Margaret tomó mi mano entre las suyas.

—Mi hermano no ha dejado de hablar maravillas de ti, querida. Y puedo confirmar que no exageraba.

Sonreí.

—Colin es demasiado amable.

Mi mirada se desvió hacia Lachlan, solo para posarse en la rubia esbelta que había notado antes, ahora prácticamente colgada de él.

Me tensé.

—¿Quién es esa mujer? —inquirí.

Ainslee siguió mi mirada y soltó un bufido.

—*Ah*, esa es Layla. No te preocupes por ella.

Layla estaba de espaldas, pero aun así me di cuenta de que estaba marcando territorio.

—Una joven desafortunada a la que le cuesta aceptar un rechazo —intervino Margaret.

Observé cómo Lachlan fruncía el ceño al mirar a Layla, claramente molesto. Justo cuando estaba a punto de darle la espalda, su mirada encontró la mía y el resto del mundo dejó de existir durante varios latidos.

Como si lo arrastrara un hilo invisible, movió los labios para decir algo, supuse que una disculpa, y empezó a dirigirse hacia mí como si tuviera un único propósito. La gente se apartó, despejándole el camino. ¿La rubia? Apenas noté en qué momento retrocedió.

—Eve.

Mi nombre en sus labios estaba impregnado de deseo.

—No pudiste mantenerte alejado, ¿verdad? —lo provocó Margaret—. Y no te culpo.

—Ni aunque quisiera —respondió con una sonrisa ladeada—. Y desde luego no quiero.

Ainslee y su madre soltaron exclamaciones efusivas, emocionándose más de la cuenta, mientras Colin mascullaba algo por lo bajo.

—Lachlan, muéstrale todo a Eve —sugirió Ainslee.

—Sí, es una excelente idea —concertó Margaret, guiñándole un ojo a su hija.

Colin aspiró bruscamente al mismo tiempo que Margaret.

Parpadeé, confundida.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Me perdí de algo?

—No —respondió Ainslee de inmediato, con los ojos un poco demasiado abiertos—. Es que te ves preciosa cuando sonríes.

No tuve tiempo de preguntar más. Lachlan tomó mi mano con su palma firme y segura y me condujo con suavidad por los escalones del jardín.

—De verdad eres hermosa —elogió una vez que estuvimos fuera del alcance del oído de los demás.

—Gracias —murmuré—. Tú tampoco estás nada mal.

Era la subestimación del siglo, pero no pareció importarle, porque me apretó la mano con suavidad. Y mi atracción por él no tenía nada que ver con Hunter. De hecho, ahora me costaba encontrar similitudes entre los dos.

—¿Qué dijo tu tío hace rato? —indagué, curiosa.

Lachlan enarcó una ceja.

—Me dijo que, si no cuidaba de ti, me iba a dar una paliza de las mil mierdas.

Me reí entre dientes, un poco avergonzada.

—Tiene que tratarte con más consideración.

Sonrió.

—Le comunicaré que tú lo dijiste. A ti sí te hará caso.

Paseamos entre parejas que bebían vino bajo los faroles resplandecientes y el dosel de antiguos robles que se mecían como si susurraran secretos.

—Caballeros.

Lachlan y yo nos detuvimos junto a un grupo de hombres vestidos formalmente con trajes y corbatas.

—¿Puedo presentarles a Eve Bailey? Es bastante nueva en *McLaren Enterprises* y ha estado llevando los números de nuestro producto más reciente.

—Hola.

Todos sonrieron, y uno por uno se presentaron. Terminamos conversando sobre de dónde era yo y sobre el trabajo, antes de que Lachlan me llevara a presentarme con el siguiente grupo y luego con el siguiente, sin soltarme la mano ni una sola vez. Su atención calmó algo inquieto dentro de mí. Por primera vez en muchísimo tiempo, no estaba preparándome para el dolor.

Pero la paz, como yo sabía demasiado bien, nunca duraba, y en ese momento se vio interrumpida por una voz aguda, demasiado alegre, llamando el nombre de Lachlan.

—Cariño, ¿me estás evitando? —exclamó Layla, la misma mujer que había estado encima de él antes.

Cruzó hacia nosotros, moviéndose como si flotara a pesar de los *stilettos* que parecían armas en sus pies. Su sonrisa era amplia, aunque rezumaba veneno. Su cabello rubio estaba perfectamente rizado y su maquillaje esculpido con precisión quirúrgica. Pero bajo ese brillo había algo frágil. Ya podía verlo. Algo quebrado latía justo debajo de su piel.

El cuerpo de Lachlan se puso rígido. Lo sentí al instante en los dedos que aún seguían entrelazados con los míos. No me soltó.

Layla llegó hasta nosotros, con los ojos recorriéndome de arriba abajo con una clase de desprecio muy ensayado.

—¿Y esta es tu nueva distracción? —soltó, frunciendo los labios.

—Soy Eve. —Me presenté con sequedad.

Me ignoró. Por supuesto.

—Vamos, amor —entonó, deslizando los dedos por el pecho de Lachlan—. Hablemos.

Lachlan le sujetó la mano y se la apartó con suavidad, pero con firmeza.

—No.

Su tono fue tan frío que apenas lo reconocí.

Ella hizo un puchero.

—No seas así, *baby*. ¿Solo una ronda más por los viejos tiempos?

Intenté sacar mi mano de la suya, pero él me la apretó con más fuerza.

—Creo que iré a buscar a Ainslee —pronuncié, logrando soltarme y apartarme.

La mirada de Lachlan se clavó en la mía.

—No.

No obstante, yo necesitaba aire. Distancia. Perspectiva.

No miré atrás mientras me abría paso entre desconocidos en aquella encantadora propiedad, huyendo hasta divisar a Colin y Margaret.

Me hicieron señas para que me acercara, y dejé que una máscara se acomodara sobre mi rostro.

—¿Dónde está Lachlan? —inquirió Colin, sorprendido.

—Ocupado —informé con sequedad.

Antes de que pudiera responder, los tres giramos al mismo tiempo hacia la voz retumbante de Layla.

Lachlan venía hacia nosotros arrastrándola consigo, con la mandíbula tensa.

—¡Eve! —me llamó con aspereza, deteniéndose justo delante de nosotros, concentrado por completo en mí—. Layla tiene algo que quiere decir.

Levanté una ceja, con los brazos cruzados y la espalda recta.

—Ah, ¿sí?

Layla tiró ligeramente hacia atrás, claramente intentando zafarse de su agarre, pero él no la soltó. Su postura seguía siendo altiva, con el mentón en alto, mas sus ojos la delataban. Había vergüenza y culpa en ellos.

—Adelante —gruñó Lachlan—. Dilo.

El ceño de Layla se hizo más profundo. Los labios se le curvaron en algo que se parecía a una mueca de desprecio.

—Lo siento.

—No —comenté con calma, levantando una mano para silenciar a Lachlan antes de que insistiera otra vez—. No así. —Ella parpadeó —No lo sientes —continué, con tono frío—. Estás avergonzada. Hay una diferencia. Pero ese no es mi problema.

Volví la mirada hacia Lachlan.

—No necesitas hacer esto por mí.

—Cruzó una línea —protestó él con tensión.

—Y obligarla a disculparse te hace parecer un bruto —repuse, no con crueldad, aunque sí con el filo suficiente para cortar la tensión en el aire—. Suéltala.

Sus ojos buscaron los míos un instante, tormentosos, ansiosos, y luego la soltó. Layla apartó la muñeca de un tirón y se la frotó, aunque su agarre no había sido cruel. Abrió la boca, pero volví a interrumpirla.

—He lidiado con mujeres peores que tú, Layla —comenté—. Y ellas sí tenían poder de verdad, no solo una cara bonita y mal genio.

La sorpresa cruzó por su rostro, pero yo ya me estaba apartando.

Volví a encontrar la mirada de Lachlan.

—No tienes que defenderme. No soy frágil.

Él respiró una vez, luego otra. Parte de la furia se le drenó del rostro, sustituida por algo mucho más complejo. Culpa. Arrepentimiento. Tal vez incluso admiración.

—Lo sé —asintió en voz baja.

—Bien —respondí, alisando una arruga inexistente de mi vestido —. Entonces, actuemos como si lo supiéramos.

Layla se quedó inmóvil a nuestro lado, hirviendo en silencio, pero ya nadie le prestaba atención. Toda la atención de Lachlan estaba puesta en mí, y yo no aparté la vista.

Entonces, otro sonido atravesó el momento, y la indignada Layla quedó por completo olvidada. La risa de un niño, ligera y perfecta, resonó en la noche. Un niñito de cabello rizado se lanzó a los brazos de Ainslee.

—¡Mami! ¡Ahí *etás*!

El mundo se estrechó. Se inclinó.

No podía respirar.

—Hola, bebé —murmuró Ainslee, besándole el cabello.

—Hola, Nana —añadió el niño con dulzura, volviéndose hacia Margaret.

Un hombre alto se acercó, de expresión severa, aunque claramente enternecido por la vista de su hijo. Se quedó cerca de Ainslee y del niño, como si la gravedad misma lo mantuviera atado a ellos.

Ainslee se volvió.

—Eve, este es mi hijo, Bram. Y este es Callen, su padre.

—Hola —atiné a decir.

Mis ojos estaban clavados en el niño. Debía de tener unos dos años, y mis pensamientos salieron disparados de inmediato hacia mi pequeño.

—Mamá va cantar*.* —Tarareó Bram—. Yo *quiedo jugál.* No hay niños aquí. —Las erres le salían como eles. Luego los hombros se le vencieron un poco, y me miró—¿Tienes niñito *pa' yo jugá?*

Me hice añicos.

Mi cuerpo permaneció inmóvil, aunque por dentro todo se resquebrajó. Se astilló. Se desgarró.

Abrí la boca, pero no salió nada.

—No —susurré por fin, con la voz temblorosa—. No tengo.

Me di la vuelta sin decir una palabra y me fui. No supe quién me llamó. No me importó.

Solo sabía que no podía permitir que me vieran derrumbarme.

Me escabullí por la puerta lateral del castillo como una sombra. El corazón me golpeaba con fuerza; los pulmones me ardían. Subí las escaleras de dos en dos, desesperada por escapar del ruido, de la música, de los recuerdos. No sabía a dónde iba. Solo hacia arriba. Lejos. A cualquier otro lugar.

El cuerpo me temblaba con sollozos silenciosos. Sin lágrimas. Ya no. Solo un vacío en carne viva, doloroso, que me ahuecaba por dentro.

Al final encontré una puerta angosta, antigua y arqueada, como si perteneciera a un cuento de hadas. La empujé y entré tambaleando en lo que debía de ser una habitación de torre. Muros curvos de piedra. Una ventanita con vista a las *Highlands* bañadas por la luna. Partículas de polvo giraban en el aire, agitadas por mi respiración frenética.

Cerré la puerta de golpe y me apoyé de espaldas contra ella.

El silencio que me envolvía resonaba más fuerte que la fiesta de abajo. El pecho me subía y me bajaba mientras intentaba respirar, pero mis esfuerzos eran tan efectivos como intentar tomar aire a través de vidrio.

Todavía podía oír la voz de Bram en mi cabeza.

«¿Tienes niñito pa' yo jugá?»

Apoyé las palmas contra el muro de piedra, sosteniéndome.

—Demasiado pronto —susurré con voz ronca—. Demasiado pronto para estar rodeada de gente.

Demasiado pronto para tener esperanza.

Demasiado pronto para volver a vivir.

Me dejé caer al suelo, con las rodillas apretadas contra el pecho. El dolor me atravesó como un tsunami oscuro que no podía detener. Lo inundó todo: mis pulmones, mi corazón, mi voluntad.

«¿Cuándo deja de doler?»

Mis dedos rozaron la parte interna de mis muñecas. Marcas en relieve. Cicatrices descoloridas. *Permanentes*. Una historia grabada en mi piel. Tragué con fuerza. No estaba allí otra vez. No del todo. Pero estaba más cerca del borde de lo que me gustaba admitir.

Entonces, lo vi en mi mente. Los ojos grises de Lachlan. Firmes. Sin miedo a mi oscuridad.

Tomé aire. Tembloroso. Superficial.

Luego otro. Y otro más.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentada allí cuando unos golpes suaves sonaron al otro lado de la puerta.

—¿Eve? —La voz de Lachlan estaba cargada de preocupación—. Sé que estás ahí. Me iré si quieres, solo… hazme saber que estás bien.

Sus palabras eran un salvavidas. Y al mismo tiempo, un peso. No merecía su preocupación.

Despacio, con las manos temblorosas, descorrí el pestillo de la puerta.

Estaba allí, llenando el marco, con la mirada recorriéndome. La aprensión se dibujaba en cada línea tensa de su rostro.

—Estoy bien —susurré, aunque no lo estaba.

Él dio un paso al frente y me envolvió en sus brazos.

Hundí el rostro en su pecho, anclándome en su olor a pino y cítricos.

—Lo siento —murmullé, aferrándome a su cintura mientras me quebraba—. Creí que lo tenía bajo control.

Su mano me acarició el cabello lentamente.

—No tienes nada por lo que disculparte. Debería haberlo pensado mejor y haber considerado lo que podía provocarte ver a un niño de una edad cercana a la de tu hijo. Debí haber hecho que esta fiesta fuera solo para adultos.

La oleada de culpa me golpeó como una marea de regreso.

—No. Por favor, no te disculpes. Es mejor que haya pasado. —No sabía si me estaba mintiendo a mí misma o a él—. Necesitaba saber que podía sobrevivir a esto. Además, ellos son tu familia, así que no vuelvas a dejarlos fuera por mi culpa.

Sus brazos se tensaron a mi alrededor.

—Entonces, ¿por qué huiste?

Cerré los ojos un momento antes de volver a abrirlos.

—Solo necesitaba recomponerme.

Asintió, comprendiendo.

—La próxima vez, llévame contigo y apóyate en mí, pero no te escondas de mí, Eve —pidió con suavidad contra mi cabello—. Voy a ir detrás de ti cada vez.

Dios me ayudara, quería creerle. Lamentablemente, el dolor tenía una forma muy efectiva de espantar a la gente.

—Deberíamos volver a la fiesta —sugerí, apartándome lo suficiente para mirarlo—. Tienes invitados.

—Tú eres más importante —devolvió sin más, con un tono que no dejaba espacio para discutir.

Unos pasos suaves detrás de nosotros interrumpieron el momento.

—Eve.

La voz de Ainslee era suave, casi un susurro. Tenía los ojos vidriosos, llenos de lágrimas no derramadas.

—No lo sabía. Si lo hubiera sabido…

Me solté de Lachlan y levanté una mano.

—No hay nada por lo que debas disculparte. Estoy bien.

Entró en la habitación y me abrazó con fuerza.

—No tienes que volver —propuso

—Sí, sí tengo —respondí con firmeza—. Quiero escucharte cantar. Bram estaba tan emocionado, y no puedo evitar estarlo yo también.

—Está bien —afirmó—. Pero no te sientas obligada.

Miré a mi alrededor, deseosa de pasar a otra cosa.

—¿Callen sigue aquí? Seguro que está ansioso por oírte cantar. Qué bonito que tengas el apoyo de tu esposo.

El dolor destelló en sus ojos como un fósforo encendido en la oscuridad, pero lo sofocó enseguida.

—No es mi esposo —confesó en voz baja—. Hablaremos de eso en otro momento. Tal vez, con una copa de vino. —Se rio, aunque el sonido salió algo forzado—. Siempre he pensado que todo es mejor con vino, *bourbon* o *whiskey*, pero tal vez eso sea lo escocesa que soy.

Cuando conocí a Ainslee, la puse en la misma categoría que Elise, mi hermana radiante, de corazón de oro, que iba por la vida como un rayo de sol. No obstante, en este momento… ya no estaba tan segura.

Lachlan volvió a buscar mi mano, y yo la puse en la suya sin vacilar. Los tres bajamos las escaleras rumbo al salón de baile. Antes de llegar a la entrada, uno de los empleados de Lachlan se acercó, con expresión apurada y un poco alterada.

Lachlan intentó despacharlo con un gesto, pero yo le toqué el brazo.

—Ve. Estaré adentro. Te lo prometo.

A regañadientes, me soltó, alejándose, aunque lanzó una mirada por encima del hombro. Yo le dediqué una leve sonrisa y asentí.

Dentro del salón de baile, se había reunido una multitud. El hijo de Ainslee corrió otra vez hacia ella, seguido de cerca por Callen.

Ella se inclinó para abrazar a Bram, apartándole el cabello de la cara mientras le susurraba algo. Él soltó una risita y se aferró a su falda.

Les di espacio, deslizándome entre la multitud sin llamar la atención y avanzando entre invitados con copas de *champagne* en la mano y sonrisas expectantes en el rostro.

Encontré un rincón en penumbra, escondido detrás de una cortina de terciopelo.

Desde allí observé el escenario improvisado. Todavía no estaba lista para volver a unirme al mundo.

Sin embargo, por el momento, esto era lo bastante cerca.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

LACHLAN

Era imposible no sentirse atraído por Eve.

Ella creía que se movía sin que nadie la viera, pero yo siempre sería capaz de verla, de sentirla, incluso de percibirla. Estaba en la forma silenciosa en que se movía, en cómo curvaba los hombros hacia dentro, como si se estuviera preparando para el impacto.

Me di cuenta de que desaparecía, y se me formó un nudo en la parte baja del pecho. Debería haber ido tras ella al instante. Quería hacerlo. Cada instinto en mí me empujaba hacia ella.

Desafortunadamente, alguien del personal se quedó a mi lado, con el rostro tenso por la preocupación ante alguna crisis trivial que, al parecer, no podía esperar. Me ocupé de eso rápidamente, con la atención fija en ese trozo de tela aterciopelada que la ocultaba de mi vista.

Se me cerraron las manos en puños a ambos lados del cuerpo al recordar cómo la encontré en aquella habitación de la torre, pálida por la desesperación que intentaba esconder con tanto cuidado.

Quería sacarla de las sombras y sostenerla hasta que recordara cómo respirar sin contar cada inhalación como si pudiera ser la última. Pero también sabía que necesitaba espacio, y pensaba dárselo mientras lidiaba con mis propios demonios. No me había dado cuenta de lo profundamente que temía que Eve sucumbiera ante sus fantasmas.

Aun así, era fuerte, más de lo que ella misma creía.

Sin embargo, el miedo seguía viviendo en mí. Una cicatriz que nunca desaparecía, por más que los años se acumularan encima.

Cuando la vi en aquella habitación de la torre, medio encogida sobre sí misma, sentí que algo se retorcía dentro de mí. Un susurro de pánico.

Exhalé despacio, obligándome a volver al presente.

Ella no me estaba apartando y confiaba lo suficiente en mí como para dejarme ver los bordes en carne viva que se empeñaba tanto en ocultarle a todos los demás.

Pero la verdad era cruda e innegable: seguía sanando.

Y yo también.

Entonces Ainslee subió al escenario, y la multitud estalló en vítores suaves mientras las luces se atenuaban.

Eve retrocedió más detrás de la cortina, y el débil resplandor de la luz le dibujó la curva de la mejilla y la frágil determinación grabada en ella.

No estaba lista para un hombre que llevaba a sus propios fantasmas como si fueran una armadura. Y yo no estaba lo bastante ciego como para fingir que no los tenía.

No obstante, también sabía esto: no me alejaría. No de ella. No en ese momento. No cuando había luchado para regresar y había entreabierto una puerta para dejarme ver cada pedazo roto que llevaba dentro.

Podía darle estabilidad y hasta la última gota de mi lealtad, pero si quería amarla como se merecía, tenía que enfrentar el dolor que llevaba años ignorando, esa parte de mí que temía tanto el abandono que confundía cualquier silencio con rechazo.

No podía cargarle aquello.

La música comenzó. Suave. Lenta. La voz de Ainslee se deslizó por la sala como algo tejido de niebla y desamor.

El corazón me latía con fuerza, no por miedo, sino por la irrevocabilidad de tomar una decisión.

La estaba eligiendo a ella, pero también a mí mismo.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

EVE

Hacía mucho tiempo que no escuchaba música de verdad. No me refiero a oír canciones sonando a todo volumen de fondo, ni a prestarles atención a las que ponían en supermercados o cafeterías. Me refiero a escucharla *de verdad*. A dejar que se me metiera en los huesos. Antes, la música era parte de mí, parte de mi ritual de escritura, de mi ritmo diario. Elegía la *playlist* perfecta y me perdía en la historia. En la esperanza. En otra vida.

En este momento, solo me sentía… perdida. Era como un personaje que ya no encajaba dentro de la trama de giros, vueltas y traiciones de mi madre, de mi marido y de mi maldita vida.

Las luces del salón de baile se atenuaron. Las conversaciones se apagaron y luego se deslizaron hacia el silencio. Un único reflector iluminó el escenario, bañando las ondas del cabello rojo de Ainslee y haciéndolo brillar como fuego en movimiento.

Su voz, suave y segura, llegó con claridad hasta el fondo de la sala, donde yo seguía refugiada detrás del pesado cortinaje.

—Esta primera canción —anunció, dedicándome una sonrisa radiante—. Es para nuestra invitada del otro lado del charco.

Me quedé inmóvil.

—Todos sabemos lo mucho que pega la música *country* allá, así que esta noche me gustaría homenajearla con un poco de eso —continuó Ainslee, en tono burlón—. Ténganme paciencia, amigos.

Algunas risas divertidas resonaron entre la multitud. Yo no me moví. No pude.

Entonces, sonaron los primeros acordes y tampoco pude seguir respirando.

Tonight Looks Good on You, de Jason Aldean.

No debería sorprenderme que, de entre todas las malditas canciones, eligieran precisamente aquella con la que bailé en mi boda.

Todo se desvaneció salvo su voz.

La canción sonaba tan distinta y, al mismo tiempo, tan devastadoramente familiar, que me arrastró de vuelta al pasado. A esas noches en que sonaba mientras yo bailaba descalza en la cocina. A Hunter susurrándome la letra contra el cuello como si fueran sus votos.

Pasó un camarero con una bandeja de bebidas y tomé la primera que tuve al alcance. Sin importarme qué era, le di un sorbo y sentí el ardor del alcohol al deslizarse por mi garganta. Haciendo una mueca, me di la vuelta. Lejos del escenario, de la multitud, del maldito recuerdo.

Las puertas de la terraza se abrieron con facilidad y salí a la noche. El cielo estaba despejado. Las estrellas titilaban, audaces, contra el terciopelo negro. Un filo de luna cortaba la oscuridad. Encontré un rincón sin luz cerca de la puerta y me apoyé contra el muro de piedra, cerrando los ojos. Con la bebida en la mano, traté de no desmoronarme. Otra vez.

Dejé que la letra me atravesara, que cada palabra cayera como un golpe directo al alma. No lloré, pero el dolor detrás de las costillas se sentía como un grito contenido durante demasiado tiempo.

—Eve.

No necesitaba volverme hacia esa voz. Ya sabía quién era.

Lachlan.

Abrí los ojos y lo encontré observándome, una silueta en sombras bajo la claridad plateada de la luna. Su presencia era calmante y perturbadora al mismo tiempo, como trueno envuelto en seda. Su mirada era inquebrantable, pero yo podía sentir la tensión irradiando de él: preocupación en carne viva, deseo, contención.

—¿Estás bien? —Su voz tenía una aspereza ronca.

Di otro trago al *whiskey*. Era fuerte, lo cual me pareció apropiado.

—Esta era la canción de mi boda —dije, soltando un leve hipo.

—Yo… no sé qué decir —murmuró Lachlan.

—No tienes que decir nada —respondí con voz áspera, sosteniéndole la mirada.

Sus ojos seguían clavados en los míos, grises y llenos de algo peligroso.

—No estoy tratando de convencerte de que no sientas tu dolor, Eve —reviró con la voz ronca—. Solo quiero que sepas que estoy aquí para ti.

Se acercó despacio, hasta que pude sentir el calor de su cuerpo en la noche fría. Sus dedos rozaron la cadena que siempre llevaba al cuello y sujetaba los anillos. No tiró de ellos. Solo los sostuvo.

—Déjame entrar —pidió—. Déjame besar cada cicatriz, calmar cada recuerdo que todavía te duele. Déjame darte algo nuevo que recordar.

Dentro, la canción de Ainslee cambió por otra lenta y melancólica. Una melodía gaélica viajó en el viento.

—Haces que anhele cosas que creí haber enterrado con mi hijo y mi esposo —admití. Mi voz no tembló esta vez. Era firme. Verdadera —. Haces que quiera cosas que no pensé que volvería a querer. Y me pregunto si eso debería aterrorizarme.

Su mano se cerró suavemente alrededor de los anillos.

—Yo no soy él —comentó—. Y cuando te tome, no habrá espacio para fantasmas entre nosotros.

Sus palabras me dejaron sin aire. No eran dulces. Eran brutales. Sinceras.

No estaba ahí para competir con mi pasado. Estaba ahí para reclamar mi presente… y quizá mi futuro.

—Eres audaz —susurré.

La comisura de su boca se curvó apenas.

—Solo cuando importa.

Lo observé bajo el brillo de las estrellas. Hacía que mi dolor fuera menos punzante, que el peso resultara más llevadero.

Pero también me hacía *desear*, y quizás esa era la parte más peligrosa de todo.

—Estoy rota —confesé. El cuerpo me temblaba por todo lo que contenía—. No quiero sacar a la superficie tu propio dolor y arrastrarte conmigo. Eres demasiado bueno para eso.

No dijo nada. Solo me observó, pero no con indiferencia. Simplemente permaneció quieto, y sentí que podía ver a través de mí, hasta cada rincón astillado que llevaba dentro.

Entonces dio otro paso y cerró la distancia entre nosotros con una seguridad firme, sin prisa, que me robó el aliento. Pegó su cuerpo al mío, y era sólido, cálido, real. La sensación de él, su calor, a la vez me ancló y me deshizo.

Inclinó la cabeza y su aliento rozó mis labios. Podía sentir la tensión en su cuerpo, la contención en cada centímetro de él.

—No lo harás —susurró con voz grave, apenas por encima de un murmullo—. Jamás podrías destruirme. —Hizo una pausa, justo el tiempo suficiente para que mi corazón tropezara dentro de mi pecho —. Si empiezas a hundirte —continuó, rozando mi boca con la suya —, me sumergiré hasta el fondo para salvarte. No volveré a salir sin ti a mi lado.

Sus palabras no eran vacías. Eran un bálsamo. Se me deslizaron muy adentro, como si pertenecieran ahí, y se adhirieron a cada uno de mis pedazos rotos.

Sus labios flotaban sobre los míos, sin llegar a tocarlos del todo, y aun así su cercanía, su aliento, su voz, el calor de su cuerpo, hacía imposible pensar en otra cosa. Me incliné hacia él, atraída por su firmeza como si fuera el oxígeno que necesitaba para sobrevivir.

Todavía no me había besado. Esperó, dejando que el espacio entre nosotros se cargara con una pregunta no pronunciada: *¿Vas a dejarme entrar?*

Lentamente, alcé las manos y las apoyé sobre su pecho; luego levanté la mirada hacia su rostro hermoso. Me encantaba el calor de su cuerpo tan cerca del mío. Sus manos fueron a mi cintura, y el deseo en sus ojos me arrancó un jadeo. Sus labios suaves rozaron los míos, casi como si estuviera tanteando el terreno. Su lengua acarició con delicadeza mi labio inferior, esperando mi permiso.

Y cuando mis labios se entreabrieron con una respiración temblorosa, él no vaciló. Tomó mi boca en un beso profundo al tiempo que me alzaba en brazos. Me pegué a él, persiguiendo la luz después de haber estado tanto tiempo en la oscuridad. Gimió cuando su boca descendió a mi cuello.

Me llevó a través del castillo con pasos decididos y firmes. Sus brazos eran fuertes a mi alrededor, y aun así su tacto seguía siendo tierno, reverente.

No hablamos. No hacía falta. Cada latido, cada respiración compartida, lo decía todo.

Cuando llegó al dormitorio, cerró la puerta de una patada sin apartar la vista de mí ni un segundo. Yo ya no tenía noción del tiempo ni del lugar, solo de él. Toda la desesperación y la soledad que había sentido durante tanto tiempo empezaron a derretirse con cada caricia y cada beso. En ese momento, Lachlan era lo único que importaba. Lo único que necesitaba.

Me dejó de pie junto a la cama, pero ni siquiera entonces me soltó.

Lachlan me sostuvo el rostro con ambas manos, inclinándome la cabeza con suavidad mientras volvía a unir su boca con la mía. Este beso fue más profundo. No desesperado, sino devorador, como si quisiera llenar cada cavidad vacía dentro de mí.

Me incliné hacia él, dejándome perder en la manera en que su boca se movía contra la mía, invitándome a abrirme en todos los sentidos que importaban.

Entonces alzó la tela de mi vestido y sus dedos subieron por mis costados, lentos y cálidos, mientras la falda se amontonaba en mi cintura. Su tacto dejó un rastro de fuego, despertando nervios que hacía mucho creía entumecidos. Estaba temblando, pero no de miedo. De necesidad. De por fin soltar todo el peso que llevaba encerrado dentro de mí.

Mis dedos buscaron los botones de su camisa, torpes, y él me atrapó las manos, deteniéndome.

—Déjame hacerlo —susurró contra mi boca.

Con lentitud, empezó a desnudarme. Ningún movimiento fue apresurado mientras Lachlan metía la mano bajo mi vestido y

enganchaba los dedos a los lados de mi tanga. La deslizó por mis piernas, luego la recogió y se guardó aquel trocito de encaje en el bolsillo del pantalón. Después bajó el vestido de mi torso, dejando que el traje cayera al suelo sin hacer ruido.

Me quedé allí, sin nada más que mi respiración y mi vulnerabilidad, con el corazón desbocado en el pecho. Cada vez que me tocaba, el puro placer me estremecía y mi respiración se volvía superficial. Allí donde me acariciaba, marcaba mi piel.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo con lentitud y minuciosidad, con una expresión maravillada. Como si viera más que mera carne. Como si contemplarme, expuesta y sin defensas, fuera algo hermoso.

Su pulgar rozó el borde de mi mandíbula.

—Dios, Eve… Me desarmas.

Entonces, su boca estuvo en mi clavícula, besando la línea de mi cuello hacia arriba. Sus manos me rodearon la cintura, sujetándome a él. Cada beso me hundía más en la sensación, disolviendo el miedo, la vergüenza, el dolor. Cada uno me decía que me veía. Toda yo. Y que lo quería todo.

Deslizó una mano hacia arriba y me tomó un pecho. Cuando su pulgar provocó mi pezón, se me escapó un gemido suave. Me arqueé contra él, ansiando más; la sensación era abrumadora de la mejor manera posible.

Me dolía el cuerpo de necesidad por él. No quería detenerme ni pensar. Solo quería sentirlo. Sus labios dejaron los míos mientras sus dedos seguían rozándome y provocándome.

Se arrodilló frente a mí y me separó más las piernas. El corazón me retumbó de anticipación. Sentí sus labios ardientes en la cara interna del muslo. Sus dedos se deslizaron entre mis piernas, explorándome, y luego lamió mi coño.

Un gemido resonó entre nosotros.

Sentí su gruñido más de lo que lo oí cuando su boca, caliente y húmeda, cubrió la parte más sensible de mí. Sus dedos me abrieron, y uno se deslizó dentro mientras su lengua rodeaba mi clítoris en círculos lentos. Lachlan succionó mi capullo, haciéndome arquearme hacia su boca, queriendo más de él mientras su lengua trabajaba

con más fuerza, más rápido. Empecé a jadear, y gemidos necesitados rompieron el silencio.

—Lachlan.

Su nombre salió de mis labios en un susurro desesperado. Con las manos en su cabello, me apreté con más fuerza contra su boca, meciendo las caderas al ritmo de su lengua sin una pizca de vergüenza.

Como si me hubiera entendido, intensificó la succión. La tensión en mi cuerpo aumentó, y el placer ascendente fue más potente que nunca.

Mi respiración salía entrecortada y temblorosa mientras me entregaba a la experta boca de Lachlan y al éxtasis que me provocaba. El orgasmo explotó dentro de mí y me sacudieron los espasmos, perdida en el placer. Quería que esa sensación durara para siempre.

Cuando se puso de pie, me temblaban las rodillas, pero él me sostuvo. Con la mirada fija en mí, intensa, se inclinó y me besó. Fuerte. Como si me perteneciera.

—Después de esto no hay vuelta atrás. —Su voz era profunda, teñida de una oscura advertencia—. Te quiero completa, incluidos todos tus pedazos rotos. Y cuando te folle, quiero que me mires a mí. Solo a mí. Aquí no hay espacio para nadie más. Solo tú y yo. —El silencio se extendió entre nosotros durante unos largos segundos—. ¿Sí? —preguntó, con la mirada clavada en mí.

—Sí —susurré, sin apartar los ojos de los suyos. Lo deseaba tanto. No podía concentrarme en nada salvo en mi necesidad y en el tamborileo ensordecedor de mi corazón.

Lo atraje hacia mí, queriendo sentir su piel, su peso, su calor contra mi cuerpo. Todos mis sentidos estaban disparándose al límite.

Tiré de su camisa hasta que se la quitó, revelando el cuerpo que había perseguido mis sueños: fuerte, definido y absolutamente masculino. Pero era mucho más que eso.

La forma en que Lachlan me miraba, con deseo y con algo más que no me atrevía a nombrar, llenó cada grieta y cerró cada herida.

—Recuéstate —pidió con suavidad, guiándome hacia la cama.

Lo hice, y entonces su boca volvió a encontrar la mía. Esta vez, su beso fue más profundo, más hambriento. Su lengua invadió mi boca, saboreándome, y sus labios devoraron los míos. Su mano descendió por mi vientre, pasó sobre mi monte y se deslizó entre mis muslos.

Jadeé al sentirlo, y mi espalda se arqueó cuando empezó a acariciarme con la misma urgencia que yo sentía en cada fibra de mi ser. Me hizo olvidar cada preocupación que había tenido alguna vez.

—Estás tan mojada para mí —pronunció, con los labios rozándome la oreja—. Tan perfecta.

Se me cortó la respiración cuando deslizó un dedo dentro de mí, y luego otro, mientras su pulgar trazaba círculos lentos y enloquecedores sobre mi clítoris. Mi cuerpo se arqueó, las caderas moviéndose por instinto, persiguiendo el placer que crecía en oleadas graduales y deliciosas.

Lachlan me besó los labios, el cuello, los pechos, el estómago… adorando cada centímetro de mí hasta que temblé debajo de él. Cuando su boca bajó más, entre mis piernas, casi grité. Su lengua era caliente, lenta e implacable, lamiendo y succionando con una precisión que me deshizo por completo.

Me corrí con fuerza, con las piernas temblorosas alrededor de sus hombros, y su nombre cayendo de mis labios como una plegaria. Cuando se incorporó sobre mí, sus ojos estaban oscurecidos por el deseo y su boca brillaba con mi excitación.

—Sabes a miel y a mi nueva adicción —gruñó contra mi boca, antes de besarme con fuerza.

Me besó con desenfreno, su lengua danzando con la mía. Dejé que me devorara por completo, alimentándose de mis gemidos y mis quejidos. Movió las caderas de modo que la punta de su polla dura rozó mi entrada palpitante, luego empujó hacia delante y se deslizó dentro de mí, y eché la cabeza hacia atrás.

—Por favor, Lachlan —suspiré, adolorida de necesidad—. No puedo…

Se quedó inmóvil.

—¿Quieres que me detenga?

—¡No!

—¿Estás segura? —preguntó, con la voz espesa de pasión.

—Sí —musité, enredándole los brazos al cuello por miedo a que se apartara—. Tómame. Completa.

Con un gemido que sonó casi doloroso, embistió hacia delante y me besó, tragándose mis respiraciones entrecortadas. Mis uñas se clavaron en sus bíceps mientras seguía entrando, y cada centímetro de él me estiraba, me llenaba y me destrozaba de la mejor manera posible.

Le rodeé las caderas con las piernas y nos movimos juntos en un ritmo de cuerpos y aliento, de bocas que se encontraban en la oscuridad. Me sostenía como si yo fuera algo frágil y precioso, incluso mientras se hundía más profundo, más fuerte, más rápido. Igualando la ferocidad de la tormenta que había despertado dentro de mi corazón.

Cuando llegamos al éxtasis, fue juntos, como dos mitades que colisionaban, se rompían y luego volvían a formarse en algo completamente nuevo.

Lachlan me recogió entre sus brazos, con los cuerpos húmedos y el corazón todavía acelerado. Y por primera vez en lo que me pareció una eternidad, no me sentía rota.

Me sentía… completa.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

LACHLAN

Su respiración se fue regulando y su cuerpo siguió temblando levemente por las réplicas del placer mientras yo la sostenía entre mis brazos. Todavía podía sentirla a mi alrededor: cálida y apretada.

Estaba acurrucada a mi lado, con la mejilla apoyada en mi pecho y los dedos descansando apenas sobre mi corazón. Deslicé la mano por su espalda, memorizando la curva de su columna, la suavidad de su piel. Cada centímetro de ella me hacía sentir que en este momento era mía. Y, aun así, no podía frenar el miedo que se retorcía en lo más profundo de mi ser.

Nunca había *necesitado* a nadie. No de esta manera.

Se me apretó la garganta al mirar a Eve. Tan auténtica, tan inocente, tan dolorosamente hermosa. No tenía idea de lo que me había hecho. No sabía de la batalla que yo seguía librando por dentro. Las sombras entre nosotros eran reales. Todavía había fantasmas que no habían salido a la superficie. Los de ella. Los míos. Pero en este momento, éramos solo nosotros. Respirando el mismo aire. Compartiendo la misma paz.

Eve se movió un poco, suspirando como si por fin pudiera descansar. Como si algo dentro de ella por fin se hubiera soltado. La expresión de su rostro, por lo general tan cautelosa, estaba relajada en este instante, mientras el sueño la reclamaba.

Presioné mis labios en su frente y la abracé con más fuerza.

—Eve —susurré.

Ni siquiera estaba seguro de haber querido hablar en voz alta. Tal vez solo necesitaba decir su nombre y anclarme en ella.

Ella emitió un leve murmullo, demasiado cerca del sueño para responder, pero sus dedos se estremecieron sobre mi pecho, como si me hubiera oído.

Me quedé mirando el techo, escuchando la música distante, amortiguada por los muros del castillo. La fiesta seguía en pleno apogeo. El mundo continuaba girando.

Pero no aquí. No en esta cama. No para mí, con Eve entre mis brazos.

Hundí la nariz en su cabello, inhalando su delicado aroma a lavanda. Podría haberme quedado así para siempre.

No me estaba enamorando de Eve; ya me *había* enamorado. Y cuanto más hondo caía, menos me reconocía a mí mismo. La sola idea me aterraba hasta los huesos. ¿Y si la amaba y la perdía? ¿Y si me convertía en mi padre?

Eve se removió un poco, frunciendo el ceño en sueños. Sin pensarlo, le pasé el pulgar por la mejilla.

—Te tengo —susurré.

Y la tenía. Dios me ayudara, la tenía.

Aunque acabara siendo como mi padre y ella marcara mi final, sabía que no había vuelta atrás.

Eve no solo se me había metido bajo la piel. Estaba en mi sangre.

Y no iba a dejarla ir.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

EVE

La luz de la mañana se derramaba por la ventana abierta, dorando las suaves sábanas de lino y llenando la habitación de una promesa silenciosa. Una brisa fresca agitó la cortina vaporosa, trayendo consigo el aroma del pino y del aire marino. Parpadeé contra el sol y fui despertando poco a poco, mientras mis sentidos registraban un detalle a la vez.

El cuerpo de Lachlan era un peso firme y reconfortante pegado al mío. Su brazo fuerte descansaba sobre mi cintura como una barrera entre el resto del mundo y yo. El vaivén de su pecho contra mi espalda calmaba algo en carne viva dentro de mí.

La habitación me resultaba desconocida, con sus techos altos y sus detalles de piedra caliza. Madera oscura. Sábanas frescas. Estábamos en su casa, me di cuenta. Más que eso: estábamos en su cama.

Y, de pronto, todo lo de la noche anterior volvió de golpe. La forma en que sus manos habían recorrido mi piel, la forma en que me había mirado como si yo no estuviera rota. La forma en que mi cuerpo había respondido al suyo con un hambre que llevaba mucho tiempo sin existir en mí.

No sabía que todavía fuera posible sentirme tan viva.

Pero, con la avalancha de recuerdos, un hilo de ansiedad se tensó dentro de mí.

«¿Qué demonios hice?»

No era que me arrepintiera.

Quería a Lachlan con una ferocidad que me atemorizaba. Anhelaba sentir su piel contra la mía, su calor hundiéndose en mí. Sin embargo, ese deseo… era peligroso.

Yo no estaba entera. Todavía no. Tal vez nunca lo estaría.

Cuando perdí a Hunter y a Hayden, algo vital dentro de mí se hizo añicos. Y, desde entonces, el duelo había sido mi sombra y, la culpa, sus colmillos. Sobreviví, sí. Pero no había vivido. No de verdad. Solo había existido. Sin embargo, la noche anterior se sintió como recuperar una parte de la vida.

Pero tenía miedo, un *maldito* miedo, de que, si intentaba aferrarme a eso, también terminaría arruinando a Lachlan.

—¿En qué piensas? —murmuró Lachlan, con la voz áspera por el sueño.

Vacilé antes de susurrar:

—En nada.

Su brazo se tensó, atrayéndome más hacia su abrazo. Sus labios rozaron la curva de mi hombro en un beso lento, lánguido, que ardió como los rayos del sol sobre una piel helada.

—Eres pésima mintiendo —dijo contra mi piel desnuda, haciéndome estremecer—. Recuerda que no puedes esconderte, Eve.

Cerré los ojos, dejando que su calidez se filtrara en los huecos vacíos dentro de mí.

—Es solo que… es complicado.

Sus manos trazaron dibujos suaves sobre mi estómago.

—Entonces seamos complicados juntos.

Quería creerle. *Deseaba* creerle. Que yo no era demasiado, que no estaba demasiado rota. Que no era una carga, que no era el agujero negro en el que temía haberme convertido, absorbiendo luz y amor solo para apagarlos después. Ya lo había visto antes. Ya lo había sentido antes. Y eso me aterraba.

Pero ya no era la mujer que había sido. No del todo.

No era la mujer frágil que se hacía un ovillo en un rincón de su casa fría y silenciosa y dejaba que el duelo la devorara. No era solo la madre que enterró a su hijo ni la esposa que esparció las cenizas

de su marido al viento. Seguía siendo Eve, y en algún lugar bajo las cicatrices, eso importaba.

—Estoy hecha un desastre —agregué, con las palabras arañándome la garganta desde algún lugar profundo y ácido—. Y tengo muchísimo miedo, Lachlan. De arrastrarte conmigo entre los escombros y terminar haciéndote daño.

Me giró hasta dejarme boca arriba.

Apoyé las palmas en su pecho mientras sus ojos se clavaban en mí. Había calidez en ellos y algo más fuerte, algo que insinuaba devoción, quizá.

—Entonces, nos quedaremos juntos entre los escombros —expresó con sencillez—. Y reconstruiremos desde ahí. Ladrillo a ladrillo. Ya no tienes que hacerlo sola. No tengas miedo de aferrarte a mí, Eve.

Asentí, incapaz de hablar por la opresión que sentía en la garganta. No quería ver a Lachlan entre las ruinas. Él merecía más que eso.

Pero, aun así, no podía soltarlo. No quería volver a una existencia apagada, donde reinaban la soledad y la tristeza.

Necesitaba espacio. Aire. Movimiento. Algo que anclara los pensamientos que se me arremolinaban en la cabeza.

—Quiero salir a correr —solté de repente, apoyando las palmas sobre su pecho con suavidad, pero con intención. Un pequeño límite. Mi propia muestra de fortaleza.

Lachlan se incorporó, apoyándose en un codo y me estudió.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estoy —respondí con serena certeza—. Trotar me ayuda a despejar la mente.

Asintió despacio, escrutando mi rostro.

—No hay vuelta atrás, Eve. Lo sabes, ¿verdad? —inquirió en voz baja, firme.

—No quiero volver atrás —anuncié con una convicción que sentía en el alma—. Pero necesito seguir adelante a mi manera y a mi propio ritmo.

Me observó un instante más, y luego me besó, profundo y desesperado, como si necesitara saborear esa fortaleza en mí.



El aire de la mañana era fresco y la hierba brillaba con rocío cuando llegué a la terraza, vestida con pantalones deportivos y una camiseta negra. El paisaje era sobrecogedor: campos ondulantes, árboles antiguos y el tenue canto de los pájaros.

Empecé a correr.

No para escapar, sino para volver a mí misma.

Cada paso me impulsaba hacia adelante, borrando el ruido dentro de mi cabeza con cada kilómetro que dejaba atrás, hasta que solo quedaron el sonido de mi respiración y el golpeteo constante de mis pies.

No me preocupé por la hora. No lo necesitaba. Porque estaba presente, aquí y ahora. Volvía a pertenecerme.

Cuando por fin regresé hacia la casa, el sol ya se elevaba más sobre el horizonte. Lachlan estaba de pie al borde de la terraza, con la silueta envuelta en luz dorada. Vestido con una camiseta Henley oscura y *jeans*, parecía el hombre de mis sueños.

Su mirada me encontró al instante.

Bajé el ritmo, respirando con dificultad, con el sudor deslizándose por mi piel.

—Perdón —dije al acercarme—. Me distraje con tu patio ridículamente espectacular.

Sonrió.

—No hace falta que te disculpes. Me gusta verte así.

—Así ¿cómo?

—Viva.

La palabra me golpeó más hondo de lo que esperaba.

—Luego te enseñaré más de los terrenos —indicó, acercándose. Su mano se cerró alrededor de mi cintura, y luego me besó.

—¡Consíganse una habitación! —gritó una voz desde algún lugar detrás de él.

Me sobresalté y me aparté un poco, pero Lachlan no se alejó. En todo caso, volvió a acortar la distancia.

—Nos están mirando —susurré.

—Me importa una mierda.

—Estoy sudada.

Sonrió de lado.

—Me sigue importando una mierda.

Y entonces volvió a besarme, intenso, con posesividad, hasta que olvidé dónde estábamos, olvidé todo salvo a él.

Al final, lo empujé hacia atrás, sin aliento.

—Dúchate. Ya. O voy a perder el resto del autocontrol que me queda.

Se inclinó hacia mí, con el aliento tibio rozándome la oreja.—Ya pasé tus cosas a mi habitación.

Parpadeé, intentando que mi cerebro lo procesara.

—¿Qué?

—Me oíste.

Debería haberlo cuestionado. Debería haber marcado esos límites en los que mi cabeza se había atorado antes. Pero la verdad era que no quería hacerlo.

—Está bien —repliqué, y eché a correr hacia adentro. Porque si me quedaba un segundo más, iba a terminar otra vez boca arriba, con público o no.

CAPÍTULO CUARENTA

EVE

Duchada y de regreso abajo veinte minutos después, el tenue aroma del café se mezclaba en el aire con el del tocino crujiente.

Encontré a Lachlan recostado en una silla acolchada, en una esquina de una larga mesa de madera con vistas a los jardines, con una taza de *espresso* en la mano. Dio unas palmaditas al asiento vacío a su lado mientras una sonrisa ladeada se extendía por sus labios.

—Eres rápida —indicó, inclinándose lo bastante para que su barba áspera me rozara la mejilla y su aliento me acariciara la oreja —. Me encanta eso —añadió antes de darme un mordisco juguetón.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Su presencia tenía la capacidad de suavizar cada una de mis asperezas y encender algo que había olvidado que seguía vivo dentro de mí. Una sola mirada de ese hombre bastaba para hacerme sentir deseada. Vista. Y eso me aterraba casi tanto como me emocionaba.

A nuestro alrededor, la terraza bullía con varias conversaciones a la vez y el crepitar de los fogones. Unas diez mesas salpicaban el patio de piedra, resguardadas por sombrillas blancas con calefactores integrados en los soportes. Los invitados, familia, amigos y oportunistas, estaban repartidos entre ellas, con el tintinear de los cubiertos sobre los platos y las risas flotando en el aire.

Ainslee salió a la terraza con su hijo y el padre del niño detrás. Callen, recordé entonces que se llamaba. Saludó con la mano al

verme, con esa sonrisa suya tan luminosa como siempre.

—¡Eve! —llamó mientras se acercaban—. ¿Dónde se metieron ustedes dos anoche?

Me sonrojé, y el calor me inundó las mejillas. No tuve que decir una palabra; su risa confirmó enseguida que había leído entre líneas.

—Debió de haber luna llena —bromeó con un guiño—. ¿Podemos sentarnos con ustedes?

—Sí, claro —respondí, lanzándole a Lachlan una mirada en busca de aprobación.

—Ainslee se sentaría aquí, aunque yo dijera que no —expresó con tono resignado, aunque afectuoso.

—Eso mismo, primo —confirmó ella—. Eve, te acuerdas de Bram y de Callen, ¿verdad?

Callen me tendió la mano.

—Qué gusto volver a verte, Eve.

—Igualmente —saludé, y luego me giré hacia Bram, que me miraba con una preocupación evidente.

—¿*Tabas* tiste *pot* mi culpa? —preguntó con suavidad.

Se me cerró la garganta. Me entristecía que hubiera percibido mi dolor ayer.

—No, cariño —animé, con la voz un poco áspera—. Me alegra verte. Ayer también estaba contenta. Solo que… me sentía un poquito mal.

Su sonrisa fue inmediata y radiante.

—Hablas lalo.

Ainslee soltó una risita.

—Se llama inglés americano, campeón.

Bram no pareció impresionado, y todos nos echamos a reír.

—Muy bien, pequeño —dijo Lachlan mientras le revolvía el cabello—. ¿Quieres sentarte a mi lado?

—¡Sí! —chilló, apartándose de Ainslee—. ¿Puedo *comel* un huevito?

—Claro.

Ainslee y Callen se acomodaron frente a nosotros, este último algo tieso.

—Cantas precioso, Ainslee —halagué, dando un sorbo a mi café.

—Gracias. Aunque no sé cómo lograste oírme —señaló con desenfado, guiñándome un ojo—, considerando que tú y Lachlan estaban… ocupados en otra cosa.

Casi me atraganté con la bebida caliente.

Lachlan me dio unas palmadas en la espalda, soltando una risa baja.

—¿Todo bien?

—Te juro, Ainslee… —murmuré, estirando la mano hacia mi vaso de agua.

—No tienes filtro, prima —gruñó Lachlan.

—No importa, porque acabas de confirmar mi sospecha —afirmó Ainslee, arrancándole a Lachlan una mirada de advertencia que no tenía verdadero enfado detrás.

—Ya te acostumbrarás a ella —me consoló él.

Lo dudaba muchísimo.

Callen se volvió hacia mí.

—¿Cuánto tiempo llevas en Escocia, Eve?

—Diez, once meses, creo. Ya casi va a ser un año.

—¿Te gusta?

—Sí, es… tranquilo aquí —respondí vagamente, sintiendo cómo su curiosidad presionaba con suavidad contra unos muros que no estaba segura de querer derribar todavía. Callen no parecía entrometido, solo curioso.

—¿Qué te trajo aquí? —inquirió.

Inhalé despacio, preguntándome cuánto debía admitir, pero no hizo falta.

—Intentó suicidarse. Después se mudó a Escocia.

La voz de Layla cayó como una ducha helada cuando se detuvo junto a la mesa.

El silencio descendió sobre la terraza mientras ella permanecía allí con los brazos cruzados. No me sorprendía que supiera eso, y no tenía a nadie más que a mí misma para culpar por su forma de tirármelo.

—Vete a la mierda, Layla —gruñó Lachlan, poniéndose de pie. Su voz era letal; una furia desatada era evidente en cada sílaba.

Ella alzó la barbilla.

—¿Qué? Es verdad. ¿No, Eve?

Lentamente, me giré para mirarla. Mi corazón debería haber estado desbocado, mi visión estrechándose. Pero no había nada.

Me incorporé más recta, enderezando la espalda.

—Es un resumen bastante decente, Layla —expuse. Mi tono era sereno, aunque la voz me tembló un poco—. Te saltaste algunas cosas, pero no está mal.

El viento agitó los manteles. En algún lugar, un pájaro cantó. Nadie respiró.

—Todo el mundo editorial hablaba de eso —explicó Layla con frialdad, y cuando su mirada se encontró con la mía, vi algo más que malicia en sus ojos. Había dolor allí, enterrado bajo toda esa fanfarronería. Y soledad. Y arrepentimiento.

Entonces, lo entendí. No estaba enojada. No tenía miedo. Y no era la única rota.

—Supongo que crees que lo sabes todo —pronuncié, y Layla se removió, pero no dijo nada—. Pero no es así —añadí con suavidad—. En realidad, no.

Los puños de Lachlan estaban cerrados; la mandíbula, tensa.

—Es hora de que te vayas, Layla.

Le toqué el brazo para hacerle saber que yo estaba bien.

—No la eches por mi culpa —pedí en voz baja, volviendo mi atención hacia la mujer—. Puedo manejarla.

Layla volvió a abrir la boca, lista para lanzar el siguiente golpe.

—¿Son ciertos los rumores, Eve?

Las palabras cayeron como una bofetada, pero no me inmuté. Volví la mirada hacia Lachlan, dejé que el gris de sus ojos me estabilizara. La firmeza y el apoyo que encontré en ellos sacaron a la luz algo enterrado muy dentro de mí.

—Sí —confirmé, sin saber si se refería a los rumores que circulaban en el mundo editorial sobre mi intento de suicidio fallido, la pérdida de mi hijo y de mi marido, o mi bloqueo como escritora—. El duelo y la pérdida son difíciles de explicar, y me tomó tiempo darme cuenta de que el suicidio no es la respuesta. Pero cuando llevas demasiado tiempo en la oscuridad, olvidas que hay otra salida. —Mi voz se fue aseverando con cada palabra—. Me mudé aquí para

encontrar algo por lo que todavía valiera la pena vivir. Y lo encontré. —Entonces me volví por completo hacia ella, alzando la barbilla—. ¿Eso responde tu pregunta?

Layla parpadeó rápido, con lágrimas brillándole en las comisuras de los ojos.

—Te hizo una pregunta, Layla —espetó Lachlan entre dientes.

Ella asintió una sola vez.

—Me alegra habértelo aclarado, entonces —murmuré, observándola retirarse y luego marcharse a toda prisa.

—Lo si… —Empezó Lachlan, pero le apreté el brazo.

—Está bien —aseguré.

Y lo estaba. Estaba más que bien.

Un cuerpecito chocó contra mi costado. Los brazos de Bram me rodearon con fuerza. El corazón se me rompió y sanó al mismo tiempo. Su pequeño abrazo era exactamente lo que necesitaba.

Deslicé la mano por sus rizos suaves.

—Gracias por el abrazo —susurré.

Porque, de alguna manera, en aquella mañana caótica e imperfecta, yo me había defendido. Yo... me había quedado.

Y eso lo era todo.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

LACHLAN

Eve se mantuvo calmada, pero por muy poco. Lo veía en la forma en que le tembló la mano justo antes de alcanzar su vaso de agua, en cómo la sonrisa se le tensaba demasiado sobre el rostro.

Nunca había querido destrozar a alguien como quería destrozar a Layla.

—Ven conmigo —sugerí en voz baja, poniéndome de pie.

Apreté la mandíbula, sabiendo que muy pronto las palabras me iban a salir más ásperas. Todo mi pulido autocontrol solía desmoronarse cuando estaba furioso.

Eve no preguntó adónde ni por qué. Simplemente me siguió. Su confianza en mí me golpeó de lleno en el pecho, sellando mi devoción y lo que sentía por ella.

Fuimos por el sendero lateral, más allá de las hortensias y de los canteros elevados de piedra, hasta llegar al viejo banco bajo el sauce. Llevaba allí décadas, gastado y medio hundido en la tierra, pero siempre había sido una especie de santuario para mí. Seguro. Apartado. Constante.

Eve se sentó, entrelazando las manos sobre el regazo. Yo me acomodé a su lado, pero dejé un pequeño espacio entre los dos, dándole el margen que sentía que necesitaba.

Ella miraba el río. Yo, a ella.

—Allá atrás estuviste increíble —dije al fin, en voz baja.

Su risa fue seca, sin humor.

—Estuve temblando todo el tiempo.

Negué con la cabeza.

—Sí, tal vez. —Me miró—. Pero no dejaste que te quitara la voz.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y eso me dio de lleno en las entrañas. Jesucristo, seguía de pie. Incluso después de todo lo que había pasado. ¿Cómo podía alguien no verla como lo que era: fuerte?

—Pensé que iba a derrumbarme —señaló—. Aunque no lo hice.

Me acerqué un poco más y le aparté un mechón del rostro.

—No solo lo soportaste, Eve. La enfrentaste. Le respondiste. Con gracia. Con fuego. Intentó destruirte delante de todos, y ni siquiera te inmutaste.

—Estaba aterrada.

—¿De qué?

—De que admitir lo que intenté hacer… el suicidio… me deshiciera por completo.

La observé con atención.

—Pero no pasó.

Parpadeó despacio.

—No. No pasó.

No lo pensé; simplemente me incliné y la besé. Fue una presión tierna, casi sagrada, de mis labios contra los suyos.

—Lo que te dijo fue imperdonable —murmuré, apenas apartándome—. Y no puedo dejarlo pasar.

Retrocedió un poco.

—Lachlan…

—No.

Frunció el ceño, y yo le tomé la mano con firmeza.

—Necesito decirle unas cuantas cosas a Layla. No puede herirte así y marcharse tan campante, como si hubiera demostrado algo. Cruzó una línea, y no voy a dejarlo así.

El ceño de Eve se frunció con preocupación.

—No quiero que te metas en problemas por mi culpa.

—Le he permitido demasiado durante mucho tiempo, y eso se termina hoy.

—Lachlan…

Le besé los nudillos, uno por uno.

—Quédate aquí. —Vi el cabello rojo de mi prima entre los árboles y le hice una seña cuando miró en nuestra dirección—. Ainslee, quédate con Eve, por favor. Vuelvo enseguida.



Conocía a Layla lo bastante bien como para saber que no se habría ido de la fiesta.

Todavía no. No obstante, lo haría cuando yo terminara con ella.

La encontré detrás de los establos, sentada sobre el muro bajo de piedra, con las piernas largas cruzadas, como si estuviera posando para una sesión de fotos que nadie había pedido. Se volvió al oír mis pasos y se apartó el cabello detrás de la oreja como si no hubiera pasado nada.

Vi rojo.

—¿Eve te mandó para que te disculparas conmigo? —indagó con lentitud, arqueando una ceja.

Me obligué a mantener el control antes de hablar.

—No te le vuelvas a acercar, Layla.

Su sonrisita vaciló.

—Ay, vamos, Lachlan. No mentí. Todo el mundo sabe…

—Cierra. La. Boca.

Sus ojos se abrieron de par en par. *Bien*. Ya me había empujado mucho más allá del límite.

—He tenido paciencia contigo —continué, acercándome—. He sido amable cuando no te lo merecías. Pero lo que hiciste hoy, Layla… fue pura maldad. Humillaste a alguien delante de mi familia, en mi casa. A alguien a quien yo… —Me interrumpí, exhalando con fuerza por la nariz—. Será mejor que escuches bien, porque no lo voy a repetir. —No dijo nada, y el silencio se alargó—. Si vuelves a hablarle así a Eve, si siquiera se te ocurre dirigirle una sola palabra con esa lengua amarga que tienes, me voy a asegurar de que te quedes sin todos y cada uno de los vínculos que te unen a esta familia. No volverás a ser invitada. Se acabó para ti. Estás fuera.

Layla tragó saliva con dificultad.

—Lachlan…

—No. Tú no hablas. —Mi tono se volvió todavía más severo—. ¿Sabes qué es lo que más rabia me da? No que la hayas herido. Ni siquiera que la hayas avergonzado. Es que creíste que no se iba a defender. Que pensaste que se derrumbaría para que tú pudieras sentirte más grande. —Layla se estremeció, pero yo aún no había terminado—. Ella es más fuerte que tú, Layla. ¿Quieres la verdad? Veo más en sus silencios rotos que en todas tus mentiras pulidas. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, mas no sentí lástima por ella. Ya no—. Di una palabra más sobre el pasado de Eve y me aseguraré de que todo el mundo conozca la verdad sobre el tuyo.

Los labios de Layla se entreabrieron, pero volvió a cerrarlos. Asintió una sola vez, con la mandíbula apretada.

—Bien.

Me di vuelta y me alejé sin decir una palabra más.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

EVE

Ainslee y yo volvimos a la terraza y la encontramos aún más animada que antes. Colin y Margaret se habían unido a los demás en nuestra mesa, y sus risas relajadas hicieron que, aunque fuera un poco, dejara de estar tensa.

—Ya era hora —nos llamó Margaret cuando nos acercamos.

Bram, sentado a su lado, fue el siguiente en vernos y me sorprendió al bajarse de la silla de un salto y abrazarnos tanto a Ainslee como a mí.

—*Oh.* —Exhalé—. Hola, Bram.

—Debes de caerle muy bien. —Observó Margaret, arqueando las cejas—. Normalmente es tímido con los desconocidos.

—Bueno, a mí también me cae muy bien.

Ainslee se aclaró la garganta.

—Bueno, Bram —dijo en tono burlón—, suelta a Eve antes de que al tío Lachlan le den celos.

La fulminé con la mirada, todavía medio sonriendo.

—Sabes, Ainslee, si sigues hablando así, te voy a meter en un libro. Y no voy a tener piedad.

—Promesas, promesas —se burló antes de dejarse caer en su silla.

Bram volvió a su asiento de mala gana. Lachlan, que acababa de regresar de dondequiera que se hubiera largado hecho una furia, se sentó en la silla junto a la mía y me pasó el brazo por los hombros, acariciándome el cabello distraídamente con los dedos.

Esa caricia suave me encendió el cuerpo, y me dejé envolver por la intimidad del momento.

Margaret soltó un jadeo de pronto.

—Tú eres Eve Bailey —susurró, con la taza de té detenida a medio camino de la boca—. Me parecías conocida, pero… ay, Dios mío. Eres tú. *La* Eve Bailey, autora de mis romances favoritos de todos los tiempos. Soy fanática tuya.

—Ay, no —gimió Ainslee—. Ya tienes una acosadora para lo que queda del día. Y yo que intentaba ayudarlos a escaparse a escondidas. La sutileza ha muerto.

Abrí la boca, horrorizada, pero Lachlan solo soltó una risita por lo bajo.

—No voy a molestarte —añadió Margaret enseguida—. Y si se escapan, fingiré no verlos. Solo… dime cuándo sale a la venta el próximo libro para poder avisarle a mi grupo de lectura.

—No estoy segura —respondí con sinceridad—. Hace tiempo que no escribo nada.

Margaret se llevó una mano al cuello con dramatismo.

—¿Qué? ¡Pero si eres brillante! Tenemos un club de lectura con el nombre de tu serie de regencia.

—Mamá —la reprendió Ainslee—. No la ataques.

—Está bien. —La tranquilicé—. Por ahora solo estoy trabajando en McLaren. Pero algún día me encantaría conocer a tu club de lectura.

Margaret se iluminó como si le hubiera entregado las joyas de la corona.

—Ay, cariño. ¡A esas viejas chismosas se les caerían los calzones!

Me atraganté con el café.

—Esa imagen era justo la que *no* necesitaba —solté.

Ainslee y yo nos miramos y estallamos en carcajadas.

La conversación retomó el ritmo, y todos volvieron a esa charla relajada, entre bromas y comentarios ligeros. Dejé que los sonidos me envolvieran como un bálsamo. No era mi familia, pero se sentía muy parecido.

Lachlan se inclinó hacia mí.

—¿Estás bien? —preguntó, lo bastante bajo para que solo yo lo oyera.

—Sí —susurré—. Mejor de lo que he estado en muchísimo tiempo.

Esbozó una amplia sonrisa, sincera y de una belleza ingenua.

Antes de poder detenerme, extendí la mano y recorrí su mandíbula con un dedo. Sentí un revoloteo en el estómago y toda la cautela que me quedaba desapareció.

«Demasiado rápido», me advirtió el cerebro.

Pero, por Dios, Lachlan se sentía como el sol después de una tormenta.

Mi mirada se perdió sobre los jardines, más allá de las flores silvestres y la hiedra crecida, hasta donde las colinas se encontraban con el horizonte. Casi podía sentir la magia allí, escondida bajo la superficie.

Se removió un recuerdo, uno de una vieja clase de la universidad sobre mitos y folclore. Algo sobre *selkies.* Una mujer que se quitaba su piel de foca. Un hombre que se la robaba para obligarla a quedarse con él.

«Idea para un libro», susurró una vocecita al fondo de mi mente.

Parpadeé, sorprendida.

—Oigan —dije en voz alta, sin dirigirme realmente a nadie—. ¿Hay alguna librería cerca?

—Hay una en Callander —manifestó Lachlan—. Te llevo. Después podemos ir a almorzar.

—¿Podemos ir también? —suplicó Ainslee—. Me encantan los libros. Y el almuerzo. —Luego se volvió hacia mí y preguntó—: ¿Por qué una librería?

—Me acordé de algo de una clase de la universidad —expliqué vagamente—. Pensé en buscarlo.

—*Ugh* —se quejó—. No me digas que era sobre manuscritos antiguos y no sobre fiestas salvajes de sexo universitario.

No respondí; solo di un sorbo a mi café mientras los demás apenas reaccionaban. Ya todos estaban acostumbrados a ella.



En cuanto cruzamos las viejas puertas de madera de la pequeña librería independiente, me envolvieron los aromas acogedores del papel envejecido, los estantes de roble pulido y la canela, del café contiguo, supuse.

Se sentía como volver a casa.

Todos se dispersaron enseguida. Lachlan desapareció hacia la sección de negocios. Ainslee y Callen arrastraron a Bram hacia el rincón infantil. Yo vagué sin rumbo hasta que mis ojos se toparon con un pequeño letrero de madera: "Mitos y leyendas".

Estuve curioseando un rato antes de que se me acercara el hombre mayor al que había visto detrás del mostrador cuando llegamos.

—¿Puedo ayudarte, *lass*?

—Tal vez —respondí—. Recuerdo haber oído una leyenda escocesa sobre *selkies*, esas criaturas que podían quitarse la piel de foca para convertirse en humanas. ¿Le suena?

Sus ojos se iluminaron.

—¡Claro que sí! Sígueme.

Me condujo hasta una estantería alta y tenuemente iluminada, escondida en un rincón silencioso. Libros antiguos encuadernados en cuero llenaban los estantes, con títulos grabados en dorado, descoloridos pero orgullosos.

—Oh, Dios mío —susurré, pasando una mano por los lomos—. Esto es el paraíso.

El señor de la librería soltó una risita.

—Aquí se te pueden ir horas si no tienes cuidado.

Y así fue.

Me encontré sentada en el suelo, rodeada de libros abiertos, pasando páginas, persiguiendo historias y dejando que mi mente se estirara y respirara de formas que no lo hacía desde hacía casi un año.

Hasta que una voz conocida atravesó la neblina.

—¿Eve?

Asomé la cabeza por encima de un tomo grueso.

—Estoy aquí.

Lachlan dobló la esquina y se detuvo al verme. Había una pila de novelas tambaleándose a mi lado, otra descansando sobre mi regazo y varios libros de tapa dura abiertos sobre la alfombra mientras yo hojeaba sus páginas, comparándolos.

—Vaya imagen —comentó. Se cruzó de brazos, apoyándose con aire despreocupado en el estante más cercano, con una ceja en alto —. ¿Qué demonios estás haciendo?

Lo miré con una sonrisa tímida mientras me apartaba un rizo de los ojos.

—Estoy tratando de decidirme.

—¿Sobre qué?

—Cuál comprar.

Recorrió con la vista las pilas a mi alrededor y soltó un silbido bajo.

—¿Quieres decir que no te los vas a llevar todos?

—Quiero decir que, en algún momento, quizá. —Le dediqué una sonrisa ladeada.

Se rio, cálido y claramente divertido.

—Creo que voy a empezar a ponerme celoso de tu amor por los libros.

Lo aparté con un gesto juguetón.

—Vas a tener que aprender a compartir.

Se puso en cuclillas a mi lado y estiró la mano para tomar con cuidado uno de los libros de la pila y mirar el título.

—Dime, Eve, ¿qué vas a escribir ahora?

Me quedé inmóvil. No esperaba esa pregunta, y me golpeó de una forma que tampoco esperaba. No me preguntó *qué escribía* antes. Me preguntó qué iba a escribir. En futuro.

Tragué saliva con dificultad y me encogí un poco de hombros, vacilante.

—No lo sé. Antes escribía romances, cada serie ambientada en una época distinta. Regencia, victoriana, incluso una medieval.

Lachlan inclinó la cabeza, con la intriga encendiéndose en esos ojos gris tormenta.

—¿Cuál me recomendarías leer?

—Ninguno. —Me reí con torpeza y empecé a colocar los libros en otra pila, solo para tener algo que hacer con las manos.

—¿Ninguno? —repitió, sonriendo apenas—. No es un muy buen discurso de ventas.

—Lo digo en serio —alegué, mirándolo con nerviosismo—. En serio, Lachlan. No los leas.

—¿Por qué no?

—Porque, si lo haces, nuestra relación se va a volver muy incómoda.

Se le movieron los labios como si estuviera conteniendo una sonrisa completa. La travesura en su mirada era inconfundible.

—¿Tan grave?

—Tan *personal* —corregí con un gemido, enterrando la cara en un libro para rematar el efecto—. Es como un diario de cada fantasía que he tenido. Solo que… apenas disfrazado con corsés y castillos.

—Ahora sí que quiero leerlos —agregó con fingida solemnidad.

—Los voy a esconder.

—Los voy a encontrar.

Entrecerré los ojos.

—Eres imposible.

—Y aun así estás aquí conmigo.

—*¡Santos cielos!* —Sonó desde el pasillo contiguo antes de que yo pudiera devolverle una respuesta ingeniosa.

Lachlan se giró, sorprendido, justo cuando Ainslee apareció al final de la hilera. Tenía los ojos como platos y la boca abierta de forma exagerada. Soltó un chillido.

—*¡Santos cielos!* —repitió.

Mi mirada se desplazó hasta encontrar al encargado y a Callen detrás de Lachlan, igual de boquiabiertos.

—Lo siento —murmuré—. Voy a recoger.

El encargado de la librería me detuvo.

—No hace falta. Es precioso ver a alguien tan cautivada por estos libros.

—Va a volver a escribir —declaró Ainslee.

—No —protesté—. Solo quería leer sobre *selkies*.

—No —insistió ella—. Vas a escribir otra vez.

—¿Eres escritora? —preguntó el hombre antes de que pudiera hacerla callar.

—Es Eve Bailey. Es famosa —respondió Ainslee—. Mi mamá está obsesionada con sus libros.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? —inquirió el señor—. ¡Les habría traído té, un cojín, todo!

Sonreí, avergonzada.

—No soy tan especial, y definitivamente no soy famosa.

—Es demasiado modesta —protestó Ainslee.

Lachlan se colocó a mi lado, reuniendo los libros que yo había apartado.

—Nos llevamos todos estos.

Parpadeé hacia él.

—¿Qué?

—Los compro yo. Señor Ainsworth, ¿podría enviarlos al castillo McLaren? Yo cubro todos los gastos.

—No puedes simplemente… —Empecé.

—Sí, sí puedo.

Y ahí terminó la discusión. Era inútil debatir con él.

Ainslee rebotaba al lado de Bram como una niña en Navidad.

—¡Por fin! ¡Va a regresar!

—Eve, simplemente ríndete. Te ahorrarás el aliento. —Callen se rio.

Puse los ojos en blanco y todos se rieron.

Mientras Lachlan me acompañaba hacia la caja, se inclinó y me rozó la mejilla con un beso.

Cuando lo miré, sonrió.

—Vamos por algo de almuerzo —propuso.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

EVE

Regresamos al castillo justo cuando el sol de la tarde se colaba por las ventanas en arco, derramando una luz tenue por todo el lugar. Lachlan me apretaba la mano y, en cuanto cruzamos el umbral, el ruido estalló a nuestro alrededor: voces resonando, pasos apresurados, algo pesado cayendo con un golpe sordo en el piso de arriba.

—¡Ahí estás, Lachlan! —La voz de Margaret resonó en la entrada. Bajó a toda prisa por la gran escalera, con las mejillas sonrojadas—. Están descargando docenas de libros. ¿Dónde quieres que los pongan? ¿En la biblioteca?

Lachlan asintió, apenas reduciendo el paso.

—Sí, gracias.

—¿Ya llegaron? —pregunté, sorprendida.

Me miró por encima del hombro con una sonrisa y tiró de mi mano.

—Ven. Te enseñaré.

Fui detrás de él, tropezando un poco.

—Espera. ¿Acaba de decir la *biblioteca?*

—Claro —respondió.

Recorrimos un corredor de piedra que parecía más antiguo que el tiempo mismo, mientras el olor a cera de abeja y papel viejo se hacía más intenso con cada paso hacia el fondo, donde Lachlan abrió dos puertas de roble y luego se apartó.

Entré en un mundo que me robó el aliento.

La habitación era inmensa y altísima, con techos de catedral y vigas de madera sobre nuestras cabezas. Estante tras estante cubría las paredes, elevándose hasta las ventanas de vitrales. Una escalera de caracol subía hacia el segundo nivel y una escalera corrediza se deslizaba a lo largo de uno de los muros llenos de libros. En la esquina más cercana, cajas de libros, algunas todavía selladas, otras ya reventadas, formaban una pila caótica junto a un sillón de lectura que evidenciaba años de uso.

—Esto… —Giré lentamente sobre mí misma—. Esto es mejor que la mayoría de las bibliotecas públicas que he visitado.

Solté su mano y avancé por la biblioteca, rozando con los dedos los lomos gastados que llenaban los estantes. El silencio del lugar tenía un aire reverente, como si lo que guardaba dentro fuera sagrado.

—Si yo viviera aquí, jamás me quedaría en tu apartamento de la ciudad.

—Yo casi nunca estoy en mi apartamento de la ciudad —alegó, observándome todavía con una expresión pensativa.

Le sostuve la mirada.

—Pero…

—Me quedo ahí para estar más cerca de ti, Eve —admitió al fin—. Tengo ese apartamento desde hace tiempo, pero nunca lo había usado tanto como en estas últimas semanas.

Incapaz de encontrar una respuesta mínimamente apropiada, señalé las cajas.

—¿D-dónde vas a poner todo eso?

Sus labios se curvaron apenas.

—Eso depende de ti. Son tuyos.

Me detuve a mitad de camino, parpadeando.

—¿Qué?

—Son para ti.

La risa me brotó del pecho, libre, sin defensas. Salió antes de que pudiera contenerla, brillante y extraña sobre mi lengua, como la luz del sol después de haber pasado demasiado tiempo encerrada.

—Lachlan…

Crucé la habitación hasta él y apoyé las manos en su pecho, obligándome a resistir la avalancha de emociones.

—¿Has visto mi apartamento?

—Sí.

Deslizó suavemente los dedos por mis hombros y luego por mis brazos. Su contacto, ligero como la seda, me arrancó un escalofrío que me atravesó de lleno.

Todo mi cuerpo vibró. Me incliné hacia él, separando los labios, pero entonces la puerta se abrió con un chirrido detrás de nosotros.

—Ay, por todos los demonios —soltó Ainslee con desgano, con Callen a su lado—. ¿Están a punto de *deshonrar* a la biblioteca? Porque, si es así, nos vamos.

Di un paso atrás, sintiendo cómo el calor me subía a las mejillas al volverme. Ella estaba recargada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa descarada.

—Ainslee —dije con dulzura—, creo que la verdadera pregunta es: ¿tú sabes *comportarte*?

La sorpresa iluminó su expresión. Luego, estalló en carcajadas, echando la cabeza hacia atrás.

—No me esperaba esa de ti —replicó Ainslee, secándose una lágrima de la comisura del ojo.

Tarareé.

—Deberías.

—Está bien, está bien. —Levantó una mano—. Pido tregua.

El teléfono de Lachlan vibró. Lo miró y soltó un suspiro.

—Trabajo.

Se inclinó hacia mí y me besó, lento, firme, sin importarle en lo más mínimo que tuviéramos público. Cuando se apartó, mis labios hormigueaban.

—Solo le estás dando más munición a tu prima —susurré, resistiendo el impulso de arrastrarlo escaleras arriba yo misma.

—Tal vez —murmuró junto a mi oído—. Pero me importa una mierda. Porque más tarde pienso enterrarme tan hondo dentro de ti que vas a olvidar hasta tu propio nombre.

Contuve el aliento. Bueno, así que él tampoco tenía filtro. Debía de ser cosa de familia.

—No veo la hora —mascullé.

La mirada que me dio era puro calor y hambre. Se apartó de mí con una renuencia evidente, Callen siguiéndole los talones, y la puerta se cerró detrás de ellos con un clic.

Ainslee y yo nos quedamos solas.

Me arrodillé junto a las cajas, sacando un libro tras otro. Mis dedos se movían, pero mi mente seguía prendida de Lachlan: su voz, su beso, la promesa en sus ojos.

—Te ves… —La voz de Ainslee interrumpió mis pensamientos. Sonaba extrañamente vacilante—. Diferente.

Levanté la vista.

—Diferente ¿cómo?

—No sé. Más feliz. Más ligera. —Se dejó caer en la escalera curva, apoyando los codos sobre las rodillas—. Más como… tú misma. O al menos como me imagino que eres normalmente.

Bajé la vista al libro abierto sobre mi regazo.

—Me siento diferente.

No era solo Lachlan; era este lugar. La forma en que las paredes parecían cargadas con siglos de historias por contar, la manera en que la brisa que entraba por la ventana olía a tierra, a lluvia y a eternidad.

Ainslee inclinó la cabeza.

—Se nota.

No respondí. Las palabras no alcanzaban para describir lo que se agitaba dentro de mí.

Ella vaciló.

—Algo también cambió para mí —admitió.

Parpadeé. ¿Estaba… sonrojándose?

—Ainslee —la incité con suavidad—, ¿ese color en tus mejillas es lo que yo creo?

Frunció el ceño, lo que solo consiguió que se sonrojara más.

—¿Qué tal si no hablamos de eso?

—Trato hecho. —Sonreí y volví a mis libros.

Nos quedamos sentadas en silencio: yo, con las piernas cruzadas y rodeada por el aroma a cuero de las encuadernaciones; Ainslee, encogida en las escaleras, con los pies apoyados en el suelo. Afuera,

una ráfaga de viento hizo temblar los vitrales, pero adentro, por un instante raro y perfecto, todo estuvo en calma.

Incluso mientras revisaba el hermoso caos de libros, había un recuerdo que se negaba a soltarme.

Aquella noche.

La noche en que volví antes de tiempo de mi gira de libros, agotada, anhelando nada más que el aroma de mi hijo y un nuevo comienzo con mi esposo. No obstante, en lugar de eso, encontré voces susurradas en la oscuridad. La risa coqueta de mi madre saliendo de mi dormitorio. Su espalda desnuda. Sus manos sobre ella. Esa imagen se me había quedado grabada, afilada y cruel.

Y mi hijo… tan pequeño, dormido arriba, sin saber que todo se estaba desmoronando.

Aquella noche había empezado con una anticipación ilusionada y terminó en un silencio que nunca llegó a abandonarme de verdad. Me siguió a todas partes: a una ciudad nueva, a un país nuevo, a cada página en blanco mientras trataba de escribir a través del dolor.

Hasta Lachlan.

No lo entendía, no del todo, pero estar cerca de él era como despertar después de haber caminado dormida durante demasiado tiempo. No arreglaba nada. Aun así, me recordaba que yo seguía aquí, que todavía era capaz de sentir algo que no fuera rabia, culpa o arrepentimiento. Le devolvía vida a partes de mí que creía muertas desde hacía mucho.

Y este lugar, este castillo de muros de piedra y estantes interminables, también ayudaba. Me acogía como si hubiera estado esperándome. Aquí me sentía más ligera, menos atada al pasado de formas que no me había atrevido a imaginar.

Si pudiera embotellar esta extraña paz recién encontrada, la bebería todos los malditos días.

Antes de que el pensamiento terminara de asentarse, la voz de Ainslee, rebotando contra los techos altos, rompió el silencio.

—¡Tenemos que arreglarnos!

Parpadeé.

—Arreglarnos ¿para qué?

—Para el baile de esta noche. —Me miró como si me hubiera salido otra cabeza—. Ya sabes, el evento por el que todos estamos aquí.

—Pensé que eso había sido ayer.

Resopló, poniéndose de pie.

—Eso fue solo la fiesta de bienvenida. La de verdad es esta noche. Es un evento de todo el fin de semana, Eve. Ponte al día.

Solté un suspiro exasperado.

—¿Por qué nadie me explicó con detalle cómo funciona este evento anual?

—Los dos primeros días son los más ocupados —explicó—. Fiesta, tragos y *networking*. El domingo muchos asistentes se van temprano, así que todo se vuelve más relajado y acogedor.

—Entonces, por así decirlo, la fiesta de esta noche es el último gran evento. —Ella asintió—. De verdad debí preguntar todo esto con mucha más anticipación y empacar en consecuencia.

Hizo un gesto con la mano.

—No te preocupes, yo me encargo.

Gemí.

—Por favor, dime que no esperan que me ponga algo con brillo.

—Jamás te haría pasar por eso —dijo con fingida ofensa, esbozando una sonrisa—. El vestido de esta noche es clásico. Elegante. Minimalista. Te vas a ver como una diosa.

—Eso es justo lo que me preocupa —murmuré, apilando los seis libros que había escogido por ahora, cada uno prometiendo un escape que prefería mucho más que el *champagne* y la conversación educada.

«Esta noche no vas a leer. Lachlan va a enterrarte la polla bien profundo», susurró mi mente, haciendo que mi cuerpo vibrara de anticipación mientras recogíamos todo y salíamos de la biblioteca.

—No tienes remedio. —Se rio—. Pero está bien. Tú sobrevive al baile y no te juzgaré si desapareces en un rincón apartado con un libro y una copa de vino.

—Gracias.

—De verdad te ves diferente, ¿sabes? —repitió, estudiándome con una mirada tierna.

—Me siento diferente.

Hizo una pausa.

—Es Lachlan, ¿verdad?

No le respondí, y tampoco creía que esperara una respuesta. La ligera sonrisa en mi rostro decía suficiente.

—Vamos —indicó, enlazando su brazo con el mío y guiándonos hacia la puerta.

Los pasillos del castillo se sentían más fríos a medida que el sol desaparecía detrás de las colinas.

Ainslee y yo caminamos en silencio, sus tacones resonando con firmeza sobre el piso de piedra mientras yo cargaba un montón de libros como si fueran un tesoro preciado.

Desde las cocinas de abajo subía el tenue aroma del ajo y el romero asados en mantequilla, haciéndome rugir el estómago.

Cuando llegamos al corredor cercano a nuestras habitaciones, Ainslee redujo el paso y ladeó la cabeza hacia mí; sus rizos rojos atrapaban la luz ámbar.

—No vas a echarte para atrás esta noche, ¿verdad? —preguntó.

Arqueé una ceja.

—¿Por qué pensarías eso?

Frunció los labios al mirar la cantidad de libros que llevaba en brazos.

—Me da la impresión de que preferirías sentarte con esos antes que ir a un baile.

Sonreí.

—Ya me conoces muy bien.

Nos detuvimos frente a la habitación que compartía con Lachlan. Ella abrió la puerta con un gesto teatral y reveló un vestido elegante extendido sobre la cama. Seda azul medianoche con un brillo sutil.

—Oh, no —murmuré al entrar. Mis dedos rozaron la tela—. Esto no es minimalista.

—Es elegante —opinó con orgullo—. Líneas simples. Espalda descubierta. La abertura es lo bastante alta como para que Lachlan quiera morirse.

—¿De frustración o de deseo?

—De ambas cosas. Ojalá en ese orden.

—Eres imposible. —Me reí, negando con la cabeza—. Y parece que le has dedicado demasiado pensamiento a todo esto.

—Mi meta es dejar una impresión duradera —devolvió, retrocediendo ya hacia su propia habitación—. Estate lista en una hora. Y ponte esos *stilettos* negros.

Solté un gemido, aunque sin verdadero ánimo de protestar. En cambio, negué con la cabeza, divertida, y me reí.

En realidad, no me aterraba la idea de arreglarme o de que me vieran. Y tal vez, solo tal vez, tampoco tenía miedo de que me conocieran.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

EVE

Una hora después, ya me había duchado, vestido y estaba, como Ainslee había declarado con orgullo, "lista para la alfombra roja". El vestido que eligió se ceñía a mi cuerpo como tinta líquida. Era suave y fresco contra mi piel, y atrapaba la luz con cada movimiento.

Con unos minutos de sobra, me acerqué al asiento junto a la ventana del dormitorio, ese que formaba parte del pequeño rincón de estudio de Lachlan. Él no lo sabía, pero yo ya me había adueñado extraoficialmente de ese lugar. Daba a los terrenos del castillo, con una vista que se abría a amplias colinas en pendiente y árboles antiguos meciéndose bajo el peso de la brisa.

Me acomodé ahí, con las piernas recogidas debajo de mí, los libros abiertos a mi alrededor como un nido a medio construir. El viejo volumen sobre mitos de *selkies* descansaba abierto sobre mi regazo, con notas garabateadas en los márgenes. Mis dedos recorrieron distraídamente el borde de la página, cerca de una frase que había encerrado en un círculo tres veces: *la piel es memoria.*

Había algo en esas palabras que me rozaba por dentro, un empujón suave, como la niebla entrando al caer la tarde. Volví a leerlas.

La piel es memoria. Lo que cargamos sobre el cuerpo. Lo que dejamos atrás. Lo que sobrevivimos. Lo que conservamos.

Un suspiro silencioso escapó de mis labios, y mi mirada se desenfocó un poco mientras mi mente se iba al pasado.

Había sido capaz de pensar en mi difunto esposo sin amargura, sin ira y sin esa culpa devoradora. Había podido recordar nuestros comienzos, cuando Hunter me pidió que fuera su cita para un evento de la empresa y yo había dicho que sí por amabilidad, no por atracción ni por interés.

Y de algún modo… simplemente seguimos viéndonos.

Nos reíamos con las mismas películas. Pedíamos la misma comida para llevar.

Habíamos construido algo que, desde fuera, podía parecer amor, pero entre nosotros siempre le había faltado pulso.

Dos años juntos. Y luego llegó la propuesta.

Hasta el día de hoy recuerdo cuánto sopesé aquella decisión. Cómo me senté sola a hacer listas de pros y contras, como si estuviera comprando un auto en vez de prometiéndole a alguien pasar la vida a su lado. Esa debió haber sido mi primera pista. No era el miedo lo que me frenaba; era la ausencia de entusiasmo. No había nada que me empujara hacia adelante.

Al pensar en cómo empezó, no logré recordar realmente una tormenta de emociones, ni un tirón doloroso en el pecho. Eso vino después, o quizá lo forzamos después. Ya no lo sé. Lo que sí podía decir con certeza era que nuestra relación, estable y predecible, funcionó, sobre todo cuando nació nuestro hijo.

Nuestro matrimonio había sido como una agenda llena de eventos programados, reuniones y compromisos. Hasta que esa agenda se llenó de tinta invisible, guardando secretos y la peor clase de traición.

Había cargado a Hunter conmigo como un hábito, como una costra que no dejaba de arrancarme, dejando que la herida sangrara, lenta y en silencio, sobre todo, extendiéndose como una infección que no sabía cómo detener.

Pero ya era hora de dejar de vivir en el pasado y empezar a mirar hacia el futuro.

El resplandor apagado del cielo se transformó en crepúsculo.

Bajé la vista al libro. Uno de los gemelos de Lachlan servía de marcador improvisado.

Cerré con suavidad la tapa dura. El lomo crujió apenas cuando las páginas volvieron a descansar, y las palabras desaparecieron de mi vista, aunque no de mis pensamientos.

Era el momento perfecto para llamar a Elise.

El teléfono sonó una sola vez.

—*¿Eve?* —Su voz se quebró, jadeante.

—Hola —saludé rápido, sintiendo un tirón en el corazón—. No pasa nada. Todo está bien.

Hubo un instante de silencio, cargado de sospecha.

—*Pensé que este fin de semana estarías demasiado ocupada para llamar.*

—Lo sé. —Salí al balcón compartido. El viento me tiró del cabello, fresco contra mi cuello—. Te extraño.

Ella exhaló, suave y temblorosa.

—¿Estás bien?

Me senté despacio sobre las losas de piedra, con el vestido extendiéndose a mi alrededor.

—Creo que sí. He estado leyendo otra vez. No escribiendo, exactamente… pero sí tomando notas.

Se quedó callada un momento antes de preguntar:

—*¿Estás pensando en escribir?*

—No lo sé. Todavía no. Pero hay algo moviéndose dentro de mí.

Se rio, un sonido honesto y abierto que me hizo arder los ojos.

—*Dios, Eve. Eso me hace tan condenadamente feliz.*

Sonreí.

—A mí también.

—*¿Dónde estás, por cierto? Parece que estás afuera.*

—Estoy en casa de Lachlan. Bueno, técnicamente me estoy quedando en la propiedad de la familia McLaren. Está en el campo. En un campo nivel castillo.

El silencio se alargó en la línea durante un minuto, hasta que por fin ella lo rompió.

—*¿Fueron juntos?*

—Solo por una cosa de fin de semana —expliqué deprisa—. Una especie de reunión prolongada. La prima de Lachlan, Ainslee, insistió. Y yo no me resistí.

Ella hizo un ruido incrédulo.

—*Eso no suena a ti.*

—Lo sé —murmuré—. Pero este lugar… es otra cosa. Piedra antigua e historias filtrándose por las paredes. Es como caer dentro de una leyenda.

Tarareó, pensativa.

—*Quizás estabas destinada a ir ahí justo ahora. Siempre se te ha dado bien encontrar sentido en los lugares inesperados.*

—¿Te acuerdas de ese libro que me leías? El de la princesa triste que lloraba tanto que inundó su aldea.

—*Ay, Dios mío, sí* —confirmó Elise, riéndose—. *Lloraba ríos enteros. Muy propio de ti cuando eras niña.*

—Este lugar me recuerda a eso. Como si la ilustradora pudiera haberlo dibujado basándose en el castillo McLaren.

—*Te oyes distinta* —expresó, y pude escuchar la sonrisa en su voz—. *Más feliz, de alguna manera.*

—Creo que sí. —Suspiré. El peso que había llevado en el pecho durante casi un año era ya prácticamente inexistente—. Te extraño.

—*Yo te extraño más. ¿Vas a venir a casa para Navidad?* —inquirió, demasiado suavemente.

Sus palabras cayeron como piedras en agua quieta.

Me estremecí.

—Elise…

—*Mamá te extraña.*

El pulso se me disparó cuando regresó de golpe el día en que enterré a mi familia.

La capilla olía a lirios podridos, dulces hasta provocar náuseas.

A mi alrededor, todos murmuraban condolencias mientras yo estaba de pie junto a los ataúdes, con mis dedos retorcidos entre sí, intentando no derrumbarme.

Mi madre flotaba junto a mi hombro, impecable en un traje color carbón más apropiado para una sala de juntas que para un funeral. Su tristeza parecía ensayada mientras se secaba la comisura de un ojo.

O tal vez no lo era, porque desde luego sí que había amado a mi esposo.

Su mano fue a posarse en mi hombro, sus dedos clavándose en mis omóplatos cuando aparté su contacto de un tirón.

—No me toques —siseé, clavando la mirada en los ataúdes cerrados, casi vacíos. No quedaba mucho de ellos después del incendio. Solo cenizas.

Mi madre no perdió el compás. Se inclinó lo justo para que solo yo pudiera oírla.

—No tienes a nadie más a quién culpar que a ti misma.

Las palabras golpearon más fuerte de lo que probablemente pretendía, porque ni siquiera ella sabía la culpa que yo cargaba. Me incliné un poco más hacia el ataúd de roble.

—¿Por qué no te desperté? —le susurré a mi bebé, deseando poder retroceder el tiempo y llevarlo conmigo aquella noche.

—¿Qué dijiste? —preguntó mi madre, pero la ignoré—. Sigue así, Eve, y vas a terminar en un psiquiátrico.

Antes de que pudiera responder, se acercó un grupo de visitantes y toda la actitud de mi madre cambió al instante, transformándose en calidez y gracia.

—Gracias por venir —dijo, convertida de pronto en la suegra y abuela en duelo perfecta—. Ha sido devastador, pero lo estamos sobrellevando.

La sala se desdibujó en formas apagadas, los colores fundiéndose entre sí hasta que lo único nítido fue mi furia y mi odio hacia ella, y el dolor inmenso y la culpa por mi pérdida.

El recuerdo se desvaneció, pero incluso ahora seguía sintiéndose como un nudo en la garganta que no podía tragar.

—No, mamá desde luego no me extraña —objeté al final, con voz plana.

—*Sí te extraña* —aseguró mi hermana, tirando del mismo guion de siempre—. *Ha estado preguntando por ti.*

Cerré los ojos, con el recuerdo de aquella última discusión a gritos destellando en mi mente, junto con su rostro perfectamente

sereno mirándome con desdén.

—Por favor, no me pidas que finja que eso importa —susurré.

Elise se quedó callada, mas no era un silencio tranquilo. Era el silencio de alguien tratando de sostener un puente con las manos desnudas para que no se derrumbara.

—Es que no lo entiendo —pronunció.

Tenía la voz tensa, y eso me hirió más que sus palabras. Pero no podía obligarme a contarle a mi hermana lo que nuestra madre había hecho. No podía herirla así.

Era lo menos que podía hacer por Elise después de todo lo que había hecho por mí: evitarle ese dolor y esa traición.

—Lo sé. —Pasé el pulgar por una grieta del suelo de piedra—. Y nunca voy a pedirte que lo entiendas. Es mejor así. —Otra pausa larga. Luego, intentando sonar casual, propuse—: ¿Por qué no vienes con Brandon a Escocia para Acción de Gracias? Antes, quizá. Así podríamos pasar tiempo juntos de verdad, sin que ustedes dos estén rondándome o cuidándome como si fuera una niña.

Podía imaginármela reflexionándolo, aferrándose a la promesa esperanzadora que acababa de lanzarle.

—Tal vez. ¿Podrían venir John y mamá también?

Se me revolvió el estómago.

—No —reviré. Y, aunque mi voz fue suave, me mantuve firme—. Lo siento. Es que… no puedo. —La tensión entre nosotras se sentía como cristal frágil, amenazando con romperse con una sola palabra equivocada—. Quizás algún día —mentí.

Pasaron unos cuantos momentos más en silencio antes de que por fin dijera:

—Está bien. Acción de Gracias. Me gustaría.

La voz de Elise sonó más ligera, fingiendo por mí.

Hablamos un poco más sobre Brandon, sobre su trabajo en el hospital y las horas de locura que estaba metiendo, y al final tuvo que irse. Terminé la llamada y me quedé sentada un largo rato, con el teléfono todavía tibio en la palma.

No lloré. Solo… sentí.

El timbrazo agudo del teléfono dentro de la habitación me sacó de la espiral. Me puse de pie, me alisé el vestido y volví a entrar por

las puertas francesas abiertas.

Lachlan estaba en su rincón, con un brazo apoyado con descuido sobre la silla y el teléfono pegado al oído.

Como si hubiera sentido mi mirada, alzó la vista y nuestros ojos se encontraron.

El aire entre nosotros volvió a cambiar, volviéndose más cálido, más denso, mientras algo más persistía detrás de esa mirada.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

LACHLAN

Terminé la llamada y dejé el teléfono sobre el borde del escritorio antiguo junto a la ventana. Las pesadas cortinas estaban medio corridas, dejando que el frío de la noche escocesa se colara en la habitación y derramara vetas oblicuas de luz agonizante sobre el piso de madera. El fuego crepitaba suavemente en la chimenea a mi espalda, pero el calor que se estaba acumulando dentro de mí no tenía nada que ver con las llamas.

Cuando me di vuelta y la vi allí de pie, iluminada por la luz de la luna, olvidé lo que fuera que estaba pensando.

El vestido azul oscuro se ceñía a su cuerpo en todos los lugares correctos; una tela liviana que danzaba sobre su piel con cada movimiento sutil. Sus hombros desnudos atrapaban el resplandor del fuego y las suaves ondas del cabello le enmarcaban el rostro. Pero fueron sus ojos los que me desarmaron. Estaban muy abiertos, luminosos y fijos por completo en mí, como si ya supiera lo que necesitaba antes de que yo dijera una sola palabra.

Me robó el aliento.

—Hola —saludó en voz baja.

—Te ves preciosa —la halagué, con la voz grave y tensa por el peso de la verdad—. Simplemente hermosa.

Dio un paso vacilante hacia mí, y eso fue toda la invitación que necesité.

Extendí la mano y ella deslizó la suya en la mía. Era cálida y delicada, aunque también fuerte, de esa manera silenciosa que yo

ya había empezado a asociar con Eve. Tiré suavemente de ella hacia mí y la hice sentarse sobre mi regazo.

Se acomodó contra mí con naturalidad, como si su cuerpo siempre hubiera estado destinado a encajar con el mío. La seda de su vestido se movió sobre mis pantalones, pero fue su calor lo que atravesó la tela y se me clavó directo en la piel. Mis manos encontraron por instinto la curva de su cintura, sosteniéndola en su lugar. Pude sentir su aliento en mi cuello antes de que me rodeara con los brazos y sus dedos rozaran la parte de atrás de mi cabeza.

Cuando nuestros labios se encontraron, no hubo vacilación. Era necesidad. Una necesidad aguda, desesperada.

La besé con fuerza, saboreando la tensión que había estado hirviendo a fuego lento entre nosotros. Abrió sus labios para mí al instante, su lengua encontrando la mía en un roce dulce y lento que me desbocó el pulso.

Eve se apretó más contra mí, arqueando el cuerpo, buscando más. Le respondí igual, sujetándola con más fuerza, frotándola contra el dolor que se tensaba detrás de mi cierre. Ella dejó escapar un gemido suave, enredando los dedos en mi cabello y tirando lo justo para arrancarme un gruñido dentro de su boca.

Todo en ella, la forma en que se movía, la forma en que sabía, era enloquecedora.

Mi cuerpo y mi alma gritaban por ella, y le recé a Dios para que, de algún modo, Eve oyera mis ruegos y eligiera quedarse conmigo para siempre.

No tenía sentido, pero entonces recordé que mis padres siempre me habían dicho que el amor no tenía lógica.

Mi mano subió hasta posarse entre sus omóplatos. Sentí el leve aleteo de sus dedos en la base de mi cráneo. La piel me hormigueó bajo su contacto. Me incliné, rozando mi boca con la suya, saboreando la anticipación.

Y esta vez la besé con rudeza y urgencia, impulsado por la tormenta que siempre bullía justo debajo de mi piel cada vez que ella estaba cerca. Me devolvió el beso con la misma hambre. Sus labios se abrieron bajo los míos, y acepté la invitación, profundizándolo.

Gimió dentro de mi boca, y perdí la capacidad de pensar con claridad.

Sentí su necesidad en cómo movía el cuerpo contra el mío, y mi propio deseo le correspondió al mismo ritmo, respiración por respiración, pulso por pulso. Su aroma me envolvía, algo floral y cálido, embriagador. No podía tener suficiente de ella. Nunca tendría suficiente.

Sonó un golpe seco en la puerta.

De inmediato lo siguió la puerta abriéndose de golpe. Nos quedamos inmóviles, jadeando los dos, con los labios separados por apenas unos centímetros.

Ni siquiera me volví. Solo conocía a una persona lo bastante audaz, o lo bastante insensata, como para irrumpir sin permiso.

Ainslee.

—Maldita sea, ustedes dos —bromeó, y pude oír la sonrisa en su voz—. ¿Cuántas veces al día se les antoja hacerlo?

Cerré los ojos y exhalé despacio por la nariz. Eve se movió apenas sobre mi regazo, y yo le rodeé la cintura con más fuerza para mantenerla pegada a mí.

—Ainslee —gruñí—. Fuera.

—¿Qué? —preguntó con toda inocencia—. Sí toqué.

—Y también abriste la maldita puerta antes de que te dieran permiso —murmuré con tono oscuro.

—Vine a buscar a Eve para que bajáramos juntas al salón de baile —añadió, claramente disfrutando el caos que había provocado —. Muévanse. Eso pueden hacerlo después.

—¿Puedo matarla? —siseé, mordisqueándole con suavidad la oreja a Eve.

La risita suave de Eve me llegó justo cuando moví el cuerpo para taparla de la vista de Ainslee.

—No, la verdad es que me cae bien, igual que el resto de tu familia. Pero… —Un brillo travieso apareció en los ojos de Eve cuando susurró—: La próxima vez, cierra con llave.

Una risa profunda me retumbó en el pecho y llenó la habitación. No pude evitarlo. Aquello era demasiado divertido. La forma en que

lo dijo, como si estuviéramos en una misión secreta, me complació más de la cuenta.

—¿Qué es tan gracioso? —La voz de Ainslee, curiosa y quizás un poco recelosa, irrumpió en nuestro momento.

—Nada —repliqué, aunque seguía sonriendo, observando cómo Eve alisaba las arrugas de mi camisa.

Si bien lo que había entre nosotros vibraba como electricidad, teníamos que irnos.

—Te alcanzo abajo en unos minutos —avisé, procurando mantener la voz firme, aunque mi corazón tenía otros planes.

Eve se levantó, y yo hice lo mismo.

—¿No quieres que te espere? —preguntó.

La verdad era que no quería otra cosa, pero conociendo a Ainslee, ella también se quedaría. Y yo tenía que ocuparme de mi erección antes de bajar a reunirme con nuestros invitados.

—*Nay, lass.* Te encuentro en el salón de baile. Solo dame unos minutos. —*«Con mi mano»*.

Eve asintió, con las mejillas sonrojándose ligeramente al entender.

—No te preocupes, primo. Creo que esta noche Eve te va a ayudar a tener suerte. —Ainslee no pudo resistirse a lanzarme una última indirecta por encima del hombro.

Me quedé inmóvil una fracción de segundo en el umbral del baño, mientras una sonrisa lenta me tironeaba de las comisuras.

—Ainslee —advertí con tono severo, aunque sin verdadera dureza. Con una sonrisa astuta, le devolví—: Si alguna vez te hubieras molestado en aprender modales, en este momento yo ya estaría teniendo suerte.

Al atrapar una mezcla de diversión y algo más suave en la mirada de Eve, me di cuenta de que esa noche iba a ser mucho más interesante de lo que esperaba.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

EVE

En cuanto Ainslee y yo entramos al salón de baile, el ambiente cambió. Las risas se apagaron. Y luego nos siguió un silencio evidente a nuestro paso, como una onda que corría sobre agua tranquila.

El aroma de los arreglos florales, distribuidos entre centros de mesa y rincones, impregnaba la sala. La luz de los candelabros relucientes suspendidos del techo alto se derramaba sobre el piso de mármol, proyectando reflejos dorados como polvo de estrellas esparcido.

Ainslee se movía como si el lugar le perteneciera. ¿Yo? Yo iba rígida, erizada bajo el peso de las miradas que se lanzaban en mi dirección. La piel me picaba debajo del vestido y tenía la respiración atrapada en el pecho. Quería desaparecer dentro del suelo pulido o, mejor aún, girar sobre los talones y esfumarme por el pasillo.

Di un paso vacilante hacia atrás.

La mano de Ainslee atrapó la mía antes de que pudiera huir. La sujetó con firmeza, negándome la escapatoria.

—Están fascinados contigo —susurró, con el aliento rozándome la mejilla—. Si sales corriendo, solo les darás más curiosidad.

La miré parpadeando.

—¿Y por qué están fascinados?

Soltó una risita.

—Lachlan es el soltero más codiciado de Escocia, querida. Y ahora te pertenece por completo.

El estómago me dio un vuelco.

—Eso es ridículo —musité.

Sus ojos brillaron.

—Créeme, es tuyo.

No tenía idea de dónde sacaba ella tanta certeza. Apenas conocía a Lachlan desde hacía un par de meses. Y, aun así, ella lo decía como si fuera un hecho. Como si ya hubiera ocurrido y los demás apenas estuviéramos poniéndonos al día.

Decidí no darle vueltas. Ainslee tenía una marcada inclinación al dramatismo. Podía hacer que pedir té sonara como un evento real. En lugar de eso, la seguí entre la multitud hasta el círculo de rostros conocidos: Callen, Margaret y Colin.

—Eve, te ves hermosa —me elogió Colin, levantando mi mano a sus labios para rozarla con un beso.

Solté una risita suave.

—Creo que he escrito esta escena exacta unas cien veces. Esta es la primera vez que de verdad la vivo.

Margaret sonrió.

—Es mucho más elegante en tus novelas.

Todos nos reímos, y parte de la rigidez se aflojó en mis hombros.

—Tuve que buscarte —anunció Callen, dando un sorbo a su copa de *champagne*—. No me había dado cuenta de lo conocida que eres. Hay una editorial en Edimburgo que se lanzaría de cabeza por firmarte.

—Gracias, Callen —pronuncié sonriendo—. Quizás algún día.

—¿Empezaste a escribir joven? —preguntó.

—Sí —respondí, evitando detalles—. Bastante joven.

Antes de que pudiera seguir preguntando, Colin intervino y me ofreció la mano.

—¿Me concedes este baile?

—No soy precisamente muy hábil con los pies —advertí, sintiendo un revoloteo nervioso por dentro.

—Solo sigue mi guía y disfrútalo —respondió.

La orquesta comenzó con notas graves de bajo y luego se deslizó hacia un ritmo más animado. Colin me llevó con gracia al compás del movimiento. El piso parecía imposiblemente liso bajo mis zapatos

mientras nuestros pies seguían la música. Me guiaba con manos pacientes y susurros de indicaciones, convirtiendo mis vacilaciones en un vals aceptable.

—Lo estás haciendo bien —comentó con calidez—. Uno, dos, tres. Uno, dos, tres.

Sonreí, sin aliento.

—Ya veo de dónde sacó Lachlan su talento para bailar.

Colin soltó una risita.

—Su padre era todavía mejor.

—¿Puedo interrumpir? —Se filtró la voz de Lachlan.

Colin asintió, sonriendo con afecto.

—Por supuesto. Estás en buenas manos, Eve. —Giró la cabeza—. Guíala bien, sobrino.

Y así, sin más, pasé de un par de manos a otras. Sin embargo, con Lachlan no era un baile. Era otra cosa completamente distinta.

Me atrajo hacia él, más cerca de lo que lo había hecho Colin. Su mano en mi cintura era firme, segura, posesiva de una manera que me vació los pulmones. Nuestros cuerpos se rozaron, alineados como si hubiéramos bailado juntos en otra vida.

No era mera atracción. Era la manera en que me miraba y me hablaba. Como si yo fuera la única mujer para él. Como si fuera *su* mujer.

—Fuiste hecha para mí —declaró en voz baja, con tono ronco. Sus dedos se adaptaron apenas sobre mis curvas.

Alcé la cara para encontrar sus ojos, aturdida por la convicción que había en ellos. Lo fuera o no, ya no importaba. Porque en ese instante quería serlo. Quería ser lo que él necesitaba, lo que él deseaba.

Inclinó la cabeza y yo levanté la mía para encontrarlo, y nuestros labios se rozaron en un beso fugaz, sin aire. La piel me hormigueó. El pecho me ardió. Tal vez de verdad había algo encantado en este lugar. En este castillo. En esta noche. En este hombre.

Fuera lo que fuera, me había arrancado de la oscuridad para arrojarme de lleno al fuego.

Quería más. Quería su boca apretada con más fuerza contra la mía. Su cuerpo pegado al mío, sin seda ni etiqueta de por medio.

—¿Te sorprendieron mis palabras? —preguntó Lachlan, con un timbre como un lento roce de terciopelo.

—No, me hicieron feliz. Me gustó oírlo —admití. Su mirada atrapó la mía, como si necesitara asegurarse de que hablaba en serio—. ¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos?

—Veinte minutos —murmuró, inclinándose hasta que sus labios rozaron el borde de mi oreja. Su aliento era caliente y me hizo estremecer de arriba abajo por el costado del cuello—. No aguantaré más que eso —añadió—. Necesito enterrarme dentro de ti.

Su agarre sobre mí se tensó apenas. La presión fue sutil, pero eso lo dijo todo. Apenas se estaba conteniendo.

Cada respiración entre nosotros se sentía cargada, cada movimiento una invitación no dicha mientras el calor entre ambos subía. Y, aun así, no era solo deseo lo que se arremolinaba dentro de mí; había un rastro de algo mucho más fuerte.

—Entonces más te vale hacer que esos veinte minutos cuenten.

Su respuesta fue un sonido gutural, mitad diversión, mitad necesidad. Su agarre cambió, deslizándose más abajo, más posesivo. La música se desvaneció al fondo, y todo lo que podía oír era a él.

—Créeme, pienso hacerlo —declaró, con la boca descendiendo hasta rozar apenas debajo de mi oreja—. Me desarmas, Eve.

Esas cuatro palabras removieron algo en mi pecho. *Me desarmas, Eve.* No: *me tientas*. No: *me excitas*. Era algo más vulnerable. Más peligroso. Como si no solo se estuviera enamorando; como si se estuviera *dejando* caer.

Giré apenas la cabeza, lo justo para que mi mejilla rozara su mandíbula. Sentí el áspero leve de su barba. El calor de él. La manera en que se quedó inmóvil por una brevísima fracción de segundo, como si incluso ese pequeño contacto lo hubiera sacudido.

Podría haber fingido que aquello era solo un juego. Un baile. Un beso en un salón de baile y nada más. Pero la verdad era que sentía que estaba al borde de algo vasto e incierto. Y él también estaba allí, esperando.

—No quiero deshacerme —susurré, casi para mí misma.

Se apartó un poco para mirarme a los ojos. Sin sonreír. Sin bromear. Simplemente… presente.

—Lo sé —dijo—. Yo tampoco quería.

Y, sin embargo, allí estábamos, deshilachándonos hebra a hebra.

La música subió, pero apenas la registré. El salón se disolvió a nuestro alrededor. Desaparecieron los candelabros resplandecientes, los invitados murmurando, el cristal, la seda y el perfume de las flores. Todo se volvió ruido de fondo, irrelevante frente al trueno de mi corazón.

El aroma de Lachlan me envolvió. Su mano encontró la mía y nuestros dedos se entrelazaron.

—Ven —pidió en voz baja, y nos escabullimos de la pista de baile. Mi corazón golpeaba con fuerza con cada paso que nos alejaba de la música y las risas. Por el pasillo, iluminado solo por los apliques y la luz de la luna filtrándose por las ventanas arqueadas.

No le pregunté adónde íbamos. No hacía falta. No se trataba del lugar. Se trataba de él.

De nosotros.

En cuanto cerró la puerta del dormitorio, Lachlan la echó con llave y empujó su cuerpo contra el mío, dejándome la espalda contra la madera. Su boca cayó con fuerza sobre la mía, apoderándose de ella en un beso hambriento. Me metió la lengua con impaciencia y yo gemí, sintiendo ese dolor familiar entre los muslos.

Mis manos se ocuparon de quitarle la chaqueta, luego aflojarle la corbata y desabrochar uno a uno los botones de su impecable camisa blanca. Cuando por fin solté el último, le aparté la tela de los hombros anchos y la dejé caer al suelo. Exploré su pecho musculoso, disfrutando la sensación de su piel caliente bajo mis palmas. Necesitaba sentir cada centímetro de él.

Bajó el cierre de mi vestido y empujó el vestido de gala hacia abajo, dejándolo amontonarse a mis pies.

—Tengo un regalo para ti —gruñó contra mis labios.

Abrí los ojos y lo miré por debajo de las pestañas.

—¿Ahora? —pregunté, confundida.

—Sí. —Su sonrisa era cálida, pero sus ojos estaban oscuros de deseo.

Me quedé allí, en mis tacones negros y la ropa interior, adolorida de necesidad y con la piel sensible por todas partes. Recorrí con la mirada su pecho esculpido, admirando su belleza masculina. Aún llevaba los pantalones puestos, y lamenté no haberle quitado también eso. Dejé resbalar los dedos por sus hombros anchos, por sus abdominales marcados, y rocé el bulto que tensaba la tela de sus pantalones.

Él me atrapó la muñeca, con la mirada como brasas encendidas.

—Todavía no —gruñó, adueñándose de mi boca en un beso duro que me dejó jadeando por aire.

Me alzó como si no pesara nada, con las manos firmes debajo de mi trasero. Su agarre era posesivo mientras me llevaba a través de la habitación hacia la cama grande. Pero en vez de bajarme sobre el colchón, se detuvo frente al espejo de cuerpo entero y me dejó en el suelo.

Nos quedamos ahí, con su pecho abrasándome la espalda y su aliento acariciándome el cuello mientras abría el cajón de una cómoda cercana y sacaba una cajita. Observé nuestro reflejo, con el pulso acelerándose, pero no pude ver qué sostenía.

La anticipación se entrelazó con una confianza profunda.

Nuestras miradas se encontraron en el espejo y no pude evitar pensar en lo extrañamente excitante que se sentía aquello. Lachlan se acomodó detrás de mí, haciendo que su longitud, aún cubierta, descansara contra la hendidura de mi trasero.

—Levántate el cabello —ordenó, con voz áspera.

Mantuve los ojos fijos en su reflejo mientras obedecía, reuniéndome el cabello con dedos ligeramente temblorosos para despejarme la nuca.

Rodeó mi cuerpo con las manos, firme y seguro, y me colocó un collar de zafiros deslumbrante. La joya fría se asentó contra mi piel, un contraste marcado con el calor que irradiaba entre nosotros. Cerró el broche con cuidado, luego, vaciló un instante, lo justo para que el silencio se hiciera más profundo.

Lentamente, deliberadamente, me quitó el collar que llevaba desde que mi vida se había puesto de cabeza. Lo vi dejarlo con

suavidad sobre la cómoda, el tintineo apagado de los viejos anillos de boda sonando como un cierre silencioso.

En ese instante, de pie ahí con la gema de zafiro brillando sobre mi piel, me sentí exactamente como debía sentirme. Era hora de soltar el pasado y lo que aquellos anillos habían significado en mi vida anterior.

La mano de Lachlan volvió a mi cuello. Y cuando me arrastró los dedos por la piel, un escalofrío me recorrió la espalda.

—Es tuyo —afirmó antes de besarme el lóbulo de la oreja—. Hueles tan bien.

Bajó la cabeza y me besó la garganta, y durante todo el tiempo no apartó la vista del espejo, observándome. Lamió mi hombro desnudo y hundió los dientes en mi carne, no con la fuerza suficiente para doler, pero sí para hacerme estremecer.

No me importaba el collar nuevo. En ese momento, lo único que quería era a él.

—Lachlan. —Su nombre se me escapó en un susurro sin aliento —. Te necesito. Ahora mismo.

Me giré para quedar frente a él y me encontré con su mirada intensa clavada en mí. Cerró la distancia, besándome con fuerza mientras sus dedos desenganchaban el sostén y me lo deslizaban del cuerpo para tirarlo a un lado.

Luego, se apartó y cayó de rodillas. Me tomó las nalgas entre las manos y las apretó. Se me escapó un jadeo. Me bajó las bragas y después dejó vagar perezosamente las manos por mis piernas, arriba y abajo. Yo estaba ardiendo. Lo quería ya. No iba a sobrevivir a sus caricias preliminares.

Las manos de Lachlan se deslizaron por mis muslos, bajaron por mis pantorrillas. Me agarró de los tobillos, instándome a separar las piernas hasta quedar expuesta ante él. Sus manos volvieron a subir mientras se inclinaba hacia mí. Sus dedos me abrieron y su lengua se posó sobre mi clítoris.

Gemí fuerte y me mordí el labio para no volver a hacerlo. Lachlan lamió a lo largo de mi coño, y supe que me encontró empapada, lista para él. Enterró el rostro entre mis piernas, inhalando mi aroma y lamiéndome los pliegues. Su mano izquierda me sujetó la cadera

mientras el pulgar de la derecha trazaba círculos sobre mi clítoris, acariciándolo, empujándome a la locura de necesidad.

Sin una pizca de vergüenza, me apreté con más fuerza contra su boca, enredando los dedos en su cabello y tirando de él contra mí. Estaba tan cerca. La respiración me salía entrecortada. Me metió la lengua dentro y aceleró el movimiento del pulgar.

El placer se apoderó de mí mientras el orgasmo me sacudía entera. Y aun cuando una ola tras otra de éxtasis estallaba dentro de mí, Lachlan siguió lamiendo sin tregua, alargando mi placer.

Por fin se puso de pie, dejando caer los pantalones al suelo mientras el corazón me tronaba dentro del pecho.

—¿La cama o aquí? —preguntó con voz tensa. Estaba al borde, exactamente igual que yo.

—Aquí —musité con voz áspera, todavía recuperándome del orgasmo que me había hecho pedazos.

—Agárrate de la parte de arriba de la cómoda —ordenó, atrapándome el lóbulo de la oreja entre los dientes.

Sin pensarlo dos veces, me afirmé e incliné hacia delante, volviendo a encontrar su mirada en el espejo. Se acomodó a mi entrada y yo empujé el cuerpo hacia atrás contra él, frotándome contra su erección. Quería hacerlo perder el control. Quería todo de él en este momento.

—Lachlan, necesito que me folles duro —susurré sin aliento—. Por favor.

Con una sola embestida, estuvo dentro de mí, llenándome por completo. Sus dedos se clavaron en mi piel mientras su contención se hacía añicos con cada empuje poderoso. Se retiraba apenas hasta la punta para volver a hundirse dentro de mí con más fuerza. Yo me movía con él, disfrutando cada golpe de sus caderas mientras me embestía una y otra vez.

—Joder —gruñó, sin aliento—. ¿Te estoy lastimando?

—No… —Mi voz salió tensa—. No te… detengas —concreté, y él dejó escapar un gemido.

Me aferré a la cómoda, incapaz de apartar la vista de nuestra imagen en el espejo, mirando cómo me follaba, cómo me reclamaba. Y me encantó cada segundo. Aumentó la velocidad, golpeándome

con más fuerza. Sus brazos rodearon mi torso y me tomó los pechos, provocándome los pezones.

Embistió más duro y más profundo con cada chasquido de sus caderas, nuestros cuerpos moviéndose al unísono.

El placer corría por todo mi cuerpo y ya estaba a punto de desbordarme.

—¡Oh, sí! ¡Por favor, no pares!

—Córrete conmigo —gruñó en mi oído mientras nuestras miradas seguían atrapadas una en la otra. Me deshice. Mi orgasmo explotó como una supernova. Me apretó fuerte mientras encontraba su propia liberación y su semen caliente me llenaba.

Nos quedamos así un buen rato. Tras unos minutos, la respiración se nos fue calmando. Nunca había vivido algo tan intenso. Los brazos de Lachlan me rodeaban mientras seguía dentro de mí. Su olor me envolvía, y me encantaba. Era un afrodisíaco puro.

—Dios, eres tan hermosa —clamó, cubriéndome el cuello de besos delicados.

Incliné la cabeza para darle mejor acceso.

Ya solo me quedaban puestos los tacones y el collar de zafiros, las piedras preciosas brillando en la penumbra.

—Lachlan —susurré—. No necesito el collar. —Algo cruzó por su rostro. ¿Dolor? ¿Incertidumbre? Me apresuré a explicarme—: Es demasiado costoso, y nunca tendría dónde usarlo. Este es el primer baile al que voy y probablemente también el único.

Se inclinó hacia mí, con el aliento rozándome la piel que se me estaba enfriando.

—Cásate conmigo, Eve —pidió con voz ronca—. En mi familia, un collar ha sido el regalo tradicional de compromiso durante generaciones. Aunque también te daré un anillo.

Se me escapó una exhalación brusca. Todo el cuerpo se me quedó inmóvil.

—Lachlan…

¿Qué se suponía que debía decir? ¿Sería solo la euforia de la noche volviéndolo imprudente? ¿Quizá la intimidad que habíamos compartido ese fin de semana le estaba nublando el juicio?

Seguía dentro de mí, por el amor de Dios.

—No se trata del sexo, Eve —aclaró, como si me hubiera leído la mente—. Sí, me encanta cómo tu cuerpo responde al mío, pero supe que eras para mí en el momento en que te vi.

—Apenas nos conocemos —protesté, apenas por encima de un susurro—. No deberíamos apresurarnos a nada.

No apartó la mirada de la mía. Seguía firme y llena de algo que no sabía nombrar, algo que me hacía doler el corazón.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó otra vez.

—Estar casada contigo sería el sueño de cualquier mujer —admití, con el pulso acelerado—. Pero…

—Eso no es un sí —discutió, con la voz áspera en los bordes.

—Tampoco es un no —expliqué, trazando con los dedos el borde de la cómoda—. Es solo que… todo está pasando demasiado rápido. Todavía hay cosas de mí que no conoces.

—Sé lo suficiente —afirmó—. Sé la manera en que te quedas callada cuando algo te asusta. Sé cómo suena tu risa cuando se te escapa y hasta te sorprende a ti misma. Sé cómo se te nublan los ojos cuando piensas demasiado. Sé que cargas con más de lo que dejas ver. Y sé qué crees que no eres suficiente. Pero sí lo eres. Eres todo.

Se me tensó el pecho y la respiración se me quedó suspendida.

¿Cómo podía verme con tanta claridad? ¿Cómo era posible que ya supiera de las partes que yo me esforzaba tanto por ocultar?

Quizás era el indicado, aunque ya no estaba segura de creer en los cuentos de hadas.

Yo no era la chica de una de mis historias. No era una inocente soñadora esperando el amor de su vida. Era una mujer moldeada por la traición y amoratada por el duelo. Una madre que había amado con profundidad y había perdido de una forma inimaginable.

¿Podía creer en alguien como él? ¿Después de todo lo que pasó en mi último matrimonio? ¿Era Lachlan mi salvador? O quizá no estaba allí para salvarme. Quizá solo estaba allí para estar a mi lado. Atravesaríamos los problemas juntos, seríamos el sostén del otro.

—¿Y si te equivocas? —cuestioné, todavía incapaz de ver más allá de mis miedos.

Levantó su mano y me apartó un mechón de cabello de la cara. Su contacto fue apenas una caricia.

—Entonces me equivocaré —murmuró—, pero aun así te elegiré a ti. Siempre.

El silencio que siguió no estaba vacío. Latía entre nosotros, lleno de cosas que ninguno de los dos podía decir en voz alta. Sus dedos encontraron los míos, rodeándome la muñeca con una ternura que casi me desarmó.

—No tienes que decir que sí —aseguró en voz baja—. No esta noche. Todavía no. Pero tenía que preguntártelo. Porque si no lo hacía… siempre me iba a quedar preguntándome: ¿y si?

Lo miré por encima del hombro. No había ninguna máscara cubriéndole la expresión. Solo un hombre mirándome como si yo fuera lo único que importaba.

Tragué el nudo de la garganta y asentí una sola vez.

—Está bien —respondí, y la palabra me tembló en los labios.

Sus cejas se alzaron, escudriñándome el rostro.

—¿Eso es un sí?

Solté una risita suave, medio incrédula.

—Sí. —Exhalé, con las emociones azotándome por dentro como un huracán categoría cinco. Se sentía tan bien, y no soportaba la idea de no estar con él—. Tenemos que estar locos.

Sonrió.

—De la mejor clase de locura.

Entonces Lachlan me besó como si me estuviera adorando. Luego, con cuidado tierno, salió de mí y me tomó entre sus brazos, alzándome y acunándome contra su pecho como si fuera algo que debía proteger. Atesorar.

Me llevó a la cama y me dejó sobre ella con suavidad, luego se acomodó a mi lado y me atrajo hacia su calor.

Entre sus brazos, el mundo se sentía en paz. Sereno.

Alcé la vista hacia Lachlan. Seguía sonriendo, y el brillo de esa sonrisa se me contagió.

—Pero es un *sí* —susurró en mi cabello, con los labios rozándome la sien—. Y voy a casarme contigo. Tan rápido como pueda.

Me quedé allí, un poco aturdida, mas con el corazón lleno. Lachlan había vislumbrado mis ruinas, mis partes rotas, y aun así me había elegido.

No sabía qué lo había impulsado a pedirme matrimonio, y no sabía qué me había impulsado a mí a decir que sí a este matrimonio.

Sin embargo, lo hice.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

LACHLAN

Ella se sentía tan bien. No solo bien, sino *necesaria*. Era como una pieza de rompecabezas que no me había dado cuenta de que faltaba, y que en ese instante había encajado a la perfección en su lugar. Con Eve, todo era distinto.

Era desconcertante la rapidez con la que lo había reconfigurado todo dentro de mí. Cómo una sola persona podía deshacer el dolor sordo que había sentido durante tanto tiempo, el vacío con el que había aprendido a vivir. De pronto, ese vacío parecía capaz de llenarse.

La observé, acurrucada contra mí, tan suave y delicada, y el corazón se me contrajo con una ferocidad protectora que apenas entendía. Estaba luchando con un dolor que podía ver en sus ojos; heridas que la hacían vacilar, sombras que la asfixiaban en silencio. Quería protegerla, estrecharla contra mí y no dejar que la oscuridad volviera a tocarla nunca más.

Porque yo conocía ese lugar. Sabía cómo era ese sitio oscuro. Había vivido en él. Los recuerdos del suicidio de mi padre tras la muerte de mi madre me perseguían como fantasmas. Los tajos punzantes de la pérdida. La desesperación que nacía de sentir que no había salida. Yo lo había vivido, había visto cómo arrasaba con los que quedaban atrás.

No podía perder a Eve. A ella no. No de esa manera.

Cuando intentó apartarse, mis brazos se tensaron por instinto.

—¿Adónde vas? —pregunté, con la voz áspera por el sueño.

—Al baño —respondió, y la dejé ir a regañadientes.

Cuando volvió a deslizarse bajo las sábanas a mi lado, se pegó a mi cuerpo como si perteneciera allí. Como si por fin estuviera en casa.

—Te robé la camisa —murmuró con timidez, y el corazón me dio un vuelco.

La acerqué más a mí, con los dedos rozando la piel desnuda bajo la tela, desesperado por mantenerla anclada a este momento, por hacerla sentir segura, amada.

—Te ves bien con ella —susurré—. Buenas noches, amor.

Sus labios rozaron mi pecho con ternura y cerré los ojos, dejando que el calor de su contacto ahuyentara cada pensamiento sombrío de mi mente.

Su mano se posó sobre mi esternón, con los dedos ligeros pero seguros, mientras el corazón me latía con firmeza bajo su palma. Quería que lo supiera, que lo supiera de verdad: que yo estaba ahí para ella. Que no iba a dejar que volviera a caer en ese abismo oscuro.

Yo había visto lo que el dolor podía hacer. Cómo podía hacerte querer desaparecer. Sin embargo, iba a luchar por Eve todos los días, por cada momento que tuviéramos juntos.

—Buenas noches —musitó, y su aliento sobre mi piel me provocó un escalofrío por la espalda.

La abracé con fuerza, enterrando el rostro en su cabello, grabándola en mi memoria: su calidez, su suavidad, la frágil fortaleza que llevaba dentro.

Me había enamorado de ella. Profunda y vertiginosamente. Estaba muerto de miedo, pero también perdidamente e irrevocablemente enamorado.

Y jamás la dejaría ir.

EVE

Cuando me removí por la mañana, el fuego ya se había apagado.

La habitación estaba en silencio, envuelta en sombras y en un frío perezoso. La tormenta de emociones había pasado, pero la quietud que dejó atrás pesaba más que cualquier cosa anterior.

Lachlan yacía a mi lado, con un brazo debajo de la cabeza y el otro descansando suavemente sobre mi cintura.

—¿Cambiaste de... parecer? —pregunté en voz baja, con la vista fija en la curva de su hombro—. ¿Respecto a tu propuesta?

—No. —Giró un poco la cabeza y sus ojos encontraron los míos en la penumbra—. ¿Y tú?

Negué con la cabeza.

—No.

Se le escapó una exhalación suave, más liberación que suspiro. Su mano subió para apartarme un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Esto que hay entre nosotros… se siente correcto.

Tragué saliva, con la emoción creciendo en mi pecho y subiéndome por la garganta.

—Sí. Se siente correcto.

Se inclinó y depositó un beso en la parte alta de mi hombro, luego apoyó la frente en el hueco de mi cuello.

Volvimos a quedarnos en silencio, aunque no era incómodo. Era paz.

Mi mano subió hasta mi cuello; la ausencia del collar era casi como desprenderme de una piel vieja. La mirada de Lachlan siguió el movimiento, mas no dijo nada. Tampoco me exigió una explicación.

Y, aun así, se la di.

—Los anillos… ya no significan lo mismo que antes —expliqué—. Pero todavía estoy tratando de averiguar quién soy sin ellos.

Alargó la mano y tomó la mía con suavidad.

—Te estás adaptando —declaró.

Me volví por completo hacia él y apoyé mi frente contra la suya.

—Me haces sentir viva.

Su sonrisa fue pequeña, pero llena de algo que no le había visto antes. No deseo, no encanto, sino una esperanza serena y persistente.

—Eso es porque lo estás.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

EVE

La próxima vez que me desperté, mi mano se extendió por instinto sobre la cama, buscando el calor al que me había aferrado toda la noche.

Solo unas sábanas frías encontraron mis dedos.

Abrí los ojos despacio. La habitación estaba bañada de luz y, por un segundo, fue fácil fingir que todavía seguía soñando. El silencio espeso, el recuerdo tenue de sus labios sobre mi piel…

Me incorporé, frotándome el sueño de los ojos, con el corazón hundiéndose apenas al mirar el espacio vacío a mi lado. El reloj de la mesita marcaba poco después de las nueve.

Mi cuerpo seguía relajado, vibrando con el resplandor de la noche anterior: su tacto, su calor, las palabras que se habían asentado entre nosotros como un voto. Una propuesta de matrimonio susurrada en la oscuridad.

Aparté el revoloteo nervioso que me subía por el pecho y fui al baño a arreglarme para el día.

Cuando salí, secándome el cabello con la toalla, me vi de pasada en el espejo y me detuve. El collar de zafiros que Lachlan me había dado brillaba bajo la luz de la mañana, delicadamente apoyado entre mis clavículas.

Busqué los anillos en mi cadena antigua y me quedé mirándolos un largo momento.

El duelo nunca se disipaba del todo; solo encontraba grietas más hondas donde alojarse. Y a veces, sin previo aviso, volvía a brotar,

sin ser invitado.

Con dedos temblorosos, volví a abrocharme la cadena al cuello y escondí los anillos bajo los zafiros de Lachlan, como si poner el pasado debajo del presente pudiera ayudarme a aferrarme a ambos.

Fue entonces cuando la puerta se abrió de golpe.

—¡Lo sabía! —La voz de Ainslee rompió la calma como un relámpago.

Parpadeé, sobresaltada.

—¿Qué sabías? Y, en serio, Ainslee, toca antes de entrar.

—Lachlan me lo contó. Ustedes dos se van a casar.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Escucharlas en voz alta hizo algo extraño con mi corazón. El pulso se me disparó. La respiración se me atascó.

La luz del día no había hecho cambiar de idea a Lachlan.

—Está en la biblioteca —continuó—. Está rehaciendo una parte. Dijo que quería hacerte un rincón para escribir. Una esquina entera solo para ti. Algo sobre que siempre terminas yéndote al asiento de la ventana, así que hizo que el personal replicara uno como el que tienes en este dormitorio.

Mis ojos se fueron al rincón con el cojín y la pequeña pila de libros que yo había dejado allí. Empezaba a darme cuenta de que Lachlan se fijaba en todo.

—Ahora entiendo por qué —dijo con una sonrisa, y desapareció casi tan rápido como había entrado.

Una parte de mí se inquietó ante la idea de que Lachlan estuviera cambiando cosas solo por mí, aunque otra se sintió profundamente conmovida.

Encontré a mi prometido en la biblioteca, al fondo de la estancia, hablando en voz baja con un miembro del personal. Luego, como si me hubiera sentido, se giró.

—Hola, bella durmiente.

Sonreí, sintiendo cómo el corazón se me aligeraba.

—Buenos días.

Caminó hacia mí con un paso lento y medido, y cuando llegó, me rodeó con los brazos como si necesitara comprobar que era real. Me

besó con suavidad, sus labios rozando los míos con una ternura que decía más que cualquier palabra.

—Buenos días —murmuró otra vez, con los ojos cálidos. Sus dedos tocaron los zafiros de mi cuello—. Te lo dejaste puesto.

—Sí —confirmé—. Pero es… un poco demasiado elegante para usarlo todos los días.

Sonrió, pasando el pulgar sobre las piedras.

—Tú haces que se vea perfecto. Incluso con *jeans.*

No obstante, cuando su mirada bajó hasta mi escote y vio las alianzas colgando de su cadena, una emoción le cruzó el rostro. No eran celos ni enojo. Se parecía más a preocupación, o quizá dolor.

Mis dedos fueron a su camisa, jugueteando con los botones, pero él no me lo señaló.

—Te mandé a pedir un anillo —habló después de una pausa, con voz baja, íntima—. Bueno, lo reservé en la joyería de la familia. Quería llevarte a verlo y saber qué te parece.

—¿Tan rápido?

Asintió, y luego se inclinó para besarme el cuello, un roce suave de labios y una mordida juguetona que me arrancó un jadeo.

—También conseguí esta mañana una licencia especial para casarnos.

Me aparté un poco para mirarlo.

—¿Un domingo?

—Hice unas llamadas. Tiene validez por seis meses.

—¿Por qué tanta prisa?

Su sonrisa vaciló apenas un segundo.

—Porque sé lo fácil que es dejar que el miedo te convenza de alejarte de las cosas que se sienten bien. Y por la idea de que te me escapes de entre los dedos… Sé que contigo encontré algo bueno, y no quiero perderlo. Eres lo que he estado buscando toda la vida, y estoy listo para empezar a vivir la nuestra juntos. —Me tomó la mano entre las suyas—. Sé lo que quiero y voy por ello. Perdóname. *Me* importa lo que tú quieres, Eve. Esta decisión no es solo mía, y no quiero que mi impulso simplemente te arrastre conmigo. Dime, ¿qué quieres tú? ¿Cómo nos imaginas?

Vacilé. Porque la verdad no era simple.

—Te quiero a ti —solté al final—. Pero tengo miedo. Se siente bien, aunque también… surrealista y demasiado rápido.

Asintió. No me presionó. Solo me sostuvo la mirada.

—¿Y si lo hacemos paso a paso? No porque yo dude, sino porque quiero que tú estés segura. No tienes que usar el collar todos los días. No tienes que casarte conmigo hoy. Solo tienes que decirme qué necesitas, y haré hasta lo imposible por dártelo.

Me aparté un poco, necesitando espacio para pensar. Cuando él estaba cerca, lo único que quería era perderme en él.

Fue entonces cuando lo vi. Su regalo. Estaba junto a la pared del fondo, donde la luz del sol se derramaba sobre el rincón recién remodelado. Un gesto que decía: "Te veo. Te escucho".

—Has tenido una mañana ocupada. —La voz se me quebró al ver el escritorio hermoso y los estantes llenos de libros—. ¿Lo construiste tú?

—No, lo mandé traer —respondió Lachlan con una leve sonrisa—. Puede ser uno de tus regalos de boda.

—No necesito regalos.

—Aun así, los vas a tener, porque quiero consentirte.

—Eso es exactamente lo que a toda mujer le encanta oír.

—Pero a ti no —afirmó.

—No es eso. Solo… estoy preocupada —admití—. Tal vez incluso asustada.

—Hablaba en serio —manifestó—. Te quiero como mi esposa. Quiero construir una vida que te haga sentir viva… que nos haga sentir vivos.

El miedo volvió a encenderse y se hizo imposible ignorarlo.

—¿Y si estamos cometiendo un error, Lachlan? ¿Y si no nos conocemos lo suficiente?

—No estamos cometiendo un error, y tenemos toda la vida para descubrirlo todo el uno del otro —expuso, dejando el escritorio y acercándose más—. No va a ser fácil, pero nada que valga la pena lo es. Mientras estemos en esto juntos, basta. Nosotros bastamos. Y cuando las cosas se pongan difíciles, yo voy a estar para ti.

Tragué con fuerza, sintiendo cómo se me cerraba el pecho.

—¿Y si hacemos esto y luego, en un mes, o en un año, o en cinco años, nos damos cuenta de que fue un error? —reflexioné.

Sonrió y su mano encontró la curva de mi cintura.

—Lo enfrentaremos juntos. Y si llega a ser un error, *tú* nunca lo serás.

Apoyé la frente en su pecho y sus brazos me envolvieron, dándome refugio. Lamentablemente, en mi cabeza, la desconfianza que me había dejado la traición no me soltaba. Se negaba a dejarme disfrutar de este momento y de la devoción de este hombre.

—Lachlan… —Mi voz salió baja, temblorosa y cargada de dolor—. Ya no soy la misma persona que era hace un año. Y no creo que vuelva a serlo nunca. —No me interrumpió—. Algo dentro de mí… se rompió la noche en que perdí a mi hijo. Una parte de mí murió con él. No sé si alguna vez volveré a estar entera. Y tú… —La voz se me quebró. Tragué el nudo de la garganta—. Después de todo lo que has sufrido, mereces a alguien mejor. A alguien que no esté atormentada.

—Yo no te conocía hace un año, Eve. Y no necesito saber quién eras para amar a quien eres ahora. —Con el pulgar, me secó una lágrima de la mejilla—. Eres la mujer más fuerte que he conocido. Nunca va a haber nadie más para mí. —Su voz era baja, pero el tono transmitía absoluta certeza—. Eres tú.

Se me cortó la respiración. Le busqué en el rostro cualquier rastro de duda, de vacilación, pero no había nada. Solo Lachlan. Inmóvil. Firme. El refugio más seguro que había encontrado jamás.

Lo observé en silencio, con el espacio entre nosotros cargado de todo lo no dicho. Había algo indudablemente *sexy* en su seguridad. En lo convencido que estaba de lo que quería. De mí.

Y mientras una sonrisa nacía dentro de mí, lo comprendí: Lachlan era el tipo de hombre que yo solía escribir en mis historias. El protector incansable. El héroe silencioso que luchaba con sus propias sombras, pero aun así tenía fuerza suficiente para cargar también con las batallas de alguien más. Era el hombre que siempre aparecía. Que nunca se marchaba. El que les daba a mis mujeres ficticias, incluso cuando yo jamás había creído de verdad que alguien así pudiera existir en la vida real.

—Si necesitas tiempo, Eve, esperaré. Esperaré una vida entera si hace falta. Pero preferiría casarme contigo de inmediato. —Lachlan buscó mi mano y la cerró entre su firmeza gentil—. No tienes que ser perfecta. No tienes que estar sanada. Solo tienes que dejar que te ame tal como eres. Quiero a la mujer que eres hoy, no a alguna versión en la que crees que deberías convertirte.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y, esta vez, no las escondí.

—Así que te lo pregunto —su frente descansó contra la mía, y su voz no fue más que un susurro—, no porque necesite que arregles nada, sino porque quiero construir algo contigo. Algo honesto. Algo duradero. ¿Quieres casarte conmigo? No algún día, sino ahora. Quiero ser el único que te toque, el único que te folle. Quiero ser el único para ti, y quiero que tú también lo seas para mí.

Las respiraciones me temblaron en el pecho, y supe que ninguna mujer en su sano juicio se alejaría de un hombre así.

—Quiero darte el beso de las buenas noches. Quiero despertarme con tu cuerpo enredado con el mío. Quiero que la luz de la mañana sobre tu piel sea lo primero que vea. Quiero una vida hecha de momentos, comunes y sagrados, entretejida con tu risa, tus suspiros, tu calidez. Quiero amarte. Quiero tu confianza, Eve. Tus tormentas. Tu amor. Pero si lo único que estás lista para darme es tu confianza o tu amistad, lo aceptaré. Lo atesoraré. Sin embargo, jamás dejaré de querer tenerte por completo.

De todas las palabras que había oído, leído y escrito en mi vida, esas eran las más hermosas.

—Está bien. —Asentí con resolución—. Entonces hoy. Pero tienes que entender que todavía tenemos muchas cosas que resolver. Sé que yo tengo muchas cosas que resolver. Si vamos a hacer esto, lo haremos con los ojos bien abiertos.

—Lo sé. Y no me importa. Vamos a resolverlo todo juntos.

Alcé la mano y, despacio, pasé las yemas de los dedos por su mandíbula firme. Se inclinó hacia mi caricia, igual que yo parecía inclinarme siempre hacia las suyas. Su piel estaba caliente contra mis dedos fríos. ¿Éramos fuego y hielo?

—Me casaré contigo cuando tú quieras —susurré.

Lachlan me sostuvo el rostro con ambas manos y me besó como si me estuviera grabando una promesa en el alma.

—Voy a hacerte feliz —clamó contra mis labios. Y de algún modo, le creí.

¿Qué tenía ese hombre que despertaba cada parte dormida de mí? ¿Que le devolvía la vida a lugares que yo creía entumecidos desde hacía mucho?

Nuestras frentes siguieron juntas, nuestras respiraciones mezclándose entre nosotros.

—Entonces, ¿cuándo quieres hacerlo? —pregunté en tono juguetón, con una pequeña sonrisa tirándome de los labios—. Quiero decir, todavía tengo que encontrarte un anillo, al fin y al cabo.

Sonrió y me rozó la nariz con la suya.

—La mayoría de los invitados del fin de semana ya empezaron a irse. La familia se quedará dos días más. Podríamos casarnos esta tarde. En la capilla del pueblo. Está reservada para nosotros.

Me reí, entre divertida y maravillada.

—De verdad no pierdes el tiempo, ¿verdad?

—No cuando sé lo que quiero —alardeó—. Nuestro joyero familiar está cerca. Es un viejo amigo. Nos abrirá la tienda y yo recogeré un juego.

—No —demandé, negando suavemente con la cabeza—. Tengo que ser yo quien te compre el anillo. Si no, da mala suerte.

Su mirada descendió hacia las alianzas que colgaban de la cadena alrededor de mi cuello. Entre nosotros cayó un silencio denso por todo lo que significaban.

—Yo no compré su anillo —dije—. Quiero comprar el tuyo. Solo voy a necesitar ayuda, porque no sé bien cuál es tu estilo.

—Me va a encantar el que elijas —aseguró simplemente—. Porque vendrá de ti.

De pronto, el corazón se me sintió pesado, y aparté la mirada.

—Ojalá mi hermana pudiera estar aquí.

Su mano subió hasta la parte de atrás de mi cabeza y me atrajo suavemente hacia él. Me besó la frente con un roce reverente.

—Te bajaría la luna del cielo si eso es lo que quieres —prometió con la voz ronca, cargada de emoción.

No sabía exactamente qué quería decir. No estaba segura de que él tampoco. Quizá no tenía que ver con la lógica. Tenía que ver con el amor y con los extremos imposibles a los que se atrevía a llevarte.

Cerré los ojos y apoyé la mejilla en su pecho, sintiendo el ritmo constante de su corazón. Todo parecía estar donde debía.

No porque el dolor hubiera desaparecido.

Sino porque él no le tenía miedo.

Porque se quedaba.

Porque me elegía de todos modos.

Incluso con las cicatrices que llevaba y el pasado que no podía reescribir, Lachlan seguía viendo un futuro por el que valía la pena luchar.

Y quizá, solo quizá, yo también empezaba a verlo.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

EVE

La campanilla tintineó sobre la puerta cuando entramos en la joyería. Adentro, los acabados de bronce relucían bajo la luz tamizada de la mañana. El local olía a terciopelo viejo, cera para madera de cedro y algo floral, vagamente nostálgico.

Era evidente que aquel lugar llevaba allí décadas, tal vez más. Los gruesos muros de piedra se arqueaban, con sus contornos abultados insinuando un propósito mucho más antiguo. Había algo atemporal en él, casi sagrado.

El joyero, un hombre mayor de cabello plateado, ojos amables y chaleco de *tweed*, nos recibió en el mostrador. Sonrió con calidez cuando Lachlan le estrechó la mano y luego me señaló.

—Señor McBride, esta es Eve —indicó Lachlan, radiante—. Mi prometida.

El propietario parpadeó rápido, con los ojos empañándosele. Me estrechó la mano como si yo fuera alguien importante. Quizás, para él, lo era.

—¿Tiene algo específico en mente? —preguntó mientras yo empezaba a moverme entre las vitrinas, cada una repleta de anillos iluminados por pequeños focos.

—¿La verdad? —solté una risa incómoda, con las mejillas encendidas—. Ni idea. Todo ha pasado tan rápido que ni siquiera me he detenido a pensar en anillos.

Él se rio por lo bajo, con un sonido profundo y cálido.

—Ah, *lass*. Esos son los mejores matrimonios. Los que el corazón reconoce antes de que la cabeza logre alcanzarlo.

Sonreí, divertida por su teoría, pero no dije nada mientras recorría vitrina tras vitrina. Filas de diamantes, zafiros, oro, platino… y, aun así, nada me llamaba. Nada se sentía correcto. No para Lachlan.

Mi prometido había desaparecido al fondo con el hijo del joyero, probablemente ultimando algo relacionado con mi anillo de compromiso. Yo seguí deambulando por la tienda, mientras el romanticismo del momento se iba desvaneciendo al ver que nada despertaba mi interés.

Entonces, noté una forma extraña en el rincón más apartado, un hueco en sombras en la pared, no producto de un daño, sino de una modificación en la arquitectura. Un pequeño nicho tallado en la piedra, como un secreto esperando ser descubierto.

Me incliné, curiosa, y miré dentro.

Y allí estaba.

Un solo anillo, acomodado bajo un vidrio envejecido, casi oculto. La luz dentro del nicho lo bañaba justo de la manera adecuada, destacando el azul profundo de los zafiros rodeados por piedras gris pálido. La pieza era hermosa. Elegante y fuerte.

—Este —señalé en voz alta, con el aliento entrecortado—. Quiero este. Por favor.

El viejo joyero se acercó, con un brillo extraño en los ojos al seguir mi mirada.

—*Ah*… ese es un anillo muy antiguo —comentó con reverencia.

—No importa —murmuré, con el pulso martillándome. Levanté el collar que Lachlan me había dado, allí donde descansaba sobre mi piel—Mire. Hace juego con esto, exactamente.

Los dedos me temblaban mientras señalaba los zafiros idénticos y la delicada filigrana. El anillo no solo me había llamado la atención; sentía que me pertenecía. Que nos pertenecía.

—¿De verdad te gusta? —preguntó el señor McBride.

—*Oh,* sí —susurré, inclinándome más hacia el vidrio—. Mire. ¿Esas piedras entre los zafiros? Son grises. Como los ojos de Lachlan.

—¿Qué es gris como mis ojos? —La voz grave de Lachlan llegó desde detrás de mí, con un matiz divertido.

Me volví, con el corazón todavía revoloteándome en el pecho, y lo vi acercarse con esas zancadas largas y seguras.

—Parece que *lass* encontró tu anillo —informó el propietario antes de que yo pudiera responder—. Y no podría ser una coincidencia más perfecta. —Sonrió.

Con cuidado, el señor McBride sacó el anillo y lo depositó en la palma abierta de mi mano.

—Mira —dije, tendiéndoselo—. Hace juego con el collar. Y las piedras grises… me recuerdan a tus ojos. Es perfecto.

Pero cuando alcé la vista, la expresión de Lachlan era… extraña. Casi de asombro.

—¿No te gusta? —inquirí, sintiendo cómo la decepción empezaba a filtrarse en mí.

En lugar de contestar, Lachlan metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó algo pequeño, oculto en el puño. Abrió la mano para mostrarme un tesoro centelleante.

Otro anillo.

El mismo diseño que el que yo sostenía. Solo que más delicado. Más femenino. Su gemelo perfecto.

—Pero qué… —Exhalé—. Son exactamente iguales.

—Son un juego —explicó Lachlan en voz baja—. Han estado en mi familia durante siglos.

Se me tensó el pecho.

—Entonces no puedo comprarlo.

Lachlan sonrió apenas y luego hizo un gesto hacia el joyero.

—Hace generaciones, uno de mis antepasados perdió el anillo en una partida de cartas. ¿El afortunado ganador? Un antepasado del señor McBride.

—*Ah.* —Sentí como si el piso desapareciera bajo mis pies. Como si me hubieran puesto algo precioso en las manos solo para arrancármelo un instante después—. Qué… decepcionante.

Me dispuse a devolver el anillo, pero el señor McBride me detuvo con un toque suave en la muñeca.

—No, *lass* —objetó—. Ha llegado la hora de devolverlo.

Lo observé, confundida.

—¿En serio?

Sonrió, con los ojos brillándole con algo muy parecido a la picardía.

—Sí. Verás, por aquí hay una vieja leyenda. Dice que cuando una *lass* de tierras lejanas y ojos tristes conquista el corazón de un McLaren, el anillo encontrará el camino de regreso a casa.

Parpadeé.

—¿Ojos tristes?

—Has visto la muerte. Has conocido el duelo. El dolor —expuso con sencillez—. Está en tu mirada. Y no eres de aquí.

Miré a Lachlan y al hijo del joyero, insegura de si alguien más encontraba todo aquello tan irreal como yo. Ninguno parecía sorprendido.

El señor McBride volvió a dejar el anillo en mi mano.

—Ahora es tuyo. Que la alegría y la paz te acompañen, y que la felicidad nunca se aparte de tu lado, ahora que has encontrado a tu McLaren.

Me quedé inmóvil, aturdida. Las palabras se me atoraron en la garganta.

—Debería pagárselo —protesté.

Él negó con la cabeza.

—Da mala suerte ir contra una leyenda. Y, además, nadie dijo nunca que un anillo tuviera que comprarse para regresar.

—Así es. Es tuyo. Siempre estuvo destinado a serlo —añadió el hijo del señor McBride, sonriendo.

—Esto es completamente surrealista —murmuré por lo bajo.

—Ya tienes el anillo del novio, *lass* —agregó el señor McBride—. Nadie dijo que tuvieras que conseguirlo de una forma concreta.

Asentí despacio, tratando de procesarlo todo, con los dedos cerrándose con fuerza alrededor de la joya antigua.

—Los veré esta tarde en la boda —concretó con un guiño.

—¡Mierda! —solté, girándome hacia Lachlan—. ¡No tengo vestido! Y no voy a ponerme nada que elija Ainslee. ¡Mucho menos si es de alguno de sus colores de loca! —Los tres hombres estallaron en carcajadas—. Hablo en serio, Lachlan —advertí, apuntándolo con

un dedo—. Como haya escogido alguna monstruosidad color lavanda o verde limón…

—Ya lo tengo resuelto —me interrumpió, atrayéndome hacia él con total naturalidad.

De verdad no le importaba quién estuviera mirando.

Y, de alguna manera, eso me hizo sentir todavía más suya.

CAPÍTULO CINCUENTA

LACHLAN

La biblioteca estaba en silencio. La luz del sol entraba a raudales, iluminando las partículas de polvo en el aire como si fueran estrellas diminutas. Yo estaba de pie junto a una de las ventanas, con el cristal frío bajo la palma, aferrándome a esa sensación mientras hacía girar la alianza en la otra mano.

El anillo pesaba más de lo que parecía.

No escuché entrar a tío Colin hasta que capté el leve crujido del sillón de cuero detrás de mí.

—Me enteré de que están preparando la capilla para la boda —pronunció, con ese tono sereno, familiar y reconfortante suyo, como el chasquido de la leña en el fuego.

Me giré para observarlo. Estaba recostado en el sillón, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada aguda, aunque no dura.

—Sí —respondí—. Esta tarde.

Soltó una risita suave; las comisuras de su boca se alzaron, pero sus ojos siguieron fijos en los míos.

—Siempre me pareciste del tipo cauteloso. Pensé que te tomarías tu tiempo con algo así. Qué harías un plan, que esperarías. No que te casarías con ella en menos de una semana.

—Ella no es un plan —debatí en voz baja—. Es lo único de lo que he estado seguro sin necesidad de hacer mi análisis detallado de siempre.

Asintió, casi como si hubiera esperado esa respuesta.

—Quería hablar contigo —dijo tras una pausa—. Antes de toda la música, los brindis y el resto. De hombre a hombre. —No me moví. Simplemente guardé silencio y dejé que hablara—. Me recuerdas a tu padre. —Empezó, con la mirada desviándose hacia la ventana—. Sobre todo cuando la miras así, con esa misma devoción reverente que él tenía por tu madre. Como si no fuera solo una mujer, sino el maldito sol de tu cielo.

—Se supone que debo amar a la mujer con la que voy a casarme —repliqué.

—Recuerdo cómo tu padre miraba a tu madre —continuó, ahora con la voz más suave—. El resto del mundo desaparecía para él cuando ella entraba en una habitación. Era hermoso. A veces exasperante. Pero hermoso. —Tragué saliva. Sabía a dónde iba con todo eso—. Cuando ella murió —siguió—, algo dentro de él se deshizo. No de golpe. Poco a poco. Como si su alma hubiera cruzado el velo para buscar a tu madre y luego hubiera olvidado regresar.

Aparté la vista, con la mandíbula tensa.

—Lo sé.

—Lo entiendo. Ya tenías edad suficiente para verlo. Para sentir el peso. Y no me cabe duda de que no has dejado de pensarlo desde entonces. Quizá ni siquiera hoy.

—No me importa lo que digas, tío, ni los fantasmas que despiertes. Me voy a casar con Eve. Ella es la única que tiene el poder de rechazarme.

—No estoy intentando disuadirte, *lad* —justificó—. Dios, no. Veo perfectamente que nada va a apartarte de esa chica, pero te estoy pidiendo que vayas más despacio. ¿Cuál es la prisa?

—La he esperado durante mucho tiempo. El tiempo no va a cambiar lo que siento yo… ni lo que siente ella —respondí, con toda naturalidad—. Por fin entiendo el amor que tenían mis padres y mis abuelos.

Se levantó y caminó hacia mí, luego me apoyó una mano en el hombro.

—No todas las historias de amor terminan como una balada de las *Highlands*. Y no todos los matrimonios sobreviven solo con amor. El duelo sigue dentro de ella. Quizá siempre esté ahí. Y también

sigue dentro de ti, después de la manera en que murió tu padre. ¿Estás seguro de que estás preparado para cargar con ese peso?

No dudé.

—Cargaría con todo si eso significara poder quedármela —declaré—. Aceptaría hasta las partes más oscuras de ella, sus silencios, sus cicatrices. Porque la amo. Por completo. Tal como es.

Me estudió durante un largo momento antes de asentir, mientras una sonrisa lenta le curvaba las comisuras de los labios.

—Eres un verdadero McLaren —murmuró—. Te has convertido en la clase de hombre del que tu padre se habría sentido orgulloso. Dios sabe que yo lo estoy.

Eso casi me desarmó por completo.

Me atrajo hacia un abrazo breve, con un solo brazo, y luego se apartó.

—Me alegro por ti, Lachlan. Por los dos. Solo… no olvides seguir estando ahí para ella. Incluso cuando no todo sea luz de fuego y pasión.

—No lo haré —prometí—. Ella es todo para mí, tío Colin. Nunca he estado tan seguro de nada.

Cuando se volvió para irse, echó un último vistazo por encima del hombro.

—Entonces ve con ella. Hazla tuya. Y asegúrate, de una maldita vez, de que nunca olvide que es amada.

Y con eso, se fue, dejando atrás el eco de sus palabras y ese tenue olor a humo de leña y sabiduría que siempre parecía acompañarlo.

Bajé la vista al anillo en mi mano y luego miré por la ventana, hacia las colinas.

Yo no era mi padre. Y Eve no era mi madre.

Pero el amor, el amor de verdad, seguía valiendo el riesgo.

Y yo estaba dispuesto a arriesgarlo todo por Eve.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

EVE

El agua del baño seguía pegada a mi piel cuando salí de la tina al suelo frío de piedra y me envolví en una gran toalla esponjosa. Dentro de aquellos formidables muros, el castillo estaba en silencio en este instante. Demasiado en silencio. Lachlan se había ido a vestirse a otra ala de la casa, dándome espacio. O quizá dándose espacio a sí mismo para respirar antes de que nuestros votos volvieran todo permanente.

Atrapé mi reflejo en el espejo. Los rizos húmedos descansaban sobre mis hombros y la piel todavía estaba sonrojada por el calor.

«Dios santo. Voy a casarme».

No se sentía real. Era como si hubiera tropezado y caído dentro del sueño de otra persona… solo que yo estaba completamente despierta. Había una ligereza en lo que sentía, una expectación vibrándome en las venas como electricidad. Pero bajo esa sensación etérea latía un dolor sordo. La certeza de todo lo que había perdido y de todo lo nuevo que estaba eligiendo.

La atención se me fue al destello de la cadena. La alianza de Hunter y la mía seguían colgando de ella. Desde el día en que me fui de gira por mi libro, la había llevado al cuello sin quitármela. Incluso después de su muerte. Salvo la noche anterior, cuando Lachlan abrió el broche con esos dedos firmes suyos. Durante una noche mágica, lo había soltado todo.

En este momento, sola en el baño, llevé las manos atrás, temblorosas. Me tomó tres intentos, quizá cuatro, soltar la cadena y

dejarla en un pequeño plato de cerámica junto al lavabo. Me quedé mirándola, mirándolos a ellos, esos anillos que alguna vez simbolizaron el para siempre. El corazón no se me rompió.

No esta vez.

En cambio, algo dentro de mí… se aflojó.

Me sentí más ligera. No libre del duelo, pero sí menos aplastada por él.

Un golpe en la puerta del dormitorio me sobresaltó.

—Pasa, Ainslee —llamé, sabiendo que no podía ser nadie más.

Para mi sorpresa, no irrumpió como de costumbre. Esperó. Y cuando entró, resplandecía, vestida con un sencillo vestido escarlata, aunque igual de impresionante. Llevaba los mechones ondulados recogidos sobre un hombro y los ojos brillantes de emoción desbordada.

Detrás de ella, hizo un gesto para que entrara alguien más.

—Espera, estoy en toalla…

—¡Sorpresa! —Ainslee sonrió de oreja a oreja cuando Elise entró en la habitación.

—¿Qué? ¿Cómo…?

—No creerías que me iba a perder tu boda, ¿verdad? —Mi hermana cruzó el espacio en segundos y me rodeó con los brazos—. A menos que… ¿no quieras que esté aquí?

—¡No! ¡Sí! O sea, ¡claro que quiero que estés aquí! —La abracé con fuerza—. Literalmente dije esta mañana que ojalá estuvieras aquí.

Elise volvió a apretarme con fuerza.

—¿Estás lista?

—Todo ha pasado tan rápido —murmuré.

—Sí. Pero no pasa nada, siempre que sientas que estás lista.

Mis fantasmas no habían desaparecido, y la verdad era que quizá nunca se irían del todo, aun así, una parte de mí sí se sentía preparada para seguir adelante. Para volver a vivir.

—Sí, estoy lista —afirmé con convicción, y el corazón me revoloteó ante todas las posibilidades—. Es rápido, sí. Pero también es muy… distinto.

Asintió, comprendiendo, y luego soltó un chillido pequeño.

—Todavía no puedo creerlo.

—Yo tampoco —suspiré—. ¿Vino Brandon? ¿Alguien más?

—Sí, pero solo estamos nosotros dos —informó, leyéndome la mente—. Lachlan mandó un avión. O sea, un avión privado.

«Gracias a Dios». El pulso se me calmó un poco.

Elise llevaba un vestido escarlata que hacía juego con el de Ainslee. El color se veía impactante con su cabello claro.

—Te ves preciosa —elogié—. El rojo siempre te ha quedado bien.

Me observó un momento.

—Estás resplandeciente —susurró. Se le entrecortó la respiración —. Como la hermana pequeña que por fin vuelvo a reconocer.

Solté una risa suave.

—Estoy desnuda, con una toalla.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿*Y* te estás riendo?

Sonreí, y ella negó con la cabeza, incrédula, con lágrimas brillándole en las comisuras de los ojos.

—Bueno, bueno —intervino Ainslee—. Ya pueden ponerse sentimentales después de que te vistamos, Eve. Tenemos una boda a la que llegar.

Me volví hacia ella con cautela.

—Entonces… el vestido. Por favor dime que no es demasiado llamativo. Le juré a Lachlan que no me pondría nada neón, con plumas, ni que pareciera haber sufrido una crisis de identidad.

Ainslee puso los ojos en blanco y metió la mano en el armario. Sacó algo que me dejó sin aliento.

—*Wow* —susurró Elise.

—*Wow* —repetí, acercándome—. Es… impresionante. ¿Cómo encontraste algo tan hermoso tan rápido?

Ainslee sonrió, orgullosa.

—Este vestido ha pertenecido a la familia McLaren durante generaciones. Lo mandamos a lavar, planchar y ajustar. Como Lachlan es ahora la cabeza de la familia, le corresponde a su esposa. Cuando tengas un hijo, se guardará para la novia de él.

Cuando, no *si*. La palabra se me clavó como un presentimiento en la médula.

—¿Cuándo? —repliqué, alzando las cejas—. ¿Y si no?

—Lo harás —confirmó, como si fuera un hecho—. Ahora ven. Tenemos que empezar.

Comenzó con mi cabello y el maquillaje, y luego pasó a frotarme suavemente los brazos y las piernas con una loción. El aroma era floral, denso y embriagador. El gesto se sentía indulgente.

—Te estás preguntando por qué hago esto —se burló Ainslee.

—O sea, sí, un poco. Huele increíble, pero tengo manos.

—Es una tradición antigua —explicó—. Se cree que, cuando otra mujer se la aplica a la novia el día de la boda, bendice a la pareja con muchos hijos.

Me atraganté con el agua mientras Elise me daba palmadas en la espalda.

—Eso es ridículo —agregó mi hermana.

—Ya lo sé —expresó Ainslee, sonriendo—. Pero igual lo seguimos haciendo.

Elise y yo cruzamos miradas. Ella rompió a reír y yo no pude evitar unirme.

Entonces, su expresión se puso seria.

—Eve, ¿estás segura de que esto es lo que quieres? Después de todo… ¿no es demasiado pronto?

Ainslee hizo una pausa, probablemente fingiendo no escuchar, antes de salir de la habitación.

—Estoy segura —concreté sin vacilar—. Es repentino, sí. Pero también es lo más claro que he sentido nunca. Lo amo. Su fuego. Su firmeza. Me devolvió a la vida.

Elise me estudió durante un largo instante.

—Está bien —asintió en voz baja—. Solo quiero que seas feliz.

—Lo soy —susurré—. Gracias a Lachlan.

Volvió a abrazarme, fuerte y largo, antes de salir para ir a buscar a Ainslee.

Cuando regresó con el vestido en brazos, sosteniéndolo con cuidado, el corazón se me detuvo al ver una franja intensa de color.

—Ainslee… —Señalé con cautela—. ¿Eso que veo es un toque de rojo?

Puso cara de culpabilidad.

—Es el tartán del clan McLaren. Quise quitarlo, sabiendo lo mucho que te incomoda llamar la atención, pero no hubo tiempo suficiente. Lo siento.

Di un paso adelante sobre mis tacones blancos y en ropa interior, y extendí la mano para tocar aquella tela de cuadros rojos, elegante y simbólica. Pasé las yemas de los dedos por sus pliegues.

—¿Y el ramo? —pregunté.

—Rosas escarlata —admitió, haciendo una mueca—. Pero puedo cambiarlas por unas blancas artificiales…

—No —la interrumpí—. Está bien.

Ya no era esa mujer. La que le tenía miedo al color o al pasado. Estaba entrando en algo nuevo.

Lachlan era mi futuro.

Elise y Ainslee soltaron suspiros idénticos de alivio.

Se movieron a mi alrededor como bailarinas, vistiéndome en un silencio cómodo.

El vestido Victoria blanco era discreto por delante, de mangas largas, y llevaba una cola que se extendía detrás de mí como un susurro de historia. Y me quedaba perfecto. El corsé de tartán rojo me envolvía el torso y se sujetaba en los hombros con un broche de zafiro.

—El collar de Lachlan —recordé—. Está en la cómoda.

Ainslee fue por él, y yo me lo abroché al cuello. Los zafiros brillaron contra mi piel de alabastro, completando la imagen.

—¿Sin velo? —preguntó Elise.

—Las novias escocesas no suelen llevarlo —explicó Ainslee.

Negué con la cabeza.

—Quiero verlo. *Necesito* verlo.

Porque, si mi valor flaqueaba, sabía que los ojos de Lachlan me sostendrían.

—¿Ya es hora? —pregunté.

Ainslee miró el reloj y asintió.

—Ya es hora. ¿Estás lista?

No dudé.

—Sí —dije con voz firme.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

EVE

Elise y Ainslee sostenían con cuidado la larga cola del vestido detrás de mí mientras bajaba la amplia escalera de piedra del castillo. El aire fresco me besaba la piel y el aroma a roble envejecido y brezo en flor flotaba por el pasillo abovedado, anclándome al presente.

Al pie de la escalera, Colin, vestido con su tartán, se alzaba imponente. Me tendió la mano.

—Te ves hermosa con nuestros colores —halagó, antes de besarme el dorso de la mano—. Lachlan no podría haber elegido una novia mejor.

Me invadieron los nervios, mezclados con alegría, esperanza y algo parecido al asombro. Asentí, incapaz de hablar, con el nudo en la garganta demasiado apretado.

—La tradición dice que el padre acompaña a la novia hasta la capilla —continuó Colin con suavidad—. Pero sería un honor para mí acompañarte hasta tu futuro esposo.

Deslicé mi brazo entre el suyo.

Cada paso hacia la capilla era como avanzar dentro de un sueño. La grava crujía bajo mis tacones, los pájaros cantaban desde los setos y la brisa arrastraba el aroma de la hierba recién cortada y de las rosas silvestres. Debería haberme sentido pesada por todas las cargas que había llevado. En cambio, me sentía ingrávida.

Entonces, lo vi.

Y el resto del mundo se desvaneció.

Lachlan esperaba afuera de la capilla, majestuoso y orgulloso con su *kilt*. El viento levantó apenas su *plaid* antes de que sus ojos se clavaran en mí, grises y ardientes. Parecía salido de otra época: un guerrero, un rey. Pero yo solo veía la manera en que su mirada se suavizó cuando me acerqué. Como si yo fuera su todo.

Colin se detuvo a unos pasos de Lachlan y luego sacó del bolsillo interior del abrigo una banda con los colores de su clan. Habló en gaélico y, aunque no entendí las palabras, sentí su significado en el alma: respeto. Algo sagrado y eterno.

Tomó mi mano y la puso en la de Lachlan, y luego las ató con la banda en un nudo sencillo.

Lachlan se inclinó hacia mí y sus labios rozaron el borde de mi oreja.

—Nos está dando su bendición —susurró—. Esta es la forma ancestral de casarse. Atar el nudo. Literalmente.

—Entonces, ¿ya estamos casados? —murmuré, temiendo que, si lo decía demasiado alto, la magia se rompiera.

Su aliento era cálido sobre mi piel.

—Según las antiguas tradiciones, sí. Pero la ceremonia dentro de la capilla lo sellará. —Me apretó la mano con suavidad—. Gracias por casarte conmigo hoy.

No tenía palabras.

Simplemente me derretí.

Dentro de la capilla, el aire era fresco y quieto, con un leve aroma a cera y flores silvestres. Las velas titilaban a lo largo de los muros de piedra.

Nos colocamos uno frente al otro ante el altar. El agarre de Lachlan sobre mi mano era firme y reconfortante.

Mientras recitaba sus votos con voz segura y grave, deslizó el anillo en mi dedo tembloroso. Cuando llegó mi turno, me tembló la voz, aun así, quise decir cada palabra mientras le ponía su anillo en el dedo.

Antes de que el sacerdote terminara la bendición, Lachlan me atrajo hacia él y me besó con fuerza, su boca cálida y hambrienta sobre la mía. La familia y los amigos cercanos estallaron en vítores. Me sobresalté, pero él solo se rio y me acomodó contra su costado.

—Mi esposa —murmuró contra mi cabello—. Eve McLaren.

—Mi esposo —le susurré de vuelta.

La capilla vibraba de voces, pero apenas oía nada. Elise lloraba lágrimas felices mientras me abrazaba con fuerza, apretándome con amor. Brandon me estrechó en un abrazo justo después.

—Es una romántica incorregible —bromeó él.

—Te oí —devolvió Elise, riéndose mientras se secaba los ojos.

Entonces, Lachlan se inclinó y sus labios me rozaron la oreja.

—La recepción nos espera. Y después de eso, nuestra luna de miel. Me muero por desnudarte.

El calor me subió a las mejillas.

—Eres incorregible.

Esbozó una sonrisa ladeada.

—Y pienso seguir siéndolo.

Nos dirigimos hacia la carpa de la recepción, instalada junto al castillo. Los invitados se acercaban a felicitarnos. Vi al señor McBride tomado de la mano de una mujer de cabello plateado.

—Eres una novia preciosa —dijo ella con una sonrisa suave.

—Le encantan tus libros —añadió el señor McBride con una amplia sonrisa—. Está en el club de lectura de Margaret.

Les sonreí a ambos.

—Gracias.

Él soltó una risita.

—Oh, sí. A mí también me gustan. Sobre todo en las noches en que ella me los lee.

Me eché a reír, sorprendida y sonrojada, mientras la esposa del señor McBride le daba un golpecito en el brazo y murmuraba algo en gaélico dirigido a Lachlan.

—¿Qué dijo? —indagué, incapaz de dejar de sonreír.

—Vas a tener que aprender el idioma si quieres seguirle el ritmo a tu esposo escocés —opinó el señor McBride, guiñándome un ojo.

Cruzamos unas palabras más antes de que la mano de Lachlan encontrara mi nuca, y su pulgar me acariciara suavemente la línea del cuello. Casi olvidé que no estábamos solos.

—¿Está contenta con sus anillos, señora McLaren? —preguntó el señor McBride.

Se me cortó la respiración. *Señora McLaren.* Me gustaba cómo sonaba.

—Me encantan —pronuncié, bajando la vista primero a mi mano y luego a la de mi esposo. Su anillo brillaba con audacia, igual que él.

—Usted publica con su apellido anterior —comentó el señor McBride, pensativo—. ¿Eso va a cambiar?

La pregunta me tomó por sorpresa. No lo había pensado. El peso de las expectativas de mi pasado me apretó el pecho por un instante.

—No lo sé —respondí con sinceridad—. Bailey es mi apellido de soltera. Nunca lo cambié durante mi matrimonio anterior.

La mirada de Lachlan era firme, inquebrantable. No obstante, en sus ojos no había juicio. Solo comprensión.

Mientras caminábamos de regreso al castillo para la recepción, la brisa me levantó el cabello y me llenó los pulmones con el aroma de la hierba dulce. Era como si una vida nueva estuviera respirando dentro de mí. Pero había una pregunta que me rondaba la cabeza y, esta vez, quería hacer las cosas bien y hablarlas con mi esposo en lugar de dar nada por sentado.

—Lachlan…

—¿*Mmm*?

—Siempre he escrito con mi apellido de soltera.

—Eso entendí.

—¿Te… molestaría que siguiera haciéndolo? —Quería que entendiera de dónde venía mi duda, así que añadí—: No es que quiera ocultar nuestro matrimonio, pero ya me consolidé con este nombre y… bueno, es una parte muy grande de quién soy. Algo así como *McLaren Enterprises* lo es de ti.

Asintió y dejó que el silencio se extendiera un largo rato.

—Espero que lleves mi apellido en todo lo demás —expuso al final—. Pero tus palabras… esas son tuyas.

Exhalé, sintiendo cómo la tensión me abandonaba el cuerpo.

—Seré Eve McLaren en todo lo demás. Pero en mi escritura… es distinto.

—Lo entiendo —murmuró, antes de besarme el cuello—. Señora McLaren.

—Esa soy yo.

Sonreí de oreja a oreja, embriagada por esta sensación y por él. Era como flotar por el aire.

Pero entonces algo me golpeó y mis pasos vacilaron.

—¿Qué pasa?

—Mi trabajo. —Empecé—. ¿Qué pasa con mi trabajo en *McLaren Enterprises*?

Él inclinó un poco la cabeza.

—Bueno, teniendo en cuenta que estás casada con el dueño de la empresa, puedes hacer lo que quieras. Seguir trabajando o no. O trabajar medio tiempo. Lo que tú quieras.

—Bueno, entonces está bien. Qué bonito es estar casada con un pez gordo —bromeé mientras retomábamos el paso.

Tardamos otro minuto en llegar a la carpa de la recepción, y en cuanto entramos estallaron los aplausos.

—¡Ahora también somos primas! —chilló Ainslee, abrazándome antes de hacerse a un lado.

Elise me abrazó con fuerza.

—Estoy tan feliz por ti.

—Gracias. Por todo —le susurré.

Brandon me envolvió en un abrazo de oso.

—Estoy muy feliz por ti, enana.

—Sabes que odio ese apodo.

—Sí —asintió—. Por eso lo uso. —Se apartó con un brillo travieso en los ojos—. Tenemos una sorpresa para ti.

—Ay, no —mascullé—. ¿Debería asustarme?

—Ya verás —replicó.

Margaret tomó el micrófono.

—Por favor, denle la bienvenida a Eve Bailey-McLaren a nuestra familia.

Ese nombre me sacudió el corazón, pero de la mejor manera. Sonreí cuando Lachlan me atrajo más hacia él.

Brandon se acercó al micrófono enseguida.

—Mi cuñada es una fuerza de la naturaleza, pero no muchos saben que también tiene un lado salvaje.

Solté un gemido.

—Esto tiene que ser tu venganza.

Brandon soltó una carcajada.

—Ah, déjame disfrutar de este momento, la mujer que una vez hizo que nos arrestaran en Italia.

Hice una mueca mientras la familia de Lachlan, mi familia, me lanzaba miradas curiosas.

—Solo fue un pequeño malentendido —me justifiqué con inocencia.

—Puede parecer muy dulce —continuó Brandon—, pero esta pequeña descarada provocó un motín en Roma con un par de botas, una sonrisa peligrosa y un baile al estilo *Coyote Ugly* encima de una barra.

Las risas estallaron por toda la carpa, llena de la familia de Lachlan, la mía y las pocas personas con las que me había encariñado en los últimos meses.

Lachlan se inclinó hacia mi oído.

—La señora McLaren no se sube a una barra.

—Oh, claro que sí —confirmó Brandon—. Y en honor a esa mujer salvaje, aquí tienen el primer baile de Eve y Lachlan. Esta vez, en la pista.

Sonaron los primeros acordes de *This Year's Love,* de David Gray.

Lachlan tomó mi mano. Y mientras nos movíamos juntos, todo a nuestro alrededor se volvió borroso: las voces, el salón, el mundo. Su mano en mi cintura. El roce de su mandíbula contra mi sien. El aroma a cedro y *whiskey* aferrado a su piel. Era demasiado y, al mismo tiempo, exactamente lo que necesitaba.

—Eve McLaren —murmuró contra mi piel—. Me encanta cómo suena eso.

Mi corazón tropezó dentro del pecho.

—Esta es la canción perfecta para nosotros.

Me aferré a mi esposo como si fuera mi ancla. En ese instante, creí en todos los finales felices que alguna vez había escrito. Y en todos los comienzos que alguna vez había imaginado.

La canción terminó, pero yo seguía balanceándome.

—Pensaste que iba a contar algo más, ¿verdad? —provocó Brandon cuando él y Elise se acercaron.

—Puede ser —respondió Lachlan, sin soltarme—. Pero creo que yo ya me llevé la mejor parte.

Las risas volvieron a sonar cuando Elise se sumó, revelando más detalles de la historia de Italia. Sobre cómo yo me había escapado para ir a bailar a un club y había desatado una cadena de caos. Ainslee soltó un jadeo y declaró que necesitábamos una noche de chicas en cuanto Lachlan y yo regresáramos de la luna de miel.

—Nada de bailar encima de barras —gruñó Lachlan.

—Lo que pasa es que quieres que baile para ti —lo provocó Ainslee.

—Maldita sea, sí.

Me puse de puntillas para susurrarle:

—Concedido, guapo.

Y eso me ganó la sonrisa de la que me había enamorado.

Más tarde, Ainslee volvió a burlarse de nosotros con el tema de la luna de miel.

—¿Todavía no le has dicho? —le preguntó a Lachlan.

—No —respondió él, con los ojos ardiendo de planes secretos.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Aunque no sabía adónde íbamos, confiaba en él.

El futuro se extendía ante nosotros, salvaje y aún por escribir, pero lleno de esperanza, y, por fin, era nuestro.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

EVE

Llegamos a nuestro destino de luna de miel en lo profundo de la zona norte de las *Highlands* escocesas. El trayecto por carreteras estrechas que serpenteaban entre lagos cubiertos de niebla y valles sombríos fue largo, aunque tranquilo. Para cuando tomamos el último desvío, la oscuridad ya había caído sobre el paisaje como un manto de terciopelo.

Y ahí estaba.

Un imponente castillo victoriano emergía de la oscuridad, con la silueta delineada por el resplandor de focos discretamente colocados. La estructura era majestuosa y atemporal, con torretas de piedra, frontones ornamentados y muros cubiertos de hiedra. Su arquitectura parecía salida de un sueño. Era una mezcla de neogótico romántico y la rudeza de la piedra típica de las *Highlands*, como si hubiera brotado de la propia tierra en vez de haber sido construido sobre ella.

Bajo un arco apuntado en la entrada principal se alzaban unas enormes puertas dobles de roble, flanqueadas por altos ventanales iluminados desde dentro. Una bandera con el escudo del clan McLaren ondeaba apenas con la brisa.

El aire olía a tierra húmeda, humo de turba y brezo. En algún punto más allá de los muros del castillo se oía el murmullo lejano de un arroyo, o quizá de un riachuelo, abriéndose paso por el valle apartado. Había una sensación inquietante de historia suspendida en el aire, espesa, casi tangible. Aquel castillo había visto pasar siglos.

Tal vez alguna vez había sido la residencia de un *laird* «noble terrateniente escocés»*;* después quedó abandonada y más tarde revivió convertida en este refugio más moderno. Había presenciado guerras y paz, guardando en su memoria tragedias e historias de amor.

Aunque no alcanzaba a ver toda la extensión del terreno que nos rodeaba, sentía las *Highlands* en su antigua majestuosidad. Imaginé colinas escarpadas perdiéndose en la distancia, la niebla aferrada a los páramos al amanecer y un cielo tan vasto y feroz que podría humillar hasta al más valiente de los corazones.

Me volví hacia Lachlan, que me estaba mirando a mí y no al castillo.

—Este lugar —susurré, maravillada—. Es… irreal.

Sonrió y me agarró con su brazo por la cintura.

—Ha pertenecido a mi familia durante generaciones. Resistió los levantamientos jacobitas, estuvo a punto de ser arrasado por completo en el siglo XVIII y luego lo reconstruyeron piedra a piedra. Permaneció vacío durante décadas hasta que mi bisabuelo lo restauró. Pensé que merecías algo magnífico e inolvidable. Igual que tú.

El corazón se me hinchó de emoción y los ojos se me llenaron de lágrimas contenidas.

Incluso en la oscuridad, sabía que aquel lugar era extraordinario. No solo por su belleza o su grandeza, sino porque era el comienzo de nuestra historia, impregnado por los ecos del pasado, levantado sobre una tierra que había soportado incontables pruebas y aun así seguía en pie, orgullosa.

Y en ese momento sería el escenario de nuestra primera noche como marido y mujer.

—Cuesta verlo en la oscuridad, pero el río Tay atraviesa la propiedad —apuntó Lachlan en voz baja, con la mano apoyada en la parte baja de mi espalda—. Quizás, mientras estemos aquí, podamos escoger una cabaña más cerca de la orilla y pasar allí una noche. La vista al amanecer te dejará sin aliento.

Me giré hacia él, con la curiosidad floreciéndome en el pecho.

—Eso suena increíble.

Se veía divertido.

—Algunas cabañas son bastante primitivas, casi como acampar en plena naturaleza, pero con cuatro paredes.

Lo miré boquiabierta, parpadeando.

—Espera. ¿Hablas en serio?

Sonrió al ver mi expresión.

—¿Te asusta?

—Para nada, aunque, siendo sincera, nunca he ido a acampar.

—Habrá que ponerle remedio —propuso.

—Quizás empecemos con un picnic —sugerí entre risas. Volví la vista hacia aquella inmensa estructura de piedra, de apariencia de cuento de hadas, que se alzaba ante nosotros—. ¿Sabes? Ya sé que eres dueño de la empresa y todo eso, pero no había dimensionado lo absurdamente rico que eres. Un avión privado, dos castillos… se siente un poco injusto.

Soltó esa risa profunda y envolvente que ya adoraba.

—Bueno, ahora son *nuestro* avión y *nuestros* castillos.

Solté un resoplido, mirándolo de reojo con diversión.

—Claro, si tú lo dices. Sin embargo, mis libros me los quedo. Podemos compartir biblioteca, pero los libros siguen siendo míos.

—Puedo vivir con eso —dijo, y sin previo aviso me alzó en brazos.

—¡Ay! —chillé, sobresaltada. Le rodeé el cuello con los brazos por puro reflejo mientras lo miraba sonriendo—. ¿Qué estás haciendo?

—Es tradición —pronunció con ternura.

Su aliento me rozó la mejilla y sus brazos a mi alrededor se sentían tan sólidos como el castillo de piedra que teníamos delante. Me relajé contra mi esposo y apoyé la cabeza en su hombro mientras me llevaba a través de las enormes puertas de madera.

El vestíbulo de entrada estaba en silencio, grandioso, iluminado por apliques temblorosos. La luz danzaba sobre la madera pulida, retratos antiguos en marcos dorados y arcos que conducían a las profundidades de aquella casa antigua. El suelo bajo sus botas era como un tablero de ajedrez de mármol blanco y negro desgastado, y cada paso resonaba débilmente. Sobre nosotros se elevaba un techo

abovedado, con vigas de madera ennegrecidas por el paso del tiempo.

—¿Estamos solos aquí? —susurré junto a su mandíbula, casi tragada por la inmensidad del lugar. Apoyé la palma sobre su pecho y sentí el calor de Lachlan y la dureza de sus músculos bajo mi mano.

—Solo nosotros esta noche —respondió, y la forma en que bajó la voz me provocó una oleada de deseo hasta lo más profundo.

—Probablemente, deberías bajarme —murmuré, fingiendo sensatez, aunque no quería que lo hiciera.

—No —objetó, rozándome la mejilla con los labios—. Esta noche te voy a hacer mía.

Se me escapó una risita, un sonido que hacía muchísimo tiempo no emitía.

—Eso suena increíblemente medieval.

—Estás en un castillo —señaló, antes de darle un mordisco suave a mi labio inferior—. Nuestro castillo. Conmigo. Eres mi reina. Lo medieval encaja bastante bien, ¿no crees?

No se detuvo al cruzar el umbral. Siguió caminando. Subió una gran escalera curva con barandas talladas que debieron de tomarles meses, sino años, a los artesanos. Al llegar arriba, giró por un largo corredor adornado con tapices y luz de velas titilantes. Alcancé a ver muebles antiguos, ventanas altísimas cubiertas por pesadas cortinas de terciopelo y pasillos que parecían desvanecerse en las sombras.

Apoyé la palma contra su pecho, sintiendo la dureza de sus músculos bajo los dedos. Me incliné y empecé a besarle el cuello. Lo deseaba con desesperación. Gemí contra su boca, apretándole el cuello con los brazos mientras hundía los dedos en su cabello.

Lachlan entró al dormitorio con paso firme, sin que siquiera se le alterara la respiración.

La habitación era enorme, digna de un rey y, aun así, acogedora. La cama era la pieza central: un inmenso lecho con dosel, con cabecero tallado con detalle y cortinajes de un profundo color borgoña. El fuego crepitaba en una gran chimenea de piedra, bañando de reflejos dorados los muros y las ricas alfombras

extendidas sobre el suelo de madera. Las altas ventanas prometían vistas que, sin duda, me robarían el aliento por la mañana.

Lachlan me dejó sentada al borde de la cama sin apartar los ojos de los míos.

Sus manos se movieron con una seguridad tranquila mientras me quitaba la blusa por la cabeza y luego me bajaba los pantalones con una adoración que me entrecortó la respiración. La suavidad sedosa de mi ropa interior no podía compararse con el calor de su mirada sobre mi piel.

Sus ojos grises ardían sobre mí, y había en ellos una expresión que no terminaba de comprender. Su mano se deslizó con suavidad desde mi cuello hasta el escote, ligera como una pluma, siguió por mi vientre plano y terminó entre mis muslos. Sus dedos me provocaron a través de aquella tela fina, y arqueé la espalda, necesitando sentirlo más cerca. Enganchó los dedos en mis bragas y me las bajó por las piernas. Después el sostén también desapareció.

—Hermosa —musitó mientras sus dedos rozaban mi costado y luego descendían por mi muslo con un contacto apenas perceptible, como si me estuviera memorizando.

Había algo más que hambre en sus ojos; era una especie de asombro. Como si no pudiera creer que yo fuera real. Que me mirara así, como si no pudiera saciarse de verme, me excitó más que cualquier otra cosa. Sus dedos rozaron mi coño y un escalofrío me atravesó el cuerpo. Estaba empapada por él. Sentía el deseo húmedo deslizándose por mis muslos.

Como Lachlan seguía vestido, me sentía expuesta, mental y físicamente, con él elevándose sobre mí mientras yo yacía desnuda en la cama.

Extendí la mano hacia él. Su cuerpo estaba cálido y firme bajo mis palmas, y su corazón latía rítmico bajo mi mano mientras le desabrochaba la camisa y dejaba al descubierto la tensión de su cuerpo.

Le deslicé la camisa por los hombros. Cayó al suelo, revelando su torso esbelto y poderoso, y mis dedos recorrieron los relieves de sus abdominales, siguiendo el camino que mis labios ansiaban trazar.

Inhaló con brusquedad cuando besé el centro de su pecho y luego descendí más.

Y en ese instante, rodeada de espíritus antiguos habitando un castillo de las *Highlands,* que al parecer también nos pertenecía, yo tampoco podía creerlo.

Sin embargo, quería hacerlo.

—Nunca pensé que esto pasaría —agregó—. Eres mi destino.

—No creía en las segundas oportunidades —susurré, con una punzada retorciéndome el pecho—. Hasta que llegaste tú.

Sus ojos tormentosos no se apartaron de los míos mientras se oscurecían con algo más hondo que el deseo. Afecto. Amor. Una intensidad que me hizo hormiguear la piel.

Fui a su cinturón y empecé a desabrochárselo con ansia. Me ayudó y luego se quitó los pantalones. Me observó con avidez, como si no pudiera saciarse de verme, y eso me excitó más que nada.

Se inclinó para besarme mientras sus manos se deslizaban por mi espalda. Me acercó más, hasta que mi piel desnuda encontró el calor de la suya, y todo dentro de mí se encendió.

Sentirlo sólido, absolutamente masculino y mío, era abrumador en el mejor de los sentidos.

Me tendió sobre la cama con el cuidado de quien deposita una joya de la corona sobre un cojín de seda, y su cuerpo vino tras el mío, envolviéndome en su calor y su fuerza.

Me sentía expuesta, emocional y físicamente, con él cerniéndose sobre mí mientras yo yacía desnuda en la cama. Se sostuvo encima de mí, con los labios junto a mi oído, y gruñó:

—Quiero follarte duro.

Luego soltó un gemido al mirarme a los ojos, como si estuviera buscando permiso.

—Sí —confirmé.

El único sonido en la habitación era mi respiración agitada por la anticipación de lo que venía.

—Abre las piernas.

Su voz fue una orden tajante. Lo hice de inmediato, y apenas me coloqué como quería, lo sentí embestir dentro de mí con fuerza con su polla dura.

—*Ahhh* —gemí.

Las embestidas de Lachlan eran profundas y potentes. Me agarró de las caderas y sentí cada centímetro de él dentro de mí, llenándome. Lo quería entero, todo lo que tuviera para dar.

—Eres mía.

Su voz salió en un gruñido.

—¡Sí!

Mis gemidos salieron convertidos en gritos. Arqueé la espalda mientras seguía empujando más hondo y más rápido dentro de mí. Estaba a punto de llegar, y mi cuerpo estaba completamente en sintonía con el suyo. Cerré los ojos, entregándome a la sensación de tenerlo dentro.

—Mírame. —Mis párpados se alzaron, pesados—. Quiero que me mires cuando te corras. —Me humedecí los labios mientras sostenía su mirada, con el corazón latiéndome enloquecido. Se adueñaba de cada latido, de cada respiro, de cada pensamiento—. Joder, Eve —gruñó, y la voz retumbaba en el pecho—. Córrete para mí.

Sus dedos buscaron mi clítoris, y la firmeza de su contacto desencadenó una ola de placer que estalló dentro de mí y me hizo temblar. Y cuando el mundo se fracturó a mi alrededor en destellos de colores, no fue solo mi cuerpo lo que se rindió; fue mi pasado, mi duelo, mis miedos. Todo eso se derrumbó bajo la fuerza de su amor.

Mi coño se contrajo alrededor de su polla, exprimiéndole hasta la última gota, y Lachlan se derramó dentro de mí con un estremecimiento, murmurándome algo en gaélico.

Después nos quedamos acostados en silencio en el centro de aquella enorme cama, entrelazados entre sábanas y extremidades. Lachlan trazaba círculos perezosos sobre mi hombro mientras yo descansaba la cabeza sobre su pecho, escuchando el ritmo constante de su corazón.

—Mi corazón —susurró junto a mi oído.

Giré el rostro hacia él y me acurruqué en su cuello, besándolo con suavidad. El corazón se me hinchó de amor por él.

—Nunca me había corrido tan rápido —admití, en voz apenas audible—. Cada vez se siente distinto. Mejor, de algún modo.

Me besó la parte alta de la cabeza.

—Eso es porque nunca habíamos tenido esto antes. Tú y yo.

Afuera, el viento susurraba sobre las *Highlands*, agitando las hojas y resonando entre la piedra antigua. Dentro, envuelta en los brazos de Lachlan, sentí que había encontrado un hogar por primera vez.

—Hasta que los muros de este castillo se vuelvan polvo, *tha gaol agam ort.* —«Te amo», dijo antes de apretarme más entre sus brazos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

LACHLAN

El silencio se hizo más profundo mientras su respiración se volvía lenta y medida contra mi pecho. Mi esposa se había quedado dormida, con una mano todavía apoyada sin fuerza sobre mis costillas y las piernas enredadas con las mías. La luz de la luna entraba a raudales por las altas ventanas con parteluces, derramando haces pálidos sobre su hombro desnudo y la curva de su mejilla. Eve se veía exhausta, pero también en paz de una manera que no la había visto antes. Menos a la defensiva.

Dios, era hermosa.

Mantuve el brazo alrededor de ella. Me daba miedo moverme. Miedo a romper el hechizo. El peso de su cuerpo descansando sobre mí no era una carga; me anclaba. Era fuerte, más fuerte de lo que creía, y, aun así, dormida, también era delicada. Frágil.

Le aparté del rostro un mechón suelto y se lo coloqué detrás de la oreja. Mis dedos se demoraron en su piel más de lo necesario.

Tha gaol agam ort. En gaélico: "te amo"*.*

Esas palabras seguían suspendidas entre nosotros.

No había querido decirlas.

Simplemente se me escaparon, como la marea subiendo sobre rocas cubiertas de arena. Tranquilas y naturales.

Hacía años que no le decía esas palabras a nadie, ni siquiera a mujeres a las que debería habérselo dicho, ni a aquellas que me las dijeron primero. Pero con Eve se sentían inevitables. Como si llevara

una vida entera guardándomelas y por fin hubieran encontrado su lugar.

Ella no preguntó qué significaban. No en voz alta. Quizá lo adivinó. Quizá no.

Parte de mí agradecía que no lo hubiera cuestionado.

Porque si lo hacía, tendría que volver a decirlas. Claramente. Directamente. *Te amo*. Y eso me aterraba más que cualquier batalla personal, cualquier sala de juntas, cualquier tormenta a la que me hubiera enfrentado. No porque no lo sintiera, sino porque lo sentía demasiado. Y no sabía si para ella era demasiado pronto; si decirlo la asustaría. Si el peso de mis sentimientos podría convertirse en otra herida que tendría que intentar superar.

Pero, Dios, la amaba.

No solo su risa, o su ingenio, o el fuego que se le encendía cuando hablaba de escribir. Amaba la forma en que intentaba darle sentido a su dolor. Amaba la forma en que miraba el mundo con esperanza, incluso rebosando de duelo. Amaba cómo me observaba a mí, no por lo que tenía, sino por quien era. Y que viera en mí lo que nadie más se había molestado en ver jamás.

Me moví apenas, con cuidado de no despertarla, y le besé la frente. Se removió, la mano se tensó un instante sobre mi pecho y luego volvió a relajarse.

—Esperaré —susurré contra su cabello—. No tienes que decírmelo de vuelta. Todavía no. —Tiré de las sábanas alrededor de nosotros, envolviéndonos más, apretándonos el uno contra el otro. Mi mano le recorrió despacio la columna en un gesto tranquilizador, calmándome más a mí que a ella—. Estás a salvo conmigo, *mo chridhe* —murmuré. «Mi corazón».

Me quedé despierto mucho después de que ella cayera en un sueño más profundo, mirando las estrellas por la ventana, escuchando el viento pasar sobre las colinas. Mis pensamientos ya no corrían como antes. Estaban más en calma. Más centrados.

Porque ella estaba aquí.

Y sin importar cuánto tiempo hiciera falta o lo cuidadoso que tuviera que ser, esperaría todo lo que fuera necesario para que Eve

creyera que podía volver a enamorarse por completo, irrevocablemente.

Y cuando eso ocurriera, yo estaría allí.

Su hogar.

EVE

Lo primero que noté fue la presencia sólida y reconfortante pegada a mi espalda. Después, el olor especiado de Lachlan me envolvió como la manta más acogedora del mundo. El sol entraba por las ventanas, bañando la habitación en una deslumbrante luz de mañana. Parpadeé contra el brillo y me giré un poco entre sus brazos, lo suficiente para verlo.

Seguía dormido, con el rostro relajado y en paz. Un brazo fuerte descansaba sobre mi cintura, y el otro me sostenía el hombro como si yo pudiera desvanecerme sin su contacto. Su pecho desnudo subía y bajaba con cada respiración regular, y me permití quedarme allí un momento, absorbiendo esa quietud.

El dolor que antes me vaciaba por dentro cada mañana se había apagado. Si bien mi duelo por mi bebé y la traición que alguna vez se enroscó alrededor de mi corazón como alambre de púas seguían siendo parte de mí, ya no me consumían por completo. Todo eso seguía ahí, igual que las cicatrices de mi piel, pero ahora tenía algo sanando contra ese dolor. Algo real.

Alguien.

Con cuidado, me solté del abrazo de Lachlan y crucé descalza el suelo fresco de madera, atravesé un arco tallado y entré en un vestidor privado. Unos gruesos tapices amortiguaban el eco de mis pasos, y en el aire flotaba el aroma a lavanda y piedra antigua.

En el baño de la *suite*, los accesorios de latón pulido brillaban contra el mármol verde oscuro. Me lavé la cara, me cepillé los dientes y me puse unos *leggings* y una sudadera que había empacado, uno de los pocos conjuntos prácticos en medio del mar de lencería que Elise había insistido en que trajera.

Recorrí el castillo en silencio. Muy por encima de mi cabeza colgaban antiguos candelabros. Un retrato de algún ancestro McLaren de expresión severa me observaba desde el rellano de la gran escalera, pero ni siquiera su ceño seco consiguió arruinarme el ánimo. Ante las pesadas puertas principales, vacilé un segundo antes de abrir una. Gimió como una bestia adormecida al moverse.

Afuera, el aire era fresco. Una brisa cruzaba el páramo, fría incluso para una mañana de otoño. Más adelante, la niebla flotaba sobre la tierra como un sueño que todavía no estaba listo para deshacerse.

El río Tay serpenteaba por la propiedad como una cinta plateada, ancho y sereno, con las orillas bordeadas de hierbas que se mecían y robles antiguos. El cielo se reflejaba sobre la superficie lisa como vidrio en franjas rosadas, doradas y azul pálido. A lo lejos, unos pájaros cantaban su coro temprano, y el único otro sonido era el crujido rítmico de la grava bajo mis pies.

Eché a correr, dejando que el movimiento sacudiera la pesadez que todavía se aferraba a mis extremidades después de dormir. El sendero seguía la ribera del río, y mientras corría, la belleza del paisaje se volvió nítida: colinas onduladas, ruinas de piedra escondidas entre arboledas, ovejas salpicando el horizonte como nubes perezosas.

Al doblar una curva, algunos lugareños, una pareja mayor cerca del huerto, una mujer paseando a su perro junto a los establos, me saludaron con la mano. Cada sonrisa se sentía auténtica, hospitalaria. Quizás ya se habían enterado de la estadounidense que le había robado el corazón al *laird*. Les devolví el saludo, con las mejillas encendidas tanto por el esfuerzo como por la sensación de que tal vez pertenecía allí.

Y entonces lo vi.

Lachlan estaba apoyado en el enorme marco de la puerta, con los brazos cruzados. Bajo la luz temprana, su cabello oscuro brillaba con reflejos casi de bronce. Sus ojos grises me observaban con un destello divertido, y algo dentro de mí se acomodó, como si mi brújula acabara de encontrar por fin el norte verdadero.

Reduje el paso hasta detenerme a unos cuatro metros de él.

—Creo que voy a volver a escribir —informé, sorprendida incluso por mis propias palabras.

Enarcó una ceja.

—¿Qué fue lo que te frenó en seco?

—Ese pensamiento. Simplemente… me cayó encima. Debo de estar loca.

Cruzó la distancia entre nosotros en unas pocas zancadas.

—No estás loca —comentó, tomándome el rostro entre las manos —. Y si lo estás, eres mi clase de locura.

Solté una risa suave, apoyando la frente en la suya.

—Eso podría ser lo más romántico que alguien me ha dicho en la vida.

—Deberías incluirlo en tu próximo libro —bromeó.

—Puede que lo haga. —Le rodeé el cuello con los brazos—. Y se lo dedicaré al hombre que me hizo volver a creer en las historias.

Sus labios rozaron los míos.

—Asegúrate de que todos sepan que le perteneces a Lachlan McLaren.

Me derretí contra él.

El beso fue breve, lleno de promesas.

—Tengo un plan para hoy —dijo, con los ojos reluciendo.

—Déjame adivinar… ¿incluye una cama, una venda en los ojos y cero interrupciones?

Soltó una carcajada, profunda y deliciosa.

—Tentador, pero no. Vamos a hacer un picnic.

—Eso casi es igual de bueno.

—Te va a encantar —prometió—. Hoy Escocia va a lucirse para ti.

—Será mejor que me duche primero —indiqué.

—Hazlo. Pero no tardes mucho, señora McLaren —musitó, besándome los nudillos—. Quiero enseñarte un valle escondido que lleva tu nombre escrito.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

EVE

—Cuéntame algo de tu vida en Estados Unidos. ¿Dónde vivías? ¿Cómo era tu día a día? Lo que sea. Quiero saberlo todo —preguntó Lachlan unas horas después.

Aquella vida en concreto parecía pertenecer a otra existencia, a otra versión de mí, y sopesé cuánto compartir. No quería arruinar nuestro tiempo aquí.

—Vivía en *Maryland* —hablé, acurrucada sobre su regazo.

Asintió.

—Es famoso por los cangrejos azules. Ya me lo habías contado.

—Exacto. —Sonreí, encantada de que de verdad me escuchara cuando hablaba. Era otra diferencia entre Lachlan y Hunter, pero no iba a ir por ese camino—. Allí hacen de todo con esos cangrejos: cangrejos al vapor, tortitas de cangrejo, sopa de cangrejo.

—¿Son buenos?

—Muy buenos. Pero son un desastre para comer. Les ponen Old Bay, un condimento típico de *Maryland*, para darles un sabor especial. No sabría explicarlo bien con palabras. Y luego estaba la parte social.

—¿Qué quieres decir?

—Normalmente, convertíamos eso en todo un evento —expliqué —. Los cocinábamos al vapor, poníamos la mesa afuera y luego los esparcíamos por toda la superficie. Había cerveza, charlábamos mientras los preparábamos y comíamos, y acabábamos hechos un desastre total.

—¿Cuántos te comes?

Me reí.

—Todos los que seas capaz de limpiar. Yo no aguanto demasiado antes de que me empiecen a doler los dedos —admití—. Y además está el hecho de que no llenan. No como el internacionalmente aclamado salmón escocés.

—*Aye* «sí», ese sí llena. ¿Qué más?

—*Mmm*, a ver… practiqué deportes en la secundaria, pero era bastante mala en todos.

—¿Qué deportes?

—*Lacrosse* femenino y *hockey* sobre césped. Resulta que soy peligrosa con un palo.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¿Por qué lo dices?

Suspiré con una sonrisa tirándome de los labios.

—Porque las otras chicas a menudo salían lastimadas a mi alrededor o yo me tropezaba con mi propio palo y me iba al suelo. Era una torpe total con eso.

—Lo tendré presente si alguna vez jugamos *shinty*. —Le lancé una mirada en blanco, sin tener idea de qué hablaba, así que continuó—: Es un juego rápido con palo y pelota.

—Ah, sí, si tiene palo, es mejor no dejarme jugar.

—¿Extrañas Estados Unidos?

—Extraño a mi hermana y a Brandon, pero hasta ahora no, no lo he echado de menos. Pregúntame a finales de primavera —solté, bromeando—. Ahí empieza la temporada del cangrejo azul. Mi respuesta podría cambiar.

—Siempre vuelves a esos cangrejos azules, ¿eh? —Me reí. Era difícil explicar la tentación de pasar una tarde abriendo cangrejos azules alrededor de una mesa, con Old Bay, una cerveza y buena compañía—. Tu cuñado mencionó Italia. ¿Viajaste a algún otro sitio?

—No, ese fue prácticamente mi primer y único viaje al extranjero hasta Escocia —admití—. ¿Y tú?

—He estado en todos los continentes, excepto la Antártida.

—Vaya.

Todo un trotamundos.

—¿Toda Escocia es así de impresionante? —pregunté—. ¿O simplemente tu familia tuvo la suerte de apropiarse de dos de los rincones más mágicos del país?

Soltó una risita y me apretó más contra su pecho. A nuestro lado estaban esparcidos los restos de nuestro picnic sencillo: pequeños sándwiches, fresas y una botella de *champagne*, medio olvidados. Sus dedos se deslizaban con pereza entre mi cabello.

—Toda Escocia es hermosa —opinó, con el aliento rozándome la oreja—. Pero creo que lo es más cuando la ves con alguien a quien amas. Quiero enseñártela toda.

La naturalidad de sus palabras me hizo estremecer el corazón. En apenas un par de semanas, este hombre había vuelto a poner mi mundo correcto, con suavidad, con fiereza y sin pedirme nada a cambio. Me había devuelto los colores. Me había hecho creer que todavía tenía una historia que contar.

Me quedé inmóvil entre sus brazos un instante, intentando procesar el torrente repentino de emociones.

—¿Habrías preferido que hubiéramos ido a otro sitio de luna de miel? —La pregunta de Lachlan irrumpió en mis pensamientos, vacilante y cuidadosa.

Me giré para mirarlo.

—No. ¿Por qué ibas a pensar eso?

—Te quedaste callada —comentó, pasándome los dedos por el cuero cabelludo y enviándome escalofríos por la espalda—. No quise dar por hecho que solo estabas totalmente relajada.

—Estaba pensando —respondí con sinceridad—. Me encantaría que me enseñaras toda Escocia.

Sus manos bajaron a mis hombros, masajeando los nudos y la tensión que siempre volvían, por muy tranquila que me sintiera.

—¿En qué estabas pensando, Eve?

«Que no te merezco. Que me trajiste de vuelta de entre los muertos. Que me aterra arruinar esto, arruinarnos».

—Que me gusta estar aquí —dije en vez de la verdad—. Es tan mágico como tu otro lugar.

Se inclinó y me besó la sien.

—*Nuestro* lugar, no mío —me corrigió con suavidad—. Excepto los libros, claro —añadió con una sonrisa ladeada.

Me giré por completo hacia él, la risa desbordándose de mí, y sus manos bajaron a mi cintura, guiándome hasta quedar a horcajadas sobre su regazo. Sus ojos brillaban como humo gris a la luz del sol.

—Bésame —pidió en un susurro, con la voz áspera por el deseo.

Hundí los dedos en su cabello oscuro y espeso y acaricié con los labios su mandíbula. Un gruñido grave nació en el fondo de su garganta. Me agarró del cabello con una mano y me sostuvo la mejilla con la otra.

—Eres preciosa —halagó—. Por dentro y por fuera.

Sus labios encontraron la columna de mi cuello y fueron dejando un rastro de besos hasta el punto donde me latía el pulso. Jadeé cuando sus dientes rozaron la zona sensible justo bajo la oreja.

—Sabes a manzanas verdes y lluvia de primavera —murmuró, y la pura poesía de esas palabras me desarmó.

—Lachlan…

Su nombre se me escapó en un gemido.

Me besó con hambre, reclamándome. Sus brazos se cerraron en torno a mí, atrayéndome más. Por un momento creí que podríamos salir volando hacia el cielo salvaje de las *Highlands*, solo nosotros dos.

—*Guid efternuin.* «Buenas tardes».

Una voz masculina, divertida, rompió el hechizo.

Me quedé inmóvil, y Lachlan también.

Girándome despacio, aún sentada sobre el regazo de mi esposo, me encontré con la mirada centelleante de un hombre mayor que, apoyado en un bastón tallado, estaba a unos pasos de nosotros. Su cabello blanco plateado estaba peinado hacia atrás con esmero y tenía el rostro surcado de arrugas, pero con una expresión traviesa.

Quise derretirme en la hierba.

—Buenas tardes, William —lo saludó Lachlan, imperturbable.

Yo sonreí con torpeza.

—Hola —murmuré, con las mejillas ardiéndome.

La sonrisa del anciano se ensanchó, y su mirada fue de uno a otro mientras yo alternaba la vista entre ambos sin entender ni una

palabra de su conversación en gaélico.

Lachlan se inclinó hacia mí.

—Preguntó si estamos de luna de miel —me explicó—. Y luego dijo que eres hermosa.

Sonreí a pesar de la vergüenza.

—Gracias. Soy Eve —hablé, señalándome.

—Eve —repitió William, estirando mi nombre con su acento hasta volverlo casi musical—. Soy William.

Nos hizo un gesto de despedida con la cabeza y levantó la mano para marcharse. Pero mientras se giraba, me incliné hacia Lachlan.

—No podemos dejar que camine solo —susurré—. Se ve demasiado inestable.

—No le va a gustar —advirtió Lachlan.

Pero yo ya me había puesto de pie, soltándome de su brazo, y en cuestión de segundos alcancé a William sin esfuerzo.

—Hola otra vez —dije—. Vamos a acompañarlo.

Asintió cortésmente.

Después de recoger nuestras cosas, Lachlan se unió a nosotros mientras murmuraba algo en gaélico. William respondió y luego me miró con esos ojos agudos y escrutadores.

—William es mi abuelo —dijo Lachlan en voz baja.

Parpadeé.

—¿Llamas a tu abuelo por su nombre?

—Cuando era niño me costaban mucho ambos idiomas. "Abuelo" me salía mal cada vez, así que me enseñó a decir "William". Y así se quedó.

William me tomó la mano con suavidad, usándola junto con el bastón para mantener el equilibrio mientras caminábamos a su paso lento y constante hacia la casita de piedra al borde de los jardines.

—Espero que no lo hayamos echado del castillo.

—No —respondió Lachlan, con la voz teñida de una tristeza vieja —. Se mudó aquí después de que muriera mi abuela.

William nos lanzó una mirada y volvió a hablar. Lachlan alzó las cejas.

—Quiere que nos quedemos a tomar té —tradujo mi esposo.

Sonreí.

—Entonces, nos quedamos por té.

Dentro, la casita era acogedora y estaba llena de recuerdos. Sobre la repisa de la chimenea había fotografías: Lachlan de niño, una mujer hermosa que debía de ser su abuela y un William más joven, erguido y orgulloso a su lado.

Mientras bebíamos té, rocé la mano de Lachlan.

—¿Cómo murió tu madre? —susurré.

Me miró con fijeza.

—Mi madre murió en un accidente de coche hace quince años. Mi padre… no lo llevó bien.

Se me escapó un jadeo. Mis dedos se cerraron alrededor de los suyos.

William debió de intuir el giro de la conversación. Alargó la mano y rozó con delicadeza mi muñeca marcada con su mano nudosa. Luego miró a Lachlan y comunicó algo en gaélico.

La mirada de Lachlan se oscureció con emoción.

—Dijo… —Hizo una pausa un instante antes de continuar—: Los corazones de los McLaren solo se entregan una vez.

No supe si aquello era una promesa, una advertencia o una plegaria.

Pero mientras estaba sentada entre esos dos hombres McLaren, uno curtido por el tiempo, el otro templado por la pérdida, hice una promesa silenciosa: jamás permitiría que mis fantasmas se convirtieran en la carga de Lachlan.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

EVE

—Cuéntame más sobre tus libros, Eve. —La sonrisa de Lachlan se convirtió en una mueca peligrosamente encantadora, traviesa y demasiado seductora—. Y deberías empezar por los medievales.

Su voz me arrancó del torrente de ideas que estaba derramando sobre mi bloc de notas. Había estado sumergida en otro mundo, inmersa en leyendas escocesas, hilando tramas con desesperación antes de que se me escaparan. Sentía como si algo se hubiera roto dentro de mí y ahora las palabras salieran a borbotones, urgentes y con pulso propio.

Levanté la vista y sonreí, empapándome de él. Diez meses atrás ni siquiera había contemplado la posibilidad de volver a salir con alguien, mucho menos casarme otra vez. Y, sin embargo, allí estaba, con un libro en la mano, una libreta sobre el regazo, acurrucada junto a mi esposo en la terraza de piedra de su castillo.

—Te juro por Dios —murmuré, enterrando la cara en un libro—, que no voy a volver a escribir una sola palabra.

—Hace un momento prometiste que ibas a empezar otra vez —me recordó con suficiencia.

—Me retracto. Voy a hacer voto de silencio. Celibato de teclado.

Se rio y me besó la coronilla.

—No lo dices en serio.

—No, no lo digo en serio.

A pesar del sol brillante, la brisa seguía siendo fresca, así que estaba envuelta en una manta, calentada por el cuerpo de Lachlan a mi lado. Habíamos pasado cuatro días dichosos allí: paseando por los bosques, visitando lugares de su infancia, tomando té con su abuelo. La realidad nos esperaba al día siguiente, pero una parte de mí no quería irse. Todavía no. Tal vez nunca.

Habíamos hablado del futuro y acordado quedarnos en el otro castillo y trasladarnos a Edimburgo desde allí. Por ahora yo conservaría mi apartamento; todavía no estaba lista para cambiarlo todo de la noche a la mañana. Seguiría trabajando de día en sus proyectos de inversión y escribiría por las tardes o los fines de semana. No era una transformación absoluta, solo encontrar cierto equilibrio. Un comienzo.

—¿Eve?

—Perdón. —Parpadeé para apartar el velo de recuerdos—. Me perdí en mi cabeza.

—Siempre está pasando algo dentro de esa mente preciosa. —Me besó la frente—. Cuéntame más sobre tus libros.

—Bueno. —Empecé—. Escribí romance ambientado en el Imperio austrohúngaro, los Romanov, la Guerra Civil estadounidense, el Reino de Croacia y así. Siempre me ha encantado la historia. Elise me leía cuentos de hadas cuando era pequeña, y se me quedó para siempre.

—¿Por qué romance? —preguntó.

—Probablemente, venga de mi madre. Desde que tengo memoria, siempre ha ido detrás de alguna ilusión de amor. Por eso va por el marido número cuatro. —Fruncí el ceño—. O quizá el cinco. Ya no estoy segura. Ahora está casada con John, que es un buen hombre.

Asintió pensativo.

—Mencionaste que Elise ayudó a criarte.

Vacilé. Si bien una parte de mí quería dejarlo ahí, recordé lo que Lachlan me había dicho en la biblioteca antes de que aceptara casarme con él. Afirmó que tendríamos el resto de la vida para conocernos. Eso solo podía pasar si lo dejaba entrar.

—John es un buen hombre. Demasiado bueno para mamá, para ser sincera. Ella no es fiel ni leal. Y eso es algo que no puedo perdonar. Elise sigue intentando arreglar las cosas entre nosotras, pero necesita soltar esa esperanza.

No me presionó. Simplemente me sostuvo con más fuerza, como si percibiera la tensión enroscándose dentro de mí.

—Dijiste que Elise te animó a escribir.

—Sí —contesté con un suspiro—. Leía todo lo que escribía, me daba su opinión y me alentaba. La verdad, y no se lo digas, pero ella y Brandon fueron la inspiración de algunas de mis historias. Estaban asquerosamente enamorados en la secundaria. Era… irritantemente adorable.

Lachlan se echó a reír.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—Ella incluso se ocupó de toda la parte de publicación por mí. Lo resolvió todo mientras yo seguía escribiendo. Entonces yo era demasiado joven para firmar contratos, así que se hizo pasar por mi tutora legal más de una vez. Siempre ha velado por mí.

Me mordisqueó el lóbulo de la oreja en un gesto juguetón.

—Ahora también me tienes a mí.

Sonreí, sintiendo que el corazón se me llenaba.

—Así que he estado pensando en qué escribir ahora. Leer estas leyendas escocesas me encendió la imaginación. Creo que quiero pasar del romance histórico a la fantasía romántica. Mezclar mito con magia. Hay tanta riqueza en estas historias, y siento que es el momento perfecto para explorar ese subgénero.

La sonrisa de Lachlan se igualó a la mía.

—Eso suena increíble.

—Probablemente más adelante vuelva al histórico. Quizá escocés o británico. Pero nunca quise empezar por ahí. Era demasiado predecible.

—Quiero leerlos y conocer todas tus fantasías —destacó, con los ojos ardiendo de deseo—. Tal vez aprender un par de cosas.

—No tienes nada que aprender de esos libros. —Me reí, con las mejillas ardiendo—. Seguro que ni siquiera son lo tuyo.

—Si lo escribiste tú, quiero leerlo.

Y así, sin más, otra parte de mi corazón ya era suya. Yo también quería saberlo todo sobre él, esa fuerza inesperada y serena que había irrumpido en mi vida.

—¿Eras cercano a tus padres? —inquirí en voz baja, recordando lo que me había contado sobre cómo murieron.

—Sí. —Su tono se ensombreció. Le rodeé la cintura con los brazos—. Se conocieron de niños. Supieron que eran el uno para el otro. Mi madre no pudo tener más hijos después de mí, pero jamás permitieron que eso empañara lo que tenían. Cuando ella murió, mi padre… no pudo vivir sin ella.

«Los corazones de los McLaren solo se entregan una vez».

Las palabras de su abuelo resonaron en mi mente. No supe qué decir. El dolor de Lachlan tocaba una parte de mí que casi nunca dejaba que nadie viera. La desesperación le hace cosas extrañas a una persona. Yo lo sabía demasiado bien.

Hubo noches en que Elise lloró por mí cuando ya no me quedaban lágrimas. Luchó por mí cuando yo no podía hacerlo por mí misma. Mantuvo mi intento de suicidio fuera del ojo público, se quedó despierta junto a mi cama, no me soltó jamás. Le debía todo.

—Eve. —La voz de Lachlan me devolvió al presente. Tomó mi mano, la llevó a sus labios y fue dejando besos suaves en mi muñeca, demorándose sobre la cicatriz—. Prométeme que nunca me dejarás —susurró contra mi piel.

Sabía exactamente a qué se refería. Era la misma promesa que Elise había necesitado oír de mí una vez.

—Te lo prometo —suspiré.

Y lo decía desde el fondo de mi corazón.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

EVE

Esa noche, cenamos a la luz de las velas, con el titilar de las llamas creando un juego de luces y sombras sobre los muros de piedra. Con el personal ya fuera, no pasó mucho antes de que Lachlan y yo estuviéramos corriendo hacia el dormitorio, desnudándonos el uno al otro con la urgencia de unos adolescentes: manos torpes, risas derramándose entre besos, sintiendo esa clase de hambre que no deja espacio para la vacilación.

Después, acabamos en la bañera enorme, frente a frente, envueltos en un silencio agradable. Las gotas de agua brillaban sobre su pecho, aferradas a cada línea esculpida. Y, Dios me ayudara, en lo único que podía pensar era en inclinarme y saborearlo.

Ni siquiera estaba segura de por qué nos habíamos decidido por la bañera. Era algo que casi nunca hacía; la mayoría del tiempo prefería darme una ducha. Lachlan lo sugirió, y yo me subí al tren enseguida, ansiosa por ver a mi marido desnudo y empapado.

Bajo el agua, su mano me acarició el tobillo, avivando mi deseo hasta convertirlo en llamas. Sus caricias perezosas continuaron, deslizando los dedos por la pantorrilla, como si no supiera lo que su tacto me estaba haciendo.

—Entonces, ¿cuál de tus historias crees que me gustaría más para empezar? —preguntó atentamente mientras llevaba las puntas de esos dedos fuertes hasta mi rodilla, trazando círculos lentos sobre ella. Su mirada ardía en la mía y yo me humedecí los labios,

anticipándolo. Quería sentirlo dentro de mí. De hecho, estaba desesperada por sentirlo dentro de mí.

Parpadeé, intentando recordar su pregunta.

«Ah, sí. El libro».

—¿Tal vez el romance austrohúngaro? —sugerí, con la voz ronca.

Su mano volvió a deslizarse por mi pantorrilla.

—Seré tu fanático número uno.

Sus labios sensuales se curvaron en una especie de sonrisa tenue. La forma en que me miraba me hacía sentir acalorada. Me deslicé hacia él, montándome a horcajadas sobre sus muslos poderosos, y le rodeé el cuello con los brazos.

—Más te vale —lo provoqué, con nuestros labios a un suspiro de tocarse.

El aire salió de mí de golpe. Mi cuerpo lo ansiaba.

Lachlan se inclinó hacia adelante, alineando nuestras bocas para un beso feroz. Busqué su polla bajo la superficie y la encontré ya dura por mí. Tragué alrededor del nudo que se me formó en la garganta. Lo acaricié, deleitándome en su piel sedosa y en la sensación del agua entre los dos. De algún modo, eso intensificaba cada uno de mis sentidos.

—Eres mío. —Ronroneé, marcando mi territorio.

—Soy completamente tuyo —gruñó—. Si sigues así, vamos a terminar antes siquiera de empezar.

Me besó otra vez, atrapándome el labio inferior entre los dientes y aliviando enseguida el escozor con una caricia de su lengua aterciopelada. Se me escapó un suspiro. Dios, cómo lo deseaba.

Había algo tan ardiente en ver a Lachlan consumido por el deseo por mí. Probablemente porque yo también estaba ardiendo por él. Vi una gota de agua deslizarse por sus magníficos pectorales y no pude resistirme a sacar la lengua para atraparla. Para lamer su piel deliciosa. Fui subiendo por su pecho, hasta su cuello, y lamí su nuez de Adán.

—Sabes tan bien... —susurré contra su piel mojada.

El aire se le escapó entre dientes.

—Eve...

—Ahora me toca a mí.

Mi voz apenas fue un susurro mientras le besaba la oreja y pasaba la lengua por el borde. Mi recompensa fue un estremecimiento que le sacudió el cuerpo. Fui dejando besos por su mandíbula hasta la comisura de sus labios sensuales.

—Quiero saborearte entero —murmuré.

Sus dedos se enredaron en mi cabello y reclamó mi boca en un beso duro, hambriento. Yo lo besé de vuelta, desesperada, volcándole todo mi deseo, cada gota de necesidad que llevaba dentro. Gemí en su boca, dejándole saber cuánto lo quería. Cuánto lo necesitaba. Con cada fibra de mi cuerpo y de mi alma.

Me tomó en brazos y luego se puso de pie. Mis manos volaron a sus hombros, aferrándome a él. Salió de la bañera conmigo estrechamente pegada a su cuerpo. Lo abracé mientras me llevaba hasta nuestra cama y me dejaba sobre ella. Había algo en esa pasión desatada, mezclada con su delicadeza, que me hacía doler el corazón de ternura.

Cuando se unió a mí en la cama, Lachlan se deslizó entre mis piernas. Apoyé las palmas en sus hombros para detenerlo.

—No.

Lo frené en seco.

Lo hice rodar sobre la espalda y me monté sobre él.

Cuando me incliné, nuestras narices se rozaron.

—Ahora me toca a mí —repetí, desafiándolo.

Volví a bajar la boca a su cuello y ese olor especial a pino se coló en mis sentidos. Fui trazando besos por su vena hasta la clavícula y luego seguí bajando, hasta ese sendero de vello que conducía a su magnífica verga. Mis manos siguieron el mismo camino que mi boca, apreciando cada relieve y cada depresión de los músculos de mi marido. El deseo intenso y la necesidad que corrían por mí me hacían temblar los dedos.

Lo acaricié con una suavidad casi etérea, acercándome cada vez más a su polla dura y a la gota de preseminal que brillaba en la punta. Con la lengua plana, le lamí la corona, arrancándole una sacudida de caderas.

—Joder —gimió.

Sonreí y bajé la cabeza. Mis dedos rodearon su grosor mientras mi boca se cerraba sobre la cabeza. Tomé tanto de su longitud como pude, chupándolo y lamiendo esa piel aterciopelada. Sus gemidos me animaban mientras la humedad se me acumulaba entre los muslos. Exploré cada centímetro de la polla de Lachlan: besándolo, lamiendo la abertura para saborear su preseminal.

Un sonido gutural brotó de él, sus caderas empujaban hacia arriba, y más de su delicioso sabor explotó en mi boca. Me sentí tan poderosa, sabiendo que yo provocaba la lucha de mi marido por mantener el control. Estaba por completo a mi merced. Loca de hambre por él, lo tomé más hondo en la garganta.

Sus dedos se hundieron en mi cabello y me sostuvo firmemente, guiándome, mostrándome lo que le gustaba. Se lo permití. Me excitó más que cualquier otra cosa que hubiéramos hecho antes. Encontré mi ritmo y tragué, sintiéndolo deslizarse más profundo mientras gemía. Busqué sus bolas, acariciando esa piel sensible mientras lo chupaba con más fuerza. Cuando levanté la mirada, nuestros ojos se encontraron, y él empezó a follarme la boca con más intensidad.

—Tócate —ordenó, con la voz áspera y ronca.

Mis dedos se deslizaron entre mis piernas, frotándome el clítoris. Estaba tan mojada y cada vez más, mientras él seguía embistiendo con fuerza y rapidez, golpeando el fondo de mi garganta. Intenté seguir el ritmo de mi mano al de las estocadas de Lachlan. Sentí que el orgasmo se me venía encima mientras seguía follándome la boca. Todo mi cuerpo empezó a estremecerse, y gemí al alcanzar el clímax. Eso lo empujó al borde, y se corrió en mi garganta. Tragué hasta la última gota de su semen caliente, sin que nuestros ojos rompieran el contacto ni una sola vez.

Convencida de que ya se había agotado, me incorporé sobre las rodillas, invadida por una ternura pura hacia este hombre que, en tan poco tiempo, había pasado de ser casi un desconocido a convertirse en mi marido. Su rostro apuesto en este instante estaba relajado, sus ojos grises nublados de placer, mientras me atraía a su lado.

Con mi mano sobre su pecho, sentí cómo su corazón desbocado iba desacelerándose poco a poco.

—Me gustó eso —murmuré contra su piel, con los párpados pesándome—. Tendremos que repetirlo.

Su risa baja vibró por cada una de mis células.

—Está bien —dijo con suavidad—. Pero la próxima vez me toca a mí.

Sonreí mientras me quedaba dormida.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

EVE

La realidad había regresado, y nuestra vida juntos comenzó.

Nos deslizamos dentro de una rutina: café, reuniones, papeleo, expectativas, casi como si fuéramos un matrimonio de toda la vida. Cuando terminaba la jornada, en lugar de nuestra caminata habitual a mi apartamento de Edimburgo o incluso al suyo, nos subíamos al *Land Rover* de Lachlan, con mi mano entrelazada con la suya durante todo el trayecto, y conducíamos hasta el castillo.

Cuando llegamos a las puertas del castillo y estas se abrieron, él llevó nuestras manos entrelazadas hasta su boca y rozó mis dedos con los labios.

—Estamos en casa —anunció innecesariamente, pero sus palabras me llenaron el pecho de calidez.

Casa.

Era una palabra extraña, todavía algo ajena, pero tan correcta. Se quedó conmigo, como el rastro de algo dulce sobre la lengua.

Me volví para mirarlo. Tenía el brazo alrededor de mí en un gesto protector mientras atravesábamos las enormes puertas. Sin palabras, ese gesto me dijo todo lo que necesitaba saber. Yo pertenecía aquí. Con él.

—Sabes que este lugar es demasiado grande para solo nosotros dos —indiqué, alzando la vista para volver a contemplar los techos abovedados—. Podríamos invitar a Colin y Margaret a vivir aquí también.

Se rio, divertido.

—No creo que les gustara para nada. Los dos disfrutan de su soledad. ¿Por qué? ¿Esperas tener compañeros de piso?

Sonreí de lado, pegándome más a él.

—No. Es solo que es un lugar enorme.

—Lo llenaremos —respondió con soltura, atrayéndome más hacia él con un brillo travieso en los ojos—. Con nuestros hijos.

Me quedé clavada en el sitio y alcé la mirada hacia él, medio riendo.

—Vaya. Tranquilo, futuro papá. Primero deberíamos pasar un año juntos, asegurarnos de que no acabemos matándonos.

Se rio, sin embargo, algo resplandeció en sus ojos.

—¿No quieres tener más hijos? —Su voz bajó un poco.

Su pregunta me golpeó como una ráfaga inesperada, helándome de pies a cabeza. El rostro de Hayden cruzó por mi mente. Su risa, la forma en que decía *mama*, el sonido del silencio cuando ya no estuvo. El dolor me atravesó en pulsos, y mi cuerpo recordó lo que mi corazón había enterrado.

Mi mano encontró por instinto esa punzada, presionando mi pecho como si eso pudiera aliviarla de alguna manera. La mano de Lachlan cubrió la mía, firme, anclándome.

—Y-yo... no sé si pueda —confesé, con la voz apenas por encima de un susurro—. Todavía no. Perder a mi hijo... no solo me rompió. Cambió mi forma. Todavía cargo con la culpa, la rabia... el duelo. Antes siquiera de pensar en darle vida a otro niño, necesito sanar. Necesito hacer las paces con lo que no puedo cambiar.

Los ojos de mi marido, por lo general tan intensos y decididos, se suavizaron mientras se inclinaba para besarme con ternura. No me aparté. Lo dejé entrar.

Cuando se separó, le sostuve la cara entre las manos y lo estudié.

—Lachlan, hace unas semanas no eras más que este escocés alto y taciturno que insistía en darme de cenar y acompañarme a casa caminando. Y ahora, de algún modo, eres mi marido. Eso es hermoso. Pero también es abrumador. Necesito tiempo para conocerte más. Quiero enamorarme de ti una y otra vez. Cada día. Por completo.

Sus labios se curvaron apenas, y pude verlo: ese resplandor suave de algo más hondo que la diversión. Me estaba escuchando. Estaba conmigo.

—Lo entiendo. Perdón por presionarte. —Lo decía de verdad—. Me emociono demasiado, y contigo... voy con todo. Lo quiero todo.

—Y lo tendremos —aseguré—. También quiero hijos contigo, pero primero quiero disfrutar este capítulo. Solo nosotros.

—Lo entiendo —asintió en voz baja—. De verdad.

Lo besé con suavidad, agradecida de que me comprendiera. Despertaba algo en mí que creí muerto hacía mucho.

—¿Estás tomando anticonceptivos?

El sonido abrupto de su pregunta reventó la burbuja de ternura.

Parpadeé, sobresaltada.

—¿Qué?

—Quiero decir, nunca lo hemos hablado. Todo pasó tan rápido.

Fruncí el ceño. No estaba equivocado. Ni siquiera se me había ocurrido pensarlo.

—No —admití despacio.

Entre nosotros cayó un silencio denso.

—Puede que ya estés embarazada —expresó, sin acusación, solo exponiendo un hecho.

Se me tensó el pecho.

—Lachlan... —Empecé con cuidado—. Por favor, no te adelantes. El año pasado casi me destruyó. Ahora soy más fuerte, pero todavía estoy tratando de encontrar estabilidad. Quiero construir esta vida contigo con intención, no porque estemos reaccionando a sorpresas. Por favor, no me presiones.

Parecía querer decir algo más, pero en lugar de eso exhaló despacio y asintió.

—Tienes razón. Prometí esperar, y lo decía en serio. Perdóname.

El alivio floreció dentro de mi pecho al ver cómo se le aclaraba la mirada.

—Si tiene que ser, será —añadí.

—Eso es justo —manifestó, atrayéndome hacia él.

Y así, de pronto, la tensión entre nosotros se deshizo. Sus besos no eran solo besos; eran promesas, y cada una me marcaba con un

sentido de pertenencia.

Justo entonces, alguien se aclaró la garganta detrás de nosotros.

—*Ejem.* ¿Señor McLaren? Tiene una llamada telefónica en el estudio, señor —avisó su mayordomo, claramente haciendo todo lo posible por no mirarnos directamente.

Lachlan soltó un gemido y se apartó a regañadientes.

—El deber llama.

—Ve —animé, sonriéndole—. Yo me pondré a leer un rato.

—Come primero. Siempre se te olvida cuando te enganchas con un libro.

Le di un golpecito en el brazo.

—Ya me conoces demasiado bien.

Mientras se alejaba, me descubrí admirando la facilidad elegante de su andar, la seguridad en cada paso. Y luego estaba el trasero precioso de mi marido. Maldición, era pecado acapararlo todo para mí, pero yo nunca dije ser una mujer generosa.

Se detuvo de pronto, como si pudiera sentir mis ojos sobre él, y se giró, sorprendiéndome, mirándolo. Tenía una sonrisa plantada en la cara.

—Esposa, ¿me estabas mirando el trasero?

Me sonrojé, pero no lo negué. No tenía sentido. Y además estaba el hecho de que me había llamado esposa. No Eve. No amor. Sino esposa. Me encantaba cómo sonaba.

—¿Qué? —solté, provocándolo—. Estamos casados. Puedo mirarte el trasero.

Se rio, profundo y sonoro.

—Y yo puedo mirarte el tuyo.

Vi cómo al mayordomo se le ponían rojas las orejas mientras fingía no haber oído nada.

Negando con la cabeza, le lancé un beso a Lachlan. Él lo atrapó, fingió guardárselo en el bolsillo y luego desapareció por el pasillo.

Y así, de repente, el castillo ya no se sintió tan vacío.

Fui hasta la cocina y agarré algo ligero para comer, más por Lachlan que por mí misma. Cuando me senté, una sensación extraña me llenó el pecho.

Tal vez este no era el final de la luna de miel.

Tal vez este era el comienzo del resto de nuestra maravillosa vida y de nuestro propio felices para siempre.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

LACHLAN

Cerré la puerta del estudio detrás de mí y me apoyé un momento contra ella, exhalando despacio.

Me senté detrás del escritorio, con los dedos descansando sobre el borde de la madera pulida mientras atendía la llamada. Fue breve, solo una actualización rutinaria, pero apenas escuché la mitad. Mi mente seguía con Eve, en el centro de nuestro hogar, enfocada en nuestra nueva vida.

Mientras estaba allí sentado, sus palabras se repetían una y otra vez en mi cabeza.

La amaba, y quería entender su dolor, aunque nunca pudiera sentirlo por completo en carne propia.

«Hayden».

Incluso pronunciar ese nombre en silencio, dentro de mi cabeza, me tensaba el pecho. Yo no lo había conocido, mas sí había visto las sombras que había dejado su ausencia. El vacío en su sonrisa. La forma en que se tocaba el pecho cuando hablaba de él, como si estuviera cubriendo una herida aún en carne viva.

En ese momento, cuando le pregunté si quería tener más hijos, lo vi todo: su dolor, su vacilación y su valentía.

Dios, era tan valiente. Tan real.

Ella no podía verlo, no obstante, yo sí lo veía con absoluta claridad.

Mis dedos tamborilearon sobre el escritorio y me permití imaginar, aunque solo fuera por un segundo, cómo sería si el

momento no fuera equivocado.

¿Y si estuviéramos listos? ¿Y si ella no estuviera herida? ¿Y si no estuviéramos caminando sobre vidrios rotos cada vez que la conversación giraba hacia el futuro?

La imagen se formó con tanta nitidez en mi mente que casi resultó cruel.

Niños y niñas pequeños, algunos con sus ojos oscuros y mi cabello imposible, otros con su boca y mi mentón terco, corriendo descalzos por los pasillos del castillo McLaren. Sus risas rebotando, sus chillidos resonando por los corredores mientras los pequeñines jugaban a las escondidas entre tapices y escaleras.

Eve observándolos desde el solárium o la biblioteca, con una taza de café en la mano, riéndose con esa risa que hacía elevar mi alma. Y yo, de pie a su lado, o mejor aún, sentado con ella sobre mi regazo, mientras nuestra familia nos rodeaba.

Quería eso con ella.

Pero ella todavía no estaba ahí, y yo le debía paciencia.

El amor, el amor de verdad, no consistía solo en querer las mismas cosas. También era cuestión de tiempo. De gracia. De dar espacio para sanar, incluso cuando el propio corazón iba corriendo por delante.

Me pasé una mano por el cabello y me recosté en la silla, dejando que mi mirada subiera hacia el techo, hacia las molduras antiguas, sintiendo el peso de siglos grabado en este hogar. Por una vez, el castillo no se sentía como un monumento al pasado.

Se sentía como un receptáculo para el futuro.

Nuestro futuro.

Incluyera hijos antes o después, o tal vez nunca, no lo sabía. Pero esperaría. Por ella. Con ella.

CAPÍTULO SESENTA

EVE

La luz de la mañana se filtraba por las cortinas, proyectando franjas sobre el edredón. A mi lado, los ronquidos y exhalaciones de Lachlan entraban y salían, constantes como las olas del mar. Sonreí contra la almohada. Había algo a la vez ridículo e íntimo en escuchar a tu apuesto marido roncar como un leñador.

Salí de la cama en silencio, sin querer despertarlo, y me puse la ropa para correr. Afuera, el aire estaba frío y el campo escocés seguía envuelto en neblina matutina. Mis zapatos deportivos golpeaban el sendero de grava con un ritmo constante, y los latidos se sincronizaban con mi respiración mientras corría por los caminos sinuosos, intentando perseguir claridad.

Cuando regresé, con las mejillas encendidas y los pulmones cansados, encontré a Lachlan junto a su *Land Rover*, ya vestido.

—Hola, amor —saludó, caminando hacia mí con los brazos abiertos—. Pensé que tendría que irme sin mi beso.

Me puse de puntillas y le di un beso rápido en la mejilla.

Se apartó, frunciendo el ceño.

—Eso no es un beso.

Antes de que pudiera responder, sus manos ya estaban en mi rostro y su boca sobre la mía: firme, hambrienta, indiferente al tiempo. Cuando por fin se apartó, tenía la cabeza dándome vueltas.

—Por todos los infiernos —murmuró—. Ahora quiero arrastrarte de vuelta arriba.

Parpadeé, intentando recordar de qué estábamos hablando. Cierto, se iba.

—¿A dónde vas? —pregunté, todavía sin aliento.

—Solo tengo que resolver unas cosas del trabajo.

Fruncí el ceño.

—Pero es sábado.

Se encogió de hombros.

—No me tomará mucho tiempo.

Le rodeé la cintura con los brazos.

—Dame diez minutos y puedo ir contigo. Tal vez ayudar.

Me besó la sien.

—No, descansa. Es fin de semana. Te lo has ganado. Además, ya tengo planes para ti.

—Ah, ¿sí?

—Tu escritorio ya está listo —dijo con orgullo—. Lo moví al lugar con mejor luz en la biblioteca.

Sentí un pellizco en el corazón, pero de los buenos.

—Lo vi. Es precioso. Gracias.

—Si quieres moverlo a otro sitio, solo dímelo.

—No quiero invadir tu espacio.

Descartó la preocupación con un gesto.

—Tú perteneces aquí. Si quieres reorganizar toda la biblioteca, o incluso la casa entera, solo dilo.

Me reí.

—Me estás malcriando.

—Acostúmbrate.

Me besó otra vez, más rápido esta vez, y luego se subió al vehículo. La grava crujió bajo los neumáticos mientras se alejaba.

Me quedé allí más tiempo del necesario, con los brazos cruzados sobre mí misma. El silencio fue inmediato, y un poco demasiado intenso.

No hacía mucho, yo habría suplicado por pasar un día sola. Durante meses, había abrazado la soledad. Me sentaba en mi apartamento con el duelo envolviéndome como una segunda piel. En este momento, él acababa de irse, y ya lo extrañaba.

Por fin fui hasta la biblioteca. La luz del sol se derramaba sobre la alfombra y justo encima del escritorio que Lachlan había preparado para mí. Era perfecto, y su consideración me hacía doler el pecho de esa manera extraña, demasiado llena.

Lachlan era cariñoso de una forma que antes me habría hecho salir corriendo. Antes de él, solo Elise y Brandon habían sido mis puertos seguros. Elise desde la infancia, y Brandon desde que entró en su vida, sin tratarme ni una sola vez como si yo fuera una carga.

Lachlan no se parecía en nada a eso. Él era consuelo salvaje. Mandón, sí, pero de esa manera que me iba abriendo con delicadeza en lugar de romperme por completo. No me pedía que me encogiera. Me daba espacio, y luz del sol, y en ese momento... un escritorio en la biblioteca, donde las ventanas daban a las colinas.

Aun así, no pude sentarme.

En vez de eso, fui al salón que estaba junto a su despacho. La puerta estaba entreabierta y el espacio del interior, intacto. Era masculino con buen gusto, decorado en tonos tierra y madera antigua, una exhibición de riqueza discreta. Movida por la curiosidad, entré.

Nunca me dijo que no pudiera entrar, me dije. Y sí había insistido en que esta era nuestra casa.

Avancé despacio, recorriendo con la mirada las fotos, los libros, los pequeños detalles de una vida vivida mucho antes de que yo llegara. Entonces, sobre su escritorio, encontré una fotografía enmarcada. La tomé.

Sus padres.

Los reconocí por las fotos que el abuelo de Lachlan me había enseñado. Pero aquí podía estudiar la imagen sin reparos.

Su padre era alto y ancho de hombros, como mi marido, con un parecido impactante que me hizo sonreír. Su madre era más menuda, casi delicada, y tenía el cabello oscuro y espeso, además de la piel oliva, lo que explicaba el tono bronceado de Lachlan. Incluso en una fotografía, el amor entre ellos era evidente y vibrante. La mano del padre de Lachlan descansaba sobre la cintura de su madre; la de ella se curvaba con suavidad sobre el muslo de su marido, como si ese contacto entre ambos fuera esencial. Sus

cuerpos se inclinaban el uno hacia el otro como atrapados en la gravedad del otro.

El dolor volvió.

Parecían personas de otra época. De un amor digno de poesía. Feroz y tierno.

Y Lachlan se casó *conmigo*.

Mis dedos se tensaron alrededor del marco. ¿Yo era solo una sombra de algo que él había perdido? ¿Una manera de reescribir una historia que no había podido salvar?

Él nunca lo había dicho, no obstante, el pensamiento se clavó en mi mente como una astilla.

Mis propios recuerdos de infancia no venían envueltos en felicidad. Mi padre existía solo en las historias de Elise. Yo confiaba más en el amor que ella le tenía que en mis propios recuerdos borrosos. ¿Nuestra madre? Era una tormenta caótica de promesas rotas y hombres crueles. Siempre desapareciendo, siempre eligiendo a otro hombre antes que a nosotras, por no hablar de cómo me traicionó.

Las imágenes de mi madre y Hunter cruzaron por mi cabeza y me obligué a alejarlas, todavía no lista para entrar en eso.

Mi hermana fue, en realidad, mi única figura materna, y cuando Brandon entró en su vida, no solo la amó a ella: también me incluyó a mí.

La fotografía empezó a pesarme en las manos.

Quería ser suficiente para Lachlan. Más que suficiente. Quería pertenecerle del modo en que sus padres se habían pertenecido el uno al otro. Pero ¿y si yo no era más que un recordatorio de su pérdida? ¿De algo hermoso que no había podido conservar?

Un timbrazo agudo cortó el silencio del cuarto.

Sobresaltada, dejé el marco y recorrí el espacio con la mirada hasta ver una vieja contestadora parpadeando para indicar un mensaje nuevo.

—Dios santo —murmuré—. No pensé que esas cosas siguieran existiendo.

Me di vuelta para irme, pero entonces oí una voz.

La voz de una mujer.

Layla.

—Lachlan, querido. No puedo esperar a verte hoy. Gracias por reunirte conmigo. Solo pasa por mi casa.

Me quedé inmóvil, con el aire atascado a medio camino en la garganta.

La lucecita parpadeante de la contestadora de pronto pareció una cuenta regresiva. Me quedé mirándola, con el corazón golpeándome como puños contra una puerta cerrada.

Una semana. Llevábamos una semana casados.

Y estaba pasando otra vez.

El dolor fue brusco e inmediato. Pero fue aún peor, porque esta vez me lo había creído. Había empezado a dejarme llevar. A tener esperanzas.

Cada latido de mi corazón parecía rebotar contra los muros del castillo.

«¿Por qué escribía sobre finales felices? ¿Qué sentido tenía?»

En algún punto entre el entumecimiento y la furia, tomé el teléfono.

Contestó al segundo timbrazo.

—¿Hola?

Su voz, serena y firme, quebró algo profundo dentro de mí.

—Hola.

Mi voz no sonaba como la mía. Era más fina, lejana.

—¿Eve? ¿Está todo bien?

—Sí. Solo... quería saber si ibas a estar en casa para cenar.

Una pausa.

«Por favor, di que sí».

—No voy a poder volver a tiempo —replicó—. *Lo siento, amor. Llamé a Ainslee para que te hiciera compañía. De hecho, está de camino hacia allá. ¿De acuerdo?*

—Claro.

Apenas lograba mantenerme entera. Colgué antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirme.

Me quedé mirando la contestadora.

Seguía parpadeando.

Seguía latiendo como una herida que no cerraba.

Y así, de pronto, sentí que todo se desmoronaba.

Como vidrio quebrándose bajo presión, pedazos de mí se partieron y se desprendieron, dejando solo silencio y el eco de la voz de otra mujer.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

LACHLAN

Después de terminar la llamada, me quedé mirando al frente, aferrando el volante como si pudiera mantenerme sujeto al momento.

El tono de Eve había sido demasiado calmado.

La vocecita en el fondo de mi mente me instó a girar el coche y volver de inmediato. Pero en lugar de eso, la ignoré y seguí conduciendo, mientras dedos invisibles me arrancaban las costillas desde dentro del pecho.

Porque esto, lo que estaba haciendo, se parecía peligrosamente a mentir.

Sí, tenía trabajo que atender. Y sí, había preparado una sorpresa para Eve. Su familia iba a llegar más tarde esa noche. Pensé que quizás eso la haría sonreír, le recordaría que estaba rodeada de gente que la quería.

Sin embargo, esa no era toda la verdad.

La parte que no le había dicho, la parte que había dejado sin mencionar, era que también había aceptado reunirme con Layla. Me guardé para mí mi preocupación por su salud mental. Todavía recordaba cómo había reaccionado Eve en el restaurante después de presenciar el intento de suicidio de aquel desconocido, y no quería que volviera a desestabilizarse.

Por lo general, las acciones y el afecto de Layla eran moneda de cambio. Hubo un tiempo en que fui lo bastante idiota como para

pensar que podía ayudarla. Había cruzado límites, sobre todo el fin de semana pasado.

No obstante, las personas podían cambiar, y merecían ayuda cuando la pedían.

Y cuando llamó de la nada, su voz estaba despojada de sus bordes habituales. No había rastro de la mujer que antes usaba la vulnerabilidad como arma. Esta vez sonaba... agotada.

No me pidió una segunda oportunidad. Ni siquiera me pidió amistad. Solo dijo que quería hacer las cosas bien. Y, por lo que yo sabía de su historia, especialmente con sus abuelos, sentí lástima por ella.

Había quemado muchos puentes por el camino, pero esa no era la persona que realmente era, en el fondo.

Debajo de todo el caos y el daño, había una chica que nunca se había sentido segura. Cuyas cicatrices no eran solo emocionales: estaban talladas en su cuerpo, literales y permanentes. La vida no le había ofrecido muchos aterrizajes suaves. Y por eso acepté verla.

Tal vez debí ignorar su llamada. Tal vez debí dejar que sonara el móvil hasta apagarse, como tantos otros fantasmas de mi pasado. Pero yo sabía demasiado bien a qué sabía el arrepentimiento y qué se sentía. Ignoré la llamada de mi padre y lo encontraron muerto al día siguiente.

Así que me dije a mí mismo que verla sería solo una conversación final para cerrar una puerta que nunca quise dejar entreabierta.

Mi esposa era mi presente y mi futuro. Era todo lo que jamás creí tener la suerte de conseguir. Cruzaría el fuego por protegerla, solo para conservar esa paz en sus ojos cuando me miraba como si yo fuera todo lo que quería y necesitaba.

Sin embargo, no quería asegurar esa paz pisando los escombros de otra persona.

Porque si Layla de verdad había caído en ese pozo oscuro de su vida, si se estaba desmoronando y nadie aparecía, yo cargaría con el peso de ese silencio.

Y, aunque Eve me perdonaría por no hacer nada, yo no podría perdonármelo a mí mismo.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

EVE

Debí de haberme quedado paralizada en el despacho de Lachlan durante sabe Dios cuánto tiempo, hasta que la voz de Ainslee me devolvió a la realidad.

—¿Eve? ¿Qué haces ahí plantada como una estatua? —La preocupación se filtró en su tono—. ¿Estás bien? Te ves pálida.

Exhalé y aparté la niebla de mi mente.

—Sí, estoy bien.

Forcé una sonrisa y dejé que me guiara hasta sus brazos. Ainslee me envolvió en un abrazo cálido, y yo me aferré a ella como si fuera a derrumbarme.

—Qué gusto verte. ¿Qué te trae por aquí?

Vaciló, estudiándome.

—Lachlan llamó y dijo que tenía unas cosas que hacer en la oficina, así que me pidió que te hiciera compañía hoy.

Las palabras me escocieron. Miré el reloj de la repisa, notando cómo el tiempo se escapaba mientras mi esposo se reunía con Layla.

Tuve que contenerme para no soltar una carcajada amarga; algo muy dentro de mí se rebeló ante esa idea. Pero si pensaba que yo iba a ser una esposita obediente y quedarme sentada en casa mientras él se veía con su examante, estaba muy equivocado.

Un plan tomó forma en mi cabeza.

—Ainslee, ¿te acuerdas de que dijiste que deberíamos ir a bailar?

Se le iluminó la cara.

—Obvio, ¡sí!

—Vamos esta noche. Tú, yo, tus amigas, cualquiera que sea divertida. Vamos a Edimburgo.

Su entusiasmo fue en aumento mientras empezaba a soltar detalles a toda velocidad.

—*BrewDog* es un bar muy movido. Tiene suficiente ruido como para ahogar hasta mi voz y *mis* pensamientos.

—Perfecto. Y si se hace muy tarde, podemos quedarnos a dormir en mi apartamento —añadí, fingiendo entusiasmo.

Eso la hizo detenerse.

—¿Quieres pasar una noche lejos de Lachlan?

Sonreí, con mi máscara de falsa felicidad bien colocada.

—Claro que no, pero él está trabajando, y solo sería un plan de respaldo.

Mi mentira debió de sonar convincente, porque asintió con una sonrisa.

—Tiene sentido. Además, nada de beber y conducir. Jamás.

—De acuerdo. —Eché los hombros hacia atrás y pregunté—: Entonces, ¿puedo pedirte prestado algo tuyo? No traje nada apropiado para una noche de fiesta.

—Sí, claro. Ya sé exactamente qué darte. Está en casa de mi madre, pero es tuyo y todavía tiene la etiqueta puesta. —Me dedicó una sonrisa traviesa—. Te vas a ver preciosa.

«Que empiece el maldito juego».

—¿Qué tan lejos está? —inquirí. No sabía dónde vivía Margaret, ya que nunca la habíamos visitado.

—Justo al otro lado de la propiedad. Unos veinte minutos, más o menos.

—Está bien, dame un segundo para ir a buscar unas cosas.

—¡Te espero en el coche! —gritó mientras yo corría escaleras arriba.

La cadena con los anillos de boda de Hunter y el mío estaba exactamente donde la había dejado el día que me casé con Lachlan. Me la puse, y sentí como si me revistiera con un escudo emocional, uno que estaría unido para siempre a fantasmas vengativos.

Me acomodé en el asiento del copiloto del coche de Ainslee, con los nervios y la adrenalina zumbándome ya por dentro, y no se

detuvieron en todo el camino.



Para cuando entramos en *BrewDog*, el sol ya hacía rato que se había puesto.

El vestido corto verde de Ainslee, un complemento impactante para su vibrante cabello rojo, brillaba e invitaba a las miradas descaradas. Mi propio vestido se ceñía a mis curvas como una segunda piel, y con mi cabello oscuro y mis pómulos marcados, mi reflejo ni siquiera parecía mío. Tal vez también me veía un poco arruinada, pero no me detuve a pensarlo. Había algo de verdad en esa frase de "finge hasta lograrlo", y yo estaba fingiendo de principio a fin.

—Te ves muy *sexy*. Creo que esas se parecen a las botas de "fóllame" que tu hermana mencionó una vez —manifestó Ainslee, alzando la voz para hacerse oír por encima de la música mientras avanzábamos hacia una mesa donde dos chicas nos saludaban con entusiasmo.

—Tú también te ves increíble —le devolví el cumplido.

En cuanto llegamos, Ainslee se lanzó de lleno a los saludos y las presentaciones.

—Te presento a Lucy e Islaine. Chicas, ella es Eve. Mi cuñada, en todos los sentidos prácticos.

—Oh, no. —Lucy hizo un puchero, aunque la sonrisa la delató—. ¿Tu primo ya salió del mercado?

—Así es. —Se rio Ainslee, agarrando su bebida y vaciándola de un trago—. Encontró a su alma gemela. Ya saben cómo los McLaren creemos en eso.

Islaine le dio unas palmaditas en la espalda a Lucy.

—Tal vez deberías pasar a algún inglés. Lachlan te conoce desde que andabas en pañales. Creo que eso le quita bastante atractivo, ¿no?

Lucy fingió fulminarla con la mirada.

—Ya te voy a dar yo un maldito inglés.

Enseguida llegó una bandeja con *shots* y cada una tomó uno.

—¡Salud!

—*Slàinte mhath* —pronunció Ainslee.

El alcohol me abrasó la garganta y empecé a toser.

Ainslee sonrió.

—¿Estás bien?

Asentí, levantando la mano mientras alcanzaba otro vasito de *shot*.

—S-sí, nunca he estado mejor.

Un camarero apareció con otra bandeja de *shots* y señaló a un grupo de hombres al otro lado del bar.

—Cortesía de los caballeros. Querían que les dijera que ustedes, señoritas, se ven estupendas.

Cuando se fue, probablemente acostumbrado a hacer eso todo el tiempo, le pregunté a la mesa:

—¿Dijo "estupendas"?

—¡Sí que lo dijo! —gritó Lucy—. ¡No estamos estupendas! ¡Estamos jodidamente buenísimas!

Las risas estallaron, mezclándose con la música y reforzadas por el alcohol.

—¡Deberíamos bailar! —animé, intentando gritar por encima del ritmo.

Las amigas de Ainslee vitorearon, y al segundo siguiente estábamos bailando encima de la barra. Las luces palpitaban y el corazón me retumbaba. Mi falsa confianza me corría por las venas. Encendimos todo el bar.

Soltándome el cabello, me atreví a sentirme viva.

Hasta que una mano firme me sujetó el tobillo.

Parpadeé. El rugido del bar se detuvo a mitad del aliento.

Ahí estaba él.

—¡Bájate! —gruñó—. Ahora.

El calor de su mirada me abrasó la piel. Me tambaleé, aturdida, y él me bajó de la barra de un tirón, echándome sobre el hombro como si yo fuera una muñeca de trapo.

Jadeé. Vergüenza, placer y pánico se arremolinaron dentro de mí. Me retorcí, clavándole las uñas en la espalda a Lachlan.

—¡Suéltame!

Me dio una palmada en el trasero, no cruel, pero sí con la fuerza suficiente para dejarme claro que no estaba nada contento.

—Callen se está encargando de las otras chicas —informó con brusquedad—. Tú vienes conmigo.

Enfurecida por el momento e incitada por las imágenes de Layla en mi mente, me hundí en los celos y en pensamientos de traición. Cada idea enredada rompía algo dentro de mí.

—¡Suéltame! —exigí de nuevo, con la voz espesa.

Me sacó al aire amargo de la noche, donde por fin me dejó en el suelo. Me tambaleé. El viento me besó la piel recalentada. Las luces se desdibujaron y la música se convirtió en una mezcla amortiguada de sonidos.

Una voz conocida interrumpió.

Ainslee, montada sobre los hombros de Callen, seguía gritando.

—¡Estás jodidamente buena, Eve! ¡Todos los tipos de ese bar te querían! ¡Primo, tienes suerte de haberte casado con alguien tan leal!

Tragué el ácido que me subía por el esófago. La confusión y el arrepentimiento me golpearon. Me tambaleé, pero Lachlan me sostuvo.

—La estábamos pasando bien —dije, sacudiendo la cabeza.

Ainslee gritó unas cuantas cosas más, pero mi cerebro no lograba seguirle el ritmo. Callen también parecía un poco furioso mientras arrastraba a Lucy y a Islaine con él.

—M-maldición —balbuceé—. Deja de moverte. —Tuve que agarrarme de su brazo para sostenerme.

—No me estoy moviendo. —Me atrajo contra su pecho duro, y mi cuerpo automáticamente se rindió al suyo mientras mi mente iba demasiado lenta para alcanzarlo—. ¿Qué estabas pensando? —murmuró contra mi cabello—. Esos hombres se estaban poniendo intensos.

De algún modo, logré apartarme de él. Mientras me echaba el cabello fuera de la cara, sus ojos siguieron cada uno de mis movimientos. Su atención se clavó en mi pecho. Bajé la vista,

comprendiendo de inmediato qué había captado su atención. Estaba mirando la cadena con mis viejos anillos de boda.

—¿Lista para irnos a casa? —preguntó, con un tono frío e inflexible.

Negué con la cabeza.

—No quiero ir a ningún lado contigo. Me retracto de todo. Me recuerdas a él. A mi querido difunto marido. Un círculo vicioso. Un maldito error.

La mandíbula de Lachlan se tensó, y sus ojos grises se volvieron gélidos.

—No me parezco en nada a él. Pero ya que todavía crees eso, hablaremos cuando estés sobria.

Me levantó otra vez, tomándome en brazos como una novia, y no tuve más remedio que rodearle el cuello con los brazos.

Mientras nos dirigíamos al *Land Rover*, nos siguieron vítores y silbidos. Lachlan siseó algo en gaélico a los hombres que seguían merodeando cerca.

Cuando retrocedieron, señaló mi vestido y mis botas.

—¿De dónde salieron esas botas? ¿Y ese vestido?

¿Por qué estaba enojado? Yo no era la que había ido a ver a mi ex ese mismo día.

Estiré la pierna.

—¿Te gustan? —Estaba decidida a hacerlo enfadar todavía más —. Creo que me compraré otro par.

Se oyó otro silbido.

—¡Hola, preciosa! —exclamó una voz masculina, pero ni siquiera me molesté en volver la cabeza—. Deja a ese vejestorio y permite que te enseñe a pasarla bien.

Lachlan gruñó unas palabras más, y los hombres se dispersaron.

—Puedes comprarte todas esas botas de "fóllame" que quieras. —Su voz era engañosamente dulce—. Pero solo te las vas a poner en nuestro dormitorio, cuando te folle.

Un jadeo brusco escapó de mis pulmones y mi cuerpo reaccionó al instante. La humedad se acumuló entre mis muslos.

Cuando por fin llegamos a su SUV, estaba estacionado en doble fila, por supuesto. Lachlan me depositó, con la falda subida y la piel

brillando bajo las farolas, en el asiento del copiloto.

Su mirada se suavizó, pero no me soltó.

—Quiero quedarme en mi apartamento esta noche —susurré—. Necesito estar sola.

—No.

Su tono no fue cruel, solo firme, y antes de que pudiera protestar más, cerró la puerta y rodeó el vehículo para deslizarse en el asiento del conductor.

El motor rugió al encenderse. Apoyé la cabeza contra la ventana, respirando el aire frío, obligando a los pensamientos oscuros a salir de mi mente. Pero siguieron girando de todos modos. El recuerdo de Layla llamando. Promesas incumplidas. Traición en cámara lenta.

La palma de Lachlan subió hasta mi mejilla, cálida y deliberada. Yo se la aparté y me abracé con más fuerza a mí misma.

—No me toques —reviré.

Me observó, con dolor y confusión girando en sus ojos, mas no podía soportar verlo. Ya tenía mis propios demonios con los que luchar. Dándome la vuelta, me encogí sobre mí misma.

No podía cargar con su culpa cuando mi propio pasado ya me estaba aplastando.

Primero Hunter, y en ese momento Lachlan. Hombre distinto, misma herida.

Volví el rostro hacia la noche, mirando la oscuridad como si pudiera ofrecerme respuestas, pero no obtuve nada. Solo el zumbido del silencio, el escozor del frío contra mi piel.

LACHLAN

La carretera se desplegaba frente a mí en largas cintas plateadas, y los faros atrapaban tramos de asfalto. Mantuve las manos firmes en el volante, aunque el pulso me martilleaba en el cuello desde el momento en que vi a Eve bailando encima de aquella barra.

Sin embargo, no había dicho una palabra desde que subimos al coche.

Simplemente cruzó los brazos, orientó el cuerpo en dirección contraria a mí y se quedó mirando por la ventana. Dejé que el silencio se alargara un minuto, quizá dos, antes de que empezara a ponerme los nervios de punta.

—Eve —hablé, sin apartar los ojos de la carretera—, ¿vas a decirme qué demonios está pasando en realidad?

Nada. Ni siquiera un cambio en su respiración.

Exhalé despacio. Había esperado una conversación, tal vez incluso una discusión, pero esto... este cierre en frío, silencioso, no era propio de ella, y eso me inquietaba más de lo que me gustaba admitir.

—¿De verdad estás así de molesta porque no llegué a cenar? —Lo intenté otra vez. Las palabras sonaron patéticas, incluso para mis propios oídos—. Vamos, ¿cómo se supone que arregle esto si no me diriges la palabra?

Un destello de una farola al pasar iluminó la línea de su mandíbula tensa y su expresión cerrada.

Apreté más el volante. ¿Qué me había perdido? ¿Qué hice? Tal vez se enteró de que me reuní con Layla y estaba... ¿celosa? Me arrepentía de haber ido, de intentar arreglar una crisis que ni siquiera me correspondía arreglar, pero, francamente, parecía poco probable que Eve estuviera celosa.

—Estoy preocupado. Sea lo que sea que está mal, quiero arreglarlo —insistí en voz baja—. Pero tienes que decirme qué te molesta. —Su reflejo en la ventana se movió apenas, mas siguió en silencio—. Y sigo esperando —continué—, a que me digas qué demonios fue lo que me encontré en ese bar.

Si bien no había querido que sonara tan duro, la pregunta me venía perforando por dentro desde el segundo en que puse un pie en ese lugar.

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—Ainslee me escribió para decirme que iban a salir —respondí.

—Ojalá no hubieras venido.

—Aparecí, porque pensé que me necesitabas —expliqué, más suave esta vez.

Giró la cabeza apenas un grado, lo justo para dejarme saber que estaba escuchando. Mientras tanto, las llantas zumbaban sobre la carretera como los latidos constantes de nuestros corazones poco fiables.

Me arriesgué a mirarla de reojo, pero en ese momento era imposible leerla. Fuera cual fuera la tormenta que estaba soportando, estaba decidida a afrontarla sola.

Y esa era la parte que más me dolía.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

EVE

El resto del trayecto de regreso al castillo transcurrió envuelto en una tensión densa y palpable mientras mis dedos apretaban la cadena con los anillos de boda. El metal frío me anclaba; era un recordatorio brutal de lo que había sobrevivido y de lo que podía volver a perder.

Quería recostarme contra Lachlan. No solo para mantener el equilibrio, sino también en busca de consuelo. Pero no podía. No mientras el nombre de Layla siguiera resonando en el desorden de mis pensamientos.

Así que me quedé mirando la oscuridad, observando cómo la noche se deslizaba a nuestro lado. El ronroneo del motor se enroscó a mi alrededor, llenando el silencio hasta que el coche se detuvo justo cuando la silueta del castillo se alzó frente a nosotros.

El motor se apagó. Lachlan estacionó y se volvió hacia mí, estudiándome antes de romper de nuevo el silencio. Su voz sonó áspera.

—Eve, háblame. ¿Qué está pasando?

—Ya no quiero seguir con esto. No puedo seguir casada contigo —susurré con una voz que no sonaba como la mía.

Las palabras cayeron con una contundencia afilada, como una hoja entre los dos.

Frunció el ceño.

—¿Qué? ¿De dónde carajos sale esto?

—No finjas que no me mentiste —siseé, demasiado deshecha para ser educada—. Estabas con Layla.

—Escuchaste el mensaje de voz —confirmó con resignación. O quizás era culpa, qué demonios sabía yo. Pero no había manera de que fuera a recorrer el mismo camino otra vez—. No te mentí...

—No —lo corté, enderezando la espalda—. No me importan tus explicaciones, Lachlan. Ya pasé por esto una vez, y esta vez no voy a dejar que me destruya.

Me miró fijamente y luego exhaló.

—Estamos en casa.

«No es mi casa», pensé. *«Ya no».*

Me bajé del vehículo. El aire nocturno me mordió las piernas desnudas, despejándome un poco. Los tacones repiquetearon contra la entrada mientras me alejaba del hombre que hacía promesas en las que yo, tontamente, había creído.

Entonces, la escuché.

Una voz chillona e inconfundible, rasgando la tensión como un lazo que me arrastrara de vuelta.

—¡Ahí está!

Las palabras resonaron, secas y estridentes. El estómago se me revolvió en cuanto la vi, a la mujer que nunca había estado para mí. La mujer cuyo rostro había perseguido mis peores pesadillas durante el último año. La mujer que lo arruinó todo: mi infancia, mi matrimonio y el futuro de mi hijo.

Mi madre.

El suelo pareció moverse bajo mis pies, haciéndome vacilar. El brazo de Lachlan salió disparado para sostenerme.

—¿Invitaste a mi madre? —susurré, y la voz se me quebró en la última palabra.

—En realidad se invitó sola. Mencionaste que tu relación con ella era difícil, pero no pierdas la oportunidad de arreglarla.

Lo miré, a esos ojos grises de acero, a esa fortaleza suave, y en ese momento lo supe. Layla o no Layla, estábamos condenados.

Él era demasiado bueno para mi caos.

Y aun así... me dolía querer sentirlo una última vez. Inclinarme hacia él. Dejar caer mis muros. Pero no lo hice. Cerré las manos en

puños a los costados, clavándome las uñas en la piel, obligándome a no buscarlo.

Las luces del salón formal derramaban un brillo suave sobre las figuras reunidas entre antigüedades y retratos de los ancestros McLaren.

Mi madre estaba en el centro. Su cabello rubio recogido en un moño severo, los labios ya fruncidos en juicio. John flotaba detrás de ella, relegado a un segundo plano. Había entrado demasiado tarde en mi vida como para cambiar nada.

Y Elise y Brandon estaban a un lado. Elise se veía pálida, como si estuviera esperando que algo saliera mal. Como si supiera que una tormenta estaba por desatarse y no tuviera idea de cómo detenerla.

—¿Cómo pudiste salir corriendo y casarte sin tus padres? —espetó mi madre. Su tono, agudo y cortante, resonó en mi cabeza, aún aturdida por la resaca.

Parpadeé despacio, arrastrando la mirada por su rostro como si me costara moverla. Era mi madre, aunque también una desconocida total. Tal vez siempre lo había sido.

—¿Y qué demonios llevas puesto? —continuó, recorriendo con desdén mi vestido corto dorado—. Pareces una puta corriente.

El insulto no me hirió como antes lo hizo. De hecho, casi sonreí.

Bajé la vista al vestido. Estaba segura de que llevaba el maquillaje corrido y el cabello enredado por haber bailado, y las piernas desnudas y frías por el aire de la noche. Volví a mirarla, enfrentando de lleno la envidia detrás de su desprecio.

—Gracias —pronuncié sin más, con una voz sorprendentemente clara, nada arrastrada—. Al menos por fin tenemos algo en común.

Una ronda de jadeos estalló por toda la habitación, rebotando contra los muros centenarios.

—Me voy a dormir —anuncié.

Les di la espalda a todos, *a todos*, y me fui.

Lachlan caminó en silencio a mi lado. Ninguno de los dos habló mientras me quitaba las botas al pie de la escalera de mármol y las dejé hechas un montón. Mis pies descalzos avanzaron suavemente sobre la piedra fría, y cada escalón hacia arriba resultó más pesado que el anterior.

Cuando llegamos al ala familiar, con las palabras de Ainslee resonando en mi cabeza desde semanas atrás, no me dirigí a nuestro dormitorio. Seguí de largo.

Lachlan, sin embargo, se detuvo en la puerta.

—Eve —dijo en voz baja—. Te pasaste la puerta.

Me detuve con la mano sobre el pomo de la habitación contigua a la nuestra y giré apenas el cuerpo, lo suficiente para que pudiera ver mi perfil bajo la tenue luz del pasillo.

—No quiero dormir en tu cama esta noche —musité.

Entré y cerré la puerta entre nosotros.

El clic de la cerradura sonó más fuerte de lo que debería.

De inmediato, fui a la puerta que conectaba ambos dormitorios y también la cerré con llave. El olor a sábanas limpias flotaba en el aire, demasiado puro para cómo me sentía por dentro.

Me quité el vestido y lo dejé caer al suelo; las lentejuelas raspando la madera. Me quedé solo en sostén y bragas, sintiéndome de pronto completamente exhausta.

Me metí entre las sábanas frías y me encogí sobre mí misma.

Conciliar el sueño no fue fácil. Pero estaba lista para dejarme arrastrar por él, aunque fuera solo para silenciar el ruido durante un rato.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

LACHLAN

El sonido de la cerradura al girar bien podría haber sido un disparo directo al centro de mi pecho. Luego vino otro, y ese dolió todavía más.

«No debí permitir que la madre de Eve se quedara». La grieta entre mi esposa y su madre era más profunda de lo que ella me había dado a entender, tanto que parecía, posiblemente, imposible de reparar. *«Maldita sea, todo había salido mal».*

Me quedé mirando la puerta blanca durante mucho tiempo, esperando que mi esposa la abriera de nuevo y regresara conmigo. Pero no era ingenuo. Ya fuera porque sabía lo de mi encuentro con Layla o porque los fantasmas de Hunter habían vuelto a atormentarla, esa noche había perdido su confianza.

Y la confianza... bueno, la confianza lo era todo.

Apoyé la palma de la mano contra la madera. Estaba fría e inmóvil, igual que el silencio de Eve.

—Joder —susurré por lo bajo, y luego me giré para apoyar la espalda en la puerta, cerrando los ojos.

Todo se había ido al infierno en un solo día.

¡Maldita sea!

No podía perderla. No iba a perderla. En cuanto Eve se calmara, le explicaría la situación con Layla y el mensaje de voz.

Incapaz de encontrar paz en el dormitorio, que estaba lleno de Eve, bajé las escaleras. Todavía podía oír voces amortiguadas y los

comentarios chillones de su madre resonando por las paredes del salón. Si entraba ahí, diría algo de lo que no podría retractarme.

Así que, en lugar de eso, me di la vuelta y entré a la biblioteca, el lugar donde me sentía más cerca de mi esposa.

No obstante, sin ella a mi lado, se sentía hueca, aunque el perfume que aún flotaba en el aire me ofrecía algo de consuelo.

Mis pensamientos regresaron girando a *BrewDog*.

No sabía qué me escocía más: verla alejarse girando sobre aquella barra, borracha y furiosa, o darme cuenta de que se había vuelto a poner esa maldita cadena con los anillos.

El peso de eso me estaba destruyendo.

Se oyó un golpecito suave y vacilante en la puerta, y luego Elise asomó la cabeza.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

No respondí enseguida; seguía mirando al frente.

—Sí.

No podía decirle que no a nuestra invitada, aunque en realidad no quería ver a nadie que no fuera Eve en ese momento.

—¿Está bien? —inquirió al entrar.

—No quiere hablar conmigo.

—Está borracha —la justificó—. Y empiezo a pensar que permitir un reencuentro con mamá fue una mala idea.

Asentí despacio.

—Sí, yo también lo creo. —Elise se colocó cerca de la ventana, con los brazos cruzados y la mirada fija en el horizonte oscuro—. ¿Por qué quiso venir tu madre? —indagué—. Se nota a simple vista que no son cercanas.

Suspiró.

—La verdad, no estoy segura. Nunca fueron cercanas, pero desde que murió Hunter... ha sido peor.

—Hunter —repetí el nombre del hombre que detestaba. Me robó todas mis oportunidades antes siquiera de que tuviera una.

—Lachlan, tal vez este matrimonio pasó demasiado rápido —dijo despacio, con tono cuidadoso—. Eve todavía está tratando de encontrar estabilidad, y ella... no sé.

Miré mis manos, cerradas en puños.

—No puedo competir con sus fantasmas —expresé en voz baja.

Elise no discutió eso.

—Deberías dormir un poco —replicó en cambio—. Mañana será otro día.

Volví a asentir, mas no me moví. Salió, cerrando la puerta detrás de sí y dejando la habitación envuelta en ese tipo de silencio que vuelve tus pensamientos más ruidosos.

Cuando regresé al dormitorio, la puerta comunicante seguía cerrada, así que me dejé caer sobre el colchón y me quedé mirando el techo.

No sabía qué hacer. Tal vez la había jodido o la había presionado mucho, demasiado rápido.

Desde luego no iba a irme a ninguna parte, no obstante, quizá le debía a mi esposa algo de espacio para respirar. Después de todo, se lo había prometido.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

EVE

Me desperté cerca del mediodía, con el cráneo latiéndome como un tambor de guerra y la boca seca como arena del desierto. Mi piel estaba pegajosa de arrepentimiento, y todo, las sábanas, el aire, mi ropa, olía tenuemente a la noche anterior. A dolor. A pérdida.

Algo que sentía metido hasta los huesos.

Una parte de mí quería taparse la cabeza con las sábanas y fingir que el mundo no existía, pero el daño ya estaba hecho. Ya no había dónde esconderse.

Me di una ducha rápida, demasiado caliente, restregándome la piel como si pudiera borrar el recuerdo de la mirada fría de Lachlan, o el nombre y las acusaciones que le escupí anoche.

El aroma a romero y pan recién horneado me recibió cuando entré descalza al comedor. Tanto mi familia como la suya ya estaban sentados a la larga mesa de estilo rústico, de las que se usan en días festivos y mañanas hermosas y felices. Y esta no era ninguna de las dos cosas.

—Elise, Brandon. Colin, Margaret, John —murmuré, ofreciendo solo un gesto de cabeza a Lachlan, que apenas levantó la vista. Su expresión era indescifrable, con los ojos grises fijos en el plato. La postura rígida. Los brazos cruzados. Un muro—. Buenos días, Lachlan.

—Buenas tardes, Eve.

Apenas fue un gruñido.

—Qué amable de tu parte dignarte a aparecer por fin —soltó mi madre, y cada palabra destiló condescendencia.

El rostro pálido y tirante de Elise me decía que la mañana ya había sido difícil. No hablé nada. Fui al aparador, tomé un plato y solo agarré unas tostadas secas. El tintinear de los cubiertos llenó el silencio que yo estaba creando.

—Eve —insistió mi madre, con esa voz raspándome el cráneo como una hoja oxidada—. Deberías comer más que eso. Estar tan delgada no es atractivo.

Mordí con fuerza la tostada, con los labios temblándome de contención.

«Por Elise y por su marido, por mi propio esposo y por su familia», me dije. *«No aquí. No ahora».*

—De verdad no sé cómo consigues atrapar a los hombres —continuó, con el veneno clarísimo en su voz.

—Eso te lo dejo a ti —siseé entre dientes, demasiado bajo para que nadie lo oyera. O eso creí.

—¿Qué fue eso? —Mi madre alzó la voz.

Por el rabillo del ojo, vi a mi hermana ponerse tensa, con la mano aferrada a la de Brandon hasta dejarse los nudillos blancos. Colin y Margaret intentaron iniciar una conversación cortés, claramente tratando de neutralizar la lengua venenosa de mi madre.

Me concentré en el escozor de mi labio, donde me lo había mordido antes. Cualquier cosa para bloquearla.

—Eve —intervino John con suavidad—. ¿Quieres que te prepare algo ligero para el estómago?

Mantuve la mirada en la tostada.

—No, gracias, John.

—John siempre está pendiente de Eve —comentó mi madre con voz alta, bebiendo su té como si fuera la reina—. Todo el mundo lo está. Por eso salió tan malcriada. Siempre haciendo berrinche hasta conseguir lo que quería.

Aun así, no dije nada.

Los ojos suplicantes de Elise se encontraron con los míos. Aparté la vista y me quedé mirando hacia los jardines, la vegetación meciéndose suavemente bajo el sol.

—Además, siempre llegaba tarde —siguió mi madre—. Siempre metida en su pequeño mundo de fantasía con sus libros, incapaz de manejar su tiempo. —Eso fue todo. Levanté la cabeza de golpe hacia ella, y la furia rompió el dique.

—Yo llegué temprano a casa esa noche.

Su sonrisa burlona vaciló.

—¿Qué? —Se rio, ligera y falsa.

—Yo llegué temprano a casa *esa* noche —repetí, pronunciando cada palabra como si fuera una cuchilla—. La noche antes de que Hunter y Hayden murieran. Tomé el vuelo más temprano de regreso de mi gira de libros. Yo estaba ahí.

El silencio se expandió como vidrio hecho añicos.

El rostro de mi madre perdió el color. La taza de té chocó apenas contra el plato.

—Eve... —susurró.

—Lo sabías —ataqué—. Siempre supiste que yo te vi.

—Deja el pasado enterrado —objetó de inmediato, con la voz quebradiza de miedo.

—No —escupí la palabra—. Tú lo enterraste. Y a mí me dejaste con la tumba. —John parecía atónito. La mano de Elise voló para cubrirse la boca—. De verdad no sé cómo puedes soportarla, John —pronuncié, con los ojos clavados en la mujer que me dio la vida—. Debes de estar apuntando a la santidad. —Su expresión se endureció—. Aunque no tendrás que preocuparte —continué, fría—. Mi madre tiene un boleto en primera clase al infierno.

—Eve —intentó intervenir Lachlan, tratando de calmarme.

Entonces los labios de mi madre se curvaron de ese modo cruel que me indicó que iba a lastimarme por donde más dolía.

—Qué curioso, este nuevo marido tuyo... ¿cómo se llama? —Clavó en Lachlan su mirada de víbora y, con una falsa sonrisa ladeada, añadió—: *Ah*, sí, Lachlan. Tiene un parecido increíble con Hunter. Siempre tuviste un tipo, Eve.

Lo indicó con una dulzura fingida, pero el veneno era inconfundible. Todos en la mesa se quedaron inmóviles.

Se me revolvió el estómago y la bilis me subió por la garganta. Sentí a Lachlan volverse rígido a mi lado. Hasta Elise miró a nuestra

madre como si hubiera abofeteado a un niño.

Me quedé mirando a mamá, atónita ante la profundidad con la que era capaz de herir. Pero entonces la furia desbocada que me corría por las venas estalló.

—¿Quizá ya es hora de que empecemos a decir la verdad, madre?

Se le tensó la mandíbula. En ese segundo sí podía ver el pánico, esa fachada hermosa agrietándose.

—No sé qué está pasando, pero esto fue una mala idea. Ellos no debieron venir. —La voz de Elise tembló al hablar.

—Somos familia. Estamos aquí por amor —comentó John, intentando ofrecer algo reconfortante.

—Tú puede que estés aquí por amor, John —dije, sacudiendo la cabeza—, pero tu esposa nunca ha amado a nadie más que a sí misma. O posiblemente a mi difunto marido. ¿No es así, madre?

El jadeo colectivo fue audible, y la máscara de mi madre se derrumbó.

Las sillas rasparon el suelo, los ojos se abrieron de par en par.

—No me hables con condescendencia —escupió—. Si hubieras pasado más tiempo con tu marido y menos escribiendo tus novelas estúpidas, jamás se habría acostado conmigo.

—Tú... ¿qué? —musitó Elise.

—¿Qué demonios te pasa? ¿No te bastó con todos los matrimonios que destruiste? —grité, consumida por la rabia que había enterrado durante tanto tiempo—. ¿Tenías que añadir seducir al marido de tu hija a tu currículum? ¡Era tu yerno! ¡Mi esposo! ¡El padre de tu nieto!

—¡Yo no soy tu madre! —me gritó de vuelta, y el tiempo se detuvo—. Nunca te quise. Eras la hija ilegítima del amor de tu padre. La única razón por la que volvió conmigo fue porque tu verdadera madre murió al darte a luz.

La habitación se desvaneció, y solo quedó el eco ensordecedor de sus palabras en mis oídos.

—¿Qué? —Mi voz no fue más que un susurro, pero el cuarto estaba tan en silencio que supe que me había oído.

—¡Así es! —bramó—. Es la venganza definitiva, ¿no? —Se rio con un tono casi maníaco—. Tu padre metió a su hija bastarda bajo mi techo, y yo seduje al hombre que tú amabas bajo el tuyo.

—La dejaste sufrir en silencio —susurró Elise, jadeando en busca de aire—. Casi se suicidó, y tú la dejaste. ¿Cómo pudiste? —Me volví hacia Elise y busqué su mano, apretándola con suavidad—. Debiste habérmelo dicho, Eve.

—Quería ahorrarte el dolor —admití, con las sienes latiéndome—. Tú ya has hecho tanto y...

—¡A la mierda eso! —reviró, fulminando con la mirada a nuestra... no, a su madre—. ¿Qué tan cruel y egoísta tienes que ser, mamá, para desquitarte con una niña? ¿Y acostarte con Hunter? ¿Qué demonios te pasa?

El chirrido de una silla contra el suelo sonó como un trueno cuando mi marido se puso de pie, alto e imponente.

Al instante, pensé que ya había tenido suficiente y que nos echaría a todos al frío. En lugar de eso, fijó en mi madre una mirada helada que me hizo estremecer.

—Señora Bailey, es hora de que se marche. No es bienvenida en nuestra casa.

—¿Puede quedarse mi hermana? —pregunté con voz ronca, con el corazón golpeándome el pecho como si acabara de correr un maratón.

Su mirada se clavó en mí, intensa y llena de remordimiento.

—Cualquiera que tú quieras o necesites es bienvenido aquí, pero ella debe irse.

Asentí.

—John, tú puedes quedarte.

Mi madre alzó la barbilla y salió de la habitación con paso altivo.

John se puso de pie, visiblemente con sentimientos divididos.

—Lo siento, Eve. Iré con ella. No debería estar sola.

—Has sido amable. Demasiado amable. —Conseguí esbozar la sonrisa más tenue.

Me abrazó, y yo me permití abrazarlo una última vez.

En cuanto John y aquella mujer, que era más bien un espectro malicioso que mi madre, desaparecieron, el silencio invadió la

habitación. Me costaba respirar. El sabor de la fatalidad permanecía en mi lengua.

Lachlan no se había movido. Estaba justo a mi lado, y aun así se sentía lejísimos. El sol de la tarde le iluminaba el perfil. Las manos cerradas en puños. La mandíbula apretada, como si estuviera atravesando duelo o rabia. O quizás ambas cosas.

Me volví hacia él, esperando... no sabía qué. ¿Palabras? ¿Enojo? ¿Tal vez un abrazo? Pero no me ofreció nada de eso.

Solo me observó.

Su mirada... Dios, esa expresión en sus ojos no era fría como antes. Estaba herida. En carne viva. Como si la verdad que acababa de presenciar lo hubiera rajado en dos.

Y entonces algo titiló en sus ojos. Algo roto.

Exhaló con fuerza por la nariz, los hombros cediéndole apenas un centímetro, y se dio la vuelta sin decir una palabra.

—Lachlan —lo llamé.

Se detuvo en el umbral, dándome la espalda. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo, y luego giró apenas lo suficiente para mirarme. Solo por un latido.

¿Y esa mirada?

No era enojo. No era distancia. Era tortura.

La clase de mirada que te lanza alguien que te ama tanto que ese amor lo está matando.

—Quédate aquí —me pidió con voz rasposa, y salió.

Y yo lo dejé ir.

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

LACHLAN

La grava crujió bajo mis pies mientras caminaba hacia el coche. Cada paso fue más pesado que el anterior. El cielo era de un gris plomo, tenso por la amenaza de una tormenta.

Parecía apropiado.

Colin me alcanzó justo cuando abría la puerta del vehículo.

—No te vayas, Lachlan —dijo en voz baja, apoyándome una mano en el hombro—. Ella te ama.

—Lo sé —respondí, con la voz ronca—. Y él la hirió de una manera brutal. Nunca tuvo la oportunidad de encontrar un cierre después de enterarse de su aventura con la madre de Eve. Mis acciones desde luego no ayudaron, y ahora me pregunto si cuando me mira, ve a un hombre al que sigue llorando y con el que sigue furiosa. —Me pasé la mano por el cabello—. Es un pozo emocional muy hondo del que salir.

Los ojos de mi tío eran amables y sabios.

—No estoy tan seguro de todo eso, pero sí está de duelo, y el duelo al principio no deja espacio para nadie. Sin embargo, cuando su mente se aclare, tú seguirás esperándola. Entonces, ambos serán más fuertes de lo que imaginan.

Asentí una sola vez.

Y luego me fui.

Tras una hora de carretera, cerré la puerta de mi *penthouse* de Edimburgo a mi espalda, pero el eco de las palabras de Eve, del nombre de Hunter en sus labios, seguía resonándome en los huesos.

El *penthouse* me resultó asfixiante, y también la decisión de haber ido a ver a Layla. Mi intención había sido ayudarla y estar allí como amigo, sin embargo, en ese momento era difícil no arrepentirme.

Tiré el bolso sobre el sofá y me quedé mirándolo durante lo que parecieron siglos. El cuerpo me pesaba como piedra y la mente me ardía. Todo en mí gritaba por volver con ella, pero me quedé allí, conmocionado y destrozado por dentro.

Esa habitación. Sus palabras. Su dolor.

El dolor de Eve era distinto. Silencioso y hondo, no aullaba ni rugía. La llenaba por dentro. La envenenaba. Y, en ese momento, yo me había convertido en parte de eso. La había jodido a lo grande. Primero al aceptar ver a Layla sin decírselo a mi esposa, y segundo al permitir que su madre se abriera paso hasta nuestra casa. Había percibido la incomodidad de Eve cada vez que hablaba de ella, y debí confiar en ese instinto que me advertía no dejar que esa mujer se acercara a mi esposa.

Sin embargo, eso no disminuía el dolor.

Dejándome caer sentado en el borde de la cama, enterré el rostro entre mis manos.

Eve no solo había perdido a su marido y a su hijo. Había sufrido la peor clase de traición. Y nunca había dicho una sola palabra.

Con razón no podía respirar. Con razón el duelo la consumía. Con razón se encerraba en sí misma.

La voz de mi madre resonó en mi cabeza.

«Ten cuidado con a quién intentas salvar, Lachlan. Hay gente que sangra demasiado como para ser salvada».

Pero Eve no necesitaba que la arreglaran. Necesitaba tiempo. Necesitaba aire.

Y yo necesitaba averiguar si podía cumplir mi promesa y darle el espacio necesario para asimilar lo que significaba ser mi esposa.

Necesitaba que dejara ir el pasado y me amara a mí, no a los fantasmas a los que se aferraba para mantenerse protegida.

Saqué el teléfono, con el pulgar suspendido sobre su contacto, pero me detuve antes de tocarlo.

No necesitaba un mensaje. Necesitaba espacio.

Sabía que me estaba alejando de una mujer que se había convertido en todo para mí.

Era todo lo que quería.

Pero no así.

No hasta que estuviera entera.

Y solo mía.

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

EVE

Mi supuesta madre se había ido. Y también mi esposo.

La casa se sentía vacía sin Lachlan. Incluso con Elise, Brandon, Colin y Margaret todavía allí, un dolor punzante se había instalado en mi pecho. Agradecía la compañía de todos, sin embargo, su presencia también me dificultaba pensar. Revisar los escombros de lo que acababa de pasar. Y encontrar la manera de acercarme a mi esposo después de la tormenta que había desatado.

El resto del día transcurrió como un borrón. Habían pasado horas, pero nadie se había recuperado por completo de la escena que se había desarrollado en el comedor. Todos se veían agotados: sombras bajo los ojos, manos demasiado quietas, voces demasiado suaves.

Yo me sentía peor. Por fuera estaba entumecida, mas por dentro me estaba deshaciendo. Devastada ni siquiera era una palabra suficiente para describir cómo me sentía. Era como si mi dolor hubiera cambiado de forma. Ya no era tan afilado, pero sí más pesado. Amargo. Corrosivo.

A última hora de la tarde, todos nos habíamos reunido en la biblioteca, evitando de manera inconsciente el lugar donde había ocurrido el desastre. La chimenea crepitaba con un sonido bajo y el aroma a libros viejos y madera quemada nos envolvía como una manta… una que no lograba mantenernos del todo calientes.

Elise se sentó en el brazo del sillón junto a mí, con los ojos enrojecidos y vidriosos.

—¿Por qué no nos dijiste? —preguntó en un susurro, apenas sosteniendo la compostura—. Deberías habérmelo dicho.

—No lo sé. Es que… no sabía cómo. —Me cubrí el rostro con las manos desde mi lugar en el sillón—. Ahora el odio que sentía hacia mí tiene sentido.

—Es que no puedo creerlo —musitó—. Todos estos años… Lo siento muchísimo. Debería haber hecho más.

Negué con la cabeza.

—No te correspondía. Tú también eras una niña y, de todos modos, ya has hecho muchísimo. Por favor, no sigas pensando en eso.

—Ella ya está fuera de nuestras vidas.

—Elise, sigue siendo tu madre, no tienes por qué…

—No —me interrumpió—. Ya me cansé de su egoísmo. No nos merece. —Me pellizqué el puente de la nariz mientras ella continuaba—: Hizo algo imperdonable. ¡Era tu esposo, Eve! Dios, ¿y cómo se supone que voy a confiarle el mío?

—No le confiaría ningún hombre —mencioné.

—Debería haberte ayudado. ¿Cómo pudo Hunter hacer algo así?

—Hunter y yo ya estábamos mal. Cuando regresé temprano esa noche, esperando arreglar las cosas, y en lugar de eso los vi juntos, sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. Ni siquiera grité. No lloré. Solo… miré.

Poco a poco levanté la cabeza, con la garganta cerrándoseme.

—Pero no fue solo por su traición. Fue por Hayden. —Mi voz se quebró al pronunciar el nombre de mi hijo. Era una fractura en mi alma—. Estaba durmiendo tan profundamente. Quise llevármelo en ese mismo instante, irme, pero… no quise despertarlo. Se veía tan tranquilo. Tan a salvo. Me dije que regresaría por la mañana y nos iríamos. Solo nosotros dos. —El silencio cayó entre nosotras como plomo. Incluso el fuego pareció apagarse—. Lo dejé allí. —Logré decir, ahogándome—. Si no lo hubiera… si tan solo yo…

—No lo sabías —aseguró Elise, con una voz amable aunque firme —. No podías saber que había una fuga de gas bajo tierra. No podías haber evitado lo que pasó.

—No importa —objeté, apartándome las lágrimas de las mejillas —. No cambia cómo me siento. La culpa. No deja de hacerme pensar en qué habría pasado si…

Brandon se puso en cuclillas a mi lado y rodeó con un brazo la cintura de Elise.

—No creo que nadie pudiera haber pasado por lo que tú pasaste y seguir cuerdo, Eve.

—No estoy segura de haber *seguido* cuerda. —Intenté sonreír, pero la sonrisa se deshizo—. ¿Quién habría pensado que el día iba a terminar así?

Colin se había acomodado en uno de los sillones, con un cigarro ya encendido entre los dedos. Exhaló despacio y el humo subió hacia el techo como una advertencia.

—Yo sí —expresó—. Cuando la gente esconde sus heridas demasiado tiempo, empieza a pudrirse por dentro. Y, tarde o temprano, sangra. —Me miró—. Sin embargo, sangrar no siempre es el final. A veces es el comienzo.

Lo miré.

—No tengo idea de qué significa eso y soy escritora —repliqué.

Esbozó una sonrisa leve.

—Ignora las divagaciones de un viejo que cometió muchos errores y vio a otros cometer unos todavía peores.

Margaret, acurrucada en un sofá cercano, tomó su taza de té.

—Tiene razón, ¿sabes? —añadió—. Los McLaren podrán ser tercos, pero no somos ciegos. Lachlan no se casó contigo por conveniencia. Te entregó el corazón, incluso sin saber qué harías con él.

Asentí, mordiéndome el interior de la mejilla. Las palabras *lo amo* me presionaban en la parte de atrás de la garganta, deseando salir.

Sin embargo, no las dije.

Tal vez porque necesitaba que Lachlan las oyera de la manera correcta, en el momento correcto. O tal vez porque, por una vez, necesitaba dejar de precipitarme y empezar a hacer las cosas bien.

Respiré hondo.

—Colin, ¿te importaría si trabajo desde casa?

Él alzó las cejas, y luego una sonrisa se abrió paso en su rostro.

—*Lass*, voy a extrañarte muchísimo en la oficina, pero sí, claro que sí. —Le devolví una sonrisa tenue—. Me alegra oír que vas a volver a escribir —animó después de una pausa.

Fruncí el ceño.

—No dije eso.

Se inclinó hacia delante, estudiándome con esa mirada inquietantemente perceptiva.

—Entonces, ¿por qué quieres trabajar desde casa?

Exhalé.

—Porque *voy* a volver a escribir.

Y a sanar.

Porque tenía que volver a encontrarme. No a la viuda rota y consumida por el duelo ni a la esposa que reaccionaba desde la herida, sino a la mujer que todavía creía en el amor. Que todavía creía en lo que Lachlan y yo teníamos y en lo que aún podíamos llegar a ser.

Margaret soltó un chillido suave y aplaudió, recordándome en ese momento a la amiga de Ainslee, Islaine.

El sol se derretía en el horizonte, dejando pasar una luz dorada por los altos ventanales. Todo estaba teñido de ese tono extraño y nostálgico que siempre parecía aparecer al final de los días cargados de emociones.

Al final, Elise y Brandon recogieron sus cosas, listos para irse a mi apartamento de Edimburgo para pasar la noche antes de volar de regreso a casa por la mañana.

Elise se quedó junto a la puerta, claramente reacia a irse. Sus ojos volvían una y otra vez hacia mí, como si fuera a desmoronarme en cuanto me diera la espalda.

—No quieres irte, ¿verdad? —pregunté en voz baja.

Negó con la cabeza, apretando los labios en una línea preocupada.

—No. La verdad, no.

Di un paso al frente y tomé sus manos entre las mías.

—Elise, estoy bien. No perfecta. Ni de cerca. Pero voy a resolverlo. Tengo que hacerlo. ¿Y tú? Necesitas dejar de cuidarme como si fueras mi madre y empezar a pensar en tu propia vida.

Sus cejas se dispararon hacia arriba.

—¿Quién eres tú y qué hiciste con mi hermana?

Me reí y la abracé con fuerza.

—Debí haberte dicho todo eso hace mucho tiempo, y lo sabes.

—Siempre fuiste la fuerte —murmuró contra mi hombro.

Me aparté para mirarla.

—Tú y Brandon me han sostenido más veces de las que puedo contar, pero ahora les toca a ustedes. Déjame preocuparme por ti por una vez.

Brandon sonrió de lado y me dio un beso en la mejilla.

—Bonito discurso. Pero seguimos siendo mayores. Eso significa que sigue siendo nuestro trabajo preocuparnos.

Puse los ojos en blanco con cariño.

—Pero no soy su hija. No soy su responsabilidad. ¿Está bien?

Ambos asintieron, aunque de mala gana.

Nos abrazamos otra vez con fuerza y luego Brandon tomó la mano de Elise con suavidad y la condujo hacia la puerta. Ella volvió la vista una última vez, y yo le dediqué una pequeña sonrisa.

—*Yo me encargo.* —Articulé en silencio.

Ella asintió y luego desapareció con él por el corredor, dejando atrás el eco reconfortante de años de amor.

Colin y Margaret se marcharon poco después.

En la puerta principal, Margaret me abrazó. Su perfume olía a lavanda y cítricos.

—No lo olvides, querida —susurró contra mi mejilla—. Los McLaren entregan el corazón una sola vez.

La abracé un momento más antes de asentir.

—No lo olvidaré.

Con los brazos bien cruzados sobre el pecho, me quedé inmóvil en el patio de grava, dejando que el frío del comienzo del otoño se me metiera bajo la piel. El castillo se alzaba a mi espalda, en silencio ya… demasiado presente. Un silencio tan ensordecedor como ese solía caer solo después de que algo vital en la vida se rompía.

Mientras Margaret y Colin avanzaban por el sendero, los vi desaparecer entre la niebla del anochecer.

Si bien volvía a estar sola, esta vez no estaba vacía.

Esta vez, tenía un plan.
Y esta vez, iba a luchar por el hombre que amaba.

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

EVE

El castillo se sentía demasiado grande estando yo sola allí.

Mis pasos resonaban sobre los pisos de piedra mientras subía a nuestra habitación. Su aroma seguía impregnando el espacio. Su reloj aún estaba sobre la cómoda, justo al lado del mío. Su camisa, una vieja, suave de tantas lavadas, seguía echada al pie de la cama. Me quité la ropa y luego me pasé por la cabeza la camisa de Lachlan. El borde me rozó las rodillas. Se sintió como su abrazo. Como recuerdos.

Me acurruqué en el asiento junto a la ventana, con las rodillas apretadas contra mi pecho. Desde allí, la belleza azotada por el viento de la propiedad se extendía en todas direcciones, pero nada de eso lograba aliviar el dolor en mi corazón.

Había arruinado todo.

Debería haberle dicho que escuché el buzón de voz. Debería haber confiado en Lachlan en lugar de permitir que los viejos fantasmas me hicieran caer en pánico. Para alguien que escribía historias de amor, yo había fracasado por completo en la mía.

—Estoy enamorada de él —susurré en la quietud. Las palabras se sintieron extrañas en mis labios, como un secreto que me había dado demasiado miedo admitir—. Estoy enamorada de mi esposo.

La verdad se asentó profunda en mis huesos.

Me puse de pie, de pronto inquieta, tomé mi gastado cuaderno de cuero de la mesa de noche y me senté junto al fuego con una pluma. Las palabras brotaron de mí como una inundación: crudas,

reales, imperfectas. Y por primera vez en meses, me permití perderme por completo en el mundo que estaba construyendo. En un amor por el que valía la pena luchar.

Para cuando el sol desapareció detrás de las colinas, yo estaba agotada. Tenía la mano acalambrada de tanto escribir. Me arrastré hasta la cama y me metí bajo las cobijas, enterrando el rostro en la almohada de Lachlan. Todavía olía a él: a cedro y jabón. La apreté con fuerza, y el dolor en mi pecho dio paso a sollozos silenciosos.



Pasaron tres largos días.

Se volvió una rutina para mí vivir metida en las camisas de Lachlan. En las que todavía conservaban su olor.

Llenaba mis mañanas con largas y agotadoras carreras, y el resto del día con hora tras hora de escritura. Como si la productividad pudiera sustituir a la paz. Cada vez que regresaba de salir, esperaba (y deseaba) encontrar a Lachlan en la terraza. Con las manos en los bolsillos. Luciendo esa sonrisa apenas torcida que siempre me hacía sentir vista.

Sin embargo, la terraza seguía vacía.

Para el cuarto día, ya no pude soportarlo más. Me vestí, luego me cambié y me volví a cambiar, hasta decidirme por una blusa rosa suave, *jeans* y un cárdigan. El viento otoñal de Escocia ya mordía, así que necesitaba el calor extra, sobre todo para lo que estaba a punto de hacer.

Me detuve frente a la cómoda. Junto a los relojes de lujo de Lachlan, mi vieja cadena con los anillos descansaba enredada y olvidada. No la había tocado desde la noche en que él se fue. Las únicas joyas que me importaban en ese momento eran los anillos que intercambiamos cuando dijimos nuestros votos ante el altar.

Volví a ponerme el anillo de bodas de Lachlan en el dedo, respiré hondo una última vez y salí.

Una hora después, el edificio de su apartamento en la ciudad relucía frente a mí. Frío. Moderno. Todo vidrio y líneas limpias.

Tan distinto a él. Tan distinto a nosotros.

El río serpenteaba cerca y la ansiedad me giraba en el pecho mientras me quedaba allí, mirando el último piso como si tal vez pudiera alcanzar a verlo en su *penthouse.*

«¿Lo llamo? ¿Subo así nada más?».

Las manos me temblaban por la indecisión hasta que el universo respondió por mí. Las puertas principales se abrieron, y allí estaba él.

Con Layla.

Salieron juntos, con la mano de ella enroscada en su brazo. Sus mechones dorados atrapaban la luz del sol mientras caminaban lado a lado.

Todo el aire abandonó mis pulmones. No podía respirar.

Quizás una mujer más inteligente se habría dado media vuelta y habría huido. Pero no la mujer enamorada que se aferraba desesperadamente a la certeza de que su esposo se preocupaba por ella, de que la amaba.

No me vieron. Todavía no.

Se giraron para bajar por la calle, alejándose, cuando lo llamé:

—Lachlan.

Mi voz llegó amortiguada por el viento.

Él se quedó inmóvil y luego se volvió muy despacio.

Nuestras miradas chocaron a la distancia.

El ruido de la calle se apagó. La ciudad entera se encogió.

Se veía cansado. Más viejo. Pero seguía siendo completamente *él*.

Me acerqué, con el pulso retumbándome en los oídos. Cada paso era una negociación entre la esperanza y la vergüenza.

Su expresión era ilegible. ¿Estaba herido? ¿Agotado? El corazón intentaba salírseme del pecho bajo el peso de su mirada.

Me detuve a unos pasos de él.

Abrí la boca, pero no salió ninguna palabra. Me aclaré la garganta y lo intenté otra vez.

—Hola, Lachlan.

—Hola —respondió Layla.

Su tono y su expresión eran sorprendentemente amables. No había triunfo en sus ojos, solo empatía.

Volví a concentrarme en él, jugueteando con el botón de mi cárdigan. No había esperado tener público.

—Me gustaría explicarte, si te parece bien.

Layla dio un paso atrás.

—Les daré un poco de espacio.

—Gracias —dije, sin apartar la vista de Lachlan.

El silencio nos envolvió mientras los pasos de ella se alejaban.

—Yo… —Mi voz falló—. Tú y Hunter…

Dios, ¿cómo podía siquiera explicar esto?

Tomé aire hondo y exhalé despacio.

—Cuando te conocí, no pude evitar notar lo mucho que te parecías a él. Pero esa sensación… se me pasó. Ya no lo veo en ti.

Su expresión no cambió. No pude saber si me creía.

Volví a tomar aire, esta vez temblando.

—Después de lo que pasó… ahora sabes por qué odio a mi madre.

—Sí —afirmó.

Era la primera palabra que me dirigía en días.

Esa sola sílaba abrió una grieta en algo dentro de mí.

—La noche antes de que Hunter y Hayden murieran, volví temprano de un viaje —comuniqué—. Bueno, ya escuchaste casi todo eso, pero yo… —Me abracé a mí misma mientras los recuerdos me atravesaban—. Hunter me había dado su anillo antes de que me fuera. Fue un ultimátum, y yo pensé… Tal vez tenía razón. Necesitaba reevaluar mis prioridades. Nunca se me ocurrió que él *quisiera* distancia.

La mandíbula de Lachlan se tensó. Aun así, sus ojos… sus ojos se suavizaron. El dolor destelló en ellos.

—Creo que, en el fondo, siempre supe que Hunter y yo no estábamos destinados a durar. Pero Hayden… —Se me quebró la voz —. Le besé la frente. Le acomodé mejor la manta. Le prometí que volvería en la mañana por él.

Parpadeé con fuerza. Negándome a llorar.

—Me fui, pero cuando regresé… había una fuga de gas… Y yo… yo me culpé a mí misma, a Hunter y al mundo entero.

No pronunció una sola palabra.

Y, aun así, fue suficiente.

—Nunca debí cargarte todo esto a ti —susurré—. Tú no te pareces en nada a él. Eres todo lo que él no fue. Lo siento muchísimo.

Justo en ese momento, Layla regresó, con los tacones golpeando suavemente el pavimento.

—Lo siento mucho —interrumpió, sonando sincera—, pero si no nos vamos ya, voy a llegar tarde.

—Está bien —repliqué en voz baja—. Ya terminamos.

Miré a Lachlan una última vez, esperando algo, lo que fuera. Pero él no dijo nada.

—Adiós, Lachlan —musité.

Y luego me alejé mientras mi corazón se quedaba atrás.

Cuando doblé la esquina, me detuve y me apoyé contra la pared de ladrillo, con el frío colándose a través del cárdigan. Bajé la mirada hacia mis manos. Su anillo seguía brillando en mi dedo. Recorrí sus bordes con la yema, recordando nuestros votos.

Lo nuestro había sido rápido. Caótico. Hermoso. Pero nunca un error. Y definitivamente no un arrepentimiento.

Quise volver corriendo, decirle que lo amaba. No obstante, mis demonios me susurraron que yo seguía demasiado rota. Que él merecía más. Que si me quisiera, habría venido detrás de mí. Que ya era demasiado tarde.

Así que levanté la mano para detener un taxi.

Y regresé al castillo que una vez llamamos hogar.

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

LACHLAN

El trayecto en coche hacia la pista de aterrizaje fue silencioso. Layla sabía más que bien que no debía romper un silencio que no le pertenecía llenar. Mantenía la mirada fija en la ventana, con los dedos entrelazados sobre el regazo. Alguno que otro resoplido traicionaba el dolor que se había negado a mostrar antes.

Su mejor amiga estaba muerta. Iba camino a un funeral. Y aun así, Layla se hizo a un lado por la mujer a la que, no hacía mucho, le desagradaba.

Mi esposa.

La mujer que amaba. La mujer a la que presioné demasiado.

Si volvíamos a caer en brazos del otro, en una o dos semanas estaríamos exactamente en el mismo punto. Ambos necesitábamos tiempo para poder seguir adelante juntos y encontrar la felicidad.

Apreté más el volante, con la idea de mantenerme lejos convertida en un dolor hueco dentro de mi pecho.

Habían pasado cuatro días, pero se sentían como cuatro años.

Seguía moviéndose como poesía, con el duelo grabado en los huesos. Aunque había algo distinto en ella. Una crudeza que antes no estaba. Menos armadura. Más verdad.

Sin embargo, no dijo que me amaba.

Afirmaba que ya no veía a Hunter cuando me miraba, pero alguna vez *sí* había visto su sombra. Y, una vez que veías un fantasma en alguien, nunca terminaba de irse del todo.

Hunter.

Tan solo escuchar su nombre en labios de ella hacía que me ardiera la sangre. Odiaba a ese hombre. Odiaba lo que le había hecho a ella. A Hayden.

Y aun así, cuando confirmó que ya no lo veía en mí… Dios, sentí como si una represa se rompiera. O tal vez como si una herida se abriera otra vez.

Ella todavía no estaba lista para mí. Necesitaba tiempo y sanación. Los dos lo necesitábamos.

Miré de reojo a Layla. Tenía las pestañas húmedas, pero ninguna lágrima le resbalaba por las mejillas. Observaba el paisaje pasar, sin querer entrometerse en el silencio que se extendía entre nosotros.

—¿Segura de que no quieres que vaya contigo? —pregunté en voz baja.

Se volvió hacia mí con una sonrisa cansada.

—No. Ya has hecho suficiente. De verdad.

Atravesamos las rejas de seguridad. Mi *jet* nos esperaba al final de la pista, elegante y plateado bajo la luz de la mañana. Estacioné y apagué el motor.

—Voy a esperar aquí —indiqué, desabrochándome el cinturón.

—No tienes que hacerlo.

—Lo sé.

Nos bajamos juntos de la SUV. La ayudé con su bolso. Una ráfaga de viento tiró de su abrigo y ella se rodeó con los brazos, con los ojos enrojecidos, pero firmes.

—Lo de ustedes dos… no ha terminado, ¿verdad? —indagó con suavidad.

Miré más allá de ella, hacia el horizonte. El cielo estaba despejado y azul, prometiendo un día más cálido.

—Ya no sé lo que es.

—Ella lo está intentando —declaró Layla—. Haya pasado lo que haya pasado, ya no está donde estaba antes.

—No —coincidí—. Yo tampoco.

Layla alargó la mano y me tocó el brazo.

—Decidas lo que decidas, espero que te traiga paz.

Asentí una sola vez.

—Cuídate.

Me dio un abrazo breve y feroz, luego se volvió y subió la escalerilla de embarque. La tripulación la recibió con palabras bajas y expresiones sombrías.

Me quedé al borde del asfalto, mirando hasta que la puerta se cerró y los motores del *jet* empezaron a rugir.

Cuando el avión alzó vuelo y desapareció entre las nubes, exhalé despacio.

«Y ahora ¿qué?»

Cerré los ojos. El viento deslizó sus dedos fríos bajo el cuello de mi abrigo, envolviéndome la garganta como el arrepentimiento. En algún punto a la distancia graznó un cuervo. El sonido era demasiado áspero, demasiado solitario, demasiado parecido a la forma en que Eve había dicho adiós.

El sonido de su voz seguía conmigo.

No eran solo las palabras, sino los espacios entre ellas. Las pausas donde debería haber vivido un *te amo*.

Joder, la amaba con un dolor que nunca se desvanecería.

CAPÍTULO SETENTA

EVE

Después de semanas de darle vueltas y esperar un milagro, había tomado una decisión. Era hora de seguir adelante y dejar el hogar que no era mío. Hice las maletas y me fui a Edimburgo al primer rayo del amanecer, con el suave golpeteo de las ruedas de la maleta sobre el sendero de piedra como única despedida. Mi partida ya había ocurrido de mil maneras silenciosas mucho antes de que yo cerrara la puerta del castillo McLaren.

Ainslee fue la primera en protestar, con la frustración apenas disimulada por la preocupación. Margaret, con un enfoque más suave, me preguntó si quizá podía quedarme hasta después de las fiestas. Incluso Colin me dedicó una mirada suplicante, pero sabía que yo no iba a volver a trabajar en *McLaren Enterprises*, ni de manera presencial ni a distancia. No podría seguir adelante si tuviera que ver a Lachlan o escribirle correos todos los días.

Así que eso era todo. Iba a seguir adelante.

Les besé las mejillas y sonreí, aunque dudaba que la sonrisa me llegara a los ojos, pero les prometí que estaría bien.

No me creyeron del todo.

Así que fueron a verme. Casi todos los días. Me llevaban flores, comida, historias y actualizaciones sutiles que yo no había pedido. Incluso Lizzy vino a visitarme con Colin una o dos veces.

—Todavía no ha vuelto —murmuraba Ainslee, doblando un paño de cocina como si le debiera respuestas.

—Sigue sin haber señales de él —añadía Margaret mientras atendía la planta olvidada en una esquina del cuarto, con un tono deliberadamente casual.

Colin no decía nada; solo me observaba mientras yo fingía no darme cuenta. Cada vez que nuestras miradas se encontraban, yo sonreía. Era más fácil que explicar el dolor sordo y persistente que tenía clavado bajo las costillas.

Antes de irme del castillo, dejé mi cadena con las antiguas alianzas dentro de la jabonera del baño de Lachlan. Un capítulo cerrado.

No obstante, el collar que Lachlan me había dado, el de zafiros y diamantes grises, no podía simplemente dejarlo por ahí. No era una joya cualquiera. Lo encarnaba a él. La forma en que me miró aquella noche. Lo que se sintió ser elegida. Así que lo guardé en su caja fuerte. Giré la perilla con manos temblorosas y lo sellé allí, como un secreto demasiado frágil para conservarlo a la vista.

Pero mi anillo de bodas… ese no pude quitármelo.

Me miré en el espejo después de cerrar la caja fuerte aquella mañana, con los dedos cerrados sobre la banda, tratando de obligarme a quitármelo. No pude.

Tal vez era una tontería. Tal vez una debilidad. O tal vez era otra cosa.

Esperanza.

Una esperanza callada y obstinada de que, en algún lugar, donde fuera que estuviera, Lachlan todavía llevara el mío.

Así que seguí usando el anillo.

No porque estuviera esperando.

Sino porque algunas cosas, incluso en su ausencia, seguían importando.



Escribía todos los días.

Todo lo que no había sido lo bastante valiente como para decir en voz alta se derramaba sobre las páginas en ráfagas urgentes,

manchadas de tinta. La pluma arañaba el papel con frenesí, las letras negras duras sobre el blanco. Escribía hasta que me ardían los ojos y las palabras se me mezclaban unas con otras, hasta que la mano se me acalambraba, como si mi cuerpo se negara a dejar esos pensamientos atrapados dentro de mi cabeza. Hasta que un sueño inquieto me vencía, una escapatoria demasiado breve en la que soñaba con ojos grises.

A veces, esos ojos me contemplaban como si yo fuera su vida, mientras Lachlan me susurraba dulces palabras vacías en gaélico al oído.

Y otras veces, me miraba como si yo fuera su pesadilla.

Me despertaba deseándolo. Y después seguía escribiendo.

Cada día escribía como si se me acabara el tiempo. Garabateaba hasta llenar los márgenes, investigaba apenas lo suficiente para que la historia no se deshiciera y luego seguía escribiendo. Había una desesperación sutil en ello, pero me mantenía en pie.

Y aun así, esperaba que Lachlan llamara o apareciera en mi puerta, ya fuera con una maleta en la mano o exigiendo el divorcio.

Pero el silencio se alargaba día tras día.

No llamaba. No venía. Y quizá la antigua yo se habría derrumbado.

Sin embargo, esta nueva versión no.

Sí, lo extrañaba. Extrañaba la firmeza áspera de su tacto, la manera en que me sonreía como si yo fuera a la vez exasperante e irresistible, la forma en que hablaba sin rodeos y jamás decía algo que no sintiera de verdad. Dolía. Me raspaba por dentro hasta dejarme vacía.

Sin embargo, me negaba a ceder ante ese vacío.

Amaba a Lachlan, e iba a seguir amándolo con todo lo que tenía. Y cargaría con eso, no con amargura, sino con una gratitud silenciosa. Aquellas semanas con él fueron mías. Fueron reales. Y, por ese momento, eran suficientes.

Seguí corriendo, seguí concentrándome en mí. Cada mañana, por las calles de la ciudad llenas de niebla, hasta que me ardían los pulmones y el viento me devolvía el color a las mejillas. Me

alimentaba incluso cuando la comida me sabía a cartón. Preparaba té y lo bebía despacio.

Respiraba.

Margaret y Ainslee pasaban a verme casi un día sí y otro no, fingiendo que era casual, pero sus ojos siempre se demoraban un poco más de la cuenta. Me estaban vigilando, lo sabía, mas no me molestaba. Me alegraba tener compañía.

Hablaba con Elise todos los días. Nuestras conversaciones eran una mezcla de risas, novedades y también pequeños momentos de hermandad que me sostenían.

La vida se desaceleró.

En esos momentos tenía una sencillez, un ritmo, como olas alisando una costa escarpada.

Excepto por una cosa… faltaba Lachlan.

Margaret sonreía radiante cada vez que yo mencionaba mis avances con el libro. A veces le leía una línea o dos, cuidando de no arruinarle la trama. Se iluminaba como una niña a la que le permitían participar en un secreto.

Una noche me arrastró a su club de lectura: un grupo de mujeres de lengua afilada, amantes del vino, con pasados escandalosos y cero paciencia para las pretensiones. Les conté historias. No solo las de mis libros, sino también un vistazo detrás del telón: qué había encendido la idea, quién me había roto el corazón antes de aquel capítulo doce y cómo ciertos personajes nacían del amor mientras otros nacían del duelo.

Se volvió algo semanal. Nuestras noches de jueves de vino tinto, chismes susurrados y corazones rotos compartidos. Bebíamos demasiado. Nos reíamos hasta que nos dolía el estómago. Ellas se burlaban de los pequeños fragmentos que yo les leía en voz alta. Yo me burlaba de sus historias escandalosamente detalladas sobre aventuras que habían tenido alguna vez en ciudades extranjeras o con pretendientes poco apropiados. A veces llorábamos juntas sin saber muy bien por qué.

Hice amigas para toda la vida.

Los días se desdibujaron, convirtiéndose en semanas.

Y luego las semanas se transformaron en dos meses enteros sin Lachlan.

Y cada noche, yo seguía durmiendo con su camisa.

CAPÍTULO SETENTA Y UNO

EVE

Por fin hice la llamada.

Me había tomado semanas de mirar fijamente el manuscrito, de dudar de mí misma, de intentar mantenerme entera sin Lachlan. Pero lo hice. Llamé a Callen y le dije que estaba lista para aceptar su oferta de ponerme en contacto con la editorial en Edimburgo.

Resultó que era su editorial.

Aunque al principio le restó importancia, yo era muy consciente de que no podía andar repartiendo favores. Su socio era conocido por ser perspicaz, implacable y selectivo con los manuscritos que aceptaban. Callen no podía hacer concesiones por mí. Tendría que ganármelo. Y así era exactamente como yo lo quería.

Solo Elise había leído mi manuscrito. Lloró. Se rio. Me dijo, entre lágrimas, que era lo mejor que había escrito hasta ese momento. Yo esperaba que tuviera razón. Había vertido en esas páginas partes de mí que nunca antes me había atrevido a mostrar. No se parecía a nada de lo que hubiera escrito en el pasado. Era crudo. Intenso. Un poco roto.

Igual que yo.

Estaba caminando de un lado a otro cuando sonó mi teléfono. Lo agarré sin vacilar.

—*Eve* —dijo la voz de Callen—. *¿Estás sentada?*

—No —respondí con honestidad—. Estoy demasiado nerviosa para quedarme quieta. Solo dímelo. ¿Son malas noticias?

Dudó. Mi corazón dio un tropezón.

Entonces…

—*Le encantó, demonios*. —Las rodillas se me doblaron, pero no me caí. Una oleada de adrenalina me recorrió—. *Queremos firmarte esta semana* —añadió.

Exhalé profundamente y luego solté un chillido, alto y sin reservas. Al otro lado del pequeño apartamento, Ainslee, Bram y Margaret levantaron la vista, sobresaltados, y enseguida sonrieron al mismo tiempo.

—¡Te lo dije! —gritó Ainslee—. ¿No te lo dije?

—No puedo creerlo —murmuré, aturdida—. Es tan distinto a todo lo que he escrito.

—*Por eso es brillante* —halagó Callen—. *Te quitaste la máscara. Es honesto. Queremos movernos rápido con esto; imprimirlo en dos semanas. Queremos que salga antes de Navidad*.

Se me cayó la mandíbula.

—Eso es ambicioso.

—*Ya hicimos los cálculos. Va justo, pero se puede si nos movemos ahora. Vamos a necesitarte visible para el lanzamiento. Entrevistas, lecturas, todo eso. ¿Estás bien con eso?*

Hice una pausa de medio segundo. El dolor en mi pecho se encendió, pero enderecé la espalda.

—Nada va a detenerme.

—*Bien* —replicó Callen—. *Porque esto va a ser grande*.

Hablamos de la logística y, cuando colgué, no pude contener la emoción que me corría por dentro. Salté arriba y abajo, riéndome como una tonta. Ainslee y Bram se unieron, y Margaret nos envolvió a todos en un abrazo cálido.

—Este es el mejor regalo de Navidad. —Celebró Ainslee mientras servía *champagne.*

—Por la escritora de nuestra familia. —Brindó Margaret.

Chocamos las copas y yo alcé la mía, sonriendo, pero algo dentro de mí permaneció quieto. Este momento debería habernos pertenecido a nosotros: a Lachlan y a mí. Aun así, me negué a permitir que su ausencia empañara esta victoria.

—Quieren publicarlo en dos semanas —repetí.

—¡No me jodas! —exclamó Margaret, radiante—. Eso significa que podré leerlo antes de Navidad.

—Voy a tener que quedarme en la ciudad durante las próximas dos semanas, hasta la publicación y probablemente unos días más.

—Aquí estaremos —dijo Margaret con suavidad, atrayéndome a otro abrazo.

Me aferré a ella un poco más de lo necesario, reuniendo el valor para decir lo que tenía que decir. Mi decisión ya estaba tomada.

—Q-quería decirles algo más —vacilé—. He decidido volver a Estados Unidos. —El cuarto quedó en silencio—. Los quiero muchísimo. A todos ustedes. A esta ciudad. A este país… Pero este es el espacio de Lachlan, y no puedo vivir con el eco de alguien que no quiere enfrentarme. No es justo para ustedes, y no es justo para mí.

A pesar de que los ojos de Ainslee se humedecieron, asintió.

—Eres fuerte, Eve —consoló Margaret, con la voz baja pero firme —. Haz lo que necesites hacer.

Le dediqué una pequeña sonrisa. Mi corazón seguía doliendo por él.

No obstante, esto era para mí. Era mío. Mi voz. Mi libro. Mi vida.

Y no iba a dejar de seguir adelante.

CAPÍTULO SETENTA Y DOS

EVE

Iba a reunirme con Callen y su socio, William, en Martin Wishart, en Edimburgo. El ambiente vibraba de expectación. La promoción del nuevo libro estaba en pleno auge y mi manuscrito acababa de entrar en su última ronda de edición. La recepción temprana ya había superado las expectativas. Sentía que, por fin, todo aquello por lo que había trabajado estaba encajando.

Callen estaba a mi lado afuera, prácticamente rebosando de emoción, mientras William se había adelantado para conseguirnos una mesa.

—Los pedidos anticipados suben cada hora —informó Callen, deslizando el dedo por la pantalla del teléfono—. Las redes están que arden. Somos tendencia en cuatro países distintos. Esto es enorme, Eve.

Sonreí ante su entusiasmo contagioso.

—Callen —dije, negando con la cabeza—, estás más emocionado que yo.

—Y con toda la razón —respondió con un guiño—. Eres mi gran hallazgo.

Solté una carcajada.

—No soy ningún gran hallazgo.

—Sí lo eres —insistió, sonriendo—. Eres *el* hallazgo. La que nos puso en el mapa.

No obstante, su expresión cambió en el lapso de un latido. La sonrisa se le desdibujó, sustituida por algo incierto. Miró más allá de

mí y su cuerpo se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa?

Me giré, y el mundo se inclinó.

Mi corazón se detuvo.

Lachlan.

Estaba sentado al otro lado del salón, impecable en una chaqueta negra de corte perfecto, pero tenía la mirada fija en mí. A su lado, una morena hermosa, elegante y serena, descansaba la mano sobre su antebrazo, como si le perteneciera ese lugar.

No pensé. Mis piernas se movieron antes de que mi mente pudiera alcanzarlas. Un instante estaba junto a Callen. Al siguiente, me encontraba frente a la mesa de Lachlan, como si un imán me hubiera arrastrado hasta allí.

Era todavía más devastador de lo que recordaba. Más afilado, de algún modo. Una sombra de barba le cubría la mandíbula. Tuve que obligarme a no alargar la mano, a no cerrar la distancia entre nosotros.

—Hola, Lachlan —saludé en voz baja.

El pecho me dolió al apretarse. Ese hombre seguía siendo el latido bajo mis costillas. Seguía siendo la razón por la que mis nervios se sentían salvajes e inestables.

—Hola, Eve.

Su voz, grave y conocida, me recorrió por dentro. Tenía el poder de incendiarme y desarmarme en un mismo aliento.

La sala se desvaneció. Las mesas. El tintinear de las copas. Las conversaciones. Todo desapareció.

Solo éramos nosotros.

Se veía cansado. Se le notaba el desgaste. Y, aun así, nada podía apagar la intensidad de sus ojos ni la forma en que ardían clavados en mí.

Entonces, la mujer a su lado se inclinó hacia delante, con una sonrisa pulida y tensa.

—¿Quién eres? —Sus dedos se curvaron sobre el antebrazo de él, sutiles pero deliberados, marcando territorio—. ¿Y por qué tu anillo combina con el de Lachlan?

Bajé la vista hacia mi dedo anular y luego mi mirada se deslizó a la mano izquierda de Lachlan. Su anillo de bodas seguía allí también.

Se me cortó la respiración.

Por el rabillo del ojo, capté la incomodidad de Callen cuando se removió torpemente a mi lado.

—Soy su esposa —repliqué con calma, aunque me temblaban los dedos. No sabía si era por contenerme o por la abrumadora necesidad de tocar a Lachlan. De demostrarme que era real, que seguía siendo *mío*—. Eve Bailey-McLaren —añadí con intención.

¿Fue mezquino? Probablemente. Pero no me importó, y mientras los ojos inmutables de Lachlan seguían fijos en mí, no pude evitar pensar en la primera vez que lo vi. Su parecido con Hunter me robó el aliento. En este instante, había olvidado por completo cómo respirar porque lo único que veía era a Lachlan.

No pude evitar preguntarme: *«Si entonces le hubiera dicho que lo amaba, ¿seguiríamos ahora sentados en lados opuestos de la mesa?».*

Un silencio espeso se extendió a nuestro alrededor mientras yo esperaba que Lachlan lo confirmara o lo negara, pero él no dijo una sola palabra.

Sus ojos se suavizaron, apenas, pero habría jurado que un fantasma de recuerdo cruzó su rostro. Algo compartido. Algo perdido.

—¿Cuándo volviste a Edimburgo? —preguntó al final, con una voz áspera, cubierta de terciopelo.

—Hace un tiempo —murmuré.

Mi mente me traicionó con imágenes: su boca sobre la mía, sus manos sujetándome las caderas, el sonido de su barítono cuando susurraba mi nombre en la oscuridad.

Su mirada descendió un poco, demorándose en mi pecho. Mi mano subió por reflejo para cubrirlo. ¿Sabía lo que estaba pensando?

—Eve —intervino William con suavidad—. ¿Preferirías firmar los papeles aquí o volver a la oficina?

Me obligué a regresar al presente.

—Aquí está bien —dije con una sonrisa tensa—. ¿Tenemos mesa?

—Por aquí —indicó, señalando un rincón privado del restaurante.

Me volví hacia Lachlan.

—Qué gusto verte.

Mi voz fue poco más que un susurro exhalado.

Y entonces me alejé.

Aunque cada paso me costó.

Callen se puso a mi lado.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Asentí y me puse la máscara que había estado perfeccionando.

—Sí. Estoy bien. —Me giré hacia William al tomar asiento, agradecida por la distracción—. Tenía muchas ganas de esto.

—Nosotros también —coincidió cálidamente—. Eres un logro importante para nuestra editorial.

Solté una risa suave.

—Entonces hoy es un buen día para todos.

Cuando extendieron las páginas del contrato frente a mí, repasé cada línea en busca de cambios.

—Hay un ajuste más que me gustaría hacer —señalé—. Podemos poner las iniciales al lado en vez de reimprimir todo, si les parece.

—Por supuesto —respondió William.

Taché Eve Bailey y escribí con cuidado: Eve Bailey-McLaren.

Tal vez había perdido a Lachlan y tal vez iba a mudarme a Estados Unidos, pero, de algún modo, aquello se sentía correcto. Se sentía como seguir adelante, incluso sin mi esposo. Era seguir adelante después de la traición y la amargura de Hunter, dejar atrás el duelo y avanzar hacia nuevos comienzos.

Callen alzó una ceja.

—¿Estás segura?

—Sí. Nunca he estado más segura de nada.

Miré de nuevo hacia la mesa de Lachlan, solo para encontrar su vista todavía fija en mí.

Se firmaron los contratos y el trato quedó cerrado. Oficialmente, ahora formaba parte de algo nuevo.

—Por los nuevos comienzos. —Brindé mientras chocábamos las copas—. Y por las nuevas historias.

El *champagne* burbujeó en mi pecho como un aplauso. Pero, al beber un sorbo, vi que Lachlan se levantaba. La mujer lo siguió y, juntos, salieron del restaurante sin mirar atrás.

No había venido allí conmigo, así que, claro, se iría de la misma manera.

Me quedé observando la puerta mucho después de que se cerrara tras él. Luego volví la vista al frente, obligando al dolor en mi pecho a detenerse.

—¿Todo bien? —preguntó Callen.

Esbocé una sonrisa tenue.

—Todo bien.

Aunque no sabía si realmente lo sentía así.

CAPÍTULO SETENTA Y TRES

LACHLAN

No podía creer que llevara tanto tiempo en Edimburgo. De verdad se había mudado, y a nadie de mi familia le había parecido necesario decírmelo.

Pero ¿qué mierda esperaba?

Me había obligado a darle espacio y tiempo, y dejarla en mi casa me daba cierto consuelo. Debí haber sabido que no se quedaría allí… en nuestro hogar. En lugar de eso, me había dado espacio y una casa vacía, aunque eso era lo último que necesitaba.

Durante semanas, me sepulté en el trabajo hasta altas horas de la noche, hasta que me ardían los ojos y los números se volvían un borrón delante. Luego volvía a desplomarme en mi *penthouse,* solo para soñar con ella y repetirlo todo al día siguiente.

Tuvo que ser verla en aquel maldito restaurante lo que finalmente me obligó a regresar a mi hogar ancestral, sabiendo perfectamente que se sentiría como una hoja clavada entre las costillas.

Y fue incluso peor de lo que imaginaba.

El castillo estaba demasiado silencioso sin ella.

Los ecos golpeaban más fuerte en esos momentos, como si las paredes se burlaran de mí. Cada sonido: el crujido de las tablas, el golpeteo del viento contra las viejas ventanas, el tic-tac del reloj sobre la repisa, se cerraba sobre mí como recordatorio de su ausencia.

En muy poco tiempo, Eve se había convertido en la esencia de este lugar, impregnándolo de algo invisible pero vibrante. Risas. Delicadeza. Presencia. Incluso cuando estaba en silencio, ocupaba una habitación como si hubiera sido hecha para ella.

Ahora, cada habitación parecía deshabitada.

No fui a buscarla.

No porque no quisiera. Dios, quería hacerlo. Cada segundo de cada día quería dejarlo todo, encontrar a mi esposa y suplicarle que me amara. Pero no sabía si estaba lista. No sabía si alguna vez podría amarme. Tal vez ya habíamos roto aquello que apenas empezábamos a construir.

Esa noche me senté en el baño y me quedé mirando la jabonera durante lo que me parecieron horas.

Como en una tumba diminuta, brillando bajo la luz tenue, su cadena yacía ligeramente enredada con los anillos. El de Hunter. El de ella. Un capítulo que por fin había cerrado. Pero al lado, intactos, presentes todavía, estaban mis relojes.

Había dejado atrás el pasado. Pero no sin dejarme un mensaje.

Revisé la caja fuerte más tarde, esa misma noche. Sabía lo que encontraría incluso antes de girar la perilla.

El collar de zafiros.

Mis dedos flotaron sobre él. No pude tocarlo. Todavía no.

Me senté en el borde de la cama que una vez compartimos, con la cabeza entre las manos. La habitación aún olía a ella.

Si bien no había llorado en años, algo se abrió dentro de mí en la oscuridad.

Porque amaba a Eve.

La amaba y, aun así, la dejé ir, creyendo que estaba solo en estos sentimientos.

Una vez me dijo que no creía que pudiera ser amada de la forma en que lo deseaba, no de verdad. Yo discutí. Le prometí. Y, aun así, dejé que el silencio creciera entre nosotros justo cuando más necesitaba oír mi voz.

Y, sin embargo, solo había una joya que importaba. El anillo de bodas que deslicé en su dedo, el que ella todavía usaba. Mientras dejó atrás el de Hunter…

«Se quedó con el mío».

La comprensión me golpeó con más fuerza de la que esperaba.

Se fue, pero no me había soltado.

Y yo no merecía ese tipo de gracia. No después de haberme quedado tranquilo cuando debía luchar. No después de verla alejarse sin tirar de ella de vuelta.

Pero tal vez… tal vez no era demasiado tarde.

Tal vez ese anillo en su dedo significaba que aún no la había perdido por completo.

Y, si alguna vez volvía a verla, si alguna vez me dejaba acercarme de nuevo, le diría la verdad.

Que ni una sola vez había dejado de ser suyo.

CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO

EVE

La idiota que había en mí esperaba que Lachlan apareciera después de nuestro encuentro. Que hiciera algo dramático o estúpido, o ambas cosas, y demostrara que no habíamos terminado de verdad. Mas no lo hizo.

Ni un mensaje. Ni una llamada. Nada.

La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y, después del evento final de lanzamiento de esta noche, estaba considerando seriamente adelantar mi vuelo a *Maryland*. Ya no me quedaba mucho aquí, no de verdad. Aún tendría que volver a Escocia de vez en cuando por reuniones editoriales con William y Callen y por alguno que otro festival literario, pero ya no podía seguir fingiendo que tenía una razón para quedarme en Escocia. No, al menos, si quería dejar de alimentar la ilusión de que Lachlan todavía se preocupaba por mí. De que podríamos arreglar lo que yo había roto.

—Muy bien, todos, ya estamos listos para las preguntas para Eve Bailey-McLaren. ¡Démosle un cálido aplauso!

Una voz crepitó por el micrófono y devolvió mis pensamientos errantes al presente.

Respiré hondo y me obligué a colocarme la sonrisa ensayada. Las sesiones de preguntas y respuestas no eran mi parte favorita de la promoción. ¿Conversación trivial con desconocidos? No era precisamente mi zona de confort. Podía escribir cientos de páginas sobre corazones rotos, pero socializar bajo luces fluorescentes… tortura.

Estallaron aplausos cuando subí a la pequeña tarima. Había dos docenas, si no más, de ramos de rosas rojas repartidos por toda la sala y también sobre el escenario.

Le arqueé una ceja a la anfitriona y ella se encogió de hombros, articulando en silencio:

—*Tuyas.*

Negué sutilmente con la cabeza para decirle que no eran mis flores, pero entonces vi a Margaret y a las entusiastas señoras de su club de lectura, saludando como si estuvieran en un concierto de los Beatles en los sesenta.

Las flores quedaron olvidadas; mi sonrisa fingida se volvió real y les devolví el saludo mientras tomaba asiento y entrelazaba con fuerza las manos sobre el regazo, esperando que nadie notara el temblor en ellas.

—Bienvenida, Eve —dijo la entrevistadora con calidez.

—¡Eveee! —exclamaron al unísono las señoras de mi club de lectura, arrancando risitas divertidas del público.

No pude evitar reír.

—Gracias, señoras.

La entrevistadora se inclinó hacia mí, sosteniendo un montón de tarjetas con preguntas impresas.

—Debo decir que tu último libro… *wow*. No se parece a los anteriores. Quiero decir, me encantaron los otros, pero siempre tenían ese susurro de ficción. Este… —Se llevó una mano al corazón —. Este se sintió tan real. Como si yo misma lo estuviera viviendo. Reí, lloré, casi lo lancé al otro lado del cuarto. Sentí de todo.

—Bueno —pronuncié con una risa—, entonces supongo que hice bien mi trabajo.

—Desde luego que sí, querida.

Miró la siguiente tarjeta.

—Aquí va una pregunta del público. —Se aclaró la garganta antes de continuar—: ¿Qué inspiró esta historia?

Ah, la pregunta inevitable. Sonreí con suavidad, cuidando no revelar demasiado. Nadie necesitaba saber que esa historia había brotado de mi corazón roto como tinta de una pluma hecha añicos.

—La esperanza —respondí simplemente—. Ese momento en el que estás en lo más bajo y algo… o alguien… te da una razón para volver a creer.

Ella asintió, visiblemente conmovida.

—Qué hermoso. —Pasó a la siguiente tarjeta—. Próxima pregunta. Esta es complicada. El libro nunca nombra el escenario. ¿Dónde transcurre?

Me reí por lo bajo.

—En todas partes. En ninguna. No quería atarlo a un solo lugar. Quería que los lectores imaginaran su propia versión del sitio. Su propia escapatoria. Su propia esperanza.

—Lo lograste —afirmó—. Pero tengo una teoría.

—Ah, ¿sí? —alcé una ceja, sonriendo.

—Sí. ¿Puedo compartirla? ¿Y me dirás si tengo razón?

—Claro —respondí, aunque ya sabía que no iba a confirmar nada.

—Yo creo… que es Escocia.

Se escucharon risas por toda la sala, y yo incliné la cabeza sin comprometerme.

—Las colinas cubiertas de niebla, el mar salvaje, el hombre terco pero lleno de alma con acento —insistió.

—Para ti, tal vez sea Escocia —manifesté con tacto—. Y esa es precisamente la razón por la que nunca lo nombré. Para que cada lector pudiera decidirlo por sí mismo.

Ella levantó las manos y soltó una carcajada.

—¡Bien, ganaste! Eres tan escurridiza como tu protagonista masculino.

—Tomaré eso como un cumplido. —Sonreí.

—Muy bien, ¡preguntas del público! —Se volvió hacia la audiencia.

Todas y cada una de las amigas de Margaret levantaron la mano como colegialas emocionadas. Hasta Lizzy estaba allí, animándome, y no pude evitar reírme en voz alta.

—Parece que alguien tiene un club de fans —murmuró la entrevistadora con un guiño—. ¿Las conoces?

—Son familia —respondí.

Margaret se puso de pie con orgullo.

—Eve, querida, necesitamos saberlo… ¿cuándo sale el próximo libro?

—Pronto, lo prometo —informé, mientras el corazón se me encogía un poco. Iba a extrañarlas terriblemente. Más de lo que estaba dispuesta a admitir en voz alta.

Las preguntas continuaron: algunas sobre el proceso de escritura y también un debate entusiasta sobre si el final era demasiado ambiguo. Por fin, la entrevistadora comenzó a cerrar el evento. El alivio me recorrió cuando ambas nos pusimos de pie. Estaba a segundos de escapar.

—¿Y las flores? —preguntó alguien—. ¿Un admirador secreto?

Hice un gesto indicando que no lo sabía, cuando otra voz intervino:

—Leí la tarjeta. Son de su esposo.

Mi cuerpo se quedó inmóvil. ¿Lachlan había llenado el escenario y toda la sala de flores?

—Claro que son de su esposo. Está enamorado de ella. —Una voz conocida, profunda, que me hablaba en sueños, sonó en la vida real—. Tengo una pregunta.

«No. No podía ser».

Entrecerré los ojos hacia el fondo de la sala y el tiempo se detuvo.

Lachlan estaba recostado contra la ventana, con las manos en los bolsillos, viéndose como si hubiera salido de una fantasía… o de mi novela.

La sala entera cayó en silencio. Hasta el aire pareció inmóvil. Todos contuvieron el aliento, como si percibieran que algo crucial estaba a punto de suceder.

Lachlan estaba absurdamente hermoso. El cabello revuelto, los ojos grises como tormenta clavados en los míos, la mandíbula tensa y sin afeitar. Cada átomo de mí vibró con el deseo de ir hacia él, pero me obligué a no moverme.

—¿En quién está basado el personaje masculino de tu libro? —preguntó, con un tono casualmente juguetón, aunque los ojos le brillaban con absoluta seriedad.

Separé los labios. No podía responder. No con la verdad.

Él lo sabía. Yo lo sabía. Demonios, probablemente media sala lo sabía, mas no podía admitirlo frente a él.

La entrevistadora se inclinó un poco.

—¿Eve? El caballero te hizo una pregunta.

El corazón me latía tan fuerte que pensé que alguien iba a mandarme callar por el ruido.

—Es inventado. —Conseguí soltar una mentira serena, muy profesional.

Se oyó una tos apagada, seguida de una inhalación colectiva.

Lachlan dio un paso hacia delante.

—Mi querida esposa —expresó, y sus palabras agitaron algo hondo dentro de mí—, no eres muy buena mintiendo.

La calidez de su voz prendió fuego a mis mejillas… y más abajo.

Me erguí.

—Creo que sí se me da muy bien, mi querido esposo.

Hubo jadeos audibles y risas suaves.

—Como la escena del capítulo veintidós —susurró alguien.

Lachlan se volvió hacia la sala con esa sonrisa ladeada suya que debería ser ilegal.

—Señoras, ¿les importaría mucho si les robo a mi esposa el resto de la noche?

Se alzó una ráfaga de respuestas divertidas.

—¡Hazlo! ¡Ahora!

—Solo si nos escribe en el próximo libro.

—Pero no te olvides de devolverla.

Lachlan se acercó con pasos medidos y se detuvo justo frente a mí. Me tendió la mano. Esperando.

Entonces lo comprendí: me estaba dando una salida. Si me negaba, podía fingir que todo aquello no era más que una encantadora maniobra publicitaria. Pero si tomaba su mano, si dejaba que volviera a sostenerme, lo estaba dejando entrar otra vez. Por completo.

Lo miré. Observé esos ojos de tormenta sobre los que había escrito de cien maneras distintas.

Y deposité mis dedos en su palma.

Su mano se cerró sobre la mía como si siempre hubiera estado destinada a sostenerla. Se inclinó hacia mí y su aliento me rozó la piel.

—Ven, amor mío —gruñó.

Y, que Dios me ayudara, fui con él.

—¡Asegúrense de portarse bien! ¡Ahora los dos son personajes!, ¡¿me oyeron?! —gritó Margaret.

—Por supuesto, tía Margaret. —La apaciguó Lachlan.

—¡Y no hagan nada que nosotras no haríamos! ¡Y si lo hacen, por lo menos procuren que sea lo bastante interesante como para leerlo!

La voz de Margaret resonó a nuestras espaldas mientras nos escabullíamos.

Las risas nos siguieron hasta la puerta.

Pero, en mi alma, todo estaba tranquilo. En paz.

Todo… era él.

CAPÍTULO SETENTA Y CINCO

LACHLAN

Apenas salimos de la librería, el frío nos dio de lleno a ambos. Era la forma que tenía la naturaleza de recordarnos quién mandaba.

Eve se estremeció, encogiéndose sobre sí misma. Me quité la chaqueta y se la puse sobre los hombros, resguardándola como si fuera de cristal.

Su cuerpo se apoyó contra el mío, y eso hizo retumbar mi corazón en el pecho.

—¿Me sacaste aquí afuera para que me congelara en vez de tener una confrontación dramática? —murmuró, con la voz amortiguada por mi abrigo.

—Solo pensé en recordarte que soy cálido, generoso y heroico de manera tosca —bromeé, atrayéndola más hacia mí—. Por aquí.

La guie hacia mi *Land Rover*, que seguía encendida junto a la acera. El motor ronroneaba como un viejo sabueso: constante, leal, levemente ofendido por haberlo dejado afuera bajo la nieve.

Al verlo, ella alzó una ceja.

—¿Lo dejaste encendido? ¿Enfrente de la librería? ¿Te das cuenta de que esto no es mil novecientos cincuenta y tres?

Le abrí la puerta del pasajero con un gesto exagerado.

—Es Escocia, *lass*. Los *Highlanders* creemos en dos cosas: el orgullo terco y el transporte precalentado.

—¿Terco? No me digas —masculló mientras subía—. Da por hecho que tu reputación de "adulto responsable" desapareció por completo. Pero, aun así, gracias por las rosas.

—De nada, esposa.

Me aguanté la risa al cerrar la puerta. Si me estaba molestando, aunque fuera un poco, ya íbamos mejor de lo que me había atrevido a esperar.

Cuando rodeé el capó para sentarme al volante, la nieve húmeda me empapó la camisa. Protegida del clima, Eve, con las mejillas sonrosadas por el frío y los ojos aún cautelosos, se frotaba las manos frente a la calefacción. A duras penas resistí el impulso de apartarle el cabello del rostro.

Teníamos que hablar, y pensaba dejarlo todo sobre la mesa. Mi amor, mi vida, mi todo.

Luego la tocaría y, si me lo permitía, le haría el amor toda la noche.

Puse el coche en marcha. La nieve cegadora difuminaba el camino por delante. Aun así, no lograba concentrarme en el clima teniendo a mi esposa sentada otra vez a mi lado.

Ella no habló. Solo miró más allá de la ventana como si intentara desaparecer entre los copos.

Apreté más el volante mientras intentaba pensar qué decir. Porque las palabras que quería y necesitaba decir eran demasiado grandes como para soltarlas sin más en el auto. La verdad era que una parte de mí estaba aterrada de que saltara del vehículo en movimiento.

—¿Qué quieres, Lachlan?

Su voz temblorosa hizo añicos el silencio. Quería sonar desafiante, pero podía detectar los nervios en ella.

—A ti —respondí, dejando que la verdad cayera entre nosotros.

No contestó enseguida. Se quedó mirando el tablero, con los labios entreabiertos, como si en silencio exigiera una explicación que yo todavía no estaba listo para darle. Todavía no.

—Bueno, ya me tienes —agregó al fin—. ¿Y ahora qué?

No respondí. No confiaba en mí mismo lo suficiente como para no decir algo equivocado y arruinar ese momento tan frágil.

—Lachlan —insistió, mirando a su alrededor—. No puedes decir algo así y luego quedarte callado.

—No quiero echarlo a perder —admití—. Espera a que lleguemos.

—¿A dónde?

—A casa —dije simplemente.

Inhaló bruscamente.

—Vas por el camino equivocado. Estoy otra vez en mi apartamento.

—Ese no es tu hogar.

No dijo nada, y yo recé no llegar demasiado tarde para salvarnos… para salvar nuestro matrimonio.

Las carreteras serpenteaban y se estrechaban mientras tomaba la carretera secundaria hacia el castillo McLaren. La nieve se volvió más espesa y empezó a caer con más fuerza, cubriendo el parabrisas en oleadas.

Eve me miró de reojo, nerviosa.

—Lachlan, si sigue nevando así de fuerte…

—Vamos a llegar antes de que se ponga realmente mal —la interrumpí, echando un vistazo al cielo—. Te lo prometo.

La siguiente media hora transcurrió en un silencio tenso. Me lanzaba miradas furtivas, creyendo que yo no me daba cuenta. Pero sí lo hacía. De cada movimiento, cada respiración… joder, hasta del aleteo de sus pestañas. Lo notaba todo.

Y, aun así, mantuve las manos en el volante y la boca cerrada, porque no sabía cómo empezar sin sonar desesperado.

Cuando coronamos la última colina, el castillo apareció entre la nieve, con su alta silueta espolvoreada de blanco y recortada por el resplandor pálido de la luna.

—Este lugar… te juro que la vista me impresiona cada vez. Es mágico —dijo con admiración.

—*Tú* eres mágica —halagué con voz ronca, y ella volvió la cabeza de golpe hacia mí, con los ojos muy abiertos.

Nos detuvimos frente a la entrada principal justo cuando el viento empezaba a aullar. Miró los altos muros de piedra como si no supiera si debía entrar.

Me bajé del coche y corrí hacia su lado para abrirle la puerta. Los copos daban vueltas a nuestro alrededor como un enjambre de fantasmas, mas yo solo podía verla a ella. A la mujer de la que me había enamorado.

Corrimos entre la nieve y atravesamos las puertas principales. Adentro nos recibió un silencio denso. No había rastro del personal, solo el crepitar apagado de un fuego lejano.

Miró a su alrededor.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Les di unos días libres —manifesté con aire despreocupado, cerrando la puerta a nuestra espalda—. Les dije que fueran a estar con sus familias, que se prepararan para las fiestas.

Frunció un poco el ceño.

—Pero todavía faltan varios días.

—Quería tener este lugar solo para nosotros.

Volvió a mirarme, con copos derritiéndose en el cabello y una incertidumbre visible en los ojos. Tenía los labios apenas entreabiertos, como si estuviera a punto de pedirme que me detuviera… o de suplicarme que siguiera.

Esperé que fuera lo segundo y decidí apostar por ello.

—Este lugar se siente como una tumba sin ti. Te extrañé.

Se quedó mirándome.

—¿De verdad?

—*Aye* «sí».

—Y ahora ¿qué? —susurró.

Di un paso más y le acaricié la mejilla con los nudillos. Tenía la piel fría. Demasiado fría. Quería alzarla en brazos y no soltarla nunca.

—Te ves cansada —comenté, preocupado.

—He estado ocupada —confesó, pero la mentira le quedó torcida en el rostro.

—Tenemos que hablar —murmuré contra su cabello.

Se tensó un poco y luego asintió con derrota.

—Está bien.

Mis brazos la rodearon por puro instinto y la atraje hacia mí. No se resistió; simplemente se fundió contra mí, como siempre. Su aroma. Su calor. Su corazón latiendo contra el mío.

Esto… ella… es hogar.

Mantuve el brazo alrededor de ella mientras avanzábamos por el largo pasillo. Sus pasos eran vacilantes, pero no se apartó.

El castillo estaba en silencio, y yo lo había querido así. Solo ella, yo y la verdad que ambos deberíamos haber dicho hacía mucho tiempo.

La puerta de la biblioteca crujió un poco al abrirla. Nos recibió el calor, el olor a cedro ardiendo y el crepitar reconfortante del fuego en la chimenea. El brillo anaranjado de las llamas se reflejaba en las paredes y en las pesadas cortinas.

Eve se quedó quieta en el umbral. Sus ojos recorrieron el cuarto como si estuviera atravesando recuerdos. Tal vez así era. Muchos de nuestros momentos habían ocurrido allí, entre libros, miradas sutiles y esos instantes en los que no sabíamos que estábamos construyendo los cimientos de nuestra historia.

Fui hasta el sofá y me senté, tirando de Eve con suavidad hasta acomodarla sobre mi regazo.

Giró la cabeza hacia mí de golpe, sobresaltada.

—¿Qué? —pregunté, medio en broma, medio asustado de que me apartara—. ¿No puedo tener a mi esposa en mi regazo?

—Lachlan —susurró, apenas audible—. No deberíamos hacer esto más difícil.

¿Más difícil? No tenía idea. Yo llevaba muriéndome lentamente desde el instante en que me fui.

—Dejaste atrás tus anillos viejos —dije en voz baja—. Pero sigues usando el mío.

Ella bajó la vista hacia el anillo en su dedo como si hubiera olvidado que lo llevaba. Entonces alzó la mano para quitárselo.

La detuve a medio movimiento.

—Ese es *su* lugar.

Su mirada subió disparada hasta la mía, buscándome. Casi podía ver cómo se le derrumbaban las murallas.

—Dime, Eve —pedí con suavidad—, ¿por qué dejaste atrás la cadena con los anillos?

Sus labios se separaron, pero no salió ningún sonido. No la apuré. Bajó la mirada y sus dedos se aferraron a mi camisa como si necesitara sostenerse de algo.

—Ya no los necesito.

Le sostuve la mandíbula, obligándola con delicadeza a mirarme.

—¿Por qué?

Su respiración se entrecortó y los ojos le brillaron.

—Porque… eran un recordatorio de una traición. La de Hunter y la de mi madre. Y de mi… —Tragó saliva—. Mi error al dejar a Hayden atrás esa noche.

La voz se le quebró como vidrio. Yo podía sentirle la vergüenza y la culpa, y me resultaban insoportables.

Deslicé la mano por su espalda y la abracé con más fuerza.

—No podías saberlo —susurré.

Nos quedamos en silencio un rato, con el único sonido del fuego crepitando a nuestro lado. El cuerpo de Eve estaba cálido contra el mío, no obstante, su tristeza se le pegaba como un invierno.

—Esposa, yo también tengo algo que confesarte.

Tragó saliva y asintió con rigidez.

—Te amo. Me duele estar sin ti. La vida sin ti… es un infierno. No puedo vivir sin ti, Eve.

Parpadeó, sorprendida.

—¿Quieres vivir sin mí?

Dios, no. Negué con la cabeza y le tomé el rostro entre ambas manos.

Sus ojos, claros y suplicantes, se clavaron en los míos.

—Sé que cometí errores. —Se apresuró a decir—. Dejé que mi pasado se interpusiera. Debería haber confiado en ti. Debería haber…

—Basta —la interrumpí con firmeza, mientras le apartaba una lágrima de la mejilla con el pulgar—. Dejemos el pasado donde pertenece: en el pasado. Yo solo quiero tu amor. Solo quiero que siempre estés aquí conmigo.

Su pecho subía y bajaba con rapidez; el pulso le martillaba bajo mis dedos.

—Sí —musitó, y luego inhaló hondo—. Te amo. Fui a decírtelo, pero entonces tú y Layla…

—Cuando me viste aquel día afuera del *penthouse* —narré en voz baja—, ¿sabes lo cerca que estuve de quebrarme? Lo único que quería era meterte adentro, cerrar la puerta y no dejarte ir jamás.

—Pero Layla…

—Necesitaba mi avión —gruñí—. Su amiga había muerto, y era la única forma de que pudiera llegar al funeral. Y ese día… no quise actuar a tus espaldas. Layla me escribió destrozada. Quise decírtelo, incluso llevarte conmigo, pero no quería alterarte si Layla intentaba… algo. Pero después de enterarme de lo que hizo Hunter… entiendo por qué lo tomaste así. Lo siento muchísimo. Ojalá pudiera retroceder el tiempo y hacerlo bien, pero, por favor, entiende esto… tú eres lo que importa para mí. Eres la mujer que amo y eres la única sin la que no puedo vivir.

—*Oh.* —Separó los labios y luego apoyó la frente en la mía—. Dios, hice un desastre de todo.

—Los dos lo hicimos —la corregí—. Fui un idiota. Te apresuré, te presioné, y me equivoqué. Por favor, perdóname.

Soltó un suspiro que sentí en el alma.

—Lachlan… —susurró—. Hunter no te llegaba ni a los talones. Nunca pensé en él cuando estaba contigo. Ni una sola vez. Tú eres mi todo. Eres a quien quiero y a quien amo.

Dejé escapar un gemido antes de poder evitarlo, porque esas palabras… deshicieron algo dentro de mí. Algo que había mantenido atado con fuerza.

—Tú eres la única para mí, Eve —declaré con voz áspera—. Lo has sido desde el primer momento.

Ella frunció el ceño.

—¿Cuando nos conocimos en tu oficina?

Sonreí.

—No. Antes de eso. Tú no me notaste, pero yo te vi… en tu primer día, cuando entraste con Elise. Te dio un ataque de pánico y saliste corriendo. Pero recuerdo haberme quedado allí, mirándote, y sentir como si me hubiera partido un rayo. Y pensé: "Es ella. Es la indicada".

Eve me miró como si acabara de reescribir por completo nuestra historia.

La atraje más hacia mí, dejando que mi mano se perdiera en su cabello.

—Y en el restaurante, yo solo estaba allí para verte. Necesitaba poner los ojos en ti, aunque me doliera.

—¿Y la mujer?

—La verdad, iba a reunirme por negocios con su marido. Insistí en que nos viéramos allí para poder verte. —Solté un suspiro sardónico—. Aunque, cuando apareció ella en lugar de su esposo enfermo, todo me salió mal.

Inclinó la cabeza, casi como si le diera miedo confiar en mí, y solo eso bastó para decirme que la había jodido de verdad.

—Puedo llamar a su marido ahora mismo en altavoz y tú misma se lo preguntas.

—No será necesario. —Tragó saliva, con el dolor mezclándosele en el rostro al añadir—: Me dolió verte con otra mujer. Las dos veces.

—Lo jodí en grande, Eve. Me esforcé tanto por no parecerme a Hunter, para que jamás pensaras en él y en sus pecados al mirarme, y yo… mierda, nunca quise lastimarte a propósito, pero terminé haciendo exactamente eso y lo siento mucho.

Sus ojos marrones, suaves, se encontraron con los míos, con un destello de devoción en ellos. O al menos eso quise creer, porque si me equivocaba en esa lectura, la perdería para siempre. Pero no quería mentirle. Necesitaba poner todas mis cartas sobre la mesa. Era un hombre que lo había jodido, pero la amaba a ella y solo a ella.

—Tú nunca podrías ser como Hunter. Él no es más que una sombra al lado de ti. —Llevó la mano a mi pecho. La palma descansó sobre mi corazón, como si intentara calmarlo—. ¿Por qué no volviste a casa?

Hacía todas las preguntas difíciles.

—Esperé, con la esperanza de darte el tiempo que necesitabas. Algo que debí haber hecho desde el principio. Después de verte en el restaurante, pensé que tal vez vendrías a buscarme.

Tomé aire despacio.

—Pensé que necesitabas espacio. Tiempo. Me dije que te vería en el trabajo, y que quizá eso bastaría. Pero cuando Colin me dijo que no ibas a volver a trabajar jamás y que te ibas a regresar a Estados Unidos… dejé de respirar.

Se inclinó un poco hacia mí, y dejé escapar el resto.

—Desde el momento en que me miraste, Eve, supe que estabas hecha para una devoción capaz de destrozar el alma, y yo quería dártela. Pero también fui egoísta y la quise de vuelta. Quería que me eligieras. No porque tuvieras que hacerlo, sino porque no pudieras imaginar hacer otra cosa. —Tomé su mano y la llevé a mis labios—. Presioné demasiado y no te di espacio para elegirme a tu ritmo.

Su mano subió hasta mi mejilla, afirmando mi corazón y mi alma.

—Te estoy eligiendo —afirmó con convicción—. Mi corazón te eligió hace mucho tiempo; fue mi cabeza la que se quedó atrapada en el pasado. Te amo, Lachlan. Amo todo de ti. Hasta tus partes más tercas.

Me ardieron los ojos.

—Y yo te amo, esposa. Eres mi para siempre —repetí, apoyando la frente en la suya.

Y eso fue todo. Eso *lo* fue todo.

CAPÍTULO SETENTA Y SEIS

EVE

Mi cuerpo respondió a él antes de que mi mente pudiera alcanzarlo. Me sentí atraída hacia él, dolorosamente y por completo, sintonizada con cada centímetro de mi esposo.

Su mano se deslizó hasta mi nuca, sujetándome con esa clase de suavidad que me deshacía. Me acercó más, con sus labios a un aliento de distancia. Me quedé suspendida allí un momento, entre calor y vacilación, y luego cerré el espacio entre nosotros.

Nuestros labios se encontraron, suaves y exploratorios al principio. Después él profundizó el beso, robándome el aire de los pulmones y quizás algo más que no me había dado cuenta de que había dejado sin protección.

Se apartó apenas un poco.

—Te amo tanto, carajo —pronunció con voz ronca, casi como si le doliera. Como si admitirlo le costara algo y aun así fuera a decirlo mil veces, si yo se lo pedía.

—Yo también te amo —murmuré contra sus labios—. Y te necesito muchísimo.

Su contacto se sentía como el cielo. Me pegué más a él, queriendo acercarme todavía más a su calor. Lo había extrañado demasiado.

—Yo te necesito más, esposa.

Su lengua me rozó el labio inferior y yo me abrí ansiosa para dejarlo entrar. El beso se volvió desesperado y duro, o tal vez la desesperada era yo. Los ojos se me cerraron mientras me entregaba

a todas las sensaciones que provocaba la cercanía de su cuerpo. El deseo me desbordó.

Se puso de pie conmigo aún en brazos. Mientras me llevaba, le besé el cuello, saboreando su olor conocido. Sus brazos se cerraron más fuerte a mi alrededor y sus labios encontraron los míos. Su lengua se abrió paso, explorando, provocando. Luego su boca descendió a mi cuello y un gemido se me escapó justo cuando oí la puerta cerrarse a nuestra espalda.

Me dejó con suavidad sobre la cama y luego me separó las piernas antes de deslizar las manos por mis muslos. Sus dedos se curvaron en el borde de mi vestido negro tipo suéter y me lo alzó por la cabeza, dejándome solo en sostén, bragas y medias de seda transparente. Busqué su camisa y empecé a desabotonársela con dedos temblorosos. Mi cuerpo estaba ardiendo, consumiéndose bajo la intensidad abrasadora de su tacto. Me estaba haciendo suya otra vez.

Su boca estaba sobre la mía mientras sus dedos se movían sobre mi sexo aún cubierto e hinchado. Gemí y un escalofrío me recorrió entera. Sabía que podía sentir lo mojada que estaba, incluso a través de la tela.

Sus labios bajaron por mi cuello, recorrieron mis pechos y siguieron por mi vientre plano mientras sus dedos frotaban y provocaban mi clítoris. Sentí sus labios calientes en la cara interna del muslo, luego su lengua rozó la línea de mis bragas. Se me escapó un jadeo. Al instante siguiente, deslizó los dedos por debajo de la tela y empezó a explorarme con un contacto incesante.

—Lachlan —suspiré—. Te necesito.

Me quitó las bragas y luego cada media, antes de abrirme más las piernas y cubrir con la boca la parte más sensible de mí. La punta aterciopelada de su lengua giró alrededor de mi clítoris en círculos cerrados; después me separó con los dedos y uno se deslizó dentro de mí, entrando y saliendo despacio.

Cuando Lachlan succionó ese punto sensible, me arqueé hacia su boca, queriendo más de él. Su lengua trabajó con más fuerza, más rápido, y sentí que iba a romperme en pedazos con la siguiente respiración.

Empecé a jadear, gimiendo en la quietud que nos rodeaba.

—Por favor, Lachlan —supliqué, pasándome la lengua por los labios.

Como si me hubiera entendido, intensificó la succión. La presión en mi cuerpo aumentó. El orgasmo explotó dentro de mí y me sacudió por completo, consumida por el placer más absoluto entre los brazos de mi esposo.

Pero no era suficiente. Quería más de él. Anhelaba más.

—Maldición, te necesito. —Su voz era tan *sexy* y ronca—. Quiero todo de ti.

Lo miré a través de mis pestañas pesadas mientras se desabrochaba el cinturón y se quitaba los pantalones. El corazón me golpeó con fuerza en el pecho mientras él, sin dejar de observarme, se inclinaba para besarme. Me saboreé a mí misma en su lengua. Le rodeé el cuello con los brazos y hundí los dedos en su cabello.

—Soy toda tuya, Lachlan —le prometí en un susurro ronco.

La cabeza de su polla se presionó contra mi humedad, y luego se deslizó despacio dentro de mi calor, estirándome, mientras su boca recorría mi cuello y me mordisqueaba el lóbulo de la oreja. Sus manos me sujetaron las caderas con posesión mientras las suyas embestían con fuerza contra las mías.

—¡Más! —La exigencia abandonó mis labios en un susurro entrecortado. Sentía que el cuerpo y el corazón iban a estallarme por la intensidad de la necesidad que él despertaba en mí.

Como si el último hilo de su control se hubiera roto, me penetró con fuerza, hasta el fondo. Lachlan me llenó por completo y me arrancó un suspiro. Sintiéndome tan necesitada, aceleró el ritmo, acompasándolo a nuestra urgencia, a nuestro deseo.

Se retiraba casi hasta el borde antes de volver a hundirse en mí. Cada embestida era más poderosa, más absorbente que la anterior. Lachlan me tomaba con fuerza y yo me aferraba a él con desesperación, queriendo más y más. Queriéndolo entero. Su fuerza me empujó hasta el borde. El corazón me martillaba. Necesitaba liberarme.

—Dios mío —gemí.

—Mírame. —Fue una orden ferviente. De algún modo conseguí abrir los ojos, y nuestros ojos se encontraron mientras Lachlan seguía embistiendo con fuerza dentro de mi cuerpo tembloroso. Cada movimiento me llevaba a un placer como nunca antes había conocido.

—Córrete para mí, amor. —Con la boca junto a mi oído, aquella orden susurrada me hizo añicos.

Una ola de éxtasis me atravesó, encendiéndome el cuerpo desde dentro. Me aferré a Lachlan mientras las sensaciones me arrasaban. Debajo de su cuerpo fuerte, temblé y gemí, perdida en el placer que me daba, apenas consciente de sus propios gemidos entrecortados cuando enterró su rostro en mi cabello.

Después de un momento, Lachlan me besó la boca con ternura y me rodeó con los brazos mientras rodábamos de costado.

Con las piernas y los brazos enredados con los suyos, nos abrazamos, y solo el sonido de nuestras respiraciones agitadas rompía el silencio del cuarto.

—Te amo, Eve —susurró.

—Yo te amo más —respondí en voz baja—. Para siempre.

—Los McLaren solo entregan el corazón una vez —prometió.

EPÍLOGO

EVE

Años después

—¡Mierda! Apenas había terminado de soltar las palabras cuando Ainslee ya había pisado el freno. Abrí la puerta del coche de golpe y me doblé sobre mí misma para vomitar al costado de la carretera.

—Maldita sea, Eve —gruñó Ainslee, exasperada—. ¿Otra vez?

No pude responder. Mi cuerpo estaba demasiado ocupado rechazando el sándwich que había comido dos horas antes, en Edimburgo. Cuando por fin terminó, escupí, me limpié la boca con un pañuelo de mi bolso y seguí mi rutina ya demasiado ensayada. Cepillo de dientes, pasta, enjuague bucal de viaje. Me había vuelto eficiente en esto.

—Estoy bien —aseguré cuando terminé, subiéndome de nuevo al auto y abrochándome el cinturón—. Sigue conduciendo.

Ainslee me lanzó una mirada de reojo mientras volvía a la carretera.

—Así que estás embarazada otra vez.

—¿Por qué todo el mundo asume eso? —gruñí, estirando la mano hacia mi botella de agua—. Tal vez solo me siento mal.

—Sí, claro. —Soltó un bufido—. Te sientes mal porque estás embarazada. Se te nota en la cara. Y pasaste exactamente por lo mismo cuando estabas esperando a los mellizos.

—Por favor, no digas nada. —Me apresuré a decir—. Todavía no se lo he contado a Lachlan. Quería que fuera el primero en saberlo.

Ainslee alzó una ceja.

—Si él todavía no se ha dado cuenta, voy a tener que empezar a cuestionar su inteligencia.

Puse los ojos en blanco.

—Solo está siendo educado. Aprendió a no asumir nada.

—Menos mal que yo también estoy embarazada —confesó de la nada, con una sonrisa tirándole de los labios.

Volví la cabeza hacia ella de golpe.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Desde hace unos tres meses. —Su sonrisa era radiante—. Sorpresa.

—¡Eso es increíble! —Busqué su mano y se la apreté con suavidad—. Nuestros bebés van a crecer juntos.

Asintió, con los ojos brillando.

—Y sabes que Elise los va a consentir hasta el infinito.

Las dos nos echamos a reír, y nuestra alegría volvió mucho más cálido el interior del vehículo.

Pasaban de las diez cuando por fin cruzamos las rejas del castillo McLaren, nuestro pequeño nido en las colinas cubiertas de niebla a las afueras de Edimburgo.

Me incliné por encima de la consola central y le di un beso a Ainslee en la mejilla.

—Escríbeme cuando llegues a casa.

Asintió, ya sonriendo y lista para volver corriendo a su propio pedacito de paraíso.

Respiré hondo y salí del auto al aire fresco; el taconeo de mis botas resonó sobre la piedra mientras me encaminaba hacia la entrada principal. El crujido familiar de las viejas bisagras me recibió cuando entré y cerré las pesadas puertas a mi espalda. El aroma del difusor flotaba por el pasillo, envolviéndome como un abrazo de bienvenida.

Subí de puntillas la gran escalera, con la baranda de caoba oscura lisa bajo las yemas de los dedos. Arriba, me detuve frente al cuarto de los niños. Empujé la puerta con cuidado, y el corazón ya me dolía de amor incluso antes de verlos.

La habitación estaba iluminada por la lámpara de esquina de bronce antiguo, que derramaba una luz color miel sobre todo. Nos habíamos volcado por completo en ese espacio. Una pared estaba pintada de un azul cielo suave; la otra, de un rosa pálido.

El aire olía tenuemente a talco y a sábanas limpias. Una alfombra mullida color crema cubría el piso de madera. Acuarelas enmarcadas de animales: conejos, ciervos y zorros, adornaban las paredes y, debajo, pequeñas repisas sostenían una multitud de libros infantiles y peluches.

A un lado del cuarto había una cuna blanca de madera con ropa de cama en azul marino y gris; al otro, su imagen reflejada, pero con sábanas rosa pálido y marfil. Y en el centro de todo estaba mi mundo entero.

Lachlan estaba sentado en la mecedora que habíamos encontrado meses atrás en una pequeña tienda de antigüedades.

Era alto y fuerte, con la barba justa para hacerlo parecer a la vez tierno y rudo. Llevaba una *Henley* gris suave, con las mangas dobladas hasta los antebrazos, y unos pantalones deportivos azul oscuro que se ceñían lo suficiente como para recordarme todas las formas en que lo amaba.

Sus pies descalzos descansaban sobre el reposapiés, y uno de ellos impulsaba la mecedora con suavidad.

Acurrucados en sus brazos dormían nuestros mellizos. Nuestro hijo, con el cabello oscuro de su padre y el ceño serio, reposaba sobre el pecho de Lachlan como si no perteneciera a ningún otro lugar. Nuestra hija, toda rizos rojos salvajes y piel blanca como la leche, estaba acurrucada como un gatito en el hueco de su brazo. Sus respiraciones pequeñas y leves seguían el mismo ritmo que las de su padre.

Lachlan alzó la vista y me vio, y la sonrisa que se extendió por su rostro derritió de inmediato todo el cansancio del día.

—Aquí está su mamá —susurró con adoración a los bebés.

Me acerqué despacio, saboreando el momento. Llevaba un vestido largo verde salvia pálido y un cárdigan holgado. El abrigo seguía colgado sobre mis hombros, y me lo quité con suavidad para dejarlo junto a la puerta.

Arrodillándome junto a la mecedora, rocé con un dedo la mejilla de cada uno de mis bebés. Tenían la piel suave como pétalos de rosa, los labios apenas entreabiertos en un sueño tranquilo. El corazón se me hinchó de amor.

Luego lo miré a él, a mi esposo, y le di un beso en los labios. Suave. Agradecido.

—¿Cómo estuvo la fiesta? —murmuró, cuidando de no despertar a los pequeños.

—Maravillosa —le susurré de vuelta—, pero no veía la hora de llegar a casa. Te extrañé.

—Yo te extrañé más —pronunció, y sus ojos grises como tormenta brillaron de alegría.

Juntos nos pusimos de pie: él con la soltura que le daba la costumbre, y yo acercando las manos para ayudar. Acostamos a los mellizos en sus cunas, arropando a nuestro niño con una mantita estampada con pequeñas vacas *Highland* y a nuestra niña con otra cubierta de estrellas y lunas rosas. Besé la frente de cada uno, maravillándome del milagro que eran.

Lachlan se volvió hacia mí y, con esa misma ternura silenciosa, me atrajo hacia él, con las manos apoyadas en la parte baja de mi espalda. Su cuerpo era sólido y familiar contra el mío, y me derretí en él.

—Dios, cómo te amo —murmuró contra mi cabello.

—Yo te amo más —susurré, rodeándole el cuello con los brazos mientras me ponía de puntillas para besarlo. El beso fue suave, pausado, empapado de todo lo que habíamos construido: un amor más profundo que las palabras, más fuerte que el tiempo.

—Tengo una sorpresa para ti —le dije contra los labios, con el corazón revoloteándome.

Se apartó apenas para mirarme, curioso.

—¿Otro libro?

Negué despacio, sonriendo.

—No. Esta sorpresa tarda unos nueve meses en cocinarse.

Su vista bajó a mi vientre. La mano la siguió un latido después, posándose sobre la curvatura apenas visible que incluso yo apenas empezaba a notar. Cuando volvió a mirarme, sus ojos estaban llenos de asombro y amor.

—¿Estás segura? —preguntó con voz espesa.

Asentí.

—Quería que fueras el primero en saberlo, pero claro, tu prima lo adivinó.

Sus manos me enmarcaron el rostro mientras volvía a besarme, esta vez más a fondo, hasta dejarme las rodillas débiles. Cuando se apartó, apoyó la frente en la mía.

—Me haces tan feliz —suspiró, abrazándome como si jamás fuera a soltarme.

—Tú me haces más feliz —manifesté, envuelta en sus brazos, apoyada contra el latido que se había convertido en mi hogar.

No hacía falta un cuento de hadas.

Lachlan me había dado algo mejor. Una vida tan llena de amor que se desbordaba en cada habitación, en cada latido, en cada día.

Y esa noche, estaba creciendo otra vez.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a mis amigos y a mi familia por su apoyo constante.

A mis lectores alfa y beta: todos ustedes son increíbles. Aguantan mis plazos de locura y una organización aún más caótica. No podría hacer esto sin ustedes.

Mis libros no serían lo que son sin cada uno de ustedes.

A los *bloggers* y reseñadores que ayudaron a correr la voz sobre cada uno de mis libros. Los aprecio muchísimo, y saber que aman mi trabajo hace que todo esto sea aún más gratificante.

Y, por último, pero no menos importante, ¡a todos mis lectores! Esto no sería posible sin ustedes. Gracias por creer en mí. Gracias por sus mensajes maravillosos y llenos de apoyo. Simplemente, GRACIAS.

Puedo dedicarme a esto gracias a todos ustedes.

XOXO

Eva Winners

¿QUÉ SIGUE?

¡Muchísimas gracias por leer ***Devoción***! Si te gustó, por favor deja una reseña. Tu apoyo significa el mundo para mí.

Si te quedaste con ganas de más conversaciones con otros lectores de la serie, puedes unirte al grupo de Facebook, *Eva's Soulmates* (https://bit.ly/3gHEe0e).

SOBRE LA AUTORA

¿Tienes curiosidad por otros libros de Eva? Puedes verlos aquí: *Eva Winners' Books* https://bit.ly/3SMMsrN

Eva Winners escribe romance en todas sus formas, desde enemigos a amantes hasta libros cargados de emociones intensas. Sus héroes a veces son villanos, porque ellos también necesitan amor, ¿verdad? Sus libros están salpicados de un toque de suspenso y misterio, una buena dosis de angustia, un matiz de violencia y oscuridad, y mucha pasión ardiente.

Cuando no está trabajando y escribiendo, pasa sus días en Croacia o en *Maryland*, soñando despierta con su próxima historia.

Encuentra a Eva aquí:

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo de FB: https://bit.ly/3gHEe0e

Página de FB: https://bit.ly/30DzP8Q

Instagram: http://Instagram.com/evawinners

BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners

Amazon: http://amazon.com/author/evawinners

Goodreads: http://goodreads.com/evawinners

TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/